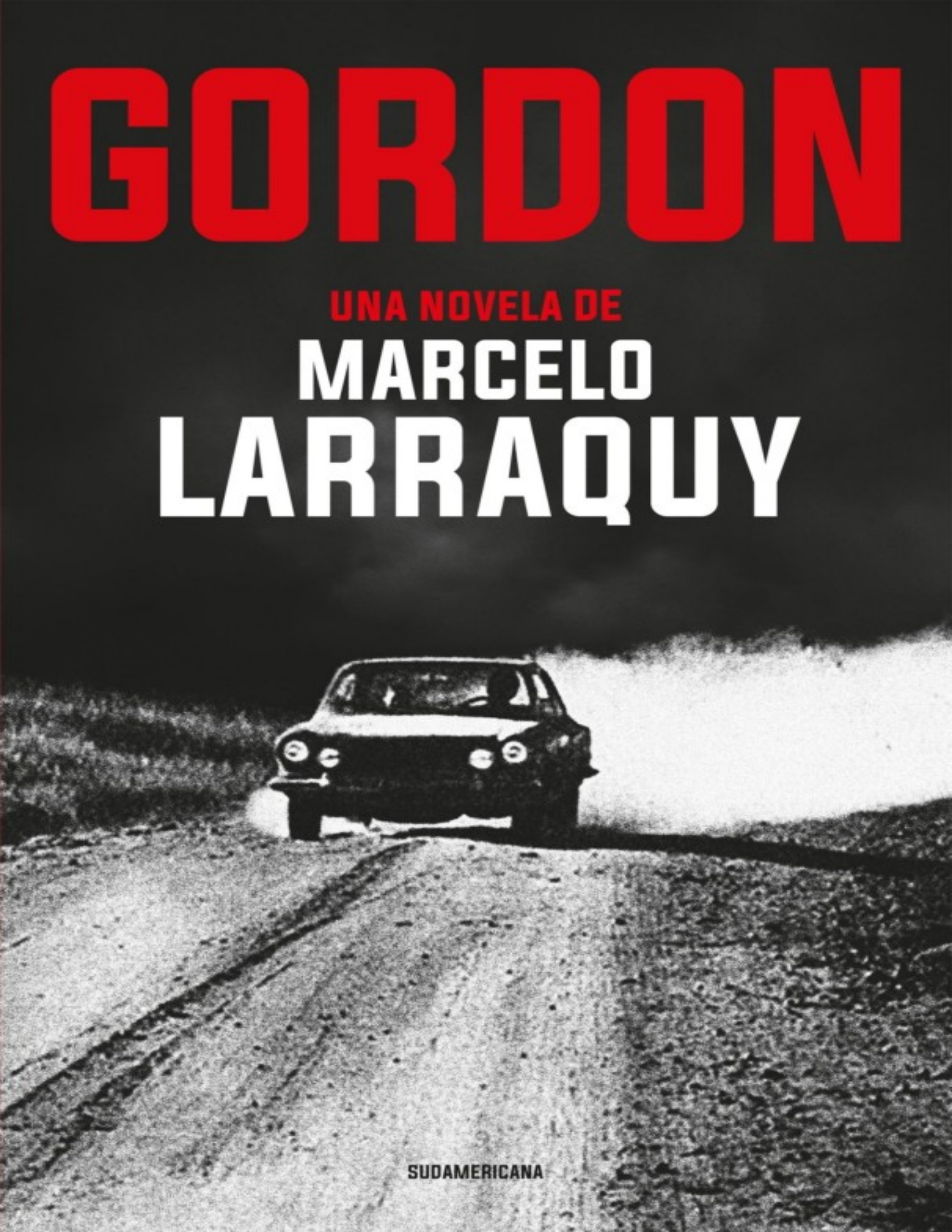
GORDON

UNA NOVELA DE

MARCELO LARRAQUY

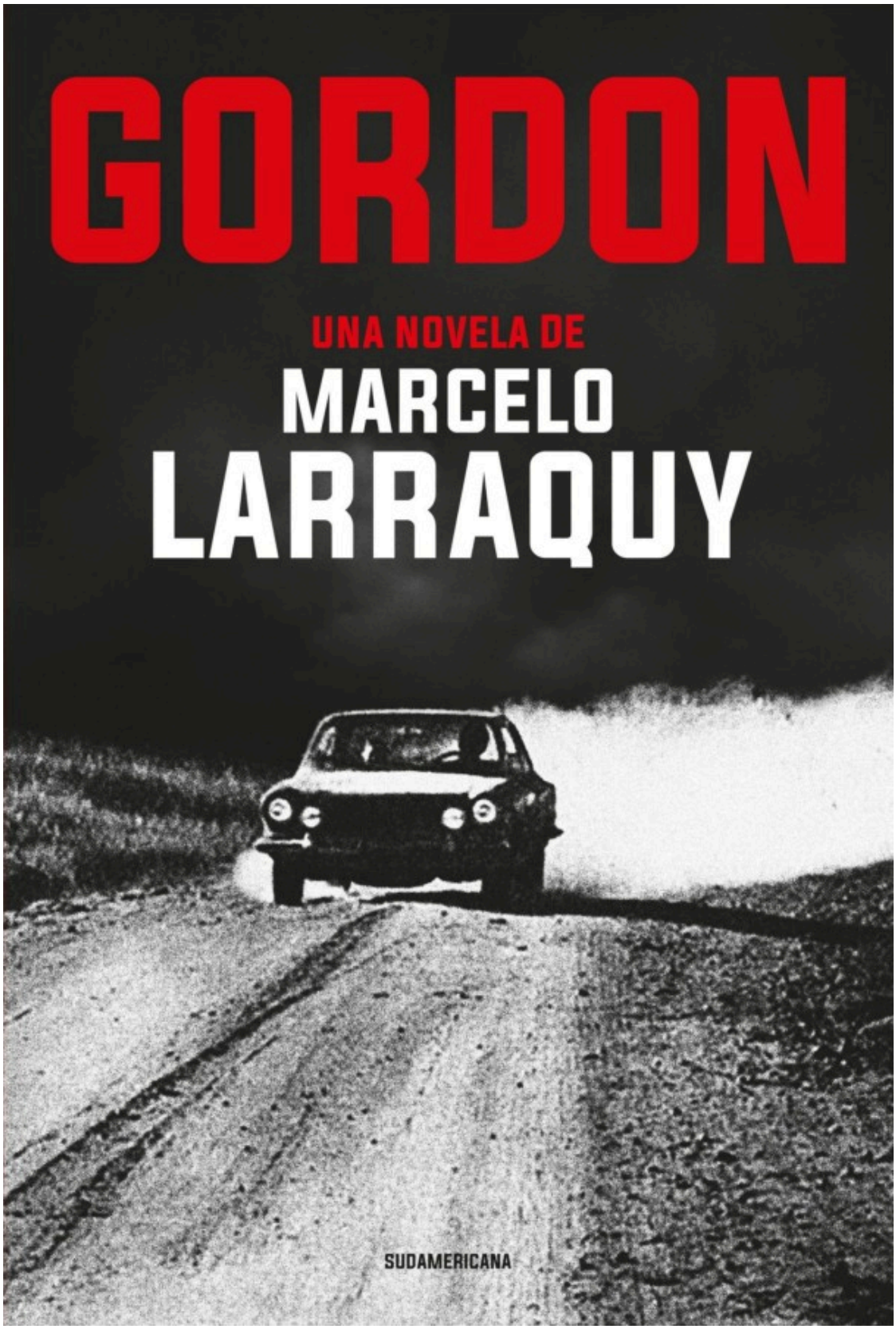


SUDAMERICANA

GORDON

UNA NOVELA DE

MARCELO LARRAQUY



SUDAMERICANA

MARCELO LARRAQUY

GORDON

SUDAMERICANA

A mis hijos

Buenos Aires, junio de 1973

Gordon miró alrededor. Tuvo un mal pálpito. Se lamentó de haber ido solo. Se confió demasiado. En ese instante pensó que la chica se había transformado en un anzuelo de los policías que lo habían perseguido, que aún lo perseguían, y él se estaba metiendo de cabeza y sin pudores en una ratonera. No veía ahora en sus ojos ni un rastro de belleza sino la helada certeza de la traición, y los dos quedaron inesperadamente envueltos en una atmósfera fría, en un silencio devastador, como si no hubiese más palabras, o si las palabras no bastasen para romperlo.

Dos años antes

PRIMERA PARTE

1
La llamada

El Refaloso transmitió a Gordon el mensaje que alteró el plan.

—El gerente se va el sábado del hotel. Hay que hacerlo esta semana.

Pero que no se preocupara, tenía todo armado. Hasta ese instante, Gordon pensaba bajar la persiana del galpón, cerrado por vacaciones, llegar al territorio con dos semanas de anticipación, ir afinando el diseño en la casa del lago hasta el día del golpe y llevarse la bolsa.

No le gustaba organizar las cosas a la ligera pero tampoco perder oportunidades. Almorzando a solas en El Triángulo, pensaba si acaso no debía volar con un hombre de apoyo. Debía decidirlo. No quedaba margen. La voz de El Refaloso le picaba la cabeza. El tipo había cerrado la cuenta por adelantado. Podría dejarlo ir hasta volver a encontrarlo, tarde o temprano lo encontraría. Descartó esa opción. Tenía que hacerlo ahora. Quizá haya sido un momento de debilidad, pero decidió llamar a Carrizo. Hacerle el pedido. Que le mandara un muchacho templado. Y si era posible, que supiese volar. Un segundo piloto. Y que se lo mandara rápido. Habría algo para él.

La idea del golpe había surgido por un comentario al azar del mozo de la confitería del hotel Pilmayquen**,** uno de esos tipos que piensan cosas que pueden llegar a ocurrir y las sueltan delante de cualquier cliente, sin ninguna lógica ni asidero. El Refaloso pescó el comentario y se lo sirvió a Gordon. Y Gordon craneó todo durante un mes junto a otros datos que fue recibiendo por teléfono; el blanco, la inteligencia previa, ideas dispersas que van cayendo como en un tragamonedas y se acomodan solas.

Se sacó la servilleta que le colgaba sobre la camisa, sonrió a dos caras que aparecieron en la puerta, se limpió la boca, pagó y salió a la estación de servicio. Primero fue al baño, por si en el pueblo comentaban que lo habían visto precipitarse sobre el teléfono público. Después levantó el auricular y discó el número de Carrizo. Nadie atendió. Y entonces, iluminado vaya a saber por qué santo, se le ocurrió llamar a Amaya, y le hizo el pedido.

—Ya lo tengo, ya lo tengo —se cebó rápido El Gordo.

2
Acosta

Lo citó en El Triángulo para que los viera todo el mundo. Un bar restaurante amplio, con ventanales hacia el recodo de la ruta 8, sobre la última frontera de la provincia de Buenos Aires. Allí se cruzaban gerentes y empleados del parque industrial, camioneros que se detenían a estirar las piernas, y también los que andaban en algo raro, los tres o cuatro del pueblo que dejaban a sus hijos en el colegio Inmaculada, tomaban la ruta, desaparecían durante meses y reaparecían en El Triángulo. Algunos vecinos sospechaban de su ausencia: estos son delincuentes. Entre los que andaban en algo raro y los que tenían una actividad conocida y estable, los que estacionaban el auto frente a su casa siempre en el mismo horario, había otra especie, la de los recién llegados, los que venían de afuera y pasaban meses dándose a conocer para ganarse la confianza del pueblo. No eran muchos. En el año 1970, en Colón, podría decirse que solo se recordaría a uno.

Señas particulares: alto, desgarbado, una cara larga sin pómulos. La cara sin gracia de un hombre de casi cuarenta años que parecen cincuenta, que un día como cualquier otro llega y se presenta: Gordon. Y compra una casa con jardín adelante, en la calle 54, entre

17 y 18, al lado de lo de Beba Spagnuolo, a siete cuadras del radio céntrico, es decir, en las afueras de Colón, o fuera del área del paseo dominical, que se desandaba dos veces y concluía con una parada familiar en la confitería Petit Colón, delante de la estación de micros, o en el partido de básquet del segundo turno del club Hispano Americano.

Su casa era su manera de presentarse: alejada pero visible. Se lo podía ver entrar y salir, llegar con su camioneta a su lugar de trabajo, un local que alquiló casi al borde de la ruta 8, con un pequeño depósito en el que guardaba chatarra que luego fundía y convertía en lingotes de aleación de aluminio. Allí estaba Gordon. Atendía de martes a viernes. Los lunes cerraba porque decía que a veces lo demoraba la administración de un campo en Entre Ríos, y prefería trabajar en el local con días y horarios determinados.

Si había algo anormal en el pueblo los vecinos lo registraban rápido. La llegada de un hombre solo podría ser algo anormal. Gordon había llegado solo, aunque con la promesa de traer a su familia. Si todavía persistía alguna sospecha sobre su presencia, se disipó el domingo al mediodía cuando apareció en el Aeroclub de Colón junto a su esposa Nelly y dos criaturas que tendrían 8 y 10 años.

El Aeroclub era una asociación de aficionados ubicada a la derecha de la ruta 8, en dirección a Santa Fe. No era un club exclusivo de los que practicaban paracaidismo, volaban planeadores o se formaban como pilotos para emplearse en empresas de fumigación. En los hechos, funcionaba como un club social y recreativo en el que las familias transcurrían el fin de semana. Había dos canchas de tenis de polvo de ladrillo, una de pelota vasca, una pileta abierta con

trampolín y un salón-restaurante con un pequeño apartado para juegos de mesa. Tenía cierta categoría, es cierto. En su nómina sobresalían profesionales de la clase media consolidada, personal jerárquico de la fábrica Morgan y estancieros de pueblos cercanos, pero tampoco era un club que le oliera el culo a cada familia que deseara asociarse. El caso de Gordon fue una muestra de esto. Trajo su avión apenas se instaló en Colón y lo guardó en el hangar. Papeles en orden, pago adelantado, todo prolijo. Y también tomó clases de vuelo con el Cessna 150, una de las dos unidades de la flota del Aeroclub, para probarlo, según dijo. No era un piloto demasiado experto ni un aventurado, pero no necesitaba clases. Lo hizo para integrarse mejor a la institución, para que el instructor hiciera fluir algún comentario saludable sobre su persona. Que su apellido corriera bien. No pretendía confraternizar con los socios ni jugar al dominó, pero quería ganar su confianza aunque fuera a la distancia. Que ningún movimiento o ausencia temporal les resultara anormal.

Introdujo a Acosta en el plan del robo porque necesitaba de un segundo piloto. Si él resultaba herido en la operación, si le pegaban un tiro, se desangraba o moría, no quería que el escape fracasara. No era necesario que fuera un piloto avezado, pero sí que estuviese moldeado en el delito, en el vértigo de la acción. Que hubiera pisado el cemento de una cárcel, el jabón de lavar abichado en la pileta, las medias mojadas, las horas sin sueño, las tardes vacías, el pan adentro de un tazón de mierda llamado guiso. Acosta era un hombre templado. Así lo había presentado Amaya. Venía bien recomendado. Era su pollo. Sabía armar molotov, había roto vidrieras, la cadena corta escondida en la campera. Peleaba contra quien fuera.

Primer dato relevante: había formado parte del secuestro de un avión comercial. Esa gesta patriótica lo honraba. Era la medalla que llevaba dentro del pecho. Pocos argentinos sabían cuánto significó esa operación para él y el resto del comando. Y después, la cárcel, tres años guardado en Ushuaia, hasta que volvió a ver la luz. Era un militante político, Acosta, o sindical, y por ende un delincuente. Porque todas las actividades contra la dictadura de Onganía o contra el imperio británico eran actividades delincuenciales, según la ley.

Sus antecedentes eran buenos, aunque Gordon nunca había trabajado con gente metida en política. De todos modos, no le preocupaba. Era la época. Y también lo que había. Lo importante es que fuera templado. Eso bastaba. El único problema de Acosta era su juventud. Gordon lo advirtió apenas lo vio entrar en El Triángulo con el flequillo lacio enchapado hacia el costado, la chomba piqué y un bolso de cuerina imitación Adidas en la mano. Una carita difícil de esconder. No le iba a servir. Demasiado joven para presentarlo en el pueblo como socio de un hombre como él. Era el primer punto oscuro que observaba, su principal preocupación: que todas las miradas se detuvieran sobre Acosta y con tanto curioseo se arruinara el plan. Lo dijo apenas se sentó enfrente de él.

—No te imaginaba con esa cara aniñada. ¿Qué edad tenés?

Acosta se distrajo con un camión que se alejaba por la ruta. Había llegado a Colón en el primer micro de la mañana. Era una mañana clara. Le gustaban las mañanas claras, de campo, cortadas por la niebla a media altura.

No se sentía joven, Acosta. Tenía 25. Era mucho más experimentado que los militantes que empezaban a asomar la jeta. Él venía de los sesenta. Pero no se ofendió. Gordon era un contacto

que le había pasado El Gordo Amaya. Un tipo que lo necesitaba para dar un golpe (que *a priori* podría ser magnífico). Después separaría su parte, gratificaría a Amaya y chau, Gordon.

Señas particulares de Acosta: era de Merlo, el oeste del conurbano, pero se había criado en Florencio Varela. Una familia típica, de clase baja. Con el sueldo entregado en sobre cerrado en la ventanilla de la fábrica al cuarto día hábil del mes. Su papá era obrero de Firestone, aunque en una oleada de despidos un vigilador de la seguridad privada lo marcó como agitador, uno del montón, mezclado entre los que se quedaban en la puerta escuchando discursos antes de entrar a trabajar. Una noche la policía lo fue a buscar a su casa. Lo trasladaron con cualquier excusa a la comisaría y lo pusieron en el cuarto del fondo. Le dijeron que esperara, que ya llegaba el fiscal. Hasta que entró El Chiquito, un exboxeador de dos metros que prestaba apoyo al servicio policial. El Chiquito empezó a pegarle para que hablara. ¿Hablar de qué? Le desfiguró la cara. Ya estaba adentro del Plan Conintes, baldazos de agua fría, picana. Y en el traslado a la cárcel de Rawson, a punto de ser legalizado y juzgado como correspondía, como indicaba el decreto del gobierno, se le plantó el corazón. Pum. Muerto. Así fue. Tiempos de Frondizi.

Acosta recibió el cuerpo de su padre tres días después. Lo velaron en su casa. Falla cardíaca, decía el papel. Tenía quince años en ese momento. Su mamá lo mandó a lo de una tía en Merlo para que no quedara marcado y la policía no lo volviera loco. Porque la cana es dañina, cuando rompe a uno, después, por temor a la venganza rompe al que sigue.

Lo anotaron en un colegio pero no se ubicó, el calladito, el nuevo que no se junta con nadie. Algo le gritaba por dentro, necesitaba

sacar ese resentimiento. Encontró su lugar en la calle. O en cualquier seccional de sindicato. O con el grupo que se reunía en lo del Gordo Amaya, a cuatro estaciones del Ferrocarril Sarmiento, de Merlo a Morón. Porque El Gordo obraba como un centro articulador de la resistencia, de la política, de los gremios, del delito, tenía todos los contactos Amaya, una agenda clandestina: UOM de Matanza, UTA de Morón, fideeros y chorros como Gordon. Y cualquiera que le abriera la puerta para ir a buscar armas de puño, cualquiera que le planteara una acción por la vuelta de Perón, Acosta iba. La vida por Perón, como decían los viejos.

A su edad, Gordon era más discreto. Ya era un delincuente, pero de otro tipo, más clásico. No andaba en política. No le interesaba, pese a que su padre había sido peronista. Paradójico. El primer peronista, además, como le gustaba aclarar. Pero un peronismo más elegante, un peronismo de traje, de los que iban al centro. No un grasita. Un peronista de gobierno. Su padre había trabajado en la Dirección de Correos y Telégrafos. Y el 9 de octubre de 1945, cuando los militares de Campo de Mayo arrinconaron a Perón, y el general Farrel le soltó la mano (lo obligaron a abandonar la vicepresidencia, el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión, se iba completo Perón), quiso despedirse de los trabajadores en un acto público, el último deseo del condenado, y ese día, desde Correos y Telégrafos, se hizo la conexión y se emitió su palabra por la radio del Estado. Una especie de cadena nacional. Lo escucharon todos. Los que saben dicen que fue su mejor discurso, mejor incluso que el que daría el 17 de octubre, pero sin filmación, casi sin fotos, la agonía de un moribundo. Y esas cosas en política se cobran. Correos y Telégrafos pasó a denominarse Correos

y Telecomunicaciones, la Fundación Evita se instaló en el edificio y al padre de Gordon, que aquel día había explicado cómo hacer la conexión, lo elevaron de rango, un cargo alto, jerárquico, director. Otro sueldo, otros zapatos. No se sacaba el traje ni para ir a buscar el diario del domingo a la estación de San Isidro.

Dos años o tres le duró esa buena época. Los años dorados del peronismo. Una tarde se fue del trabajo más temprano. Se sentía mal; llegó a su casa y apenas si pudo acomodarse. No quiso tomar ni un mate. Salió al patio desenfocado, veía nublado, el cuerpo apretado como una pasa de uva. No podía moverse, las piernas paralizadas. Quería darse vuelta y no podía. Quería pedir agua y no podía. Se le doblaron las rodillas y se derrumbó. Quedó clavado en el pasto.

Su hijo estaba llegando, volvía del colegio. En ese momento estudiaba en la escuela técnica. Vio un movimiento raro en la puerta, la policía hizo un cerco para que entrara el personal de la ambulancia, no lo dejaron pasar y se subió al pilar como un gato, saltó al techo y lo vio de traje, la camisa desabrochada, antes de que lo subieran a una camilla y lo llevaran.

Después, como ordenaba la tradición, o a modo de consuelo, Correos y Telecomunicaciones empleó a su hijo como cadete en una oficina de San Fernando y lo mandó a la calle a entregar cartas con la mochila carterón de cuero. Pero un día se le ocurrió abrir una. Y luego otra. De curioso nomás, interesado por alguna historia o un dato, chiquilinadas. Al tiempo lo detectaron. Violación de correspondencia. Lo despidieron.

Su tío se ocupó de sacarlo adelante. Con el título de la escuela técnica, le consiguió un puesto de aprendiz en el servicio posventa

de la agencia Ford D'Ambrosio, sobre avenida Centenario, en Beccar. Empezó a trabajar de mecánico. La cara fresca, bien peinado, saliendo de la fosa del establecimiento con el mameluco, prolijo, sobrio, haciendo el cambio de amortiguadores. Tenía 18 años, Gordon. Su tío, que era un apasionado de la aviación, lo llevaba los sábados al aeródromo de Don Torcuato que acababa de inaugurarse. Eran días de fiesta. Pilotaban un avión de Fadea y comentaban en la confitería las proezas aéreas de la Segunda Guerra. Así fue aprendiendo a volar.

Fue por un tiempo. No podría decirse cuándo, pero la vara empezó a doblarse. Quizá lo traicionó su talento, darse cuenta de que podía hacer andar un auto sin necesidad de una llave. Tenía esa facilidad. Bastaba su decisión. El límite era moral. ¿La moral de quién? Una vez que ese límite queda atrás se abre un mundo infinito. Podría convertirse en dueño de todos los autos de la calle. Podría elegirlos por marca, modelo, color. Solo tendría que abrir el capó, unir dos cables y hacer puente, la conexión, como la que había hecho su padre para otros fines. Después el auto sería suyo. Una tarde llevaría uno para pasear y abandonarlo. Se distraía pensando en eso. La acción le tomaría treinta segundos y *a priori* no suponía riesgos severos, y aunque le resultaría útil tener algún apoyo, prefirió no convocar a nadie. Empezó en soledad.

Y resultó del mismo modo que lo había imaginado. Salió del trabajo, caminó por una calle detrás de la catedral de San Isidro, se acercó a un auto y abrió el capó como si fuera suyo, seguro, solvente, decidido. Se subió y empezó a andar.

Las primeras semanas lo tomó como un pasatiempo, casi un gusto personal. Caminaba y observaba. Sentía que los tenía regalados, en

fila. Los estudiaba en detalle hasta que se decidía por uno, a los otros los dejaba en parrilla para cuando quisiera. Tenía un stock de autos en la cabeza. Salía del taller, elegía y después de un par de días lo soltaba. Otras veces improvisaba, lo tomaba al azar. Y aunque fuese un hábito esporádico, un auto a disposición le daba libertad.

Pero la libertad no era todo. Había que completarla, sacarle provecho, hacerse de un sueldo extra, que le pagaran el talento. Necesitaba organizarse: contratar a un cómplice, llevar el auto a un depósito de autopartes, entregarlo para que lo cortaran. Como si fuera un proveedor. Sería más que un juego de muchachos, pero redituable. Suponía mayores riesgos y beneficios. La vida era joven. La vida era eso.

La estructura comenzó a funcionar con un amigo, exalumno de la escuela técnica, un repetidor que se rindió y abandonó las clases. Siguió yendo al trabajo en la agencia como si nada, mantenía el mameluco, el pelo prolijo. Siempre en la fosa, Gordon. Seriecito. No quería transformarse en un delincuente a tiempo completo. Fue incorporando a otros a la banda. Crecieron. Prestaron más servicios. Se limaba el número del motor, se cambiaba la chapa patente, se falsificaba la documentación. Él era el líder, el dueño del emprendimiento. Un *self-made man* auténtico, entre mundano y distinguido: alto, atlético, los dedos alargados que se movían con destreza entre las piezas mecánicas, entre la grasa y el aceite. Usaba pantalones modernos, sacos, el bigote fino. Hasta que un eslabón falló otra vez y se rompió la cadena.

Su detención se publicó en *La Razón* en diciembre de 1951. Una noticia impresa en un recuadro de quince centímetros de alto, ilustrada con un retrato dibujado a mano alzada que difundió la

policía. Se lo veía con el pelo rizado un poco revuelto, pero erguido, la mirada inquisidora, ustedes no me van a quebrar. *Se lo conoce con el apodo de El Profesor y aparece como cerebro de una organización dedicada al robo de automóviles. Lo de Profesor lo ganó entre los elementos de su calaña, por su habilidad para hacer los puentes en los motores de los automóviles, con los que podían ser puestos en marcha*, y mencionaba los alias de los de su banda, El Cubano, Facha Bruta, Cabecita. Todos adentro.

—¿Cuánto hay? —preguntó Acosta, seco.

—Es algo importante.

—¿Es en la zona?

—No. Hay que tomar un avión.

—¿Los fierros dónde están?

—Están allá.

Se hizo un silencio feo. Acosta no tenía ganas de jugar al misterio. Le había tomado dos horas llegar de Merlo a la terminal de Retiro y después no pudo pegar un ojo en todo el viaje hasta Colón.

—¿Cuándo es? —Era su última pregunta.

—Es en estos días... falta pulir algunos detalles. Ver qué sabés hacer vos, en qué me podés servir.

Acosta se paró. Gordon no sabía si iría al baño o la puerta. Pensó en dejarlo andar, pero decidió probarlo. Se levantó.

—Seguime —le dijo—. Y cambiá la cara de ojete que en este pueblo la gente es agradable. Si te miran, sonreí y saludá como hacen todos. Acá sos mi sobrino.

Fueron por la ruta 8 hasta el Aeroclub, diez minutos arriba de la camioneta, en silencio. El hangar estaba abierto. Gordon saludó al instructor.

—Tengo visitas, llegó mi sobrino de Buenos Aires. Vamos a salir a pasear.

Acosta se acercó al instructor, le dio la mano y sonrió. Parecía una buena señal. El chico escuchaba. Gordon se paró junto a su nave.

—Con este vamos a viajar. —Lo palmeó como a un caballo.

Era un Piper PA-11 blanco con una franja celeste en diagonal. Cuando volaba parecía alta en el cielo, la bandera argentina flameando en el aire. Un avioncito de fines de los cuarenta, adorado en las escuelas, con el patín de cola y el ala alta, 65 caballos de fuerza, dos ocupantes, doble comando, cinco horas de autonomía. Podía alcanzar hasta 100 kilómetros por hora si el viento en contra no lo cruzaba demasiado. Linda maquinita. La había traído de un aeroclub de Formosa.

Lo sacaron del hangar entre los dos, moviéndolo a mano por el parante de las alas. Gordon se subió y le ordenó que empujara fuerte la hélice hacia abajo, le dio potencia al motor y el Piper se encendió. Lo carreteó y alineó en la pista, listo para despegar. Se corrió al asiento de atrás, Acosta se sentó adelante. Tenía los pedales abajo, la palanca de mano entre las piernas, enfrente el instrumental y arriba el horizonte. Era un luminoso día de campo. Febrero de 1971.

—Este lo volaste, ¿no? —preguntó Gordon.

—No, no lo volé —respondió Acosta.

—¿Cuál volaste?

—Ninguno.

—El Gordo Amaya dijo que habías volado.

—El Gordo Amaya es un pelotudo. Me hizo venir al pedo a verte a vos.

Gordon apretó los dientes. Por la ventanilla vio al instructor que los miraba con las manos en la cintura, expectante, listo para ir a un cumpleaños. Ya era tarde para mandar a Acosta a su casa.

—Ahora vas a aprender a volar.

Le advirtió que no hiciera nada. Que pusiera las manos sobre las rodillas, que no tocara los pedales y mirara adelante. Quietito, remarcó. Y él se estiró, empujó uno de los pedales con el pie, con la mano derecha trajo la palanca de control que estaba entre sus piernas y con la izquierda le dio potencia al motor. El Piper carreteó, hizo una ese, Gordon ladeó la cabeza a la derecha para chequear el despegue. Las ruedas se desprendieron del asfalto. Acosta vio el verde abajo.

—Cuando esté recto y nivelado, empezás a mandar vos —avisó Gordon—. A los 150 pies rumbo noreste —le ordenó—. Cuadrante 70 de la rosa de los vientos —agregó, para marearlo.

Acosta tiró hacia atrás la palanca de la entrepierna y empujó el pedal derecho a fondo; con la otra mano, la izquierda, le dio potencia al motor para subir la nariz. El Piper fue girando hacia el río Paraná. Estaba un poco inquieto porque el instrumental le parecía rústico. Era como estar volando en una chata abandonada en un baldío del conurbano, los primeros aviones de la historia que había visto en un cuaderno del colegio. Tenía esa sensación. Pero mantenía el control. No era algo imposible. Solo tenía que coordinar los movimientos entre manos y pies y hacer caso a lo que dijera el viejo desde atrás. Andar por el cielo le daba cierto alivio, un alivio que hacía tiempo no sentía. Como abrazar a alguien que quería, como salir de la cárcel. Abajo estaba el campo, la raya de tierra de la

ruta 50, Pearson, Peyrano, pueblitos en miniatura que veía desde arriba, como si volara sobre la cuadrícula de un plano.

Iba serpenteando la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe, Acosta, en dirección a San Nicolás, uno de los vértices del Triángulo de las Bermudas, el epicentro del delito de ruta, cabecera de playa de los delincuentes. Delincuentes que a partir de los sesenta empezaron a parar camiones y a levantar la carga. San Nicolás. Pergamino. Colón, o los pueblos de ahí nomás, en Santa Fe, Labordeboy, Wheelwright o, cruzando la bota, siempre sobre la ocho, en el sur cordobés, La Carlota o Río Cuarto, otro vértice operativo. Bolsas de 50 kilos de harina de trigo, electrónica, medicamentos, ropa, incluso ganado vacuno, la hacienda que viajaba al mercado de Liniers. No le hacían asco a nada. Todo reducían. Guardaban la mercadería en galpones, la estacionaban dos o tres días, la enfriaban y después la ponían en el mercado con otro camión, o incluso se la vendían a los mismos comerciantes a la que iba destinada, pero en negro. El mercado siempre estaba propenso a las oportunidades, a los nuevos jugadores. Después el comerciante argumentaba que había comprado de buena fe, el libreto de los abogados. Era un pasamanos con ganancias millonarias.

En cada pueblo de ruta más o menos grande había un reducidor. Junín. Lincoln. Rojas. Por todas partes. Primero, la mano de obra tenía que asegurar la carga, el camión, y retener al chofer por un rato. Después el camión aparecía tirado en un camino vecinal o una calle de afuera, y el chofer se presentaba atontado en la comisaría para hacer la denuncia, como le exigía la empresa, y cumplir con los papeles del seguro. Porque el chofer era el primer sospechado. Y la Brigada se movía, un poco para estudiar si había operado una banda

que tenía relojeada, y otro poco por burocracia. Pero las conocían, o las iban conociendo. Sabían cómo entrarles. En todo el espinel siempre había uno que jugaba en el medio, el opaco que traía y llevaba, el que ayudaba a abrir las rutas y hacía que el negocio funcionara. Cada tanto la policía instruía un sumario administrativo, alguna investigación interna, pero de rutina, mecha corta, nada de qué preocuparse. Noticias envueltas para los periodistas del pueblo. También estaban los dateros, el punto de origen, la palanca que movía la rueda, tipos de mente despierta que vivían con la oreja alzada, siempre en la arena donde se movían las cosas. Vendían el dato que pescaban del aire y después que lo entregaban no querían saber nada, trataban de apartarse, nunca asomar el cogote. Cobrar sin poner el lomo.

También fue cierto que después la Brigada empezó a reventar galpones en el ejido urbano o en los campos, pisó estancias, anunciaba importantes operativos, y aunque nunca llegaba a la raíz, a la organización madre, obligó a algunas bandas de ruta a reinventarse, a jugar más alto. Se mudaron al rubro del secuestro extorsivo de productores rurales. Presas fáciles. Las fuerzas vivas entraban en pánico, se reunían, alzaban la voz, apretaban al intendente. Hasta que el tipo aparecía. La familia pagaba y aparecía. O aparecía enterrado. O no aparecía nunca.

Todo le contaba el viejo desde atrás, como el ronroneo del motor de un micro en la madrugada. Le hacía la cabeza el viejo. Le soplaba en la nuca. Y Acosta pilotaba la chata y veía todo desde arriba como si estuviera en el cine, metido en la película. Los acoplados vacíos, los novillitos asustados escapando por el campo, los choferes maniatados, la mercadería descargada en el depósito, los

comerciantes perfumados detrás del escritorio entregando los billetes. Veía la escena. Le gustaba. Veía San Nicolás, la veía como debía ser Nueva York, la Gran Manzana del delito, con sus rascacielos recortados por encima del Paraná, y después iniciaron el regreso haciendo sombra sobre la ruta 188 en dirección al otro vértice de los delincuentes, Pergamino, la hermanita menor.

Se distraía Acosta mirando para abajo. Gordon le ordenó el cambio de rumbo para ir subiendo hacia Colón y terminar la clase. Acosta trajo suavemente la palanca hacia atrás y apretó el pedal, aunque, atraído por la llanura, no le dio potencia al motor para imprimir velocidad y sustentación a las alas. La nariz del Piper fue para abajo por su propio peso. Dale potencia, dale potencia, le gritó el viejo. Pero Acosta siguió aferrado a la palanca del medio, se la tiró contra los huevos, se nubló, y la chata iba fiero, cada vez más fiero para abajo, en picada. Mi comando, mi comando, se desesperó Gordon y estabilizó el avión. Fue un susto grande. Le pegó un golpe en la cabeza al piloto, no muy fuerte, para reprenderlo. Acosta no dijo nada y tampoco hizo nada más. Puso las manos en las rodillas y se quedó callado. Después volaron en silencio, el día seguía claro, algunos socios del Aeroclub ya estarían almorzando, aunque en la semana había poca gente. Fueron perdiendo altura de a poco, Gordon en el control, velocidad 60 kilómetros por hora, mil revoluciones, novecientos, iban viendo la arboleda alineada, la ruta 8 cortando en dos el campo y más allá el casco urbano. Ya llegaban. Cortó motor y tomó la radio. Dio el número de registro y avisó, Lima Víctor-Oscar November Oscar. Inicial para pista 090. Las hélices ya no empujaban más; bajaron planeando, levantando la nariz, mirando

el final de pista, una caricia sobre el asfalto, ya estaban en casa. Vuelo de bautismo concluido.

Cuando bajaron Acosta miró alrededor, no había nadie, y se paró frente a Gordon, que era mucho más alto que él. La cabeza le llegaba a sus hombros.

—Nunca más se te ocurra ponerme una mano encima.

Gordon lo miró, le puso la mano al costado del brazo. Parecía una caricia o un acompañamiento paternal; la retuvo unos segundos. No era un piloto, pero podría reaccionar bien si la operación se complicaba. Era un chico templado.

Hasta esa noche Acosta no sabía nada del plan, ni dónde, ni cómo, nada. Amaya le había dicho que en el pueblo se enteraría de los detalles. Que tomara el micro y fuera para allá. Pero el viejo seguía dándole lata con cualquier cosa. Solo se le escapó que harían una parada intermedia porque no podían llegar a destino de un solo tiro. El Piper no aguantaba. Ya estaban preparados los tambores con el combustible. De eso se había ocupado El Refaloso. Fue la primera vez que lo mencionó. Y siguió dándole instrucciones. Le adelantó que la nave la iba a volar él, para que se familiarizara, se hiciera más práctico. Le decía nave a la chata, el viejo. Saldrían mañana temprano. El Gordo Amaya le había soltado que era piloto, se reía Acosta por adentro. Estaba loco Amaya, se le cruzaban los cables, se le mezclaban las agendas. Ya era tarde. Se caía de sueño.

3
Las tres llaves

Al día siguiente estaban los dos en el aire.

Acosta pilotaba ciego la chata, pero los eventos inesperados lo perdían. De hecho, la medalla que sentía en su pecho era obra del azar y la costumbre, por haber pasado por el local del Gordo. En ese año 66 iba casi todas las tardes por si había algo para hacer. Acercarse a una fábrica, llevar panfletos, trasladar fierros. Como un militante que se brindaba a tiempo completo por la nueva Argentina. Amaya podía mandarlo a cualquier lado, la vida que quería, y no era casual que ahora cruzara el país de este a oeste al comando de un avión celeste y blanco, con la visión abierta del campo, los ranchos, la tierra nuestra. Le estaba tomando el gusto.

Gordon también iba ciego, aunque no tan ciego. Tenía el esqueleto, la teoría, casi todas las piezas, pero eran difíciles de ensamblar. La maquinaria podía fallar. Le hubiera gustado llegar con más tiempo, caminar los blancos, semblantear al resto de la banda, diseñar el operativo, dar las órdenes, pero ni los conocía. Eran todas corazonadas de El Refaloso, promesas por teléfono que habría que verificar. Lo único propio que tenía era a Acosta, su secretario, al que

había conocido ayer, y ahora lo llevaba a destino como el piloto de un aerotaxi.

Abajo, en tierra, en un paraje perdido de La Pampa, La Reforma, esperaba Aguilar, el emisario de El Refaloso, su hombre de enlace. La Reforma era un caserío clavado en la ruta provincial número 20 que unía la llanura pampeana con el sur patagónico. La ruta del desierto. Había sido la última toldería, paso obligado de carruajes, de hombres de a caballo, territorio de frontera en los márgenes del río Salado en el siglo XIX.

Aguilar era un gaucho siempre al servicio, hacía lo que mandaran. Esa mañana llegó temprano al campo con su camioneta Cross Country por orden de El Refaloso. Abrió la tranquera y descargó junto al ombú los dos tambores de nafta de 85 octanos que había comprado en Chacharramendi, la última *gran city,* un pueblo de ciento cincuenta personas, todos conocidos, todas las cuentas pagas, todos en silencio.

Así armaba sus redes El Refaloso, minuciosas, artesanales. Allí estaban sus pistas o las de sus contactos, que tenía a disposición. Un mapa de la Argentina cruzado por huellas alisadas para aterrizajes, carga, descarga y provisión de combustible en punto intermedio o de destino. Huellas y tambores: la infraestructura clandestina, la palanca que empujaba el negocio. Para cualquier plan tenía una pista o podía conseguirla, y también un apoyo logístico en el territorio. Era un armador El Refaloso. Gordon se reía de sus diseños, maniobras intrincadas escapadas de un mal sueño. Era su estilo. Pero le creía. Así había obrado toda su vida, cruzando mercadería en balsas, atento a las maderas refalosas, con un

dominio completo de las aguas turbulentas del Paraná y del Uruguay, los ríos que importaban.

Conocía la psicología de frontera El Refaloso, los corazones que se abren con dinero o cartones de cigarrillos. El peaje de cada muelle, el precio de un gendarme, el de su jefe, el de cada orilla, el de las rutas internas. Sabía qué llevar, cómo esconderlo. Podía sacar a cualquier político o delincuente que necesitara escapar del país. Los que habían luchado contra Perón, los perseguidos por defender a Perón. El Refaloso trabajaba con todos, le salía ayudar. Cualquiera que quisiera trasladar armas, enterrarlas, traerlas otra vez, debía conocerlo. Cigarrillos, políticos, armas, delincuentes. Movía todo. Así lo había conocido a Amaya, así lo había conocido a Gordon. Así se habían conocido todos. Los políticos clandestinos, los delincuentes.

Aterrizaron el Piper en La Reforma pasado el mediodía. Tres hombres a reparo de una sombra solitaria en medio del sol de la pampa. Aguilar había traído comida y bebidas, cortesía de la casa. Al rato, se levantaron y movieron los barriles para alimentar la nave con una canícula, cien litros en los tanques. No había más que hacer. Acosta quiso aprovechar para ir al almacén del pueblo. Gordon lo desalentó.

—No conviene mostrarnos.

La próxima estación aérea marcada por El Refaloso era la Bajada del Collón Curá, 500 kilómetros hacia el sudoeste, un territorio soldado por arbustos en un cordón montañoso de baja altura, una zona muerta. Acosta voló con las manos en las rodillas; Gordon, cada vez más inquieto, al control del comando en el asiento de atrás. Aterrizaron tras cinco horas, oliendo combustible, junto al cañadón. Las piedras de canto rodado rechinaron. Ya estaban en

Neuquén, la estepa patagónica. Llegaron con luz, bajo un cielo todavía celeste atravesado por una nube lánguida, caprichosamente oscura.

El Refaloso bajó del Valiant III Coronado y se acercó al Piper. Un muchacho caminaba en línea recta dos pasos detrás de él. Acosta miró el paisaje como si acabara de pisar la Luna. Gordon torció la cara. No le gustaba el panorama. Hacía más de dos años que no veía al Refaloso, desde que se había instalado en el sur, acuciado por el asma. Hasta el día en que le pasó el dato, habían hablado un par de veces por teléfono, un saludo para las fiestas, otro para el cumpleaños, la relación entre delincuentes con un pasado sin traiciones pero sin perspectiva de trabajos a futuro. Lo incomodó encontrarlo más viejo y gordo, con la renguera de la pierna derecha menos imperceptible, aunque la disimulara. Pero más le molestó el muchacho que lo acompañaba.

—¿Este quién es?

—Va a cuidar el avión.

—¿Vive acá?

—No, es de Mendoza.

Gordon lo miró de arriba abajo como si fuera un cana. Pinta no le faltaba. Treinta años, rechoncho, altura media, el semblante de los callados, los más peligrosos, los que parecen nada. Tenía un jean sucio, una remera blanca estampada con un sol sin rayos y borceguíes negros ajados, salpicados por polvo del lugar. El buzo atado en la cintura apenas le cubría la nueve, exhibida más por desidia que por amenaza.

—¿Aquel auto? —murmuró Gordon.

—Un Chevy. Es de ellos —respondió El Refaloso.

—¿De quiénes?

—De los de Mendoza.

Acosta miró interesado. Era una cupé amarilla. Se largó solo hacia el vehículo. Los tres lo siguieron sin motivo. Acosta le pidió al muchacho que abriera el capó.

—Motor cromado —comentó—. Me lo palpitaba.

—Es un auto preparado —aclaró El Refaloso, para limar cualquier aspereza.

—¿De qué año es? —preguntó Acosta.

—Del año pasado, creo. La hicimos esta semana y la trajimos —respondió el de Mendoza.

Gordon preguntó por los tambores de aeronafta, el auto no le importaba. El Refaloso le prometió que llegarían mañana sin falta.

—Son dos tambores —dijo, serio, Gordon, mirando al muchacho.

—Dos tambores —repitió, casi sin abrir la boca.

Se dio vuelta y fue hacia la avioneta. Sacó una lona verde de diez metros y la cubrió sin ayuda, como un acto personal. El Piper quedó al borde del cañadón. Parecía un avispón verde. Se fueron sin saludar. Tenían un largo viaje por delante, más de doscientos kilómetros, de noche, sobre el ripio de la ruta. Pero el problema no era la distancia, la noche ni la ruta. La cosa había empezado mal. No sabía si era el de Mendoza, su pinta de cana, la nueve, los tambores que no estaban o la pierna renga de El Refaloso (su lastimosa decadencia) lo que le molestaba. No tenía ganas de escucharlo. Dos plantas, frente de troncos y madera, todo equipado, con un terreno en bajada hacia el lago Gutiérrez, playa privada, enumeraba El Refaloso, soltando palabras al aire. La había alquilado por una quincena. Ideal para turistas, se solazó.

—¿Dónde los conociste a los de Mendoza? —preguntó Gordon.

—Me ayudaron a cruzar un pedido a Chile, estaba todo el sur cerrado. La milicada está ajustando las clavijas en la aduana y ellos manejan los pasos. Se portaron bien.

—¿Cuándo fue?

—Hace tres meses. Es gente conocida, tienen buenos antecedentes.

El jefe de la banda de Mendoza era un excorredor de grandes premios de montaña de los años 60. Un mecánico que encontró su oportunidad y se convirtió en piloto. Podía correr con un trapo atado en los ojos la Vuelta a la Manzana, el Gran Premio Dos Océanos o cualquier Desafío de Valientes. Ese era el mito. Conocía los caminos de tierra, las etapas de cuatrocientos kilómetros, los autos de competición que mordían la curva del precipicio y se acomodaban con la misma elegancia y seguridad con que los padres de familia recorrían el Boulevard de Colón las tardes de domingo. Era de ese palo. A veces algún distraído caía barranca abajo, a los tumbos, hasta que el auto se detenía panza arriba y se incendiaba. Pero al jefe de la banda nunca le había temblado el pulso. Se retiró invicto, con mil trompos, pero jamás una caída. Y como era natural, le quedaron ganas de seguir corriendo, el gusto por el vértigo. Se mudó a Mendoza, se curtió en la montaña, en la frontera, en el contrabando. Podía volar a Chile como un cóndor.

Los de Mendoza habían llegado hacía dos días; se recluyeron en un galpón de los Altos de Bariloche. Jugaron solos, sin consultar a nadie. Apenas el corredor escuchó el plan de El Refaloso armó una estructura importante, autos, fierros, hombres, cada cual con su tarea. Un equipo preparado. Todavía no le había puesto precio a sus

servicios. Esto, había dicho El Refaloso, se resuelve cuando llegue el jefe. Y se va a resolver bien, afirmó, ceremonioso. Pero antes de negociar, los de Mendoza ya habían quedado a cargo de la aeronafta, es decir, con el control del escape. Antes de decir buenos días, los tenían agarrados de los huevos, obligados a un buen acuerdo. El tema inquietaba a Gordon como el zumbido de una mosca revoloteando su cabeza. Estaba cruzado. El Refaloso no pudo asegurar los tambores como le había prometido. Entregó la fuga. Pensó que podría traerlos desde La Reforma, pero Aguilar le dijo que no se animaba a un viaje tan largo. El Refaloso no insistió. No le inspiraba confianza. Demasiada pinta de gaucho para mover la carga con los milicos en las rutas olfateando subversivos. Lo desarmarían en dos minutos, sin ninguna cachetada.

El Refaloso no tenía experiencia en la zona, eso se notaba, intentaba nadar en el cuello de una botella. Estaba viejo, además. Sus años de esplendor habían quedado sepultados en los ríos del litoral, la frontera del norte. Y este escollo, su propio ahogo, lo soltó ante el corredor: me están faltando dos tambores. Lo deslizó como una inquietud pero sonó a un pedido, a una rendición. Y el corredor registró la debilidad. Tienen la idea, pero no tienen la logística, y nosotros la tenemos de sobra. Y cuando la logística se apropia de la idea, arrasa, se queda con todo, los ideólogos del plan se convierten en sus subordinados, sus rehenes.

—Eso lo podemos manejar nosotros —dijo, sereno, como un detalle que agregaba a la lista de servicios.

No había inocencia. El Refaloso sabía lo que estaba entregando. Y Gordon ahora lo sentía como una amenaza.

—Los buscamos apenas lleguemos a Bariloche —afirmó.

—No les podemos caer tan tarde. Mañana vamos tranquilos. Se van a portar bien —intentó calmar las aguas El Refaloso.

Acosta seguía atrás, recostado sobre el asiento del Valiant, con la ventanilla abierta, el aire fresco de la noche se le hundía en la cara; ni sabía de qué hablaban.

Treinta y un grados hacía la mañana siguiente, el día del golpe, cuando Gordon salió a caminar los blancos. Dejó la residencia de Playa Bonita con una bermuda color crema, camisa manga corta modelo safari, sandalias de verano y anteojos Ray-Ban de marco dorado. Acosta quedó sentado frente al lago, como un buda. ¿Qué tendrá en la cabeza este muchacho?, pensó Gordon. No era necesario que lo acompañara. Mejor ir solo, no llamar la atención. Tomó el colectivo de línea en la avenida costera hasta el centro cívico como un turista que disfruta de una ciudad bendecida, listo para el paseo. La noche anterior habían repasado los informes de los dateros, los dos hombres reclutados por El Refaloso, los primeros en tejer la telaraña. El Peinado, el mozo de la confitería del hotel, el que soltó la frase que pateó el hormiguero: si se embolsa a estos tres juntos se abre el tesoro. Y Uberfil, secretario de un gerente del banco; exsecretario, en realidad, ya lo habían despedido. Era el hombre de la venganza, el que trajo pelos y señales de los blancos.

El primer objetivo era Romero, el contador.

Vive con su esposa en Mitre 226, una casa con un jardín pequeño a la calle y una galería en el ingreso. Siempre están los dos solos. Tienen dos hijos que se fueron a vivir a Buenos Aires. Todas las mañanas camina seis cuadras para ir al banco. La misma rutina desde hace diez años, debe tener contados los pasos. Esa es su

vida. Características personales: es inofensivo, entrega la llave apenas se lo asuste.

El objetivo podía parecer simple pero no lo era. Hay que hacer que Romero se asome a la calle con un buen argumento y meterlo con cuidado otra vez, pensó Gordon parado en la vereda de enfrente de la casa del contador. Mitre era la calle principal, la casa estaba apenas retirada del centro, pero a la medianoche todavía circulaba gente, era verano. Hay que tranquilizarlo, que se le pase el susto, y subirlo a su propio auto quizá con la esposa y llevarlos hasta el segundo objetivo. Gordon vio un movimiento, es ese, el que está ahora en la puerta, se dijo.

El segundo objetivo era Gainza, el tesorero.

Vive con su esposa en el paraje Nahuel Malal, cerca del Hipódromo del Jockey Club, camino al Hotel Llao Llao. Ocupa una casa con un terreno al frente, con ligustrinas y un portón. A veces lo deja abierto. La calle es de tierra, un poco oscura. Alquila.

... Romero debe acercarse y llamar por una emergencia para que Gainza salga, anota mentalmente Gordon. Romero, Gainza, sus esposas, todos guardados. Acá juegan los de Mendoza, se meten en la casa, los retienen, vigilan. Es suficiente con dos. Aunque para el tercer objetivo se necesitaría uno más de ellos.

El tercer objetivo era el más delicado. Pérez, el gerente.

Desde hace unas semanas está en el hotel Pilmayquén, sobre la 12 de Octubre, frente al lago, muy cerca de la plaza del centro cívico. El conserje trabaja hasta la una de la mañana. Después lo reemplaza un sereno. Pérez se hospeda en una habitación triple, con su mujer y una hija adolescente. Guarda su auto en la cochera, un Dodge Polara blanco. Es su última noche en el hotel. Debe tener las

valijas listas. Puede ofrecer resistencia si su hija está en riesgo. Siempre habla de ella.

Hay que traer a la familia Pérez en su auto hasta la casa de Gainza, encerrar a todos y después ir al banco con alguno de ellos. Posiblemente Romero, pensó Gordon.

Cuando recorrió la calle Mitre, ese tórrido mediodía, una larga fila esperaba frente al banco. Serían veinte o treinta personas. La entidad abría por primera vez después de los feriados de carnaval. Todo el dinero que se había facturado en hoteles, restaurantes, comercios y casinos se depositaba, por precaución. A la noche estaría guardado en el tesoro.

El banco era un inmueble pequeño de diez metros de frente y un hall de entrada con puertas de vidrio amplias. En la fachada de la planta alta, revestida de troncos, había dos ventanas y una tercera debajo del techo a dos aguas. Sobre las maderas, en letras de hierro, estaba el cartel: Banco de la Provincia de Río Negro. En la vereda había un árbol de no más de un metro y medio y un poste de prohibido estacionar. Al lado, una casa particular con ligustrina baja, y del otro lado un consultorio odontológico. Era todo.

Gordon decidió regresar a la residencia de Playa Bonita para descansar, hacerse de un tiempo antes de la reunión con los de Mendoza. Luego entraría en la vorágine de los acontecimientos. Sería un día largo, pero estaba más o menos seguro. La operación se preveía complicada, amañada, por momentos de extremo riesgo, aunque al fin y al cabo, razonable. Había dos puntos que le preocupaban. La situación del gerente en el hotel, la última llave, la triple corona, como lo llamaba. Un nudo *a priori* difícil de desatar por la presencia de su esposa y su hija: si se resistían podrían convertir

una obra artística en un mero hecho de sangre; no le serviría a nadie. Un tiro, aunque fuese al aire o a las piernas, impediría el acceso al banco. El otro tema era la banda de Mendoza, un fantasma que se agigantaba y que ahora, con una idea más clara del territorio y el diseño operativo que tenía en mente, estaba decidido a enfrentar.

Cuando llegó a la terraza de la casa del lago encontró los restos de un almuerzo rápido sobre la mesa. Fetas de salchichón y queso de máquina dispersas sobre papel madera, un sándwich con el pan abierto a medio terminar, un vaso con Coca-Cola, la botella de vidrio al sol. Acosta no estaba. Bajó a la playa, caminó por la orilla y lo vio lanzando piedras al agua, solo, lejos de los turistas.

Le chifló. Acosta se dio vuelta, tiró la última y se acercó.

—Todo resuelto —anunció Gordon.

—¿Conseguiste la bandera? —preguntó Acosta.

Gordon se sorprendió. Luego recordó.

—Ah, cierto, la bandera... busqué por el centro pero no encontré.

Volvieron a la terraza y Gordon anotó las instrucciones con una Bic, las líneas desquiciadas del plan reflejadas en el papel de los fiambres, mientras indicaba cómo debía actuar Acosta en cada momento del robo.

—Tenés que estar siempre al lado mío —resumió.

Acosta parecía haber entendido. Pero no había escuchado nada.

—Necesitamos una bandera —dijo sin pestañear. Como si fuera la voz de otro la que hablaba por él.

4
La bandera

Cuando estaba en la cárcel le gustaba dormirse pensando en la bandera, la imagen de la celeste y blanca colgada de un mástil de hierro iluminada por los focos amenazantes de las camionetas de los ingleses que la rodeaban; la bandera que resiste en la tempestad, que no se rinde ni se entrega. La bandera clavada en el territorio usurpado como imagen del sueño brillante de la Patria. Un sueño que se va esfumando en las horas inciertas del comando, y él se pierde en un laberinto, rueda cincuenta pisos hacia abajo y cae en la noche del velorio de su padre, y se despierta agitado, como si lo hubieran golpeado, y queda con los ojos abiertos, quieto, hasta que la claridad lo calma.

Voló a las islas de repente, la tarde de un martes en que había un clima raro en lo de Amaya, el murmullo de una reunión, alguien que salió y volvió a entrar, y Acosta que metió un pie en la puerta antes de que se cerrara, de curioso, porque intuía que se estaba cocinando algo grande y no quería quedar afuera. Y quizá haya sido por la complicidad de Bovó, obrero de una fábrica de metales, que lo conocía de Merlo y le acercó una silla, o por la confusión del propio Giovenco, que traía información de los del centro, los detalles finales

de los que armaban la cosa, que lo vio por primera vez y entendió que ese muchacho estaba en la lista del grupo de Morón. Y Acosta se sentó, fue parte de la reunión, atento, callado, sin preguntar, ni una palabra, como si todo estuviera claro.

Es hoy, dijeron. Saldrían en autos separados por si la policía los paraba. Llevarían el arma corta y lo que tenían puesto, nada más. Los largos los mandarían desde el recreo del sindicato, los harían entrar directamente a la bodega del avión. El resto caminaba solo. En Aeroparque les darían el pasaje y un bolso de ropa con el abrigo —el mameluco gris, la campera, las botas—, el uniforme oficial del comando, para que se cambiaran en el baño.

A medida que los fueron llamando, cada uno se subió al auto que lo esperaba; algunos en la vereda, otros en la esquina. A cada nombre una despedida, la mirada a los ojos, el abrazo, la palmeada en la espalda. Morón, el apéndice del plan central, la sucursal de la Revolución Nacional afincada en el kilómetro 20 de la avenida Rivadavia, aportaba media docena de hombres para la toma de las islas.

No había espacio para Acosta en los autos. Bovó le dio un dinero, no mucho, suficiente para un remise. Acosta tomó los billetes y los guardó como reserva, pero había decidido ir en tren, por seguridad.

Ese tren, ahora, era el inicio de un viaje que lo trasladaría a las islas. Lo pensaba a cada momento para creerlo. Estaba sentado en un vagón semivacío, viajando a las Malvinas. No era una broma. En la estación Once tomó un colectivo y bajó en Aeroparque. Miró de reojo el río como si fuera un talismán de la suerte, respiró profundo. El vuelo salía pasada la medianoche. Estaba bien de tiempo, aunque no le sobraba. El tren se había detenido después de la estación

Caballito, debajo del túnel, y por veinte minutos pensó cómo salir del encierro, saltar por la ventana, lanzarse a las vías, trepar el muro y llegar a la calle, hasta que arrancó.

Entró al hall casi desierto del Aeroparque todavía con esa ansiedad, el temor inconsciente de que algo podría fallar. No veía a nadie, no veía nada. No tenía idea de dónde estaba el mostrador en el que debía presentarse, no conocía el vuelo, dio todo por supuesto. Solo sabía que tenía que estar en Aeroparque. Y allí estaba. ¿Para ir adónde? Transpiraba. Pensó que habría confundido la hora. Daba pasos rápidos, pero sin correr, sin levantar sospechas. En el apuro chocó con dos muchachos que caminaban en sentido contrario, cada uno con un bolso negro, grande. ¡Los largos!, se dijo. Los siguió cinco, diez minutos y de a poco todo se fue ordenando. Reconoció a Bovó de espaldas, allá estaba Giovenco con los anteojos negros, junto a otros que lo rodeaban. Debían ser los del centro, a los que no había visto. Bovó le preguntó si había estado preso o prófugo, o si tenía algún antecedente que pudiera complicarlo. Le vino a la mente una imagen suya en un patrullero blanco de Merlo. No, nada, respondió. Bovó le dio una cédula y un pasaje con el nombre de otro, por las dudas. Acosta. Así se llamaría. ¿Qué importaba el nombre? Ya estaba adentro del avión, con su bolso, su fierro. Como cada uno de los del comando, la complicidad en los ojos, la alegría imbatible. Despegaron. Se sentía protagonista de un hecho histórico. Era parte de un grupo, tenía un lugar, una idea de Patria. Ya no era un paria.

Después de cuatro horas de vuelo, Cabo y Giovenco, el uno y el dos del comando, entraron a la cabina de los pilotos. Madrugada del 28 de septiembre de 1966: se producía el primer secuestro aéreo de

la Argentina. Fue lo más fácil del mundo. Los pasajeros asumieron que algo raro pasaba, se veía mar a los dos costados. Pero cuando aquellos tipos sacaron una fila de asientos y subieron los bolsos de la bodega, y fueron a los baños y salieron disfrazados con mamelucos grises, y se repartieron las armas, entendieron que se trataba de un asalto. La nave estaba tomada. No hubo pánico, aunque algunos se miraron con preocupación, fumaban inquietos. Quizá hacía falta una palabra para aclarar lo que sucedía. Hasta ese momento eran todas acciones sincrónicas, el movimiento de un grupo que caminaba por el pasillo como en un simulacro de evacuación o una representación teatral. Fue la voz del comandante del avión la que trajo serenidad por los parlantes. Habló como si del otro lado lo escucharan niños: estamos volando a un destino nuevo, un territorio extraño. Pero no ocurriría nada malo. Todos estarían a salvo.

El vuelo transcurrió en una atmósfera gris; el cielo, el mar, los del comando. Un viento hostil fue moviendo la nave de un lado a otro, hasta que se empezaron a ver estancias, la bahía, los techos descoloridos de una urbanización también gris. Fueron diez minutos de avistamiento a baja altura, se podían ver incluso los abrigos de la gente en las calles; diez minutos en que la nave volaba alrededor del mismo lugar, hasta aterrizar sobre una pista de carreras de caballos, con las ruedas avanzando sobre el barro, a los saltos, cien o ciento veinte metros, y se detuvo. La punta del avión quedó levemente hacia arriba. Todo el pasaje, incluso los del comando, permaneció en los asientos, quieto, inmerso en un extraño silencio, de emoción, de misterio.

—Estamos en las islas Malvinas —anunció el comandante, solemne.

Los pasajeros aplaudieron. Los del comando abrieron la puerta de atrás y se lanzaron en una soga. Hicieron pie. Las botas en la turba, en la tierra esquiva, la tierra prometida. Enseguida se abalanzaron para cumplir con el mandato, la reafirmación soberana, como habían previsto: colocaron siete banderas argentinas en mástiles de hierro, una sobre el alambrado, otra junto a un ala del avión, otra...

La instalación de la bandera era el primer paso. Lo primero que había que anunciarle al mundo y a los isleños que se acercaban. El comando no tenía un plan lineal de lo que seguía. La idea era esperar el suceso, decidir en base a la novedad. O, si había un plan, Acosta no lo había escuchado. Él miraba y se movía de acuerdo con las instrucciones de los jefes. Sabía que era un recién llegado, un pariente desconocido al que sientan en la mesa principal por un malentendido. Cabo y Cristina, su novia, la única mujer del comando, aprovecharon la presencia de un chileno que supuso que el avión se había accidentado. Le explicaron que eran argentinos y venían a entablar conversaciones con el gobernador. La residencia no estaba lejos, la tenían marcada en un mapa, y se subieron al Jeep del hermano trasandino que ofreció llevarlos.

A los pocos minutos, el pueblo, que había observado inquieto el devaneo del avión, se volcó hacia el hipódromo. Algunos llegaron con sus hijos, otros con su arma. Siete Land Rover avanzaron sobre la pista y se detuvieron cerca de los mástiles. La bandera argentina era una amenaza, un arma de guerra. El avión quedó bloqueado por las camionetas. El jefe de la policía local, acompañado por seis guardias belgas, exsoldados de la Segunda Guerra contratados para

la defensa de las islas, caminó hacia la nave con determinación, con la aparente misión de parlamentar. Vengan, vengan, les dijeron. Y los redujeron y encerraron en el avión, los hicieron prisioneros.

Ninguno de los del comando sabe cómo seguir, pensó Acosta. Esperaban los resultados de la misión de Cabo y Cristina. Alguien propuso dejar hombres de consigna en el avión y avanzar sobre el pueblo. Tomar la comisaría, la Asamblea, la sede de la BBC si existía, la oficina de Teléfonos. Hacer guerra de guerrillas. La moción no prosperó. Habían llegado con la intención de quedarse en las Malvinas, pero estaban inmovilizados.

Un rato después, entre los pobladores se recortó la figura de un cura haciendo señas apoyadas por un español confuso. Dijo que era holandés, tenía parientes en Olivos y había conocido Mar del Plata.

—Conozco muy bien la Argentina —afirmó.

—Esto es la Argentina —lo cortó uno al pie del avión.

El cura se detuvo. Otro lo llamó.

—Venga, venga...

La presencia de un cura siempre impacta, más a los del comando, que eran peronistas, nacionalistas y sobre todo católicos. Era la época del Concilio Vaticano II, el catolicismo no era tan estricto como en los años 30, el del pelo engominado y la cruz de plata reluciente en el pecho, aunque en el comando había una mezcla entre posconciliares y el tradicionalismo preconciliar, que se mantenía en el alma de los que habían militado en Tacuara.

El padre subió a la nave y atravesó el pasillo saludando a los pasajeros como si fueran fieles, Acosta le tendió la mano por inercia, y se acomodó en la cabina del comandante. Recibió un trato diferente al del jefe de la policía local y los belgas, que ya estaban

guardados en la bodega. Incluso se habían sacado algunas valijas para hacerles lugar.

Le ofrecieron mate. Dígame, padre, lo escuchamos. El cura se ofreció como mediador, el garante de la vida de todos para que esto, que no sabía cómo definir, terminara bien.

El aterrizaje del avión se había transformado en un evento singular para los isleños. Los niños lo tomaron como un hecho festivo, pero la escena se tornó más espesa cuando los del comando, con sus largos, se apostaron sobre la frontera de facto, un círculo de 70 metros alrededor del avión, el territorio soberano que se acababa de recuperar, delimitado por las siete banderas.

Fuera de ese círculo, además de los niños, estaban los infantes de la policía local, también con largos, y civiles con pistolas en la cintura. A doscientos metros, sobre la lomada, se veía una ametralladora pesada.

El mensaje del cura era el del gobernador: ofrecían abrigo y comida para los que abandonaran el avión. A esas alturas, después de una larga demora, ya habían regresado Cabo y Cristina. Acosta se enteraría de que fueron destratados en la oficina imperial. El gobernador le pidió al chileno que le diera el acta de rendición que la pareja acababa de leerle, la miró, la hizo un bollo y la tiró a la basura. Los soldados belgas les exigieron que se fueran.

El comando entendía que los pasajeros merecían comodidad, pero se negó a que el gobierno oficiara de huésped. Esto supondría el reconocimiento de su autoridad. Podrían aceptar que los recibieran los vecinos, como acto de hospitalidad, pero no habría concesión frente al Imperio británico. El cura llevó el mensaje a la Gobernación.

La tarde se estaba yendo en la nebulosa y las camionetas habían encendido sus focos. Solo las banderas y la nave estaban iluminadas. El resto era oscuridad. A un costado de la ametralladora pesada se distinguían tres carpas con infantes de policía que cuerpo a tierra observaban los movimientos con binoculares. Los niños fueron mandados a sus casas. En el hipódromo solo quedaba gente armada.

El cura regresó al rato con la buena nueva: los pasajeros podrían salir. Serían amablemente hospedados en casas de familia. Esta alternativa generó distensión. Cabo le pidió al cura que rezara un oficio religioso al pie del avión para acompañar la despedida. Y el cura lo hizo en un inglés pulido, sin asperezas, y también en su castellano forzado, una oración en cada idioma, una para los isleños y otra para los de la nave. Aunque la frontera se mantuvo inalterable, la ceremonia fue compartida por todos. Fue en ese momento de emoción que, como forma de armisticio o compensación, el comando decidió sacar de la bodega al jefe de la policía local y a los belgas y los entregó. Misericordia tal vez, no se sabe, pero todos se pararon al lado del cura a escuchar la palabra de Dios.

Después vieron irse a los pasajeros caminando. Ya era de noche. Acosta tuvo la certeza de que la batalla por la soberanía empezaba a perderse, o ya estaba perdida, pero ahora resultaba evidente. ¿Qué se podría hacer sino esperar? Pero ¿esperar qué? Sacaron las banderas, las doblaron y cerraron la puerta del avión. Afuera seguían los civiles armados, las siete Land Rover al acecho con los focos encendidos. Los del comando creían que no se animarían a dispararles, aunque no había garantías.

Fue una noche difícil, casi no había comida. Los pasajeros, en su ansiedad, habían limpiado la provisión de alimentos. Quedaban algunas botellitas de whisky para compartir. No habían tomado las islas —tampoco hubo un plan concreto para hacerlo—, pero el objetivo de hacer flamear la bandera argentina en Malvinas se había cumplido. El reclamo soberano había sido expuesto. Era una forma de consuelo, aunque todavía existía la fantasía de hacer algo más. De creer que la historia no había terminado.

A poco de amanecer un técnico del comando logró hacer funcionar la radio del avión y Cabo transmitió una proclama que difundieron las radios de Buenos Aires. El general Onganía ordenó silenciarla de inmediato. La gesta patriótica estaba en la portada de los diarios, pero la dictadura aclaró que había actuado un grupo subversivo, aunque la reafirmación de la soberanía argentina sobre las islas se mantenía inalterable. Después se repusieron las banderas en la turba en una solitaria ceremonia de tono militar. Todo estaba como entonces, aunque había menos isleños circundando el hipódromo. Algunos pasajeros cambiaron pesos por libras esterlinas en el banco local, compraron comida en el almacén de ramos generales y la acercaron al avión. Los pasajeros vivían un día de excepción, un tour gratuito: caminaban por la bahía, tomaban fotografías, conversaban con los isleños, en tanto una comisión constituida *ad hoc* se interiorizaba en la residencia imperial sobre los preparativos del regreso al continente. Les aseguraron que partirían en un barco de madera, todavía en reparación.

Los del comando no sabían qué sucedería con ellos. Las perspectivas eran sombrías: quizá los obligarían a rendirse y serían deportados. Tal vez los enjuiciarían en Gran Bretaña. Pasarían años

en prisión en un ignoto dominio colonial. La orden que dio Cabo fue no responder si les disparaban, se producirían muertes innecesarias. Pero qué sucedería si la policía local atacaba las banderas, las pisoteaba o se las llevaba. ¿Qué debían hacer? No lo sabían.

La tarde pasó sin novedades en el frente, con el comando caminando alrededor del territorio soberano recuperado, cambiando impresiones, a la espera de algún acontecimiento. Hasta que volvió el cura. Se acercó solo, con el semblante sereno, la sonrisa alegre, como si trajera consigo la solución a los problemas del mundo. Ofreció un acuerdo honorable, un tratado de paz en el que no participaría el gobierno. Así lo presentó. Sería un pacto entre ustedes y yo, como representante de Dios y la Iglesia anglicana en las islas. El comando lo escuchó con interés. Reclamó detalles.

—¿En qué consiste el pacto?

—Es simple. Ustedes abandonan el avión y yo garantizo sus vidas. Cada parte pone un poco.

La propuesta generó una discusión abierta entre el comando y el cura.

—¿Qué pasará con las banderas?

—Quedarán bajo mi custodia y luego se las llevarán a su país.

Uno se sobresaltó. ¡Este es nuestro país!, dijo, pero no era el momento de discusiones.

—¿Qué harán con nuestras armas?

—Quedarán en las islas.

—¿Adónde?

—No sé. En el museo, o en el sótano de la iglesia.

—No. Queremos que las armas queden en manos del comandante del avión.

La idea suscitó un murmullo interno. El armamento sería incautado por la dictadura apenas el comandante regresara; sería usado para la represión.

—Preferimos que queden en la iglesia, pero no en manos del gobierno británico —se resolvió.

—Yo velaré por ellas —prometió el cura.

—¿Dónde iremos si abandonamos el avión?

—Vendrán conmigo. Dormirán en la casa de Dios. Habrá comida.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se repare el barco que los dejará en alta mar y luego ustedes abordarán otro que los llevará a la Argentina. A la Argentina no, al continente —se corrigió el cura.

—¿Cuál será la participación del gobernador británico en este acuerdo?

—No participará, será un observador.

—¿Qué garantía tenemos de que no nos miente?

—Les estoy ofreciendo la palabra de Dios.

En ese momento un relámpago iluminó el oscuro cielo de las islas, y en menos que nada un diluvio se descargó sin piedad. Estaban a la intemperie, alumbrados por los focos de las camionetas. La tempestad creó una atmósfera mística, un llamado celestial. Como si Dios hubiese escuchado el diálogo entre las partes y hubiese dado consentimiento, tras ser invocado por el cura. El agua fue recibida como una bendición y aceleró el acuerdo. Uno del comando se adelantó, se arrodilló ante una de las banderas y apoyó el largo sobre el charco. Le entregaba su arma a la Patria. Otro lo imitó con paso ceremonioso, y cada uno fue depositando la suya, incluido Acosta. Todos los largos y los cortos de puño rodeaban el mástil, y

con la bandera sacudida por el viento huracanado los del comando invitaron al cura a cantar el himno, oíd mortales el grito sagrado, en la tierra usurpada. Cantaban con lágrimas en los ojos, la piel erizada, algunos con el torso desnudo porque los mamelucos se habían empapado y no querían enfermarse. ¿Hacía cuánto que el himno argentino no se cantaba en las Malvinas? Libertad, libertad, libertad. Y se sintieron hermanados para siempre.

El cura se impresionó con la ceremonia. Cabo tomó sus manos y lo miró a los ojos.

—Confiamos en usted, padre —le dijo, y dio por validado el acuerdo, la palabra de Dios.

Dos hombres bajaron de una Land Rover, tomaron las armas y las llevaron a la camioneta. Los del comando se sorprendieron, uno se interpuso, pero el cura lo disuadió con un gesto. Son feligreses, aclaró. Para evitar controversias, pidió que ellos mismos bajaran las banderas y las depositaran en las camionetas, junto a las armas; serían llevadas a la iglesia.

Los del comando abandonaron el avión, caminaron por el barro del hipódromo, pronto a convertirse en una ciénaga, y subieron al asfalto de la costanera. Cada uno llevaba su bolso de mano. Era una procesión a ciegas, empujada por el viento de la bahía, iluminada por las camionetas que avanzaban desde atrás, a paso de hombre. La tristeza los embargaba. No se habían rendido, pero se sentían prisioneros de una guerra que ni siquiera había comenzado.

A pocos metros, ya en el casco urbano, entre la niebla y la lluvia, avizoraron un retén al mando del jefe de la policía local, al que antes habían capturado. Los detuvo, los miró uno a uno y los puso contra el paredón de la iglesia; los soldados requisaron sus bolsos y los

palparon de armas. Después el padre les abrió las puertas del salón parroquial y los invitó a acomodarse en un anexo, un ambiente calefaccionado por dos estufas eléctricas, con un ventanal que daba al jardín lateral. Tenía una pequeña cocina con gas de garrafa y un baño en el que se quitaron las ropas mojadas y volvieron a usar las de civil. El padre les preparó guiso de arroz y lo fueron comiendo en cuencos que se pasaban de mano en mano. El cura se retiró; quedaron bajo custodia de los guardias belgas. Acosta veía en la ventana sus sombras, que se proyectaban sobre los del comando; empezaban a dormirse.

En la madrugada, un paso agitado los despertó. El cura entró al anexo con los soldados, que los apuntaron. Falta una bandera, le gritó el cura a Cabo, somnoliento. Estaba de malhumor, no solo porque también lo habían despertado, sino porque sintió que la palabra de Dios, garante del acuerdo, había sido traicionada. ¿Dónde está la bandera?, repetía. Los del comando reaccionaban con movimientos lentos, casi indiferentes. El padre tuvo la consideración de apartar a Cristina al salón parroquial y ordenó a los hombres pararse desnudos contra la pared, con las manos en alto y la cabeza inclinada. Apenas se desprendió de sus ropas, la bandera argentina apareció escondida en el cuerpo de Acosta.

Lo separaron, lo trasladaron a la comisaría, le golpearon la cabeza y lo tiraron al calabozo. Pasó la noche temblando de frío, con los ojos abiertos. La claridad lo calmó.

—Quedate tranquilo —la voz de Gordon lo devolvió a la casa del lago después de unos segundos de silencio—. Ya vamos a encontrar una bandera. Ahora vamos a ver a los de Mendoza.

Y salieron rumbo a los Altos.

5
Los de Mendoza

—¡Genial! —gritó uno de los de Mendoza.

Gordon se inquietó por el barullo.

—Genial Mario, así lo llaman —aclaró El Refaloso.

Genial se asomó al portón del galpón y los vio bajar del Valiant III. Las dos bandas completas se encontraban por primera vez. El Refaloso, el orfebre del plan, el que había unido los hilos y era menospreciado por las dos partes, buscó aflojar la tensión con un comentario banal.

Genial y Gordon se saludaron sin tocarse. Acosta echó una mirada a la custodia, la olfateó como perro. Genial invitó a entrar. El galpón era un espacio húmedo usado para la esquila de ovejas. Ahora estaba abandonado. Adentro había dos autos. Un muchacho, soldado de Genial, apoyado sobre un capó, controlaba el acceso con una escopeta recortada. Sobre la tierra quedaban rastros de lana y, al fondo, listones de madera quemada, los restos del corralón.

Genial era un hombre medianamente alto, de cincuenta años, atlético. Ni en sus peores días esquivaba su rutina de flexiones y abdominales. Tenía una calvicie pronunciada, pero un mechón grueso alcanzaba a cubrirle parte de la cabeza. Lo caracterizaba su

labio superior partido, como si hubieran querido cortarle la cara al medio con una sierra y se hubieran arrepentido. Su apodo era una marca. Genial se preocupaba por demostrar aplomo y elegancia, y le gustaba relacionar su filosofía de vida con su manera de tomar las curvas; con frialdad y talento, explicaba. Los condujo hacia un tablón en el que había apoyado su arsenal. Allí inició la exhibición. Tomaba un arma, refería un dato sobre sus capacidades, la fuerza de seguridad que la utilizó y se la entregaba a Gordon como una obra de arte. Era su forma de marcar la diferencia entre los dos. Faltaba que preguntara, ¿y vos, gil, qué trajiste además del dato?

Después lo invitó a un sector oscuro del galpón. Se sentaron en dos asientos redondos, uno frente al otro, junto a los fardos. En su improvisado reducto, Genial le habló como un santo.

—Contame en qué te podemos ayudar.

Gordon explicó lo que necesitaba, que no era mucho, agregó. Un auto de seguimiento para la primera acción, el secuestro del contador; asegurar la casa del tesorero cuando los tuvieran encerrados. ¿Qué más? Un hombre de apoyo para sacar al gerente del hotel, podría haber gente en el hall, y nada más. Ah, sí, un detalle, recordó: el control desde la esquina del banco cuando estuvieran adentro. Eso era todo. Después nos vamos para el avión, cerró.

Gordon reducía a los de Mendoza a tareas casi de observación, una asistencia de cortesía frente a la complejidad del atraco. Un acompañamiento.

—Poco trabajo por lo que vamos a cobrar —completó Genial. Intentó sonreír, aunque su labio partido dejaba el gesto a la mitad, como un tic inconcluso.

Gordon hizo silencio. Quería escuchar más.

Genial siguió:

—Mirá, te voy a decir lo que veo, quizá me equivoque un poco, aunque no creo. Trajiste un muchachito que si lo apurás se tropieza con su sombra y el otro, buen amigo, que lamentablemente ya no puede caminar sin decir estupideces. A menos que tengas la quinta división del ejército prusiano acuartelada abajo, creo que vas a necesitar más ayuda para robar el banco. Y si no querés nuestra ayuda, no importa, te la brindamos igual. No vinimos de paseo. Es nuestra manera de trabajar.

—¿Entonces? —preguntó Gordon. Faltaba la conclusión.

—¿Entonces? —lo imitó Genial—. Todo lo que haya en el tesoro se corta a la mitad.

Gordon casi suelta una carcajada, pero no correspondía discutir el reparto en condiciones desfavorables. El avión de la fuga no tenía nafta. Soltó una ironía.

—Más que una prestación de servicios esto parece una sociedad de hecho.

—Es que tenemos que ayudarlos mucho. Casi que podríamos hacerlo solos si quisiéramos, sin necesidad de ustedes.

—Está bien. Me parece un poco exagerado pero entiendo —respondió.

El labio de Genial se estiró.

—Bien. Siempre es mejor entenderse rápido.

El acuerdo ya estaba. Después Gordon vería si podría modificarlo. Ahora tenía que mover la operación. Sacó el papel del bolsillo y mostró el plan de trabajo. Lo dibujó. Los triángulos eran los objetivos: las dos casas, el hotel y el banco. Continuó con unos

garabatos de círculos que representaban los autos y unas crucecitas, el signo de la muerte, que marcaban la posición de los hombres de Genial. A El Refaloso le había asignado una cena en el comedor, o un café en el lobby del hotel, lo que prefiriera, una minúscula tarea de inteligencia para dar aviso de potenciales riesgos. Quedaba claro que Gordon conduciría las operaciones con Acosta a su lado y los de Mendoza las supervisarían. Nunca debían disparar, salvo si se presentaba una amenaza insalvable. La intención era hacer una operación limpia, la obra de un cirujano.

—No me gusta trabajar a lo bruto —se justificó.

Genial miró el papel y aprobó el plan sin preguntas.

—Se puede hacer. Te falta anotar a uno de los chicos míos adentro del banco. Agregá una crucecita acá —señaló.

Gordon salió del galpón con la sensación de que Genial era un idiota pero tenía razón. Su diagnóstico era acertado. Su equipo estaba a la vista. A Acosta lo había conocido hacía dos días y aunque Amaya lo hubiera dado por bueno, todavía era una incógnita. Y aparte Amaya no meaba agua bendita. Después estaba el delirio de Acosta por Malvinas, la bandera... le importaba más la bandera que la guita, pero era otro tema; había que probarlo en la acción. Y El Refaloso, siempre con el ánimo de componer, aunque se tratara de rusos y yanquis, era un hombre en retirada.

Bajó preocupado, Gordon, de los Altos. Genial le había cobrado su debilidad. El Refaloso vio su cara rígida e intervino con cuidado, para no cagarla.

—Profesor... —soltó.

—Seh...

—Nos quedaría hablar de lo nuestro. No sé si es el momento, pero si se puede...

—Sí, se puede —respondió, molesto.

—Esto va a salir bien, tenemos experiencia, los datos son buenos, hay un toco groso adentro... y yo nunca fui hombre de ambición. Preferí servir, ir siempre a lo seguro.

—Está bien, ¿qué querés? —apuró Gordon.

—Quiero un fijo.

—¿Qué?

—Un fijo.

—¿Un fijo? ¿Qué es un fijo?

—Pájaro en mano…

—Está bien. Querés un fijo. Es justo. Un fijo...

—Sí, un fijo. Un fijo, ahora.

Gordon no sabía de qué dinero hablaba. El Refaloso era así. La costumbre de frontera, cobrar antes de hacer el viaje, como los micros y las prostitutas. Metió la mano en el bolsillo y sacó un bollo de billetes. Parecía que el cuento terminaba ahí, pero no. Dejó correr unos segundos y sacó de su cartera dos fajos sellados por un banco. Los tiró arriba de la consola del Valiant.

—Este es el fijo —afirmó, sin mirarlo.

El Refaloso sopesó de reojo. Le pareció poco.

—Yo tengo que repartir con mi equipo también. No va a alcanzar.

—¿Llamás equipo a esos dos cirujas? Esto es por ahora. Cuando lleguemos al avión te dejo una bolsa. O te pongo adentro, no sé, según cómo nos vaya. Y cómo te portés. —Se rio.

El Refaloso hizo una mueca. Trajo el dato, consiguió los informes, unió a las bandas y le daban un platito de arroz a modo de anticipo.

Si quería arañar el toco tendría que seguir hasta el final. Cobraría según los resultados, como proponen los renegados o los perversos.

Cuando se detuvo en un semáforo, Gordon miró a Acosta por el espejo retrovisor. Estaba callado, distraído quién supiera en qué.

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—¿Qué querés?

—Yo estoy bien. Quiero dar una vuelta. —Y se bajó del auto, de repente.

El Refaloso lo miró irse.

—Es raro este pibe, ¿no? ¿Lo conocés bien? —preguntó.

6
El robo

La primera llave llega regalada. Apenas Acosta golpea la puerta y pregunta por el contador, Romero asoma el hocico y Gordon lo empuja. Ya están adentro. Quietos, no va a pasar nada. Acosta con la nueve se mueve como pez en el agua, recorre la casa para asegurarse de que estén solos, reduce a la señora, le cruza la boca con una cinta adhesiva y la ata a una silla. Gordon lo corre a Romero por los pasillos, pelotudo, dónde pusiste la llave, acordate, pensá, vení, no te asustes, te dije que no te va a pasar nada. Después los dos delincuentes dejan a su esposa con la tele encendida, ¿qué novela prefiere, señora?, le preguntan, y salen a la vereda con Romero lo más tranquilos, como si lo hubieran pasado a buscar para ir al casino, con un comentario de fútbol, mañana juega Boca, una tontería así, y se suben al auto que los espera. Atrás, en otro auto, los sigue Genial con dos de sus soldaditos.

Van surcando el centro de Bariloche atentos al cruce con alguna Estanciera policial, pero confiados, apretándole las costillas a Romero, mirando a los turistas sentados en el banco de la heladería, las caras, los gestos. Es una hermosa noche de fin de temporada, con la brisa leve que sube desde el lago. Después toman por la

avenida costera, camino al hotel Llao Llao, bajo la luz ligera del alumbrado público, y doblan por una calle de tierra del paraje Malal, detrás del Hipódromo. Están a oscuras. Este segundo paso es clave, acá se acaba el paseo, piensa Gordon. Habría que ver cómo reacciona Romero, no sea cosa de que se le ocurra alguna estupidez, por miedo o heroísmo. ¿Pero qué heroísmo puede tener dar la vida por un banco? El punto de destino es un chalet. Es bonito, tiene un parque amplio en el ingreso. Detrás de la arboleda, al fondo, hay una segunda casa, como si fuera del personal de servicio, pero en realidad es de los dueños. Desde afuera no se ve. ¿El datero la mencionó en la conversación con El Refaloso? ¿El Refaloso omitió el dato? Ya es tarde para saberlo. La entrada al parque es sencilla. Basta mover la reja de hierro forjado, que está abierta, para ingresar. El auto de apoyo queda en la cerca. El otro en la esquina con Genial al volante, hasta ahora todo impecable. Portate bien, Romero, le advierten. ¡Gainza!, llama Romero. No hay timbre ni nada. ¡Gainza!, insiste Romero. Y aplaude. Tiene la voz serena y firme, pero suena a emergencia, como un llamado telefónico a la madrugada. ¿Quién es? Sale Gainza a la puerta. Está con su familia mirando tele, en bermudas, ojotas, en la mesa ratona hay un vaso de whisky con hielo, la paz familiar. Ese clima lo interrumpe Romero. ¿Qué pasa, Romero? ¿Qué hacés acá? Romero mudo. Y los dos demonios agazapados en el hall le saltan como monos, Gainza grita, ¡ayuda!, llega a decir, y enseguida lo apagan como a una radio, con un fierro en la nuca. Cae al suelo. Romero está conmovido. No sabe qué hacer, y como no sabe qué hacer, corre como un condenado hacia la puerta; una corrida innecesaria, porque el frente está controlado por los de Mendoza. Romero no lo sabe. ¿Cómo iba a

saberlo? No llega a enterarse. Acosta estira su pierna desde atrás, lo barre, lo desarma, lo tumba de cara al camino de piedras del parque. Después lo levanta, lo vuelve a armar, le pega un bife y lo lleva adentro con la nariz roja. Parados en la ligustrina observan los hombres de Genial. No intervienen, ni falta que hace.

En la casa Gordon tiene dominio de la situación. Gainza, sentado como un muñeco sin forma en el sillón, desmayado; su esposa y su hijo preadolescente (¿doce, trece años?), impávidos, todos encañonados, mientras Acosta suma al staff a Romero, que trae un archipiélago de sangre en su Penguin amarilla, modelo clásico de verano. Cuando Acosta empieza a maniatarlos, Gordon lo frena y apunta hacia arriba. Todavía no saben si hay alguien más. La señora de Gainza jura que no, pero quién sabe. Entonces Acosta sube con el revólver de guía, hasta que una voz casi desvanecida llega desde el hall de entrada y lo detiene a mitad de la escalera.

—¿Raúl?

El grito ahogado de Gainza había convocado a Morales, el dueño de casa, que vive al fondo. El silencio lo llena de dudas. Se acerca con temor de molestar.

—Raúl... ¿pasó algo?, ¿necesitás ayuda?

Pregunta tímido Morales, con la oreja en la puerta. Llega a escuchar el sonido del televisor. Gordon, en cuclillas, lo ve desde la ventana, mientras Acosta apunta a los cuatro, shh, así, con el dedo en la boca, calladitos. Morales se anima a más: dos golpes suaves sobre la puerta.

—Raúl...

La puerta se abre de golpe.

—Pasá. Acá lo tenés a Raúl.

Gordon lo agarra del cuello con una mano y lo mete adentro con el caño en la nuca. Ya están los cinco. Uno desmayado, otro sangrando, dos muertos de miedo y Morales que no entiende la escena, o la entiende pero no sabe qué hacer. Salió a mirar mientras su esposa lavaba los platos. Pronto, advertida de su ausencia, se acercará a la casa. Arriba no hay nadie, anuncia Acosta, y empieza a maniatarlos, a taparles la boca. Gordon pone un ojo en la ventana, a la espera de la señora, como anticipó Morales. ¿Cuánto tardará en llegar? ¿Tendrán que ir a buscarla? La duda lo atormenta hasta que la sombra de la señora Morales aparece en el parque. Ve las luces apagadas y se para frente a la casa como si meditara una decisión. Mira hacia los costados, hacia atrás, y cuando sube a la galería, los de Mendoza salen de la oscuridad como dos gatos, la toman de los brazos y la meten adentro. Queda atada en una silla.

Seis rehenes en la mitad de la operación, con gente lastimada. Un precio más alto del que suponían. La remera de Romero tiene dos gruesos manchones rojo oscuro, en círculos convexos. Acosta le pone un trapo de cocina en la cara, amarrado con la cinta adhesiva, para que la nariz no tire más sangre. A Gainza el dolor le retumba en la nuca, le va y le viene, le da puntadas. La esposa pide que le traigan hielo de la heladera, pero Gordon se niega, esto no es una enfermería, y lo apura a Gainza, dónde carajo está la llave. El tesorero tiene la claridad suficiente para entender de qué habla Gordon y recordar dónde la guarda, pero cuando se levanta, las piernas se le doblan y cae. Lo vuelven a sentar. Irá Acosta.

En la casa de Gainza, los rehenes quedarán bajo custodia de los dos de Mendoza. Gordon guarda la llave, ya tiene dos. En un rato, si todo sale bien, volverá con el gerente, pero antes tiene que sacarlo

del hotel, la tarea más delicada. Piensa si acaso no es mejor encerrarlo en la habitación con su familia, no moverlo. Piensa cambios. El inicio fue complejo. Ahora teme un desastre, tiene que evitarlo, hacerlo más sencillo. Hay que ser prolijo para que esto salga bien, se dice mientras cruza el parque junto a Acosta, rumbo al auto de los de Mendoza. Basta una seña a Genial para que sepa que está todo en orden.

Los dos autos vuelven al centro de Bariloche.

El Peinado, mozo del hotel Pilmayquén, el que soltó la frase mágica, si se embolsan a estos tres, levanta el segundo plato de su comensal y ofrece postre. Es la última mesa, la cocina cerró, el cocinero se está yendo. El de la caja quiere cobrar e irse. Ya es medianoche, pronto se hará el cambio de mando en el lobby. Se irá el conserje y entrará el sereno, que no conoce el funcionamiento del hotel. No atiende el teléfono del mostrador porque trae complicaciones, no sabe pasar las llamadas a las habitaciones, y no le interesa aprender. Solo quiere matar las horas leyendo las revistas que guarda en el cajón, su lectura de madrugada, las *Andanzas de Patoruzú*, las *Locuras de Isidoro Cañones*, y no salir de ese mundo. Para esta noche tiene reservado el Anuario de 1970, una revista gruesa, repleta de acontecimientos y peripecias.

El Refaloso mira la hora, está bien de tiempo. Quiero probar el flan con crema y dulce de leche. Flan mixto, también un té de boldo… y un analgésico. Para cuidarme, sonríe. Está tranquilo. Cobró una parte, una puntita, y le dio lo suyo a El Peinado, que está contento. Se lleva dos sueldos más o menos. Es la primera vez que le pagan por decir lo que piensa, las cosas que se le ocurren. Debería trabajar de hablar, de hacer comentarios en la radio. Me duele un poco la

panza, dice El Refaloso. El té lo llevará al lobby para poner atención en la escena. El sereno se acomoda detrás del mostrador y toma una revista. Sabe algo de él por cuentos de El Peinado. Es un hada buena, le aseguró. El Refaloso mira la bahía. Piensa en el agua, en cómo fue modelando su vida, su carácter. El agua lo amansó. Lo volvió paciente, le enseñó a mirar el mundo que pasaba por el río, las barcazas, los bártulos, las tardes con la caña tiesa, atenta, con la piel al sol. El río le mostró el camino, lo hizo andar por el barro, en pantalones cortos, descalzo, con algún sábalo o pacú como trofeo para llevar al rancho de sus padres. Tuvo una infancia feliz, El Refaloso, piensa en el devenir de su vida. El río le dio un trabajo, lo formó, lo hizo lo que es: un contrabandista. ¿Qué hombre de frontera no es contrabandista? El resto lo fue llevando, con sus más y sus menos, sus tragos amargos, como cualquier cristiano, pero él tuvo al río de su lado, como ahora esta bahía, por el asma, si no, volvería al río. Se tomaría otra copa de vino para seguir recordando, El Refaloso, pero está disfrutando del té de boldo, cuando ve por el ventanal un cambio de luces de un auto estacionado en la plaza central. ¿Tan pronto?, se sorprende. Se va a tener que ir, y se va arrastrando la pierna lenta, y pasa frente al auto sin detenerse ni decir nada, todo bien. Va a descansar un rato. Pero tendrá que seguir trabajando. La noche sigue, la noche es larga.

Segundos después los dos forajidos entran al lobby del hotel Pilmayquén. Acosta camina hacia el ascensor, pero de golpe cambia el rumbo y se abalanza sobre el sereno, le fuerza los brazos y lo esposa con la logística que aportó Genial. Gordon chequea las puertas del comedor, cerradas. Pregunta por la habitación del gerente Pérez. ¿Qué gerente?, dice el sereno. Todavía le chiflan en la

cabeza los diálogos de Ñancul y Opa. Pérez, pelotudo. El sereno no muestra ninguna emoción, los ojos idos. Pérez, Pérez, pensá, cabeza de chorlito. ¿No es el tercero?, pregunta Acosta, y empieza a revisar el cuaderno de registro del mostrador, da vuelta las hojas, pone el dedo, recorre los renglones, hasta que se choca con el Anuario de Patoruzú, ¿Qué hacés con esto?, se ríe. ¿Usted habla del doctor Pérez?, pregunta el sereno. No sé si es doctor, mañana a la mañana tiene que dejar la habitación; bueno, mañana a la mañana no: ahora, se corrige Gordon. Lo necesitamos de urgencia. Tendría que estar en el tercer piso, tantea Acosta. ¿El doctor Pérez?, repite el sereno. Sí, Pérez, Pérez, ¿cuántos Pérez hay en este hotel la concha de tu hermana?, se exaspera Gordon, cegado por la tercera llave, la que abre el tesoro. El hotel está a un paso del centro cívico, puede entrar alguien y se pudre todo, se pudre por este pelotudo, pero tampoco quiere entrar a la habitación de cualquier Pérez. Mira para afuera con la cara larga, desencajada, no ve a nadie. Solo ve el auto de Genial estacionado en la costanera. El sereno da vuelta las hojas del registro.

—Hay tres Pérez ahora en el hotel, señor.

La respuesta apabulla. Pero enseguida el sereno los calma.

—Pero si es el doctor Pérez que guarda el Dodge Polara en la cochera 105 del primer subsuelo, su habitación es la 319.

—El del Polara, isí...! —festejan.

Van los tres para arriba. El lobby queda desierto. Suben por la escalera de servicio, en fila india, con el rehén al medio. Calladito que me llevo la Patoruzú, lo amenaza Acosta, y le pasa la nueve sobre la espalda, le hace cosquillas, lo chucea. Subamos más despacio, esto cansa, pide clemencia el sereno. No está para trotes.

En el tercer piso la escenografía es opaca: la alfombra marrón de triste espesor, de a tramos descolorida; un espejo grande con marco de ornamentos, una planta enferma amarrada a un palo en un macetero verde, las paredes color crema con salpicaduras en la madera del zócalo. Acosta se distrae con tres cuadros de representaciones artísticas del mundo laboral, colocados en hilera. ¿Qué es esto?, se inquieta. Lo pusieron los muchachos del sindicato, responde el sereno. Gordon pide silencio, shh, no están jugando. Se paran frente a la habitación 319, la última del pasillo que da a la bahía. El sereno no puede golpear la puerta, está esposado. Lo hace Acosta. Doctor Pérez, dice el sereno, cauto. Pérez no escucha. Está leyendo una novela de Wilbur Smith mientras espera a su hija; fue a bailar. No tardará en llegar. Su esposa ya está durmiendo. Pasan cinco o seis segundos. Nada, no se mueve una mosca. Acosta golpea más fuerte. Gordon prepara la patada, no es momento de cortesías. Cuando Pérez escucha el segundo golpe toma el pantalón, una remera y va hacia la puerta.

—¿Quién es?

El sereno da su nombre. Pérez lo ve por la hendija.

—¿Qué quiere? —pregunta sin abrir, molesto.

Ya lo conoce. Desgraciadamente lo conoce. La clase de hombre que solo trae malas noticias, piensa Pérez.

—Llegó un recado de urgencia para usted, doctor Pérez.

El sereno se maneja con guion propio, nadie lo instruyó. Los dos animales están listos para saltar. El pelotudo le debe decir doctor a todo el mundo, piensa Pérez, y abre la puerta. Acosta lo duerme de un sopapo y lo retiene con una rodilla sobre la espalda. Pérez besa la alfombra, el labio le sangra. Gordon recorre la habitación principal

y le dice a la señora, que despierta sobresaltada, que se vista rápido, nadie la va a mirar, no vinieron para eso. El sereno parece el testigo ocasional, traído de la calle, de un procedimiento; no grita, no hace nada. Se queda pancho. Como si viera la escena detrás de un vidrio o lo hubiesen invitado al set de una película de acción. Gordon pide que se preparen para salir, silencio, van a estar bien si se quedan tranquilos. Estamos todos tranquilos, ¿no?, pregunta, como si fueran todos del mismo equipo, y le pega una patada en el tobillo a Pérez, tirado en el suelo. Te habrás dado cuenta de que esto es un asalto y no estamos acá por tu cara bonita. Levantate que está el personal del banco esperándonos en la casa de Raúl, organizaron un ágape, así que dame la llave y nos vamos. Lo dice con un tono que media entre la violencia y la persuasión, un equilibrio inestable, un hilo delgado que se puede romper sin razones y en este caso se rompe por un equívoco: el gerente abre el cajón de la mesa de luz y le da las llaves del auto. Recibe una bofetada. ¿Me estás cargando? Las llaves del tesoro, infeliz, y las del banco también. No lo quiere lastimar. El gerente abre la caja de seguridad empotrada en el placar y se las da. Acosta medita en la puerta de la habitación vacía. ¿A qué hora llega su hija? El gerente no sabe, su esposa tampoco. Quizá en una hora. Tiemblan al pensar que se quedarán a esperarla. Escríbale una carta, avísele que se fueron a pasear. Decisión de Acosta, acertada, piensa Gordon. Eureka, el chico no es un cabeza hueca. Lo mira halagado. Escriba, dicta Acosta, como si fuera el maestro y el gerente su alumno. La composición escolar: *Querida María Emilia, salimos a cenar y a bailar. Volvemos tarde. Descansá, te queremos mucho. Papá y mamá*. Acosta supervisa el texto, la caligrafía, no quiere trampas, y lleva el papel a la cama de la hija.

La pareja está lista y Gordon tiene las tres llaves. Ahora sí, el plan toma forma, se ve la otra orilla, aunque todavía falta llevar a los Pérez a lo de Gainza y después ir con el gerente al banco para que abra el tesoro. Es el elegido. Hay que cuidar a Pérez, piensa otra vez. Los otros dos ya no están en condiciones de colaborar. Le acerca un toallón para que se limpie la cara antes de salir.

—¿Trajiste los documentos del auto? ¿Necesitás algo más? Que no falte nada —ordena.

Acosta da un vistazo al pasillo y la escalera. No hay movimientos. Pérez ya está esposado. Le tapan las manos con una campera que sacaron del placar. Gordon le dice a la señora que lleve la cartera y camine erguida, como la mujer del doctor Pérez y no como cualquier cosa. Se siente seguro. Bajan por la escalera de servicio hasta el primer subsuelo. El sereno quedará depositado en un recoveco del hotel, una pequeña oficina para la administración de cocheras, que ahora está sin uso, según informó El Peinado, el creador de este infierno. No encuentran la oficina pero el sereno sabe dónde está. Había trabajado allí antes de que lo ascendieran a la conserjería. Gordon lleva a la pareja a su auto, Acosta se irá con el de los de Mendoza. Antes tiene que cerrarle la boca al sereno. Pero ¡oh! Cambio de planes. Acosta pregunta al sereno si quiere sumarse al ágape. ¿Al ágape?, se sorprende. Sí, a la comida en lo de Gainza, el tesorero, ¿lo conocés? No lo conoce. Me da pena dejarte encerrado, se entretiene Acosta. Me gustaría ir. ¿Qué voy a hacer acá, sin las revistas?, dice el sereno. Y se van cruzando el subsuelo, animados, a paso decidido. Pasa un auto, quién podría sospechar que el sereno está secuestrado y el joven de remera piqué, con flequillo, bigotes, de cara aniñada, es su secuestrador. Me lo llevo, le anuncia Acosta a

Gordon con un gesto. ¿Por qué se lo lleva? No sabe. Por momentos se ausenta, duerme, despierta, se ilumina, ¿qué tendrá en la cabeza este muchacho?, piensa.

Acosta está contento. Los de Mendoza tienen buenos autos y ahora le toca probar uno (le abre la puerta al sereno, que se acomoda). Un auto con butacas de cuero, palanca al piso, levantavidrios eléctrico, una radio con sonido estéreo y una bola con luces psicodélicas que cuelga del techo y lo convierte en una boîte privada, aunque pequeña. Guarda la nueve en la entrepierna y revisa los magazines apilados en la consola. Pone uno. Leonardo Favio. Ella, ella ya me olvidó. Cuando el gerente sale con el Polara blanco, Gordon en el asiento de atrás, apuntando delicadamente a su esposa, Acosta avanza. Genial hace un cambio de luces. Los sigue. Los tres autos regresan por el camino costero. Canta Favio: yo, yo la recuerdo ahora. La luz de la luna se refleja en el lago. Pregunta el sereno: ¿le gusta la ciudad? Acosta asiente sin contestar. Está escuchando la música. El sereno quiere conversar, se siente animado.

—La próxima vez tiene que venir con más tiempo, para conocer.

Hace una pausa, espera una reacción. Acosta nada. Está concentrado en las prestaciones que ofrece la máquina. De chico soñó con un auto así.

—Acá se vive tranquilo. Hay un montón de gente buena...

Acosta acaricia el volante forrado en cuero.

—... pero no todos son buenos, no crea. El doctor Pérez no es bueno —agrega el sereno—. Pero él no es de acá.

—¿Por qué no es bueno? —se interesa Acosta.

—Porque es altanero.

—¿Altanero?

—Sí, el doctor Pérez es altanero.

—¿Por...?

—Mire... le voy a decir lo que conozco. No sé inventar. Apenas se mudó al hotel, antes de que llegara la familia, entraba de noche con mujeres que conseguía de la calle, vaya a saber de dónde, y las llevaba a su habitación. Y no se puede entrar con acompañantes. El conserje me avisó. Está prohibido. Y el doctor Pérez las entraba igual, no dejaba que las anotara. Una vez le pedí el nombre a una, la tapó con el hombro y siguió. Cállese, dijo, y la entró. Dos por tres traía alguna mujer. Una noche trajo a dos juntas, pasaron riéndose, y a la mañana temprano se fueron sin saludar. Es altanero el doctor Pérez… yo creo que nada es por nada. Hay gente que se merece las cosas que le pasan.

En lo de Gainza ya está el grupo completo. Nueve en total. Otra vez bajo custodia de los de Mendoza. Todos atados con soga, esposas, la boca cruzada con cinta adhesiva. El sereno separado del resto. Acosta lo acomoda en una silla del comedor. La incursión al hotel, que se presumía de alto riesgo, resultó sencilla. A veces manda el azar. Los planes más perfectos se rompen por detalles nimios, uno camina por una calle, decide doblar y aparece donde no debía. ¿Por qué lo hace? Quién lo sabe. Los mejores planes se rompen por decisiones estúpidas, estaba convencido Gordon, como si hubiera algo innato en el hombre, una vocación por conducir un hecho al punto de declive. Un plan dibujado en un mapa puede brillar, pero si algo tiene que salir mal, saldrá mal. Es así. No es culpa de nadie. Es azar. Como si al mago se le descosiera el fondo de la galera. En el hotel fue al revés. Una sucesión de eventos

afortunados simplificó de forma inesperada la operación, la fue orientando. La mano del bien, la mano invisible.

No están más de cinco minutos en la casa de Gainza. Gordon anota el número del disco del aparato. En un rato el teléfono sonará dos veces, anticipa, y luego dejará de sonar. Estén atentos. En ese momento deberán irse. Acosta dejó el auto en el parque. Gordon ya tiene las llaves del banco y las tres del tesoro, le queman en los bolsillos. Le tomó trabajo conseguirlas, tres horas, entre idas y vueltas, y un viaje de locos para llegar desde Colón, aunque recién ahora, piensa, es el momento de la absoluta concentración, de la operación real. Empieza el partido. Se siente más libre. Está enfocado. Ya dejó de pensar en Genial. No lo imagina como un enemigo ahora. Genial se transformó en un fantasma móvil, su perseguidor en el espejo retrovisor. No altera la escena, se mantiene atento, intervendrá si alguna línea se corre del guion. Sus hombres son su creación, maquinitas perfectas, robotitos de juguete que funcionan a cuerda, como si estuvieran programados. Lo están haciendo perfecto. Genial, se ríe Gordon mentalmente mientras sale por segunda vez del parque, al amparo de la oscuridad. Los autos avanzan por las calles de tierra: el Polara blanco del gerente y detrás el corredor y su apéndice de la escopeta recortada. La noche es abierta, silenciosa, no se cruzan siquiera con el ladrido de un perro. Van en busca del botín, del tesoro, del toco, de las bolsas, de la guita grande. Van al banco. Van al centro de la ciudad. Van con Gordon al volante y su dueño esposado, con el caño en la nuca. Acosta va como si participara de la conversación de adelante, escuchando una anécdota o un chiste. Pérez va enojado con él mismo, entregado. Lo entregó el sereno, piensa, y ahora finge ser

otra víctima, el ladino. Un secuestrado al que le dan un trato especial, pero es miembro de esta banda de facinerosos que se aprovechan de la decencia de la cúpula del banco, a la que golpean en su punto más débil, sus familias, ahí donde duele. Lo entregó un tonto. También es culpa mía, admite Pérez. Un poco culpa mía, se lamenta en silencio, como en secreto, su secreto. Me entregó por putañero. Me entregó un pobre diablo, piensa amargado, sin saber cómo terminará esta locura.

Dos cuadras antes de llegar al banco, Gordon frena el auto y le saca las esposas. Pérez mueve las manos como si se las hubieran puesto por primera vez. Está libre. Mirame, dice Gordon. Pérez lo mira. Recibe un cachetazo. Su cara gira y golpea contra el apoyacabeza. Te vas a portar bien. No es una pregunta ni una afirmación, es una advertencia. Prometémelo. No hicimos todo este show para que vos hagas estupideces. Lo prometo, dice Pérez, como si se confesara. Estacionan pocos metros antes del frente. La calle principal está casi vacía, pero todavía hay gente que camina, la heladería sigue abierta. Gordon le da la llave del banco. Pérez baja rápido, seguido de Acosta, y abre la puerta de vidrio, una cerradura arriba y otra abajo, enciende las luces, enseguida Gordon baja del auto. Ya están los tres adentro. Lo de las luces es un dato que había entregado el empleado del banco, Uberfil, el jefecito que trabajaba con Pérez hasta que el gerente decidió sacárselo de encima y lo trasladaron, un cambio de sucursal. Un falso ascenso, el viejo truco. Pero el empleado no quería que lo movieran al pedo, por capricho, se dio por despedido, empezó el juicio y se lo contó en el bar de la esquina a El Refaloso. Le contó todo. La ubicación del tesoro, cómo operar las llaves, la fórmula para abrirlo, los domicilios de Romero y

Gainza, datos de sus familias, y la hora en que Pérez llama a este bar para que le traigan el café con leche con el alfajor de maicena, porque el café del banco es una mierda. También contó que él trabajaba a contraturno para hacer los balances de fin de mes, horas extras, plata buena; trabajaba de noche, se quedaba solo hasta la madrugada. Le gustaba, estaba tranquilo, escuchaba radio, fumaba, revisaba los libros y las luces del banco quedaban encendidas. A esta hora el exempleado infiel debe estar durmiendo tranquilo. Ya cobró.

Las luces están encendidas, y los tres van hacia el fondo, a la escalera que los conduce a la sala de abajo, a la puerta del tesoro. Pérez ya está con las tres llaves para abrirlo. Hasta que un golpe seco que viene de arriba, sobre la puerta de vidrio, los detiene. Gordon sube, se parapeta en la escalera, saca su nueve, trata de ver quién mierda es, qué mierda pasa, y detrás del vidrio esmerilado logra dilucidar al hombre de la escopeta recortada, la crucecita que Genial había agregado al plano, la que quería que estuviese adentro a la hora de robar el banco. Y ahí está el soldadito, reclamando su lugar.

7
El escape

Las luces del banco siguen encendidas, los papeles de los escritorios ordenados; el lapicero, los sellos de goma, la almohadilla, el aparato metálico en el que se acomodan las hojas del calendario. Ya está preparada la del día siguiente: 27 de febrero de 1971. Las tres cajas de atención al público están tapadas con pequeñas cortinas de tela, las banquetas de los empleados prolijamente dispuestas, los armarios de madera con las hojas corredizas cerradas.

En la madrugada el banco presenta un aspecto de normalidad, como si todos los elementos indispensables para su funcionamiento quedasen congelados hasta el momento en que Pérez, acompañado por un policía, abre las dos cerraduras del vidrio blindado y da inicio a una nueva jornada. El banco adquiere vida propia.

Todavía no es la hora, aunque Pérez ya está sentado en la butaca de su escritorio, atado de pies y manos, con la boca cruzada por la cinta adhesiva, los ojos que no pueden descansar ni un segundo, y el deseo de que estos tres animales se vayan, esta pesadilla termine y lo dejen en paz a él y al banco. Quiere que le devuelvan a su esposa. Ruega que no hayan tocado a su hija. Que se lleven lo que quieran, las seis bolsas, los tres bolsines, que la bestia cuelgue el

teléfono y se vaya, que se escapen, que se lleven todo, que se mueran estos hijos de puta, maldice Pérez en silencio, con la mirada perdida sobre la pared.

Gordon cuelga el teléfono. Tiene un par de guantes de gamuza y como un acto reflejo limpia el aparato. Los de Mendoza están avisados, listo, nos vamos. Acosta tiene algo que decir. Se lo dice a Pérez al oído. Entienda bien, hacemos esto por la Patria, no somos delincuentes, lo hicimos una vez y lo haremos cada vez que la Patria nos lo demande. Pérez no entiende de qué habla, le queda su saliva impregnada en la oreja, qué asco, se siente ultrajado. Por la Patria, repite Acosta mientras se aleja, para dejarlo en claro. ¿Qué dice este loco de mierda? Por la Patria, repite Gordon como un mantra, mientras agarra las bolsas. ¿Cuánto habría ahí adentro? No lo saben. Pero es mucho. Vaciaron el tesoro. No dejaron nada. Ni un billete de cortesía perdido en el suelo, ni una propina, nada. Se cargaron hasta el último mango y dejaron todo prolijo, ordenado, como si fueran el personal de limpieza.

El de Mendoza sale a otear a la puerta, mira a Genial, en guardia pasiva adentro del auto, y hace las luces, le da el okey, y el otro camina como un robot, arrastra las dos bolsas y las descarga en el baúl del Polara que es casi tan grande como el estómago de una ballena. Sale Gordon con otras dos y las mete adentro también. Baúl lleno. Acosta trae las últimas bolsas y las apoya sobre el respaldo del asiento de adelante, las apuntala como un poste adentro de la tierra y cubre la salida de Gordon, que saca los tres bolsines, el último sobrante, cierra la puerta, se mete en el auto y buenas noches. Escapan del banco en medio minuto, Genial los sigue. Un rato después pasará la Estanciera con los policías haciendo el rondín,

verán todo normal, los locales cerrados, alguno caminando, las luces del banco encendidas, como cada fin de mes, ninguna novedad para reportar.

Los dos autos ganan las afueras de la ciudad como enajenados, al palo, como si se les escapara el avión. Salen fascinados con la que se llevan, echando polvo por la ruta, camino a la Bajada del Collón Curá, doscientos y pico de kilómetros al norte. Hacen saltar las piedras de la tierra, las manos clavadas en el volante como dos estacas, los ojos hipnóticos frente al parabrisas, tratando de aferrar el triángulo de luz que se recorta en la oscuridad. No vuelan, pero van fuerte. Rápido, pero sin matarse. Aprietan el acelerador en el llano, le dan un toque al pedal de freno en las curvas para estabilizar la nave, y meten tercera a fondo con la palanca de cambios del volante.

El Polara es un auto de familias consolidadas, de vidas apacibles, serenas. Llega como un gusto personal (o un premio) que suele darse un industrial o un empleado jerárquico. Es un auto amplio, cómodo, noble, pero es siempre un sedán, no un deportivo. Se lo puede fajar un rato, pero hay que cuidarlo. No está habituado a que se lo cague a palos. Además, en la noche, en la ruta, siempre está el fantasma de cruzarse con algún animal que se detiene ante la luz, petrificado, con los ojos así, o el riesgo de enfrentarse con algún loco que se bandea desde la mano contraria, aunque este camino ya está casi en desuso. La otra ruta, la asfaltada, que se inauguró el año pasado, se llevó el tráfico, y por esta tierra solo andan chatas tuertas de baqueanos, o algún pillo que no quiere toparse con un retén, con ningún milico, por lo que puta fuera.

Genial solo ve el paisaje que deja Gordon, una nebulosa de polvo que resplandece bajo los efectos de los focos de iodo de su delantera, aunque tiene paño de sobra para dejarlo atrás, si quiere. Tiene más auto, más experiencia de ruta, otra muñeca, pero va regulando, le suelta la cuerda y lo vuelve a amarrar como a un perro; no lo ahoga ni lo deja escapar.

Detrás de Genial se suma el otro auto, el que salió de lo de Gainza. Los de Mendoza dejaron la casa con la amenaza de que nadie se moviera. Hay uno en el jardín que va a doblar en dos al primero que se asome, avisaron. Pero los rehenes ahora están asustados por el presente griego que les quedó, un tipo al que nadie conoce: el sereno. ¿Lo dejaron de señuelo? No lo saben. Solo esperan un milagro en la madrugada, que alguien abra la puerta y los libere. La esposa de Romero, en cambio, acompañada por el tedio de un televisor blanco y negro con la programación fuera de aire, aspira a que su marido la rescate como a una cenicienta. Pérez, atado en su escritorio, imagina que su hija dará la alerta apenas abra un ojo, pero a esa hora su hija duerme como duermen los turistas del hotel, como se duerme en las vacaciones de verano, a pata ancha, mientras los forajidos avanzan casi ciegos en el polvo de la ruta, dejan el desastre atrás, lejos, en la retaguardia. Ganan tiempo. Ya tienen las bolsas, las tienen encima, cargadas, desbordadas de guita, tienen la que fueron a buscar. Pero corren en silencio, incómodos, no pueden festejar ni gritar ¡Nos llevamos la nuestra! Escapan tensos, como si estuvieran en una entrevista de trabajo, haciendo buena letra por culpa del de Mendoza, la crucecita de Genial, su comodín, su robotito, el acompañante silencioso que

está sentado como si no estuviera, como si no acabara de afanar un banco.

Acosta quiere hacerlo hablar al jueputa este, tirarle la lengua.

—Sos cana vos, ¿no? —pregunta desde el asiento de atrás.

No es una pregunta, es un pronóstico. Una sentencia de muerte. El de Mendoza ni pestañea. La cosa podría parecer un chiste pesado, si terminara ahí. Pero Acosta vuelve al ataque un minuto más tarde.

—Es cana este, ¿sabías, no? —le informa a Gordon.

Quiere seguir con el tema. ¿Pero hasta dónde? Es un camino corto, acaba rápido. Podría matarlo de un tiro en la nuca y no pasaría nada. El de Mendoza seguiría sentado, quieto, sin decir nada. Las cosas no se complicarían demasiado. Estacionarían, levantarían el capó, simularían un problema mecánico y se sacarían de encima al moscardón de atrás, terminarían de partirle el labio en el momento que le avisaran de la avería. Ni tendría tiempo de bajarse del auto, Genial. Y sus dos sirvientes que llegarían después, tampoco; apenas se detendrían, pum, pum. Se podría resolver todo con tres tiros en un minuto y los dejarían acostados en la ruta, los cuatro acomodados en fila, como en una exposición, la exposición de la banda de Mendoza, del corredor de la sonrisa inconclusa y sus tres payasitos a cuerda. O dejarían la escena como está, sin alterarla, con los muertos a la vista, tal como fueron presentados, como en un western, para no ensuciarles el trabajo a los peritos forenses. Hay mil películas así, mil historias: roban juntos y se matan cuando escapan; se disuelven con ácido, se entierran en el bosque, se prenden fuego, el espantoso ajuste de cuentas de una banda de malhechores, escribirán los diarios. Esta sería apenas una historia más, ambientada en el sur, en el desierto patagónico. Y después

llegarían a la Bajada, saludarían al otro de Mendoza con un tiro (el que tenía pinta da cana) y cargarían las bolsas en el avión, toda para ellos. Y listo. Asunto terminado. A volar.

—Este es cana. A la cana la tengo junada, le saco la ficha de lejos.

No para Acosta. Llega a un punto sin retorno, no hay más margen. O lo mata desde atrás o el de Mendoza, perdido por perdido, mata primero a Gordon y que sea lo que Dios quiera. El tiro del final. Gordon aprieta stop:

—¡Basta! No es cana... —grita, como si la imagen le estallara en la cabeza.

Cargarse a la banda de Mendoza sería regalarse, hacer saltar la pista en tres días. Lo obligaría a desmontar la cobertura de Colón, y él quiere ser un señor de buenos modales en el pueblo, mostrarse con sus hijos, darles educación, que estudien con los curas en la escuela agrícola, comprar un campo, tener un hangar propio, dos, tres aviones, explorar nuevos negocios, chorear lejos, jugar en las ligas mayores del delito. Además, esto está saliendo bien. No quiere improvisar.

—Dejalo tranquilo, es un buen chico —le ordena.

Le palmea la pierna al de Mendoza. Tranquilo, le dice. El de Mendoza no responde, ni lo mira. Acaricia a un robot, Gordon. ¿Protección o beso de Judas? Acosta no lo sabe.

Después siguen en silencio, un silencio tenso, como el prólogo de una masacre que estalla de repente por un malentendido o un plan determinado, una masacre que los investigadores nunca podrían establecer cómo se inició; soltarían hipótesis imposibles de comprobar. Así escapan, como fieras salvajes a punto de matarse entre sí, que maquinan su plan en la oscuridad de un auto que

atraviesa una ruta casi abandonada de la Patagonia. Hasta que un ruido sordo, violento, abajo, sobre la rueda derecha, los desconcierta, los estremece. Como si un tiburón hubiese tirado un tarascón.

El Polara no se desestabiliza, mantiene la adherencia (Gordon apenas siente un cimbronazo en el volante), pero el golpe sigue resonando en sus cabezas como un triste presagio.

El de Mendoza rompe el silencio.

—Pegó en el cárter —apunta.

Es un diagnóstico, también un pésame. El motor del Polara continúa rugiendo como un rey en la selva, pero está herido de muerte. Un flechazo imperceptible le atravesó el cuerpo, y aunque se mantiene erguido, con su andar elegante, sus prestaciones intactas, pronto se desplomará. Un aire de tristeza cubre el interior del vehículo. Cambia el clima, ¿cambia la historia? La aguja roja del lubricante se desplaza en forma leve hacia la izquierda, un milímetro o dos: la primera evidencia de la debacle que se avecina. Gordon mira el tablero y continúa acelerando, no dice nada. Fue por el cargoseo de Acosta, piensa. Su pedido oblicuo de una orden lo llevó a imaginar qué podría suceder, cómo sería; por curiosidad, innecesariamente, porque no estaba en sus planes. Se perdió en esa idea. La mente lo fue llevando. La mente es todo. Se distrajo. Fue su culpa.

Arriba, el Polara se mantiene intacto. Abajo está el drama. El motor despide gotas de aceite que desaparecen en la tierra, gotas cada vez más gruesas que harán pesar su ausencia; provocan la fricción entre los anillos de los pistones, un chillido inaudible pero

agudo que los altera. Es la señal que transmite desde el futuro, la que avisa que no habrá salvación, que el animal sucumbirá.

—No debe faltar mucho —dice Acosta, algo apagado, con el tono de voz de una esperanza vana. Quizá sienta culpa también.

—Sí, no falta mucho, una hora, quizá menos, pero no creo que lleguemos —responde Gordon.

Acosta empieza a sospechar que todo es un ardid, que el viejo montó la escena, agarró la piedra a propósito, quiere liquidar al jueputa. Es inteligente, piensa. Aunque no está seguro, se alegra con la idea porque los de Mendoza no le caen bien. La posibilidad de barrerlos lo mantiene atento, con las antenas paradas, a la espera de una señal.

Genial hace luces. Pasa algo raro adelante, la marcha del Polara es discontinua, hasta que finalmente la nave reduce su velocidad crucero y luego de una curva se echa a un costado, se mece sobre la hierba.

—Bajemos —ordena Gordon.

Todo sucede como lo había imaginado.

Genial estaciona su auto detrás, a veinte metros. Se queda adentro. Gordon le hace un gesto para que baje las luces. Genial no lo hace. Los tres van hacia el corredor, Gordon adelante, completamente iluminado. Genial con la mano derecha adentro del bolsillo de la campera.

—Se rompió el auto, vamos a tener que traspasar las bolsas —avisa Gordon, sereno.

Genial abre la puerta y salta como un tigre.

—Está bien. Hagamos la distribución acá.

El tercer auto acababa de detenerse y los dos soldaditos se suman a la improvisada cumbre con sus caras sin gestos. Acosta los mira como un búho. Si hay que liquidarlos es tarde, se lamenta. Ve a los de Mendoza como sombras, trata de mirarles las manos, la de uno, la del otro. El sonido de los grillos aturde los tímpanos, las liebres escapan por la vegetación con la velocidad de una bala. Los seis hombres forman un círculo casi perfecto, seis hombres a oscuras iluminados por focos de iodo. O se hace un reparto honorable o se revientan las vísceras y las bolsas quedan para el que sobreviva, o para el primer baqueano que aparezca en el lugar del amasijo. O para la cana. Todo el trabajo regalado a la cana. Ellos eligen.

—Está bien —acepta Gordon—. Repartimos acá y nosotros nos vamos en tu auto.

—No, en mi auto no —se apura Genial.

Se defiende como si quisieran mearle el templo.

—Se van en el de los chicos.

La distribución es pacífica, tres bolsas por banda. Gordon se carga el plus, los tres bolsines. Tuvimos gastos adicionales, explica. Empujan el Polara, lo internan en el fondo del bosque, para que Pérez no lo encuentre ni por putas, y pasan el trapo a los apurones sobre el volante, los picaportes, el baúl, y lo abandonan. Así muere el símbolo de estatus de las familias consolidadas, con la garganta seca, cagado a palos.

Deben ser las cuatro largas ya, si no son las cinco. Todavía no amanece, pero el cielo se va abriendo por los bordes. Se ve la estrella del alba. Acosta está al comando de la nave de las luces psicodélicas y se lanza detrás de Genial, lo persigue en el llano y se le escapa en las curvas, van palo y palo de verdad, como si el Polara

los hubiese trasladado en cámara lenta y ahora empezara el escape real. Va cebado Acosta. Amainá, pide Gordon. Genial corre a otra velocidad. Es imposible seguirlo.

—Amanece fresco acá —dice El Refaloso, apoyado sobre la cupé Chevy amarilla de motor cromado.

Le ofrece un mate al de Mendoza. Los dos tambores de nafta están junto al Piper, oculto bajo la lona verde. Genial llega en un auto abarrotado de bolsas y hombres que bajan con prisa.

—Salió todo bien.

El Refaloso no ve a Gordon ni a Acosta. Piensa que Genial los liquidó y que lo liquidará a él, le pegará un tiro. Es probable. O no. Cada problema que se presentó en su vida intentó resolverlo con palabras o paciencia. Quizá ahora pueda resolverlo con palabras. Nunca usó un arma El Refaloso. El buen contrabandista no la necesita. Lo supo desde que le quitaron el revólver a su padre y lo mataron por una discusión banal, en el bote. Lo hundieron en el fondo del río, de repente, delante de sus ojos. Podría cruzar cajones de armas en la frontera, pero nunca tendría una en sus manos.

—Los otros dos vienen atrás —comenta Genial.

Al rato, con la claridad, llegan Gordon y Acosta, y los de Mendoza los ayudan a sacar la lona del avispón y moverlo hacia el centro del descampado. Acosta va cargando las bolsas, taponan casi todo el habitáculo del Piper. Después Gordon le da un bolsín al Refaloso. Para tu personal, dice. El Refaloso espera otro más, que no llega. No es momento de pelear, se dice, y camina al Valiant y lo guarda. Gordon inclina el primer barril sobre la boca de la avioneta, Acosta queda de guardia, Genial los mira y dice:

—Buen trabajo.

Acosta no responde. Gordon refunfuña algo que no se entiende. Está apurado, se siente vulnerable y teme una traición. Carga el segundo barril. Los de Mendoza toman un tercer barril y rocían el techo de la cupé amarilla mientras la empujan. Antes de dar el último envión lanzan un trapo encendido. La cupé se prende fuego y cae pesadamente al interior del cañadón. Es un espectáculo dantesco, una producción de Hollywood. Gordon ve la llamarada que sube, como si incendiara la aurora. Mira a los de Mendoza y se ríe. Están locos estos, le dice a Acosta, que empieza a girar la hélice, y de un salto ya están los dos en la nave, con el motor en marcha. Se acercan los tres robotitos de Genial, mueven la mano y le sonríen por primera vez. Acosta les devuelve el saludo con un gesto.

—Pensé que había que matarlos —le dice a Gordon.

—No. ¿Por qué? —se sorprende el jefe. Y despega.

Dos horas después, la policía libera al gerente Pérez. Lo encuentran inmovilizado en su escritorio, con cinta en la boca, los ojos virados sobre una bandera argentina que cuelga en la pared, enfrente de él. En el bar de la esquina, El Refaloso pide un alfajor de maicena y un café con leche en su honor, porque el café del banco es una mierda.

SEGUNDA PARTE

8
Julieta

Ante el inicio de clases el director de escuela reclama al juzgado la devolución de la bandera argentina. La página cinco del diario resplandecía sobre la mesa ratona del lobby del hotel. Era el primer caso que la sacaba de Buenos Aires. Probaba el café negro de a pequeños sorbos y se recostaba sobre el respaldar alto del sillón, con los ojos sobre la bahía. *El enigma de la bandera es una de las pistas sobre las que se sostiene la investigación policial.* Estaba satisfecha, Julieta. Creía que la ansiedad podría terminarse. Los temores, su inseguridad, no saber qué hacer. Podría haber una pausa que aliviase la incertidumbre.

Su jefe había confiado en ella. Le ofreció la primera prueba, una vía de escape para salir de la nube de escritorios en la que se sentía la reina del aburrimiento, atrapada por la información, por las horas en las que recortaba y pegaba artículos de diarios. Una nena boba con los auriculares pegados en las orejas como dos cacerolas, desgrabando los audios de los noticieros. Una adolescente eterna, cadete de oficina, prisionera de los trámites del centro porteño, de las buenas tardes, vengo a dejar este sobre.

Pero había una cabeza detrás de su flequillo que peinaba de costado. Su jefe la intuía. Una cabeza que ocultaba en su cara redonda. Una cabeza y también una mujer clara, de labios moderadamente gruesos y siempre bronceada. No necesitaba tomar sol, Julieta. A su jefe le gustaba mirarle la piel. Y le gustaba llamarla a su despacho, también. Siempre había un motivo. Y una tarde (antes de ayer, para mayor precisión), cuando el último sol entraba por los resquicios de una cortina veneciana polvorienta, la llamó. Julieta supuso que se trataría de una tarea para el día siguiente, recargada de alguna enseñanza extraída de su memoria. Conocía el manual: se sentaría, lo escucharía, y cuando percibiera unos segundos de silencio (su jefe los dejaba en el aire para coronar el final de sus palabras), asentiría y soltaría un comentario. Luego recibiría autorización para retirarse y volver a su escritorio. La trataba como a una sobrina o una ahijada, y eso no le molestaba. Se sentía protegida, una corriente de aire cálido en el frío de la oficina. Pero esta vez fue distinto. Le ordenó una investigación de campo, una salida al territorio. Su primera salida.

Lo que su jefe dijo:

Le interesaba la posible relación entre el robo al banco de Bariloche y el ataque al blindado que se había producido quince días antes, en Yocsina, un pueblo de la provincia de Córdoba. Eran casos distintos, le explicó, aunque los dos eran salvajes. Algunas son más elaboradas que otras, pero, básicamente, en su concepción y su desenlace todas las acciones de la guerrilla tienen una impronta salvaje. La de Córdoba fue notoriamente salvaje. El jefe tomó una carpeta del primer cajón de metal de su escritorio y fue separando recortes de diarios. Julieta comenzó a mirarlos. Un auto había

perseguido a un camión blindado que recogía dinero de los bancos; entraba a un pueblo, retiraba un bolsón, salía, entraba a otro pueblo. Lo dejaron andar, que se fuera cargando. Durante cincuenta kilómetros, más o menos, lo persiguieron a distancia prudente por la ruta. Hasta que el auto lo pasa y entorpece su marcha, lo obliga a reducir la velocidad, y luego acelera, deja un margen de tiempo para que un camión que estaba sobre la banquina gire en forma brusca y cruce la ruta transversalmente; el acoplado se instala sobre las narices del blindado. El plan era que se estrellara y, una vez neutralizado, producir el robo, vaciarlo. Ahí está la brutalidad de la acción, así actúan. Sin embargo, el chofer, con gran pericia, encuentra un hueco sobre la izquierda, una especie de banquina ladeada, a 45 grados, dobla casi en dos ruedas y logra escapar, estabiliza el vehículo, sigue, supone que ya está a salvo, pero la tranquilidad le dura segundos, siente un tremendo estruendo: una ráfaga de balas a la altura del motor; la chapa del blindado queda como el cierre de un pantalón, pero en horizontal, así (hace una línea en el aire con dos dedos). Le dispararon desde el auto que lo venía persiguiendo, que ahora se había adelantado. El blindado corcovea, el motor echa humo, sin embargo continúa su marcha y encuentra una estación de servicio no muy lejos; los dos choferes se bajan a pedir auxilio, se meten en la cafetería para protegerse, mezclados entre camioneros y parroquianos, pero los salvajes entran a la estación de servicio tirando ráfagas al aire, son tres o cuatro, se meten en el local y se les tiran encima, ¡dame la llave!, a los gritos, apuntando a todo el mundo, incluso con niños a la vista, fíjese qué perversión, y uno de los choferes se la da, y entonces corren hacia el blindado, lo abren, sacan las bolsas, las tiran dentro del auto y se

van, escapan. Un hombre que estaba cargando nafta intenta una persecución, pero lo disuaden con pocos tiros. Julieta siguió el relato en silencio a la espera de la conexión con el otro caso, el desenlace o la moraleja. Se llevan un botín muy parecido al del banco de Bariloche, una cifra apenas superior. La diferencia, obviamente, es que en el robo al blindado actuaron a cara descubierta, con nombre y apellido, lo firman, es una operación del ERP, los revolucionarios del pueblo, como se dicen. Aquí están los comunicados; y los otros no, serían delincuentes comunes, aparentemente. Un robo a un banco, espectacular, con varios secuestros, pero sin nombre, sin firma: ¿quiénes son? No se sabe. ¿Es una organización guerrillera? No se sabe. ¿Qué reivindican? No se sabe. No se dan a conocer. No dejan ningún mensaje, panfleto, comunicado, nada. Solo una bandera argentina colgada frente a un rehén, el gerente del banco. Extraño, ¿no? ¿Y dónde está la conexión entre un caso y otro? ¿El punto de coincidencia? —Julieta dejó alargar el silencio, que se prolongaba, entonces preguntó dónde—. En que los revolucionarios del pueblo, cuando se presentaron por primera vez, hace no más de cinco meses, tomaron una comisaría. Un asalto salvaje contra la institución, dejaron dos policías muertos, rematados en el patio. ¿Y qué hicieron, además de robar armas y uniformes, por supuesto? Arrancaron la bandera del mástil y se la llevaron. ¿Para qué cuernos querían la bandera? La bandera argentina es su reivindicación. La bandera es de ellos, sueñan con una Argentina propia. Ese es su discurso. No fue el primer caso. También otro grupito había robado la bandera del Ejército de los Andes, del Libertador San Martín, que estaba guardada como un tesoro en Mendoza. Bueno, como un tesoro no, porque estaba expuesta en una vitrina de la

municipalidad. Se la robaron. Es la moda. Pero en el caso del banco de Bariloche, ¿qué hacen? Dejan la bandera. La devuelven. Mejor dicho, roban la bandera de un colegio, ¡de un colegio, fíjese usted!, la dejan colgada y se van. ¿Por qué? ¿Cuál es el mensaje? ¿Son guerrilleros? ¿Son delincuentes? ¿Quiénes son? Difícil descifrarlo a simple vista. —El silencio se alargaba, Julieta se rebeló, no dijo nada —. Es lo que tenemos que saber, concluyó su jefe.

Cuando Julieta llegó a Bariloche días después del robo, poco se conocía de la banda de maleantes. El único detenido era el sereno. Lo habían acusado los rehenes. Lo ataron junto al resto en la casa de Gainza para limpiar su complicidad, dijeron. El comisario Ruiz, que recibió a Julieta en el despacho de la Brigada y le sirvió café, dijo que el sereno no soltaba prenda. Estaba en el calabozo. Pero él creía que era un perejil. Es un muchacho con un leve retardo, conocido en el pueblo, no veo que tenga relación con los delincuentes. Se lo dijo al juez, pero el juez no quería largarlo hasta que no tuviera una pista firme. (A alguien adentro debemos tener, si no es una vergüenza para nosotros y para ustedes, le explicó a Ruiz). Y además el gerente del banco, Pérez, se empecinó con que lo entregó el sereno, así que está ahí adentro pobre muchacho. Igual es tranquilo, ni siquiera se declaró inocente. No se queja, no habla. Lee. Entre paréntesis, esto en *off de record* señorita, por favor, no lo ponga en mi boca, hablamos en confianza. Ella anotaba en la libreta. Por supuesto, comisario. Julieta le preguntó si el robo podría ser obra de una organización guerrillera. El comisario enarcó las cejas. No, si hubieran sido guerrilleros hubieran tocado bocina por los cuatro costados, lo hacen siempre. Acá no va a encontrar un guerrillero escondido ni entre los juncos de toda la Patagonia. Esto lo

hizo gente de afuera. Clavado. Ni siquiera de Buenos Aires. Estos son chilenos, quizá con apoyo de alguna banda de otra provincia, puede ser... ¿Con ayuda de alguien de Bariloche? No, no lo veo, no lo veo. Acá casi no hay delitos. Hay carteristas, por supuesto, les roban a los turistas; hay hippies por las orillas de los lagos, es verdad, pero son mansitos, y también están los ladrones de ovejas, yo los conozco a todos. Ruiz estaba seguro, tenía el territorio dominado.

—Estamos rastrillando las montañas con helicópteros, con aviones hidrantes incluso, operativos muy importantes, pero ya deben estar en Chile.

Para lo único que no tenía respuesta el comisario era el asunto de la bandera.

—Eso, la verdad, es raro.

Y quedó en silencio. Después le preguntó a Julieta dónde se hospedaba y si estaba sola. Podrían ir a cenar.

Pérez y su familia ya se habían ido del hotel Pilmayquén. Una empleada del banco (Julieta la esperó a la salida) dijo que volvieron a Buenos Aires, licencia por tiempo indeterminado por estrés traumático. Las otras familias, Gainza, Romero, Palacios, declararon en el juzgado y no salieron de sus casas por consejo médico. Había una consigna policial en cada puerta. Se decía que estaban medicados. El director de la escuela le mostró el patio donde robaron la bandera. Era nueva, a estrenar. Él la había colgado para verificar que corriera bien la cuerda del mástil, la aceitó, y la bandera quedó arriba y desapareció de un momento a otro. Fue una distracción, supóngase, pero ¿quién se puede imaginar que se van a robar una bandera? Hay que estar loco. El director también mostró

el muro por donde habrían saltado los delincuentes. Ahora la bandera estaba incautada. La peritaron y comprobaron que era la que había enviado el Ministerio de Educación. El juez, por precaución, no largaba la bandera ni al sereno. Eran sus únicas pistas. Julieta pidió una entrevista con el magistrado, pero nunca lo encontró ni respondió a sus mensajes. Está haciendo diligencias por el caso, le informó la empleada. Pidió orientación en el diario local. Se presentó como cronista de la revista *Panorama* de Buenos Aires. Estaba haciendo un artículo sobre la revolución hippie y la vida en comunidad en El Bolsón cuando le asignaron esta nota. Si encontraba una punta interesante se la publicarían. El periodista de Policiales le dijo que el juez aparecía a las cinco en su despacho, después de la siesta, para recibir las novedades. Pero hasta ahora no había más que las hipótesis de Ruiz: chilenos. Si se enteraba de algo le avisaba, podía quedarse tranquila. Pero Julieta no estaba tranquila. Por la tarde llamó a la oficina desde un teléfono público y se deshizo. Volvía esa nube oscura, el fantasma de la oportunidad perdida, el desamparo. Después de escuchar su reporte, el jefe la animó. La tarea de campo no es sencilla, requiere paciencia y perspicacia. Podría probar nuevos atajos, analizar cada uno de los datos, y que siguiera tirando del hilo de la bandera, había que encontrarle una explicación a ese mensaje, y que aceptara la cena con el comisario si era necesario, sí, podría colocarse en el centro de la investigación, no pasaría nada malo en una cena, la institución la protegería. Sus palabras no alcanzaron a atenuar la pena pero redujeron su ansiedad.

—Gracias, coronel —se despidió.

9
La ansiedad

A Julieta le costó postularse en la Escuela de Inteligencia de la Policía Federal. Lo hizo obligada, hacía casi dos años, porque se caía a pedazos. Tenía 25, era abogada, se había recibido con un promedio de 9.11. Una alumna destacada, de primera línea. Sus padres se sacaron la foto con ella en las escalinatas de la Facultad de Derecho, con el diploma de la graduación, todos sonrientes. La primera universitaria de dos generaciones de inmigrantes italianos en el país, la esperanza de la familia. ¿Se entiende lo que esto representa, lo que significa, el peso que tiene? Brindaron enfrente, en la confitería Las Artes. El mundo parecía más claro. Pero a partir de ese momento, STOP, se produjo el lento, incontrastable y por momentos inasible descenso. La caída. La brutal caída de las expectativas. Ese fue el impacto. Que el título no modificara nada. Al contrario, fue como si hubiese traído consigo un mar de maldiciones, las oleadas de inestabilidad y ansiedad, por haber roto la tradición familiar. Y ese salto al que Julieta aspiraba, quizá con inocencia, que era mucho más que un lugar profesional, era salir del barrio también, o sobre todo; salir del mundo de las casas bajas, que no eran de pobreza, pero estaban impregnadas del aire espeso y

húmedo del invierno, de la quietud de la tarde, de la vida previsible, en las que solo había alguna que otra avenida para respirar, ni tampoco tanto. Ese salto con el que soñaba después de aquella foto en las escalinatas de la facultad, ahora, temía, estaba segura, no llegaría nunca. Por eso lloraba, con la vista en el techo, tirada sobre el sillón de cuerina del comedor de la casa de sus abuelos, que había heredado su madre, y hundía el dedo mayor en el pedacito de goma espuma que escapaba del almohadón. Lo hundía con rabia, con impotencia, Julieta. Ese agujero del sillón estaba cargado de tensión, de oscuridad. Habían estado bien las clases de patín en el gimnasio del colegio, a contraturno, sí, y las de tejido y dactilografía, como actividades extracurriculares, también. Había estado bien el colegio parroquial subsidiado por el Estado. No había tenido problemas con la religión. Aunque la Iglesia no tuviera respuesta a sus preguntas, o cuando las tuvo eran sí o no, y eso no era una respuesta. Era dogmatismo, no era razón, era ortodoxia. Aunque eso tampoco le había molestado. Era fácil ser católica, se podía entrar y salir. La religión no era un imperativo. Era un lugar para estar. Incluso se podía ser parte de la Acción Católica casi como nada (había una sede frente a la parroquia). Bastaba con cumplir con una serie de rituales y decidirse a hacer cosas relacionadas con la Iglesia, una militancia católica light, tranquila. Y eran actividades por afuera de la escuela. Este era el beneficio, el bálsamo. Le daban la oportunidad de conocer al chico que le gustaba, ir a bailar a los boliches de la avenida y esperar que se acercara (con sus mocasines, el jean de botamanga Oxford, el plush azul), y volver de madrugada en el taxi de la parada de la estación, o en el auto del papá de una amiga que las pasaba a buscar.

La Iglesia había sido parte de un todo. De un recorrido, de una atmósfera, de una telaraña también, de un tiempo que no terminaba nunca. La educación parroquial, jardín, primaria, secundaria, hoy a la tarde nos vemos en patín, vení, sumate a la campaña de la Acción Católica, el sábado vamos a bailar, este año confirmo mi fe. Todo eso había estado bien. Quedaron preguntas sin respuestas, sí, algunas decepciones, cierto, pero no hubo quejas, o no demasiadas quejas. Como había estado bien la profesora de Historia, recibida en la Universidad de Buenos Aires (lo cual era una rareza), la profesora Fralliciardi, que un sábado a la tarde invitó a los alumnos a su casa, a los que quisieran ir, solo para conversar, para conocerse, una casa con un limonero en el fondo, todas las sillas en círculo y una mesa con mantel de hule con una jarra de limonada, un termo de café, un sachet de leche, dos platos de masitas, siempre lo recordaba. Eso ya marcaba una diferencia, y había estado bien. Pero no bastó, no bastaba. Quizá había sido ella, la profesora Fralliciardi, sin saberlo (porque entonces Julieta no era consciente de estas cosas), la que había plantado la semilla, el elemento de disrupción, el complemento o el contraste (no lo sabía), con la Acción Católica, la que la impulsó a estudiar Abogacía en la Universidad de Buenos Aires. No tenía una motivación muy definida ni tampoco mayores referencias de la abogacía. Salió del colegio sin saber qué elegir. Había un abogado que atendía en su casa, una casa bonita no muy lejos de la suya. Tenía una placa negra sobre el frente, como si fuera de mármol negro, con letras doradas, Abogado, y pensó que podría ser una carrera útil para defender a los otros, a su familia, para defenderse ella. Podría ser el inicio de una buena vida. Pero más que Abogacía le interesaba estudiar en la UBA, no solo porque las universidades

privadas del conurbano bonaerense eran pocas y caras, sino porque hubiera implicado una repetición del mismo mundo. Ella quería un cambio. A su papá, que era tornero y hacía veinticinco años que trabajaba en el mismo taller, que iba y volvía del trabajo en bicicleta con el mameluco azul, le pareció bien. Y a su mamá, que había abandonado la enseñanza primaria, justamente en la escuela parroquial, para criar a su hija, también. Muy bien. Los dos respondieron con entusiasmo. Para libros y transporte no te va a faltar, le dijo el papá. Fue uno de esos momentos que no se olvidan, los que quedan en la memoria por encima de otros miles de momentos que se pierden. La mirada orgullosa, el respaldo, el camino abierto bendecido por sus padres. ¿Qué más se podría pedir? Ya era mucho. Por eso pensó que debía aliviar la carga familiar, y mientras estudiaba para el examen de ingreso, ese verano, animó fiestas infantiles los fines de semana en un salón de la avenida. Quería hacer su aporte, poner su granito de arena.

La universidad era otro ambiente. Enseguida notó la distinción entre los alumnos que provenían de los colegios de la UBA y el resto. No pasaba un rato sin que mencionaran que eran egresados del Colegio Nacional o del Carlos Pellegrini. Pero aun cuando no lo mencionaran se los reconocía al instante. Se hacían chistes entre ellos o levantaban la mano para pedir la palabra sin ningún remordimiento. Estaban cómodos en el aula. La mayoría de ellos se conocían entre sí, habían vacacionado en la misma playa o tenían amigos en común, recuerdos en común. Incluso conocían a algunos docentes, habían sido sus profesores en el secundario, mientras que otros, y en particular Julieta, se hundían entre la marea de anónimos que sentía vergüenza de solo alzar la vista o les temblaba la voz si

les tocaba hablar en clase. Pero la distinción más flagrante no era el colegio de origen. Era el origen. El paisaje, la geografía. Julieta venía del conurbano, Lomas del Mirador, partido de La Matanza. Hacían falta dos colectivos y un tren para llegar a la facultad, dos horas de viaje aun cuando enganchara las combinaciones, y ni siquiera llegaba desde el conurbano profundo Julieta, pero era el conurbano. Era una mancha, una manera de empezar perdiendo. O desde abajo. De ahí no, de más abajo. Y si alguno le preguntaba dónde vivía, prefería decir Ramos Mejía. Quedaba mejor. Aunque Ramos Mejía también era parte de La Matanza, pero estaba en el borde, el lado bueno, casi todas las calles asfaltadas, pocos terrenos baldíos, casas de dos plantas. Eran los salvados, los pobres perdonados.

Era difícil socializar en la facultad cuando se vivía lejos. Después de cursar prefería volver a su casa, los trenes se espaciaban cuarenta minutos durante la noche, y pese a la distancia y el anonimato, se convirtió en una alumna aplicada. La carrera le corría rápido. Estudiaba en el cuarto del fondo. Su papá había sacado las herramientas. Organizaba bien la bibliografía, tenía buena memoria, e incluso en las primeras materias que aprobó con diez los profesores de la junta examinadora le preguntaron si había egresado del Colegio Nacional. ¿Cómo era que te llamabas?, no la recordaban, y ella decía que no sin dar más detalle. Hacia el final de la carrera la fueron conociendo. La chica que entraba y salía rápido, la que se acariciaba el pelo en los teóricos, la que no podían acercar con el auto a ninguna avenida porque le alteraban la combinación de tren y colectivo, la que no tenía un grupo de estudio, de amistades, la que nunca vieron en la confitería Las Artes, mezclada entre docentes y abogados, cultivando relaciones. La chica que no se detenía en las

mesas de las agrupaciones políticas siquiera por curiosidad, que pertenecía a la clase de estudiantes ausentes, que no convierten la universidad en el centro de gravedad de sus vidas, sino en el momento en el que no saben dónde están ni adónde van. Así se recibió, con honores, pero sin contactos. Sin una fórmula para arrancar, para poner el auto en marcha, y entonces volvió al centro a buscar trabajo, a empezar de cero, con el título bajo el brazo. Nada. O poco. Porque según la clase social un título significa mucho o poco. Depende del apellido. Pero al menos era un instrumento válido para recorrer edificios de los alrededores de Tribunales, no todos los días, porque la plata se volaba con el transporte, pero al menos dos veces por semana, para dejar una carta con los datos en un sobre, su hoja de vida, y el teléfono de la Acción Católica, el único instalado en la cuadra de su casa, con la esperanza de recibir algún recado. Después imprimió tarjetas personales en letra cursiva y las dejó en estudios, porterías, los mostradores de los bares, en librerías jurídicas de la calle Lavalle y en locales que ofrecían servicios de dactilografía, un revoleo de tarjetas frenético, desesperado, hasta que entendió que nunca lograría emplearse en una oficina de abogados sin que antes la conociesen. Cambió la estrategia. Decidió mudarse a la zona intermedia, ubicarse en un puesto de observación para explorar oportunidades. Mejor dicho, generarlas. Se ofreció como dactilógrafa en un local para cazar al abogado que llegara con un manuscrito, o un escrito para pasar en limpio, antes de presentarlo en Tribunales o el Correo. Podría ser una demanda, una carta documento. No dijo que era abogada, Julieta. Pensó que le podría jugar en contra, y bastó una prueba de mecanografía, 50 palabras por minuto sin errores, para que la tomaran. Esta es tu

silla, le dijo el dueño. Se sentaba frente a la máquina de escribir de 8 a 14, pulcra, paciente, ordenada, y si en momentos libres le pedían que hiciera fotocopias, las hacía, no se le caían los anillos. Pero casi no había tiempo para estudiantes o cadetes, los abogados caían como pájaros, y ahí se lucía, le daba vigor y relieve a la redacción aplanada del lenguaje jurídico, invadida por gerundios, mayúsculas, leyes y amenazas, y se acariciaba el pelo en las pausas de escritura con el abogado de turno en una silla, sentado junto a la de ella, rozándole sin querer la rodilla, dictando su escrito, un maestro del saber frente a su alumna consagrada.

El primer y único abogado que le ofreció trabajo, el que le permitió salir del oficio de dactilógrafa, fue Atilio Aníbal Sorichetti, titular del estudio Sorichetti y Asociados, que la empleó como cobradora de vecinos morosos del partido de Moreno, en el oeste del conurbano, barrios marginales y semirrurales, en la terminal del Ferrocarril Sarmiento, más lejos todavía. Sorichetti le explicó el trabajo en un bar de Tribunales. Le podría interesar, como abogada joven, para dar los primeros pasos en la profesión. Están instalando la red cloacal, comenzó, y extendió en la mesa el plano de Obras Sanitarias de la Nación confeccionado en papel manteca. El inspector, a medida que verifica el avance de la obra, libra un certificado a la empresa constructora, que sirve como título ejecutivo para cobrarle la cuota al vecino, porque la cloaca se paga en cuotas mientras se ejecuta la obra. Así funciona. Cuando el vecino no tiene las cuotas al día ni le paga al cobrador de la constructora siquiera con un cheque o pagaré, entonces recurre a un estudio de abogados. Sorichetti y Asociados había recibido los casos. El plano tenía delimitadas las 120 manzanas de la red cloacal en

construcción. Los morosos críticos, que adeudaban seis o más cuotas, estaban marcados con puntos de fibra roja en el plano, parecían manchas de varicela. También estaban incluidos los morosos de riesgo moderado, con atrasos de hasta tres meses. Sorichetti le dio un cuaderno con el nombre y la dirección de cada uno de ellos. Su trabajo, le explicó, era comprometerlos al pago con su firma en un formulario, y conminarlos a presentarse con el efectivo, cheque o pagaré en su estudio. Si no se ponían al día, no tendrían la instalación interna completa, no les pondrían la tapa (la tapada, en el argot) que conectaba el caño cloacal con el domicilio, un metro bajo tierra, que clausuraba el pozo negro para siempre, donde se acumulaba toda la mierda y el olor de la casa, su casa. Ese era el discurso. Ponerse al día, evitar multas e intereses y tener la tapada al final de la obra. Ser un buen vecino, en resumen. Si no se ponían al día, reiteró Sorichetti con un dedo levemente alzado sobre el mapa, si no se alcanzaba un acuerdo extrajudicial, si no se completaba el formulario y se lo firmaba en demostración de su voluntad de pago, quedarían sujetos a un juicio de ejecución rápida, porque los certificados eran un título ejecutivo para el juez, y perderían todo lo que habían pagado y se quedarían sin la tapa, sin cloaca y con el olor a mierda. Esto, le recomendó, no habría que decirlo así, pero debía quedar claro.

Sorichetti prometió, ante todo, el pago de viáticos (había que ir a barrios alejados, en provincia) más una comisión del 5 % de las deudas que se abonaran en el estudio. Julieta aceptó el trabajo. Otra vez dos colectivos y un tren, como en los tiempos de facultad, pero en dirección contraria, hacia la otra punta. Con un mapa casero y el cuaderno de los morosos en la cartera se presentó en el territorio.

Suponía que así sería el mundo un poco más al sur de su barrio, calles de tierra sin veredas por las que nunca había caminado. Al principio le resultó difícil encontrar al señor de la casa a media mañana; prefirió ir por la tarde, cuando regresara del trabajo, y tocaba el timbre o aplaudía, sobre todo aplaudía. Eran casas en proceso de reformas, algunas con revoque de cemento, otras con ladrillo a la vista y el cuadrado de una ventana tapado con tela. Se veía una intención de progreso, con una pizca de marginalidad, el loquito que se esconde en una casilla de madera detrás de un alambrado, que vive con gallinas o un chancho. Eran los menos. Había una intención, poderosa, mayoritaria, de involucrarse en la obra, pero el atraso en los pagos se explicaba por problemas en el trabajo, la inflación, los gastos de los chicos, el sueldo de la quincena que se iba como nada. Julieta avisaba que en pocos meses estaría todo listo para conectar la cloaca en la casa, mostraba el formulario, sus vecinos están al día, el señor dudaba, la señora abría las tiras de plástico del cortinado y se acercaba, ¿qué pasa, negro?, preguntaba, y Julieta trataba de convencerla a ella también de que firmaran el formulario, una copia con papel carbónico a cada uno para dar caducidad a las cuotas pendientes. Lo explicaba con amabilidad pero también con el lenguaje de letrada para que respetaran su autoridad. Eran charlas trabajosas en el patio de entrada, casi a la caída del sol, o a veces adentro de la casa, y después se volvía en el tren revisando los formularios, verificaba si el carbónico había copiado bien la firma, leía los nombres para cotejarlos con los del cuaderno de morosos y para que el viaje se hiciera más corto. Los viernes tomaba el tren de punta a punta, Moreno-Once, y después el subte, y llevaba su carpeta a la oficina

de Sorichetti y Asociados con el resumen de gastos de viáticos que cobraba a semana atrasada. Sorichetti siempre la recibía al final de la jornada, antes de cerrar el estudio. Controlaba los formularios firmados, los contaba, y hacía un comentario al pasar, generalmente de mierda, la semana pasada en el otro barrio creo que te fue mejor, y cada viernes lo repetía. La semana pasada te fue mejor. Julieta se volvía en el tren con esa frase en la cabeza.

Después de tres meses en los que solo cobró el 5 % de comisión por la firma de tres formularios —lo único que los frentistas morosos habían pagado, según Sorichetti—, dijo chau y no volvió más al estudio. Durante el día se encerraba en el cuarto del fondo, se tiraba en la cama, y se levantaba para caminar descalza por el fondo; a la tarde, a tomar sol, a no hacer nada, y volvía a encerrarse hasta las ocho cuando la llamaban para la cena, todos en familia, y después se acostaba en el sillón del comedor, guardaba el dedo mayor en el agujero maldito, hasta que se dormía, y a la madrugada despertaba y volvía a su cuarto del fondo. Su mamá le propuso volver a patín y dijo que no. La Acción Católica, no. Ver a sus amigas del secundario, no. Ir a bailar, no. Hasta que su papá le contó que había hablado con un paisano, no era un pariente de sangre, venía por el lado de una tía política de su padre que se había casado con un primo, una cosa lejana. Lo había visto hacía muchos años, cuando se iniciaba como policía, y después, sin que mediara ningún acontecimiento específico, se dejaron de ver. O dejó de verlo. No le gustaba, no sabía muy bien por qué le daba mala espina. Y sus intuiciones se corroboraron tiempo más tarde por comentarios familiares, que había dejado a su esposa y vivía con otra mujer más joven, que robaba, que había construido una casa de dos plantas con pileta en

Caballito y que se había retirado como comisario en una purga, esos momentos, cada tanto, en que la Federal se pone jodida con su propio personal, se limpia un poco. Sabía que no era un santo su paisano, pero fue a verlo y él lo recibió bien, le abrió las puertas de su casa. Le habló de Julieta, el comisario la recordaba. Se había recibido. Es abogada, 9.11 de promedio, venía para hablar de ella. Al comisario se le abrió media sonrisa. Así que ahora venís acá, guachito, pero él estaba para ayudar. Julieta no lo hubiera recordado jamás si su padre, aquella noche, los dos sentados en las sillas apoyadas contra la pared del cuarto, no lo hubiese mencionado. Como esos ramalazos de la memoria, nombres que desaparecen en la infancia, que quedan sepultados para siempre, y de un minuto a otro, después de mil años, reaparecen intactos. A Julieta le pareció raro. ¿La policía? ¿Qué puedo hacer yo en la policía? Su papá le pidió que no se apresurara. Ya habría tiempo para decir que no. También había abogados en la policía, y era un trabajo estable, seguro. Es solo para que veas de qué se trata, y si no te gusta te vas, nadie te obliga. Puede ser una oportunidad, le dijo.

10
Huellas

El teléfono la despertó cuando estaba atravesada por el sueño profundo, en la madrugada. Miró el despertador. Eran las tres. Quería entender dónde estaba. El sereno le habló con voz neutra, denotaba preocupación. Era nuevo en el hotel, el empleado anterior estaba preso y él no quería problemas en su primera semana de trabajo. La busca la policía, señorita, le avisó. Julieta preguntó qué policía, en la confusión. Era el comisario Ruiz. La esperaba sentado en el sillón del hall. Fumaba con los ojos puestos en el ascensor. Tenía la cara predispuesta a la sonrisa para saludarla. Julieta bajó por las escaleras con jeans, zapatillas, la remera de dormir. Estaba despeinada, con las ojeras marcadas por el sueño interrumpido. El comisario se acercó para darle un beso, ella se mantuvo a distancia. ¿Qué pasa?, preguntó. No se había sentido a gusto con la invitación a cenar, que había quedado sin respuesta, y ahora quería escuchar por qué aparecía en el hotel a esa hora. El comisario dijo que traía una primicia sobre sucesos que se estaban desarrollando. Julieta pensó que habían detenido a los delincuentes. No era así: habían dado con el auto del escape. Se ofrecía a llevarla para dar un vistazo a la escena. Quería que fuera la primera periodista en tener la

noticia. Había prisa. La Estanciera policial, que trasladaba a los peritos, estaba saliendo y él quería llegar antes que nadie para controlar el trabajo. Julieta no tuvo tiempo de pensar. El comisario la apuraba, pidió que se pusiera un abrigo, las pruebas estaban a campo abierto. Cuando subió a su auto se tomó un segundo para mirar la bahía y preguntarse si estaba cometiendo un error. Probablemente sí, pensó. Pero cuántas informaciones quedarían fuera de radar si a cada una le objetaba la forma en que la conseguía. Quizá esta fuera su misión más arriesgada, la primera que le tocaba: salir en la madrugada, internarse a campo traviesa junto a un comisario que le creyó el cuento de la periodista. ¿Quería abandonar las horas de recorte de diarios? ¿Quería terminar con la cadetería por el centro? ¿Quería salir al territorio? Era esto. Este era el oficio, y santos no había. La institución la protegerá, decía el coronel. Dios proveerá, pensaba ella.

Salieron rápido de la ciudad y accedieron a una ruta de tierra. La ruta vieja, aclaró el comisario, y tomó un magazine de la consola y lo colocó en el reproductor. Empezó a sonar "Put your head on my shoulder". Era una estrategia meditada; lo había dejado en punta, era evidente. Julieta se decepcionó. Qué boluda soy, se dijo. La tristeza le cerró los labios. El comisario advirtió que se sintió incómoda y trató de revertirlo con naturalidad, como si la canción fuese casual, como si la escuchara cuando salía a un operativo o en su escritorio. Empezó a hablarle del juez, con el tono alto, para tapar la voz de Paul Anka, pero la voz se estiraba y lo obligaba a un relato sin pausas. Hacía un rato había pasado por su casa con la novedad, contó, un caserón cerca de la Playa Bonita, y el desgraciado le ordenó que arreglara con su secretario. Y fue a lo del secretario, que

le firmó el oficio pero no quiso venir, estaba durmiendo; esperaría el informe de los peritos. Es la típica gente sin agallas, ¿sabe?, remarcó el comisario, más libre, sin la melodía empalagosa que le había inundado el auto. La canción había terminado, bajó el volumen. El juez es amigo de los hippies, le encantan los hippies, nos obliga a devolverles las porquerías que les incautamos en el centro cívico, chucherías, nada importante, trenzas, baratijas en alambre, cosas que fabrican ellos; vienen a la comisaría con el papel firmado del juzgado y se las tenemos que devolver, dijo. El relato no le movía un músculo de la cara a Julieta, ni siquiera un gesto. El comisario se dio cuenta. Fue por más: hay una cosa que usted tiene que saber, no sé si le podrá servir para la nota, pero tiene que saberlo, e hizo el silencio que Julieta ya conocía, el silencio del coronel, el silencio de las lecciones, que ahora, en la ruta, en la oscuridad, se alargaba demasiado. No preguntó, lo dejó seguir, que se enredara con su propia lengua.

—Yo creo que el juez dobla la muñeca... creo no, seguro. Lo afirmo.

Julieta rompió el silencio. Le tocaba a ella. Preguntó:

—¿Cómo lo supo?

—Tengo información probada... hay una filmación. Se la puedo mostrar.

—No, no, lo del auto. ¿Cómo lo encontraron?

—Ah... lo descubrió personal policial en un rastrillaje hace unas horas. Hay una guardia de custodia en la zona.

La zona era agreste. Estaba iluminada por los focos de dos autos. Un policía caminaba alrededor de un Polara blanco con un farol de mano. El auto estaba entre dos árboles con las gomas delanteras

semienterradas, como si el bosque lo hubiera ido tragando de a poco. La tapa del baúl, abierta. El comisario Ruiz le marcó el detalle a Julieta.

—Dejaron todo a la vista, como si hubieran salido corriendo con las bolsas, ¿no le parece? —Y movió unas ramas para meterse en la espesura con la intención de que lo acompañara. Luego de transitar diez metros, regresó. Acababa de llegar la grúa del servicio mecánico, y los hombres levantaron el auto, sacaron las ruedas del pozo y las engancharon con cadenas en la rampa. El comisario cambió unas palabras con los forenses y volvió a Julieta.

—El auto va a peritaje y mañana rastrillaremos la zona otra vez, no sea cosa que hayan perdido algún billete —dijo.

En el regreso a Bariloche aventuró pistas sobre el escape de los delincuentes. Confiaba en que el examen del vehículo dejaría más certezas, aunque su intuición indicaba que lo habían ocultado para ganar tiempo. Lo tiraron en la 237 para despistar, afirmó. Lo más probable era que después hubieran agarrado la 40 y salieran para Chile por la ruta de los lagos, Villa La Angostura. ¿Conoce?

No hubo respuesta.

—Tiene paisajes hermosos —completó Ruiz.

Faltaba poco para que amaneciera. Julieta se caía de sueño aunque prefería no cerrar los ojos. Para distraerse puso un dedo sobre la consola y fue deslizando los magazines de a uno. Había conjuntos folclóricos, cantantes de tango, Paul Anka parecía un injerto en la discografía. El comisario tomó su gesto como una muestra de interés: quería conocerlo. De a poco se irá entregando, se dijo. La vida le había enseñado que las mujeres, no importaba la edad, aun las de veintipico como esta pichona que estaba

emplumando, podrían mostrarse ariscas o rebeldes al primer contacto, pero caerían en su redil, pondrían los pies en su orilla. Era cuestión de paciencia. El tiempo corría a su favor. Tamborileaba los dedos sobre el volante, regocijado con esa idea, festejando en silencio su futura victoria. Cuando pisaron el asfalto de la ciudad Julieta bajó la ventanilla para que el aire fresco la mantuviera lúcida, y el comisario la invitó a desayunar. Conocía un complejo de cabañas tirolesas, muy cerca, con terraza frente al lago. Julieta no quiso patear la pelota lejos.

—Ahora estoy un poco cansada. Fue una noche larga.

Ruiz lo sintió como un rechazo, pero no perdió la línea. La espera daría resultados, quizá en otro momento, esta noche o mañana. Había avanzado bastante, aunque quería llevarse un regalo. Al llegar al hotel, Julieta demoró en encontrar la manija, y cuando giró la cabeza para saludar se topó con la cara del comisario encima de la suya. La besó en los labios. Ella lo dejó estar uno o dos segundos y se fue alejando mientras abría la puerta. Salió del auto sin quejas, sin decir más que hasta luego. Lo había aprendido en la Escuelita: la seducción, o el sexo, para ser más específicos, era una herramienta de trabajo, un recurso de inteligencia que se debía usar y dosificar a criterio de cada agente, en base a la conveniencia y en función de los resultados. Se sintió un poco asqueada con Ruiz, es cierto, sobre todo por su falta de tacto, un asalto a destiempo para llevarse un beso, aunque no era grave. Es un pobre hombre, pensó, condescendiente, para absolverlo. Y era la fuente que tenía, la que había tocado. Peores eran los abogados que le apoyaban la rodilla mientras dictaban sus demandas como si fueran próceres, y pensaban que ella era una pelotuda que no se daba cuenta, o que le

gustaba, y aun así esperaba cinco minutos antes de hacer un movimiento que eliminara el contacto físico, para no afectarlos en su autoestima.

Se acostó con ganas de dormir hasta la hora que fuera, pero la imagen del escape de los delincuentes se lo impidió. ¿Por qué habían abandonado el auto? ¿Para qué lo enterraron? ¿Adónde fueron después? ¿Quiénes los llevaron? Tomó una ducha fría para activarse y fue en busca de un mapa y una remisería. Quería volver al lugar en el que la línea del escape cambiaba el rumbo o continuaba por otros medios. El punto de quiebre. Le pidió al chofer que la llevara por la 237 rumbo norte y permaneció atrás, en silencio, cotejando el mapa y la topografía, hasta que reconoció el lugar. Se dio cuenta por las cintas plásticas colgadas en los arbustos. ¡Es acá!, avisó. Pidió que la esperara y bajó. No había nadie. Se detuvo en la escena para tratar de entenderla, luego se alejó para verla en perspectiva, se agachó, y siguió las huellas del auto enterrado. También detectó otras que la atravesaban y fue y vino tras ellas, con un palo de guía, como un ciego en la niebla; recorrió su trayectoria varias veces, de principio a fin y concluyó que un segundo auto había entrado al atajo, para luego salir y continuar por la 237 hacia adelante. Era el auto de auxilio. Volvió al remise, miró el mapa. Sigamos, dijo. ¿Adónde?, preguntó el chofer. Donde la suerte nos lleve… ¿Usted cree en Dios? El hombre asintió. Yo también, dijo ella, y continuó con los ojos fijos en la ventanilla en busca de atajos y se detuvo en dos más, y continuaron viaje. La señalización era precaria. El resto era infinito. Vio lagos, desierto, bosque, sol, nubes, la inmensidad patagónica, la nada y el todo reunidos en la misma geografía. El andar de las ruedas la fue adormeciendo, cerró los ojos. Después,

en un tiempo que no podría determinar, despertó con el auto detenido en un lugar abierto, agreste, como si la caída de una bomba neutrónica hubiese creado un paisaje lunar en medio del bosque. El chofer no estaba. Era tarde, aunque había luz. Bajó y lo encontró saliendo de entre las malezas con un cigarrillo en la boca, abrochándose la bragueta. Estaba molesto.

—Este viaje es muy largo. Por más que me pague lo que me pague, dígame dónde vamos o me vuelvo a mi casa.

Julieta abrió el mapa sobre el capó y preguntó dónde estaban.

—Acá —señaló el chofer.

Estaban entre la ciudad de Neuquén y Bariloche, a mitad de camino.

—Lléveme a Neuquén.

Volvería a Buenos Aires a la noche, en ómnibus, o dormiría en algún lado y tomaría el primer avión de la mañana. En la habitación del hotel le habían quedado el champú, una valija chica, pero ningún documento. No había cerrado la cuenta. La saldaría en otro viaje, algún día. Ya no quería volver atrás. Lo llamaría a Ruiz. Le explicaría que se había tenido que ir de apuro por orden de la revista, le agradecería su ayuda y se mantendría en contacto por las novedades del caso. Dobló el mapa y lo guardó. Ya estaba por subirse al auto, pero antes quiso estirar las piernas, caminar, y fue avanzando por el borde del cañadón, hasta que lo descubrió en todo su despliegue. Abajo, en la hondonada, sobre un arroyo seco, solitario, había un auto quemado. Le pareció extraño. No daba la impresión de un vuelco, la ruta estaba alejada. Buscó un lugar para bajar, pero era una pared empinada, quizá de cuarenta metros de

altura. Pensaba en cómo habría caído ahí cuando un paisano a caballo se detuvo a su lado.

—¿Qué le pasó? —preguntó Julieta, mirando abajo.

—Lo tiraron la semana pasada.

—¿Quiénes?

—Los del avión.

11
El buen vecino

Después de que se roba un banco el dinero se enfría, se dispersa, se guarda bajo tierra. El mundo se detiene, los días son más lentos. La mente recuerda las acciones a cada instante, momentos, rostros, revisa los flecos sueltos que pudo haber dejado la operación. El mundo es una amenaza.

Las relaciones entre los delincuentes también se enfrían, toman distancia, los lazos se cortan. Gordon nunca imaginó que un dato de El Refaloso lo beneficiaría tanto, pero ya no lo necesitaba. Era una relación esporádica, de larga duración, con un código implícito: él no lo mataría si no le daba un motivo, El Refaloso no lo traicionaría. Genial era un animal de otra tribu. El sonidista que lleva los equipos al concierto y cree que es el jefe de la banda, el Robert Redford de la película, el señor perfecto del buzo antiflama que aprovechó las debilidades operativas. Historia antigua.

¿Y Acosta? ¿Qué podría unirlo después del robo? El chico se había portado bien. Tenía sus luces; destellos, en realidad. Se apagaba y se prendía. Pero cuando tuvo que actuar lo hizo. Y cuando su mente lo llamaba, se iba a un territorio inescrutable, la dimensión desconocida, sin mando, sin jefes, un llamado del más allá.

Después del robo, Gordon creyó que era mejor tenerlo cerca. Acosta ya conocía su casa en Colón, y por más que estuviera El Gordo Amaya del otro lado, su otro retén, había que controlarlo. No era un cable pelado, no era un botón, no le importaba el dinero —se reía Gordon—, e incluso podría decirse que no era un delincuente. No era un delincuente común, al menos. Era especial Acosta. Por eso, mejor que estuviera a la vista.

Cuando lo acompañó a la estación de ómnibus de Colón, con el pueblo como testigo de la despedida entre tío y sobrino, le pidió que no lo abandonara. Le tocó la cabeza con afecto, para rememorar aquel manotazo en la nuca que lo había ofendido, y le sonrió. Entonces no se conocían. Ahora lo estaban haciendo. Habían tenido días movidos, productivos, y si bien caminaban rutas distintas podrían juntarse para otra patriada, dijo Gordon. Además, le correspondía más dinero, aunque el bolso imitación Adidas se notaba saludable, ya costaba levantarlo. Y podría venir a volar cuando quisiera, la nave estaría a disposición. A Acosta le hizo gracia que la llamara nave.

Después Gordon apareció en la casa de la calle 47 como cuando volvía del campo, del supuesto campo. La misma escena. El hombre de negocios con la valija de cuero, sus pantalones *breeches*, las botas media caña, el semblante amable y educado que lo distinguía. A cualquier vecino le daría gusto acercarse a él, al menos por curiosidad. Cuando llegó, su hijo andaba en bicicleta con su amiguito, el hijo de Beba Spagnuolo. El chico había llegado antes del verano y fue bien recibido en toda la cuadra, además de por su vecino. Iban juntos a la escuela, pateaban la pelota contra la misma pared medianera, se hablaban de un patio al otro. ¿Podía haber un

mundo mejor que este? Gordon les acarició la cabeza a las dos criaturas. ¿Cómo le va, Aníbal?, lo saludó Beba mientras levantaba del umbral las tazas de Vascolet. Le gustaba que lo llamaran Aníbal, que lo integraran, aunque hasta cierto punto. Si preguntaban demasiado o miraban más de cerca, podría ser peligroso. Pero una conversación casual, al paso, con el esposo de Beba, el señor Spagnuolo, mecánico de camiones Skoda, o con Bermúdez, vecino de la casa de más allá, para comentar lo que cuadrara, la pesca del dorado en el Paraná de Corrientes, la barra de pescadores, o la aleación del aluminio, le resultaba amena, lo distraía. Por caso, hacía unas semanas había traído a su casa la puerta de un avión para fundirla y les contó sobre su negocio, la compra y venta de chatarra. Así modelaba la pantalla, refinaba el producto que vendía en el pueblo, el de buen vecino. ¿Qué motivos habría para dudar? Gordon era un hombre de familia. Hasta podría ser una película.

Con Beba la relación se hizo más cercana porque le prestaba el teléfono. Su presencia en la vereda, con una sonrisa de disculpa, era el anuncio del sutil pedido. No es molestia, Aníbal. Beba cerraba la puerta del comedor, respetuosa. Su vecino no hablaba largo, nunca más de cinco minutos, anotaba en su agenda de cuero de vaca con la lapicera Parker y cortaba. Pero hablaba lejos. Después las facturas venían saladitas. Aunque se hacía cargo, hay que decirlo, un billete encima de otro y con actitud de agradecimiento. Ni hacía falta pedirlo. Se acercaba, preguntaba cuánto debía y lo pagaba. Excepto la última factura, que saldaría Nelly, su esposa, avergonzada por las circunstancias que luego serían conocidas en el pueblo.

Nelly era su contraste, el polo opuesto. Como si hubieran sido fabricados para no encontrarse nunca, el yin y el yang. Pero ahí

estaban los dos, casados desde hacía una punta de años. Introvertida, menudita, con un rictus de tristeza en el rostro fácil de detectar, el andar apocado y el saludo y dos o tres palabras con los vecinos. Apenas si se la veía con una bolsa camino al almacén, o a la librería, en busca de un artículo para su hijo. Eso era lo que mostraba Nelly en Colón. Además de aquel domingo, sí, ya fue mencionado. El domingo que fueron los cuatro al Aeroclub, con la hija mayor, la que se había quedado en Buenos Aires al cuidado de su abuela. Aquel almuerzo de presentación. Después no hubo mucho más. No iba al centro, no rondaba las calles. Muy de adentro de su casa, Nelly. Su relación más asidua era con el doctor Elio Guidi, uno de los pocos médicos del pueblo, al que había visitado por una dolencia estomacal en la sala de primeros auxilios, y como las molestias se desencadenaban a cualquier hora, la atención continuó en su casa. Guidi atribuía el mal a una enfermedad nerviosa, pero no encontraba la medicación adecuada para atenuarla. Gordon intentó entrar en confianza con él. Como supo que cazaba y tenía permiso de caza en una estancia, le propuso una jornada de campo, ir juntos a hacer ruido con un par de carabinas y traer algunas liebres o martinetas para dorarlas en la parrilla. El plan siempre estaba latente pero no se consumaba. Guidi tenía sus prevenciones. Lo veía desparramando dinero a diestra y siniestra, un poco charlatán para su gusto, y tuvo un mal pálpito; en qué andará este hombre.

Ese regreso a Colón en marzo de 1971, después del millonario robo al banco en Bariloche, abrió un tiempo de espera para Gordon. Explotó la normalidad, las cosas del día, ir y volver al local de chatarra, casi sobre la ruta 8, alguna escapada a Buenos Aires para ir lavando la plata sucia del tesoro. Su política fue no quemarlo,

mostrarlo de a poco. El dinero bien mostrado, en su medida justa, genera confianza. El exceso puede espantar, le ocurrió con Guidi. Pero lo importante era que estaba instalado. Ya tenía su casa, comprada con un primer pago a contradocumento al Turco Flores (que se mudó a una de sus propiedades en el centro, le quedaba más cerca del local de telas), aunque Gordon aspiraba a consolidarse, dar el salto de calidad, comprar un campo. Cuando una persona compra un campo entra en otra categoría, juega en la primera liga local. Se pueden decir y escuchar mil historias sobre el nuevo propietario, pero se lo mira distinto. Tiene un campo. Se lo respeta. El resto son chismes. Gordon no quería estrictamente un campo. Quería un aeródromo dentro de un campo, su utopía privada, para que los pitucos del Aeroclub no anduvieran husmeando el hangar cuando querían corroborar si estaba o no en Colón. No fue difícil encontrar un campo chico, una chacra en realidad, treinta, cuarenta hectáreas por el lado de Ferré, un caserío cercano a la Escuela Agrícola Salesiana, donde se estudiaba pupilo. Apenas tomó posesión del predio pintó los postes de blanco. Ese comentario llegó al pueblo como pedo de vaca. Pero aunque nadie entendiera por qué, tenía lógica: necesitaba ver su pista desde el aire para pasar mercadería de contrabando. No podía pintar el pasto. Algo tenía que pintar.

12
Torino Lutteral Comahue

Y pintó Acosta. Apareció una mañana, dos meses después del robo. La aventura le había gustado, pero el que lo empujó a regresar fue Amaya. El Gordo había quedado satisfecho con la primera remesa. Buena cosecha. La administró en favor de su autonomía operativa: un auto usado, algunas armas de puño para no mendigar por los sindicatos, un mimeógrafo que instaló en una casa de Castelar, y una caja chica, generosa, para gastos de militancia y asados políticos. Fue su manera de apuntalar la estructura. Y en uno de esos asados en el patio de su comercio de antigüedades, frente a un estrecho círculo, en un discurso sobrio en clave nacionalista, la Patria, la soberanía, Perón y los tiempos que se avecinaban, hizo mención a Acosta, allí presente. Pocas palabras, el héroe solidario que arriesga su vida para el beneficio del conjunto. Fue un momento, apenas, que Amaya volvió emotivo: Acosta se revelaba como protagonista de una acción heroica que nadie conocía, como corresponde a una operación clandestina, en la que no hay relato y tampoco preguntas. Iba acumulando proezas, Acosta, cruzando la vida del peronismo, del nacionalismo (o el peronismo nacionalista) y de los gremios en su quehacer cotidiano, además de la gesta en Malvinas, sus años de

cárcel en el sur, de la que también poco se sabía, y esta acción desconocida que la volvía más valiosa aún. Acosta representaba esa clase de hombres en apariencia opacos, que en la superficie expresan poco, no se sabe quiénes son ni qué hacen realmente, pero de golpe una acción los coloca en una dimensión extraordinaria que el misterio agiganta todavía más. Así empezó a ser visto.

Acosta había entregado el dinero del robo, bien, pero después a Amaya le pareció poco. Quiso más. Lo ganó la ambición. La ambición política. El cálculo, su propia proyección. Era el momento del salto, de romper con los años de impotencia de la resistencia peronista, de salir de la hibernación impuesta desde las filas castrenses. El botín lo había sorprendido. Pensaba que sería algo más chico. No imaginaba que Gordon, añejo y meloso contrabandista que mordía en ríos y zonas de frontera, hubiera picado tan alto. No soy boludo, salió en los diarios la que levantó. Tuvo un gesto lindo, pero tiene que ser más desprendido, ¿no creés?, le preguntó a Acosta para concientizarlo sobre la justicia del reclamo. El Gordo quería la segunda remesa. Y Acosta, en una para él mismo inesperada defensa del viejo, soltó un susurro:

—Hubo muchos gastos.

Gordon no recibió con agrado el mensaje de Amaya. Reconocía que el comerciante y activista político de Morón le había prestado un buen elemento, pero ya estaba pagado. No tendría problemas en llenarle otro bolso a Acosta. Pero ¿a Amaya por qué? ¿Con qué motivo? La guita no le llegaba gratis ni la regalaba. En su enojo, de refilón, se sumaba un tema de celos, de posesión. Sentía aprecio por el chico. Quizá porque no lo descifraba. Ese era su encanto, el tornillo flojo. Entonces, lo que estaba en juego para Gordon, en el

fondo, y Amaya no lo había entendido, no era solo el dinero, sino la propiedad de Acosta, es decir, definir claramente quién era su jefe. Y si Acosta regresaba a Colón, como regresó, con el recado, el puto recado, El Gordo quiere más plata, el chico ahora debía pertenecerle. Si atraía al mensajero, lo domesticaba, anulaba el mensaje, se acababa Amaya.

Esa mañana lo llevó al taller de El Tano Nicolita Bonifacio, frente a la plaza principal, para mostrarle la octava maravilla. Sabía que jugaba fuerte, que lo iba a encandilar. Le dio el gusto, sacale la lona, dijo, y Acosta fue descubriendo en forma lenta la dimensión del monstruo: un Torino Lutteral Comahue año 1970. Había pocas de esas naves circulando en el país. ¿Y de color violeta? Quizá fuese la única. El auto casi no había rodado, 6000 kilómetros, pero Gordon se empecinó en que quería tocarle el motor, dotarlo de mayores atributos de velocidad. Nicolita era una eminencia en Colón. Preparaba autos para Turismo Carretera y corría con una cupecita Kaiser Bergantin de IKA del cincuenta y pico en La Vuelta de Arrecifes y cualquier vuelta de la provincia, siempre con el 37 en la puerta.

Bonifacio ya conocía los arrebatos de Gordon. Apenas llegado, visitó el taller con su hijo y el chico quedó hipnotizado con la cupecita. Nicolita lo dejó subir, sin tocar nada, y el chico pidió a su padre que lo llevaran a dar una vuelta. Gordon metió la mano en el bolsillo para darle lo que hiciera falta. Quería cumplirle ese sueño. Nicolita le explicó que el tanque estaba casi vacío y el auto requería nafta de avión. El argumento no lo disuadió. Fue al Aeroclub, cargó dos bidones del surtidor y El Tano se sintió obligado a subir al nene en el asiento de adelante, apenas si alcanzaba a mirar por la

ventanilla, su padre sonreía desde atrás. Lindo momento. Anduvieron un rato con la cupecita para sorpresa de los vecinos, porque no era un vehículo que Nicolita sacara de paseo, y para coronar la vuelta, la pisteó por un camino vecinal.

De modo que cuando Gordon después trajo el Torino para tocarle el motor, Nicolita dijo dejalo nomás, que apenas encuentre un hueco lo hacemos, total al loco este se le caen los billetes. Y ahí quedó. Con la misma emoción que su hijo, o parecida, repitió la escena con Acosta. Sacaron el Lutteral Comahue del taller y salieron a dar la vuelta al perro por el Boulevard. Es lindo pueblo, comentó Gordon, ya afincado. Acosta no podía distraerse. Apenas acariciaba el pedal, el bólido se disparaba.

Después entraron en una inmobiliaria, la misma donde hacía unos meses le habían ofrecido su casa. Ahora Gordon quería otra, un poco más apartada, para su sobrino. En Colón no se necesitaba ser un hombre pudiente para comprar una propiedad. Un bolso cargado a menos de la mitad ya alcanzaba para preparar el boleto. El resto se pagaba con documentos. Bastaba firmarlos y el inmueble se ocupaba. Una buena oportunidad, le dijeron, es la casa de Gerónimo Bracco, especialista en caños de escape y silenciadores. Es la casa de la palmera. Está cuidada y a buen precio. La fueron a ver, y efectivamente tenía una palmera en el jardín y todo lo necesario para vivir bien: materiales de calidad, circulación de aire y una parrilla en el patio. Acosta se tiró en la cama del dormitorio, golpeó el colchón con las manos. Se puede dormir bien acá, murmuró, convencido. Si te gusta es tuya, propuso Gordon. Firmaron los papeles.

Ese día volvió a la casa del viejo como la noche anterior al robo, aquella noche oscura cuando todo era incierto, y conoció a su esposa Nelly y también a su hijo, que hablaba poco para no complicarse, pero expresaba mucho. Al rato Acosta le estaba dando de comer carne cruda al bulldog en la casilla, en el fondo del patio. El animal le saltaba encima y él se divertía esquivando los tarascones, moviendo el alimento como si fuese una sortija. Hacía mucho que no se reía, se dio cuenta. Se sintió en familia. Una familia, la suya, sobre todo una infancia, que se rompió después de aquella huelga en Firestone, cuando la policía se llevó a su padre de su casa por quilombero y lo devolvió en un cajón con la cara lisa, como revestida en mármol. Después, desde que su mamá lo escondió en Merlo, Acosta había quedado suspendido en el aire, en movimiento constante por las terminales del conurbano, arrastrado por el tumultuoso cauce de un río inesperado, la Argentina de los militares y de Perón, el enfrentamiento latente.

Entrada la noche, le pidió el Torino a Gordon.

Era sábado y era joven y quería sentir cómo vibraba el mundo a bordo de esa bestia. Ir por las calles del centro, lento, con las ventanillas bajas, mirar y dejarse mirar, como miran en los pueblos a los desconocidos, fichados como en cámara lenta. Gordon podía dejarlo pilotar el avión, lo había hecho, y comprarle una casa, también lo hizo, pero que le pidiera el auto le movió la estantería. Le entregó la llave y el documento sin chistar, pero le recomendó que no anduviera por tierra, le podía arruinar el cárter, sonrió, y que lo devolviera a la mañana temprano. En ese momento se le cruzó por la cabeza que se lo iba a afanar con su complicidad, tomaría la ruta 8 y se iría a Buenos Aires. El Torino era la prueba de fuego, la

definitiva. Si Acosta lo devolvía, jugaría siempre a su lado, pensó Gordon. Si no lo hacía, lo encontraría y le pegaría un tiro. Las traiciones lo ponían de mal humor.

Bokó era uno de los dos boliches bailables del Boulevard. En la esquina, sobre la ochava, estaba la confitería. Una multitud de mesas detrás de los ventanales de vidrio, el reducto ideal para el pasatiempo familiar, para el encuentro de amigos que se ven la cara día por medio durante cuarenta años, y el día que no se ven se extrañan; o para las primeras salidas de parejas que van decidiendo, acaso sin saberlo, si estarán juntos por el resto de sus vidas. En el otro sector estaba el boliche, el lado oscuro, una puerta de chapa que se abría al costado, con la escalera alfombrada de negro y las paredes revestidas con un espejo empañado por humedad o suciedad.

Acosta pasó dos veces por la puerta de Bokó a velocidad lenta, como si su aterrizaje no estuviera decidido. Recogió las miradas, las de las chicas con minifalda y botas de cuero; las de los muchachos con camisa leñadora y campera de jean forrada con lana de cordero. Hasta que estacionó. Se había puesto la misma remera piqué con la que había llegado a Colón la primera vez, la misma con la que robó el banco. Era su uniforme, la remera piqué y el flequillo de costado, en corte a la taza. Compró el ticket en una ventanilla enrejada y esperó tranquilo con la nave amarrada sobre el cordón de enfrente. Su primera noche en el pueblo solo, sin el ronroneo del viejo. Todo un mundo abierto a la novedad. Al rato, un Chevrolet Impala de paragolpes plateado tocó el Torino desde atrás. Fue un toque involuntario: un motor que se apaga con el cambio puesto y el auto que se atora y avanza unos centímetros. Es una torpeza, pero

sucede. Acosta se acercó a mirar, se agachó, pasó la mano por la zona del impacto para detectar alguna imperfección, qué hiciste, dijo en voz baja, como catarsis, preocupado por lo que le tendría que explicar al viejo, y los tres muchachos lo miraron como si fuera un objeto raro y se fueron. Acosta volvió a la fila con el gusto amargo de la derrota. Se comió la mojada de oreja. Son los inglesitos de Wheelwright, les gusta venir acá para hacer quilombo, le dijo un muchacho de anteojos para acompañarlo en el mal trago. Quedó con la sangre en el ojo, Acosta, pero ya está, ya pasó, no le iban a arruinar la noche. Apenas entró al boliche se sentó en la barra a inspeccionar la vitrina. Pidió una medida de whisky. Habría ciento cincuenta personas adentro. Todo lo que se movía en Colón, a esa hora, estaba en Bokó. Era un ambiente de boliche clásico. La pista en desnivel con los zócalos espejados, los sillones reservados para las parejas que conversaban en la oscuridad, y el iluminador que jugaba con el nuevo chiche de efectos especiales, rayos violáceos y verdes que impactaban sobre el giro de la bola en el centro de la pista. Atento a un filo de luz que la mostraba y escondía en forma intermitente, Acosta se distrajo con la imagen de una chica de blusa blanca y el pelo suelto que pasaba la mitad de la espalda. Se movía sola sobre un costado. Bailaba su propia canción. Se acercó de un salto, le hizo un cabeceo, ahora él bailaba con ella, y ella sonrió apenas mirando hacia abajo, acomodó el pelo detrás de la oreja e inclinó el cuerpo hacia él, levemente, señal de aceptación, podría interpretarse. Ahora bailaban juntos. Iba todo bien. Se movieron en forma coordinada con dos temas de Kool & The Gang que el disc jockey enganchó de un saque y cruzaron la vista dos veces, tímidos pero cómplices. Como si no fuera necesario hablar, estaban bien así,

aunque Acosta pensaba hacerlo. Era la primera vez que bailaba desde aquellos asaltos en el patio de la casa de una alumna del colegio primario, en séptimo grado. No sabía cómo presentarse, qué debía decir. Se sentía un marciano en ese ambiente. Participé de la toma de Malvinas, estuve preso, hace unos meses robé un banco, llegué a Colón esta mañana, hace un tiempo me dejé el bigote. No, resultaría demasiado heterodoxo. No funcionaría. Debía haber una fórmula para estos casos, libros de ayuda sobre el tema, porque la chica estaba a la expectativa, el primer paso había sido dado, pero esperaba algo más de él, se notaba, o al menos eso pensaba Acosta, cuando uno de los de Wheelwright empezó a imitar los movimientos de sus brazos al lado suyo. Era evidente que lo estaba cargando, y otro de atrás lo tocó, como había tocado el paragolpes, fue sin querer, dijo, y se rio. Se estaban burlando de él. Después lo rodearon y empujaron, sintió un dolor intenso en el dedo gordo del pie, un terrible pisotón. Vio las estrellas, Acosta, y agazapado golpeó a uno en la boca del estómago para salir del apuro, y se lanzó a colocar piñas de precisión contra los tres inglesitos, ya mejor acomodado, con la cabeza alta, como Carlitos Monzón contra Benvenutti. El disc jockey paró la música, el iluminador encendió las luces blancas y la gente se abrió en un círculo como si fuera un ring. Luego sucedió lo inesperado. Cinco o seis muchachos del pueblo, liderados por el de anteojos, se sumaron a la golpiza contra los de Wheelwright. Fue el inicio, y todos los eventos que luego sucedieron parecieron previamente acordados. Los tiraron al piso, los levantaron, y los fueron echando a patadas en el culo, obligados a subirse al Impala y salir arando de Colón; acá no vuelven más,

guanacos, les gritaron desde la calle. Se la tenían jurada a esos hijos de puta.

Acosta no volvió a Bokó. Se olvidó de la chica, abandonó el plan. Se juntó con los vengadores en un territorio más sereno, el salón del club Hispano, que quedaba a la vuelta y todavía no había cerrado. Se armó una mesa larga. Estaban felices con él porque les había dado el argumento para echar a los forasteros. Acosta no necesitaba presentarse. Ya sabían que era sobrino de Gordon. Uno de ellos, que era socio del Aeroclub, y el más curioso, sabía lo del avión y había visto el Torino Lutteral Comahue en el taller del Tano Bonifacio. Otro, que lo vio entrar a la inmobiliaria, le preguntó si estaba interesado en alguna propiedad, si quería comprar, si se quedaría a vivir. Todo lo que estaba a la vista lo conocían. Después Acosta los invitó a dar una vuelta en el auto, una vuelta en la que fumaban mientras se pasaban una petaquita de whisky. Incluso amagaron con ir a Oasis, un burdel sobre la ocho, ya sobre la provincia de Santa Fe, el remanso de camioneros y viajantes de comercio, en la suposición de que allí encontrarían a los de Wheelwright, para seguir la pelea pero de visitantes, de puro guapos nomás, pero Acosta no quiso alargar más la cosa y abortó el paseo.

Los cuatro eran muchachos amables, hijos de ganaderos de Colón, con sembradíos de miles de hectáreas, trigo, maíz, incluso soja, en la zona núcleo de la región pampeana, muchachos que ya no sabían de dónde les llovía la guita. Y como todos los jóvenes de buenas familias, o de familias bien, como se decía, cuando terminaban la Escuela Agrotécnica y abandonaban el claustro salesiano, algunos decidían echar raíces en el pueblo y otros iban a estudiar a Buenos Aires. Era raro que bajaran de un departamento de tres ambientes

en Recoleta, sobre Guido o Quintana, o en último caso sobre avenida Pueyrredón. Eran parte de la aristocracia agraria que se abría paso en el cemento de la ciudad, pero la tierra tiraba y cada tanto les gustaba volver, claro que sí, y volvían a Bokó a explorar cómo crecía la hacienda, a contar las novedades del futuro en los oídos de las chicas, y si la cosa no prosperaba terminaban revolcándose en un colchón de Oasis con la remera Lacoste importada de Francia bajo la penumbra de la luz aterciopelada. Y volvían al Aeroclub también, con la luz diurna, a nadar en la pileta nueva, inaugurada en el 68, y jugaban al tenis y a las cartas, y pasaban el tiempo en la estancia, pero no querían oír de la lluvia, la maquinaria o la cosecha. El campo ya no les interesaba. Querían vender su parte, dividir la tierra, desde acá hasta el horizonte, con sus hermanos. Querían tener en la palma de la mano su fracción de 1500 hectáreas, en algunos casos como herencia, o como anticipo de herencia. Historias de familia. Como la de los Atucha, los Ballester, los García Ferré, los Usúa, y este fenómeno generacional de jóvenes que desde fines de los 60 se marchaban por la ruta 8 con destino a Buenos Aires había promovido, como un boomerang, una avalancha de operaciones inmobiliarias, fraccionamiento de campos, remates de lotes, de cascos de estancia, mucho dinero en circulación que se guardaba en los tesoros de los bancos rurales.

—¿Cómo se llama el pueblo? —preguntó Gordon, por curiosidad, la mañana siguiente, mientras lo escuchaba.

13
Amaya

—Arroyo Dulce. Se llama Arroyo Dulce —respondió Acosta.

El Torino Lutteral Comahue brillaba sobre el cordón de la vereda. Acosta se había comportado como un señorito. Siempre aportaba un plus. Eso le gustaba del chico. Lo dejaba suelto una noche y traía un dato. La gente se regala sola. Mejor, papita pal loro. Ese domingo le dieron ganas de salir de afano, de meterse otra vez en la rosca. Se sentía empantanado en el pueblo, prisionero de su propia ficción. Necesitaba movimiento, un plan para respirar.

Arroyo Dulce no estaba lejos, a 80 kilómetros de Colón, cerca de la ruta 32. Era un pueblo de 2000 personas, casas bajas, terrenos baldíos, y el resto campo, cascos de estancias. No había más. El Banco de Crédito Rural operaba con ocho empleados en una casona de la esquina, casi al final del casco urbano. Después saldría a chequear con la chata, Gordon. Si todo funcionaba bien, sería como entrar y salir. Siempre se dice esto, es la ilusión de la hinchada, una forma de darse aliento, de ganar confianza, mientras se ponen en el tablero el plan real, los obstáculos, las zonas de vulnerabilidad, y a partir de entonces se arma el equipo de trabajo. Había una comisaría a pocas cuadras y la operación a cara limpia podría ser

compleja. La gente de los pueblos vecinos se mueve, se conoce, la ruta la conecta. En esa conversación con Acosta en el patio de su casa pensó en Amaya. El Gordo le había quedado atragantado. No le iba a pedir otro elemento: iba a pedir que participara en el robo, devolverle el recado.

Acosta lo miró, torvo.

—No creo que acepte.

—¿Por?

—El Gordo nunca fue un hombre de acción. Ni siquiera es un comerciante. Ya es un político. Cree que si vuelve Perón puede llegar a la intendencia.

Gordon lo miró serio.

—Es lo que él dice —se despegó Acosta.

—El Gordo intendente... qué país maravilloso. El Gordo quiere ser intendente y también llevársela con el camión de culata. Las quiere todas fáciles, El Gordo —comentó Gordon, con sorna.

Después hizo un silencio pesado, como si elaborara un pensamiento o planificara una maldad, que soltó con rencor:

—Si quiere más guita tiene que ganársela como hacemos nosotros. Llevale ese mensaje.

Al principio Amaya se negó a participar de un robo. Su aspiración era legítima. El general Lanusse acababa de asumir el poder con la promesa de una salida electoral sin proscripciones. Esta era la novedad política más trascendente desde la Revolución Libertadora en adelante, aparte de los fusilamientos de los rebeldes del 56. Después se conocerían los detalles, pero la apertura estaba en el aire y a Amaya le alcanzaba para soñar una representación pública, un futuro como candidato. Intendente, diputado provincial, o en el

último de los casos, concejal. Después se vería. ¿Por qué no? Lo importante era lanzarse. Imaginaba los afiches con su cara.

En este contexto, participar de un robo en forma directa le parecía una contradicción. No era el momento. Él era un hombre conocido en Morón, y si no era muy conocido, era un hombre relacionado, cualquiera sabía dónde estaba y qué hacía. Había heredado el comercio de su abuelo, que había sido hombre del gobernador Fresco, allá por los 30. Heredaba una tradición política familiar, también, Amaya. No podía mancharse con actos delincuenciales o actividades de tipo guerrillero. No porque no los hubiese protagonizado. Contrabandear armas, guardar a un perseguido, sacarlo de un momento difícil, traer y llevar, para esos trámites había estado a la orden del día. Siempre a cambio de algo: tráfico de mercancías, intercambio de favores. En tiempos de clandestinidad todos los ilícitos pierden el carácter de tales, prima el derecho a la rebelión, explicaba, pícaro. Buen conversador, Amaya animaba reuniones con sus cuentos. Podía vender un reloj de pie traído en un barco de Europa por una fortuna si soltaba la lengua. Era convincente, sabía de arte, sabía bordar sobre los márgenes. Le había ido bien. En parte porque era el dueño de la locación. El patio, la parrilla y las dos habitaciones del fondo de su comercio, en los 60, se habían convertido en un imán para lúmpenes que soñaban con la revolución nacional. Como también para los militares del mismo cuño, los perdedores del Onganiato, incluso alguno de ellos en actividad, que eran las personalidades más apreciadas, la esperanza de una rebelión interna desde alguna guarnición. Otros militares, los huérfanos en el 55, la mancha negra de las Fuerzas Armadas, también buscaban refugio en lo de Amaya. Se juntaban un poco a

escondidas con excamaradas para recordar buenos tiempos y olfatear alguna conspiración a la que plegarse. ¿Y por qué Amaya acaso no podría atar todas las puntas del ovillo, sumar la bendición de un jetón nacional que le diera soga y lo mostrara en algún acto, y aspirar a una candidatura local, ahora que el peronismo empezaba a salir de la modorra, a levantarse de los sopapos?

Arriesgaba mucho, Amaya, si aparecía mezclado en los policiales de los diarios con el robo a un banco. Pero Acosta se ocupó de ablandarlo. El viejo es bravo cuando se empaca, quiere que vengas, le dijo. Y enseguida lo tranquilizó: su rol sería secundario, no participaría en la zona caliente ni correría ningún riesgo. Solo debía controlar el punto de fuga, hacer de campana. Sería como un paseo por el campo, una distracción. No te vendría mal, le aconsejó.

La posibilidad de acumular reservas, de financiar *per se* un futuro lanzamiento político, le fue nublando la claridad de las ideas a Amaya. Podría hacerse de una caja propia que revolotearía por la punta de los dedos. Podría dar el salto, formar parte del proyecto peronista, del país que venía. Y en última instancia actuaría como lo hacía la guerrilla, donde habían recalado incluso algunos viejos de la resistencia, los más envalentonados, ilusionados con el regreso del calor revolucionario, con el ímpetu de aquella juventud. Y ahí estaban los viejos de 40 ahora, pidiendo pista para entrar en algún grupo o reclutando muchachos con el piripipí del 55, la experiencia de lucha, la cárcel, la tortura y la autocrítica también: nosotros fracasamos por falta de organización, pero ahora no es momento de lamentos sino de acciones, es el momento de ustedes y también el nuestro, de nuestra revancha; y así, de una década a la otra se bendijeron los hechos armados, protagonizados en muchos casos, y

esta era la paradoja, por los hijos del antiperonismo. El odio a Perón había engendrado peronistas, muchos más peronistas. Como una medusa o bicho de mar al que se lo pisotea, se lo deshace en mil pedazos sobre la arena, y se recompone. Así se amasaban los años 70, con los derrocados del 55, con los hijos de los renegados y con acciones violentas. Copar un pueblo, robar un banco, afanar fierros, eran todas maniobras que fortalecían el foco, el foco urbano, que conduciría a la toma del poder, porque el foco rural ya había sido descartado. No caminó. Mejor dicho, se caminaba mucho y se lograba poco.

Y ahora si una operación armada corría riesgos, se tiraban los tiros que había que tirar, y los tiraban los viejos y los pibes, sin ningún reparo, y no por gusto sino por necesidad. Lo había hecho Montoneros en La Calera, el día de la caída del Gordo Maza. Las FAR en Garín, en su bautismo de fuego, cuando limpiaron a un policía de la puerta del banco. ¿Y cuántos asaltos a trenes pagadores que habían sido de autoría guerrillera parecían obra del ingenio de delincuentes comunes? ¿Y qué diferencia habría, al fin y al cabo, si él hacía la cobertura de un robo, pensaba Amaya, tratando de justificar lo imposible, para lanzarse a la política, a la política en serio, ahora que el peronismo abría a empujones las puertas de la legalidad, o las de la revolución, todavía no se sabía?

Acosta lo convenció. O se convenció solo, Amaya. Faltaba el auto operativo. Le sugirió que lo consiguiera en un gremio, para no quedar pegado con el suyo, preferentemente un Torino, le pidió, o que lo acompañara a levantar uno la noche previa al robo, así de paso se entrenaba. Amaya prometió gestionarlo, era más fácil. Acosta no agregó más nada sobre la operación, él tampoco sabía

mucho, pero lo iría guiando. El Gordo confiaba en Acosta, y aunque ahora el muchacho tuviera vuelo propio, seguía siendo obediente. Gordon podría tenderle una emboscada, era posible, de puro dañino nomás, pero Acosta no. No lo decepcionaría. Era su reaseguro.

Un día antes del robo Acosta fue a buscar el auto a Morón para prepararlo, y Amaya le dijo que no había conseguido nada. Ni siquiera tenía voluntad de participar. Tenía dudas, estaba desanimado. Acosta estuvo a punto de sermonearlo por su falta de palabra. Pero sería crear más lío. ¿Para qué? Él resolvería lo del auto y pasaría a buscarlo como habían convenido. Tuvo que salir de raje, trabajo extra en horario nocturno, trabajo que no se ve, no se valora, pero a la larga se paga, y consiguió uno.

Al día siguiente llegaron con un Torino cupé borravino al taller de Chiche, en El Tropezón, una estación detrás de Caseros, en el Gran Buenos Aires. Acosta golpeó la cortina de metal y entraron. No se tomó el tiempo de presentarlos. Se tiró al suelo para cambiar las chapas patente y salieron.

Cuando Chiche cerró la puerta con candado, dos chicos que caminaban para la escuela lo saludaron. Todavía no había amanecido. Chiche era querido en el barrio. Hacía bañados de cromado para paragolpes de autos o sillas de metal que traían las señoras. Revisaba los rincones, las puntas, los agujeros mal cuadrados, tenía el ojo clínico. Después pulía la pieza, la colocaba en el piletón y la sacaba plateada. Los más chicos lo querían porque cromaba kartings y bicicletas, y los más grandes también, les cromaba las molduras de las motos y los caños de escape, y con ese brillo ellos hacían roncha en las esquinas del barrio. La mayoría de los objetos que relucían en El Tropezón probablemente habrían

pasado por el taller de Chiche. Trabajaba para cualquier vecino, con precios accesibles, y además fiaba. Me pagás cuando puedas, decía. Había cromado hasta la hélice de un avión.

Acosta lo había conocido en Merlo hacía casi diez años, cuando andaban juntos en bicicleta por calles de tierra y saltaban las paredes para robar monederos o plata que encontraran en las casas, de puro entretenimiento, plata que después gastaban en el local de metegol de la estación, en panchos o cigarrillos sueltos. Chiche tenía una Aurorita con asiento banana. Desde que la hizo cromar se abrió un mundo para él. Consiguió un puesto de ayudante en un taller, aprendió la técnica del bañado perfecto, y después de una detención policial en la que la pasó mal —nunca quiso contar qué sucedió— se fue del barrio. Nadie supo más. Al tiempo apareció en El Tropezón, y ahora vivía con su esposa y un hijo pequeño en una casita al fondo del taller. Por a o b, Chiche mantuvo contacto con Acosta, aunque se veían poco. Era la clase de amistad que había quedado sellada en el pasado y no necesitaba sumar nuevos eventos. Sabía que había estado preso, pero a Chiche no le llamaban la atención la política ni las cosas en las que andaba Acosta. Chiche vendía falopa. Era lo único que se permitía por afuera de su oficio. En realidad, no vendía, distribuía; o participaba de la distribución de manera imperceptible, podría decirse. Sin que tuviera que hacer nada, su taller se había convertido en un centro de acopio y reparto de drogas con autos que llegaban para el cromado. Chiche los reconocía por una cinta plástica negra pegada entre el foco y la parrilla, como si tapara una zona oxidada. El conductor lo dejaba con una seña y Chiche le daba prioridad. Cromaba la parrilla, a veces durante la noche. Al día siguiente, cuando la cortina estaba baja, alguien abría la puerta

metálica, distribuía bolsitas en el auto y se iba. Chiche hacía de cuenta que no lo había visto, o prefería no verlo. Después se presentaba el dueño, le dejaba dinero en un sobre y salía manejando.

En una estación de servicio de la ruta Panamericana, Acosta paró a cargar nafta y apareció Gordon con cara de culo y un bolso cargado. Amaya bajó y se acomodó en el asiento de atrás, al lado de Chiche. No se dijeron ni una palabra. Gordon imitaba la vieja escuela de Carrizo: el jefe es el dueño del robo y de las armas, las entrega para la acción y las reclama antes del reparto del botín para evitar problemas. Hacía tiempo que Gordon no sabía nada de Carrizo. Lo había encontrado en un bar, después de que saliera del penal de Olmos. Ahora estoy limpio, le dijo, decidido a empezar una vida nueva, o la misma pero mejor organizada, y le anotó un número de teléfono por lo que necesitara. Las pocas veces que Gordon llamó nunca había dejado mensajes para él. Era muy celoso de su trabajo, Carrizo. Tenía su banda, su disciplina. Era difícil que incorporara gente que no fuera de extrema confianza. Un tipo hermético. Ni siquiera era seguro que se llamara Carrizo. Pero se lo conocía así. Como Carrizo, o como El Señor. Le gustaba que le dijeran El Señor.

—Este auto no sirve —le dijo Gordon a Acosta apenas apoyó el bolso en el piso.

—¿Por qué? Si es casi cero kilómetro.

—Tiene dos puertas.

—Era lo que había.

—Era lo que había, no. Era lo que te gustaba. ¿De dónde lo sacaste?

—Anoche, en San Martín, un tipo entrando a su casa. No se veía nada, si tenía dos puertas o cuatro, imposible de saber…

—Sí, me imagino... ¿Y el auto que iba a conseguir el compañero, qué pasó? —tiró Gordon un dardo para atrás, en dirección a Amaya.

Hubo silencio.

—Se le pinchó la goma —dijo Acosta.

Avanzaban por la ruta 8. Gordon miraba los kilómetros marcados en los postes y controlaba el horario con su reloj. Cada uno sabía lo que tenía que hacer, excepto Amaya, que no tenía información porque, según le habían anticipado, su tarea era de vigilancia. Estaba preocupado, Amaya. Chiche no. Debía acompañar a Acosta en todo momento y hacer lo que le dijera. Para él ya era suficiente.

—Me enteré de que te vas a lanzar a la política, que querés ser intendente —dijo el jefe, para soltar la lengua del Gordo.

Acosta sonrió entre dientes.

A Amaya la frase le pareció disonante, una ironía fea.

—Es una posibilidad, sí. Veremos cómo se presenta el panorama.

—¿Y qué van a hacer los militares? ¿Se quedan? ¿Se van? —continuó Gordon.

Amaya no respondió. Se sentía incómodo. Él era un hombre decente, de buena conciencia, no era un chorro. Gordon lo obligaba a meter la nariz en el barro. Quería verlo de rodillas, mendigando la tajada. No tendría que haber aceptado esta locura, se lamentó, pero ya estaba adentro, estaba puesto. Solo deseaba volver a Buenos Aires, si era con el dinero, mejor, pero ahora quería que esto pasara rápido y olvidarlo para siempre.

—Se van, se van, y nunca volverán —cantó Acosta, para cubrir el silencio. Estaba feliz al volante de la cupé.

Cuando llegaron al puente GOP, poco antes de Arrecifes, Gordon le ordenó a Acosta y a su amigo que agarraran sus armas y bajaran. Desaparecieron detrás de los arbustos con dos .38 largos pavonados. Gordon siguió dos o tres kilómetros. Detuvo el vehículo en un atajo, al costado de la ruta. Le convidó un cigarrillo a Amaya, que no aceptó. Gordon esperó que saltara el encendedor del tablero y prendió el suyo.

—Te pusiste melancólico —le dijo.

Amaya movió la cabeza.

—No.

Tenía un semblante de disgusto antes que de miedo. En la ruta pasaban pocos autos. Imaginaba que Gordon esperaba uno especial para abordarlo, aunque no entendía para qué serviría. Diez minutos después, apareció un viejo camión, un Chevrolet quién sabe de qué año. Gordon lo fue siguiendo con la vista.

—Este puede andar.

Salió del atajo y lo siguió, y antes de que llegara al puente lo pasó y taponó su marcha. Acosta y Chiche aprovecharon para saltar la baranda y se colgaron de los estribos. El conductor quedó en medio de los dos, con un fierro en las costillas. Lo tuvo que ayudar a Acosta para que le diera marcha atrás, le costaba hacerla entrar. Después doblaron para Arrecifes y tomaron el empalme de la ruta 191, camino a Salto. El Torino, en la delantera, los fue orientando. Gordon miró el reloj.

—Ahora vamos a robar un banco en un pueblo de acá cerca —le explicó a Amaya—. Vas a hacer la vigilancia. Si estás atento las cosas van a salir bien. La gente vive sin prestar atención. Y nosotros trabajamos de esto porque no prestan atención, no se escuchan las

cosas que dicen ni se dan cuenta de con quiénes hablan. Si no, trabajaríamos de otra cosa. Tenés que prestar atención, nada más, y en un momento sacar lo que te surge de adentro, tu instinto, tu intuición. Si no estás atento te matan sin que te enteres. Es así. Y hasta nos pueden matar a nosotros, que sería lo más preocupante. Amaya no estaba para sermones. Quería saber cuál era el plan. Lo confundía que llevaran al camionero de rehén. ¿Para qué serviría el camión?

—El camión es por seguridad. Nos va a ayudar —dijo Gordon, sin que Amaya preguntara.

Salieron del pavimento y tomaron un camino de tierra. Cuando Gordon frenó el Torino para entregarle el arma, el camión se detuvo. Podía ver en su espejo retrovisor a los tres apretados. El sol del mediodía golpeaba tibio. Era un día luminoso de invierno. El día de campo que había prometido Acosta. En el almacén de Tesone doblaron a la izquierda, siempre por tierra. A lo lejos estaban las vías del tren y las cruzaron. Amaya vio el cartel de la estación ferroviaria, Arroyo Dulce.

El Torino, de golpe, volvió a detenerse.

—¿Qué pasa? —preguntó, inquieto.

—Estamos siete minutos adelantados —respondió Gordon.

Después miró el reloj, dijo ahora, y se metieron de lleno en el pueblo. Sobre una calle de tierra alisada, Amaya observó el movimiento de una abuela con su nieto y un hombre en bicicleta; los imaginó como potenciales amenazas. En un acto reflejo bajó la boina vasca que se había puesto para que fuera más difícil reconocerlo, aunque quién podría conocerlo en este desierto, se tranquilizaba. El pueblo parecía dormido. O él estaba viviendo un sueño. Nunca había

robado un banco ni asaltado a nadie, Amaya. Ya no sentía temor. Solo perplejidad por el hecho mismo de robar y por la actitud que tomaría Gordon, toda una incógnita. Es al final de la esquina, nosotros entramos y salimos, estate atento, escuchó. Su confianza lo estremecía, le parecía salvaje. Era la primera vez que lo veía en la tensión de una acción. Lo había visto en la frontera, en gestiones de contrabando. Pero el contrabando es una burocracia, se reparten los pagos y la mercadería pasa. No es un robo, es un acuerdo de partes sin los sellos de la Aduana.

El primer blanco era el Destacamento de Policía de Arroyo Dulce, una casa con techo a dos aguas, dos ventanas, dos árboles y un poste pintado de blanco hasta la mitad. En el frente se veía un mástil con la bandera argentina, un banco de plaza, una virgen en una vitrina y el escudo de chapa de la policía, la Bonaerense en toda su expresión. Sobre uno de los costados, separada por un pasillo, había una casa de techo bajo. El otro flanco estaba libre, un baldío con el césped cortado. El Torino paró treinta metros antes del destacamento. Acosta frenó el camión más adelante, tapó casi todo el frente. Gordon le dijo a Amaya que los cubriera y bajó. Chiche y Acosta también lo hicieron: dejaron al conductor con el motor en marcha. Te movés y estás muerto, le avisaron. Los tres hombres se desplazaron sin prisa. Dos entraron por los costados, otro por el porche del frente. Amaya quedó atento en el Torino. El camionero, que no era un pibe, se quedó piola. En un tiempo corto, quizá un minuto o dos, Amaya vio a Chiche ir hacia el camión y ordenarle al conductor que entrara al destacamento. Después vio que Acosta traía a la señora de la casa de al lado y también la hacía ingresar. Enseguida Gordon salió al porche y lo llamó. Cuando Amaya atravesó

la guardia y entró a la oficina, vio a un policía de espaldas en el piso, junto a tres albañiles, amenazados por Acosta con una pistola en cada mano, mientras Chiche terminaba de atar al camionero en el suelo. La señora ya estaba sentada en el sofá. Gordon cerró la puerta. En ese momento se escucharon aplausos. Un señor había entrado a la guardia, quizá porque vio movimiento, o para hacer una diligencia. Gordon lo hizo entrar a la oficina y lo puso boca abajo. Chiche, de golpe, se fue como un rayo, desapareció, mientras Acosta llenaba un bolso con armas. Después salieron con el jefe del destacamento caminando normal y lo metieron en el asiento de atrás del Torino, al lado de Acosta, con Gordon al volante. Amaya quedó solo con la custodia de seis rehenes, las tareas de vigilancia, como le habían anticipado. En diez minutos pasarían a buscarlo. Mantenete atento, le dijo Gordon. Amaya no le creyó. Se sintió un rehén más, traicionado por Acosta, emboscado por este mal bicho, chorro hijo de puta, atrapado en la comisaría de un pueblo de mierda, lejos de su casa. El miedo le nublaba la mirada. Estaba envuelto en una pesadilla, parado entre la puerta de la oficina y la guardia, con un ojo en los rehenes y el otro en la entrada. ¿Qué debía hacer si aparecía alguien? ¿Dispararle? ¿Obligarlo a que se tirara al suelo? No tenía instrucciones, que se guiara por su instinto, y su instinto le decía que tenía que liberar a todos, entregarse y confesar, presentarse como una víctima más de estos delincuentes que lo habían llevado engañado o amenazado, ya pensaría cómo explicarlo. Aunque quizá convendría esperar un poco, no precipitarse, por las dudas de que volvieran. Estaba angustiado. La señora, sentada en el sillón, la única que estaba con las manos libres, lo miraba. Mire hacia abajo, señora, le ordenó. Se mantenía

con las piernas firmes, Amaya, sostenía el arma con las dos manos, tratando de que no le temblara el pulso, en una actitud amenazante en la que ni él creía. En un momento sintió ruido en el porche, como el crujido de las hojas de los árboles en otoño, alguien en duda que no se decidía a entrar. Tembló. No supo qué hacer, si esperar, si abandonar a sus rehenes, disparar o salir corriendo hacia la calle, hasta que un perro hizo su ingreso en la guardia a paso lento. No tuvo tiempo de respirar: el perro empezó a ladrarle. Estaba decidido a sacrificarlo cuando un albañil gritó.

—¡Malacara! ¡Quieto!

Y el perro se echó al piso junto a él, como un rehén más.

Parecía que volvía a tener el control de la situación cuando sonó el teléfono en el escritorio. La vecina lo miró, estaba lista para responder la llamada si Amaya la autorizaba. Podría ser un riesgo. Prefirió hacerlo él. Apenas levantó el tubo escuchó la voz desesperada de una señora.

—¡Juan Carlos! ¡Están robando el banco!

—Sí, sí, ya fueron para allá —respondió.

14
La Federal

En esos días la guerrilla había engordado, golpeaba fuerte, con asaltos, copamientos de pueblos. Y la Federal respondía por izquierda con sus equipos parapoliciales en formación, policías que hacían las primeras incursiones callejeras en los 70, sin uniforme, con operativos clandestinos. Los primeros secuestros, las primeras desapariciones de un régimen que se había iniciado con Onganía (un militar opaco que gobernó casi a escondidas y cayó golpeado por el secuestro y la muerte de Aramburu), siguió con Levingston (al que la Junta trajo del exterior para que calmara las aguas y terminó arrastrado) y ahora encabezaba Lanusse, que tenía más vena política que sus antecesores y sentía que podría ser su hora si enfrentaba el mito de Perón.

Lanusse percibía que ese eco indócil que llegaba desde Madrid era la causa y sinrazón de las revueltas. La matriz maldita de los levantamientos populares, de la izquierda que clamaba obreros y estudiantes unidos adelante, y de la acción guerrillera, todas amenazas que jaqueaban el orden castrense. Soñaba con una vida política sin Perón, Lanusse. Quizá podría lograrlo si lo aislaba, si conseguía arrumbarlo en su escritorio de Puerta de Hierro como una

pieza de museo, mientras él, el excelentísimo general Lanusse, custodio prescindente del proceso institucional, compraba de a pedacitos a los peronistas huérfanos de su líder y los reunía bajo su bota. Era su hipótesis de trabajo. Su fantasía, la fantasía de ser electo. Fantasía de la época que se extendía por toda Latinoamérica, además: un militar electo. Como lo había sido Perón. Esos dos brazos levantados apuntando al cielo desde el balcón de la Casa Rosada le volaban la cabeza a cualquiera. Con trabajo de ardilla, cediendo y seduciendo, Lanusse podría llegar a captar a dirigentes del peronismo —políticos y sindicalistas había de sobra—, pero el problema acuciante era la guerrilla, escurridiza e inasible, como Perón. En ese terreno no había posibilidad de negociación.

La guerrilla era un fenómeno dinámico, nuevo, difícil de predecir. La policía estaba en la primera línea para enfrentarla y se debatía internamente cómo hacerlo, si llevándola a patadas al despacho del juez o con los manuales importados de Francia: secuestros, torturas, desapariciones. En eso estaban. Y mientras la policía ponía la jeta en la calle, los militares se mantenían en alerta en sus pisos de la avenida Cabildo, con el uniforme almidonado, inaugurando puentes y rutas, irradiando discursos de amenaza contra la subversión apátrida, las armas de la patria están en guerra, como tronaba la voz de Lanusse, pero sin abandonar la tradición, las buenas costumbres, sin desdeñar la medallita de oro del Jockey Club, como correspondía a los amos y señores del país. Pero el discurso de amenaza, el calabozo y las cuatro cachetadas para que estos hijos de puta delataran a sus organizaciones no alcanzaban para detener el huracán. La mano en la mierda había que meterla, quisiera o no

Lanusse, supiera o no Lanusse, y la empezaron a meter todos; la policía, los militares.

En el 71 ya estaban con la sangre en el ojo.

La policía porque era un blanco fácil, cualquier grupo guerrillero se le animaba a un destacamento. Reducían a la guardia, embolsaban las armas y en cinco minutos dejaban al personal encerrado en sus propias rejas. Sellaban la operación con aerosol, FAR, FAL, ERP, Montoneros, lo que fuera. Les pintaban la cara. Y con el policía de calle sucedía lo mismo. Lo desarmaban desde atrás en las paradas de colectivo, los usaban de maniquí para los bautismos de fuego de la militancia armada. Los militares, en cambio, no eran piezas tan sencillas de manipular para estos procedimientos. No andaban de verde. Las balas sonaban lejos. Se disparaba en forma aislada el frente de un cuartel, se asaltaba al soldado conscripto en su puesto de guardia imaginaria, pero hasta ahí se llegaba. La cosa cambió cuando la guerrilla dio un paso más y provocó la primera baja en un traslado de armas de un camión del Ejército. Una emboscada: el comando escondido entre los pastizales a la vera del camino, una camioneta que se cruza, la ráfaga de ametralladora sobre el conductor, los conscriptos inmovilizados en la caja trasera, casi doscientas pistolas y fusiles que pasan a manos de la guerrilla, y un teniente muerto. El aire se vuelve espeso en los velorios de un militar caído. El reclamo de los oficiales se transmite sin palabras, con los ojos turbados, frente al rostro ensimismado de Lanusse que reza en la capilla ardiente de Campo de Mayo frente al cajón.

Con la primera muerte de un camarada urgía una respuesta.

Las Fuerzas Armadas se asignaron el derecho de retener al acusado de subversión en los cuarteles militares por veinticuatro

horas, antes de enviar el caso a la Justicia. Veinticuatro horas de análisis, de intercambio de información, de apriete. El cuartel convertido en prisión de civiles. Hasta ahí todo legal, entre comillas. Un decreto ley firmado por un general designado presidente por una Junta Militar. Así funcionan los Parlamentos en las dictaduras. Pero la respuesta real corre por abajo: se aceita la maquinaria paraestatal, toma velocidad. Circulan partes de inteligencia, se inventan supuestos comandos de reacción o de reparación, estallan bombas de disuasión, solo para asustar, para sensibilizar al enemigo. Humo, podría decirse. Pero es un aviso. Después van por las personas físicas, la ejecución de blancos. Las primeras desapariciones de esta etapa, julio de 1971, mientras Lanusse anunciaba la apertura política, las pautas del proceso electoral, y a la vez buscaba fórmulas para continuar en el poder.

Un dentista y una obstetra de la provincia de San Juan, una pareja unida desde la militancia universitaria que estaba en el tablero de la inteligencia cuyana por un entrenamiento en Cuba en los 60, fueron secuestrados el 2 de julio. Se los llevaron a la luz del día. A sus chiquitos, que quedaron en la vereda, los recogió una vecina. Inmediatamente después los paraestatales fueron por un pescado gordo: Quieto. Abogado reconocido por su participación pública y hombre de mando de las FAR, según la información de inteligencia, que no era errada. Un jefe, un poronga. Lo levantaron de la calle también, en Capital Federal, el 7, pero el alboroto de los vecinos —todavía no se había hecho carne el por algo será— alertó a un patrullero que no estaba informado del procedimiento ilegal. Quieto fue conducido a la comisaría 33ª junto a sus presuntos secuestradores para que se aclarase todo. Se cruzaron dos o tres

llamadas y luego lo trasladaron a Coordina, la temible Coordina, la salita de torturas de la Federal, el hogar de las declaraciones espontáneas, el de los cables sobre el cuerpo y el firme acá debajo de la hoja, para completar la prueba testimonial. Quedó incomunicado Quieto, pero a salvo, a disposición del Poder Ejecutivo. Una detención que debió ser forzosamente legalizada. El plan de los paraestatales de hacerlo desaparecer fue arruinado por inocentes policías.

Con Quieto todavía adentro, esa misma semana, el 13 de julio, secuestraron a Mirta Misetich y Juan Pablo Maestre, profesionales, empleados estimados de empresas multinacionales: ella, programadora de máquinas IBM en Bunge y Born; él, asentado en el departamento de Investigación de Mercado de Gillete. Y cuadros de relieve de las FAR también, o mientras tanto. El operativo tampoco fue limpio, pero se hizo. Fueron a levantarlos cuando salían del departamento de los padres de ella, sobre la calle Amenábar, pleno Belgrano, a la vista de los vecinos. Maestre intentó escapar, corrió, le dispararon tres tiros, cayó, apareció otro auto, lo subieron, y salieron de contramano para el lado de Cabildo. Misetich perdió el zapato cuando se resistía; también se la llevaron. El patrullero llegó minutos después, lavó las manchas de sangre de Maestre de la vereda y se llevó el zapato, la lección aprendida, y después, protocolo puro, iniciaron un sumario de búsqueda de personas desaparecidas. El jefe de la Federal, el general Cáceres Monié —los de verde tenían mando directo sobre los de azul—, repudió el ignominioso y vandálico hecho criminal, y cuando le preguntaron por qué el personal policial fue a buscar a Maestre a la empresa Gillete horas antes del secuestro,

negó que fueran policías y menos de la Federal, y si los abogados tenían pruebas en contrario que las presentaran a la Justicia.

La tarde siguiente al secuestro apareció el cuerpo de Maestre. Estaba semidesnudo, con un tiro en la espalda, en el paraje La Palmera, no muy lejos del río Luján. Lo inhumaron rápido, como NN, en el cementerio local. De su esposa Mirta no había ningún rastro. La única respuesta oficial fue la visita compasiva del edecán naval de Lanusse a la casa de sus padres. Piedad cristiana por encima de todo.

15
La espía

Cuando desenterraron el cadáver de Maestre, los diarios informaron sobre la organización de un velorio público, de una movilización masiva. El coronel lo vio como una oportunidad: sacar a sus agentes a la calle para que se foguearan, trabajo de campo sobre aguas agitadas, el prólogo de la tempestad.

Para las fuerzas de seguridad, una marcha es una multitud de potenciales blancos danzando. Allí están todos. Hombres públicos, abogados, intelectuales, jetones de izquierda que la comunidad de inteligencia conoce de sobra pero se mantiene atenta a la novedad, jóvenes no registrados que acaban de incorporarse a un grupo, o guerrilleros con diez apodos y ningún nombre que nunca pisaron una comisaría, un juzgado y están limpios. Existen, pero no se los conoce; se los intuye, pero no se sabe dónde están. Son blancos ciegos, puntos inescrutables del universo de la clandestinidad, objetos desconocidos que pueden caer por obra del error, el azar o la investigación. Hay que buscarlos. Por eso la inteligencia sale a mirar rostros en una movilización, a levantar papeles de la calle, a olfatear el ambiente, a detectar agitadores, idiotas útiles, ingenuos, sale a fotografiarlos, a estudiar cada fotograma en la mesa de

análisis de los servicios, a cotejarlo con lo que ya produjeron otras direcciones, atender la valorización que hizo la fuente, su grado de confiabilidad, tirar constantemente del hilo, revisar fichas, ámbitos, contactos, operaciones, religión, moral, afiliaciones. Se cruza cada dato, se relaciona la información reunida.

El coronel asignó a uno de sus agentes predilectos para el entierro de Maestre: Mario. Le tenía confianza porque era discreto, con buen espíritu de cuerpo, cumplidor, de pocas palabras, con excelente desempeño en seguimientos individuales, aunque demasiado formal y grandote como para ser ignorado entre miles de animales de otra especie. Encariñado con su agente, esta última característica el coronel la desdeñó. Apenas salió Mario de su oficina, llamó a Julieta. La cuidaba como a un tesoro y para ella no existían órdenes, sino propuestas. Le preguntó si le interesaría hacer su primera práctica de inteligencia en una marcha. Aceptó sin dudar. El coronel quería producir información desde otra perspectiva. Solo debía dejarse llevar por sus percepciones. Mirar a los participantes, quiénes eran, edades, aspectos, actitudes, clase, distinguir a los militantes de la gente común, un análisis cualitativo de la manifestación que conduciría el féretro del guerrillero muerto al cementerio de la Chacarita. Un análisis social. Sociológico, remarcó. El coronel quería saber qué grado de penetración real tenía el caso, por qué había calado hondo en la sociedad, según la prensa, que dedicaba páginas enteras para menoscabar a la institución, con todos los repudios colocados en fila. Hasta Frondizi echaba sombras a la Federal. Frondizi, que había encarcelado a peronistas, izquierdistas, subversivos de toda calaña, picaneados, muertos, ahora se ofendía. ¡Frondizi! ¡Qué tupé!, se enojaba el coronel, mientras Julieta retiraba

el rebelde mechón de sus ojos. Puedo comprender repudios de asociaciones de psicólogos, de maestros, que hablan de escuadrones de la muerte al estilo Brasil sin ninguna prueba, como un eslogan, pero no entiendo repudios de economistas como Roberto Alemann, o incluso aramburistas que tienen a su líder bajo tierra por obra y gracia de los montoneros. ¡Ellos también se suman al coro! El coronel sospechaba que el caso Maestre era una campaña orquestada por los diarios, agitada con las declaraciones de dirigentes políticos, pero que al ciudadano común, al que trabaja por el país, no le importaba.

Julieta verificó el punto de partida del cortejo en la guía Filcar. Pasaje Prometeo, barrio de Belgrano; buscó el colectivo que la acercara. Allí estaba, temprano, en la esquina, como si esperara a alguien, y vio la ambulancia que trajo el féretro desde la morgue judicial, vio camarógrafos y periodistas que se abalanzaban, vio las coronas, la de Perón, la de las FAR, del ERP, anotó mentalmente, porque esta vez no sería periodista. Sería una persona cualquiera, una ciudadana que expresaba su repudio al abuso policial. Cerca de las once vio salir a seis personas con el cajón al hombro seguidos por otras cien, quizá más, la mayoría jóvenes; era una cuadra compacta, con vecinos que lanzaban flores, acompañaban unos pasos y regresaban a sus casas, a sus vidas. Cuando la marcha avanzó por la avenida se desplegaron los cartelones, colores rojos y negros, CGT zona sur, juventudes rebeldes, combatientes, sindicato del tabaco lista marrón. Las telas le tapaban la visión, aunque en una mirada al frente pudo identificar a los abogados de guerrilleros que ya conocía. Había desgrabado sus declaraciones de los noticieros, las tenía guardadas en carpetas. Los cantos la aturdían,

Mirta no aparece, un grito que estremece: Lucha lucha armada, viva el Che Guevara; los repetía como un mantra, en voz baja. Se preguntó cuántos agentes que simulaban ser militantes estarían trabajando como ella. Al rato se sintió ajena, como si la ficción que encarnaba no la representara. Era un dolor que llegaba de repente, pero que ya conocía, el ahogo emocional, aquel dedo maldito incrustado en el agujero del sillón de cuerina, el desgarramiento interno de una mujer que cumplía las pautas, seguía disciplinadamente a la multitud, imitaba sus pasos, pero se perdía, no se hallaba. En ese instante, como si hubiera descubierto qué le sucedía, la miró Federico. Julieta fingió no haberlo reconocido. Era un compañero de Abogacía. Habían cursado juntos dos o tres años de la carrera. Recordó haber conversado con él alguna tontería antes de que llegara el profesor al aula y un par de veces, en las escalinatas de la facultad, la invitó a tomar un "feca" a Las Artes. Ella rechazó la propuesta con delicadeza, la excusa del colectivo y el tren, la conexión infernal que la transportaba a su casa del fin del mundo. Después lo perdió de vista, quizá se había retrasado o abandonó, pensó. Ahora estaba ahí: Federico. Tenía barba negra recortada, los mismos ojos penetrantes y el pelo ensortijado, un poco más largo, casi sobre los hombros. Marchaba firme, seguro, sin aquella inocencia estudiantil, como parte de un grupo que aparentemente lideraba. La segunda vez que la buscó con los ojos, como requiriendo una explicación, o mil explicaciones, Julieta levantó las cejas. Aquí estoy, Federico, conmovida por este crimen atroz, dolorida, presente. Guevara, Maestre. Hasta la victoria siempre, lo puedo gritar como vos. No se acercó a él, tampoco se alejó. Siguió su paso, sin distraerse de su compromiso, atenta,

responsable, como lo era en la facultad, en la Escuelita, en toda su vida.

Entrando por la avenida del cementerio, después de una hora de caminata, empezó a llover. Era una lluvia fina, todavía clemente, y como si hubiera sido tocada en su fibra más íntima, la multitud cantó el himno nacional. Las voces vibraban. Ya se sentía más a tono, Julieta. La mirada de Federico la había rescatado de una nebulosa, la había devuelto a sus tareas. Adentro del cementerio la lluvia se descargó sin remordimientos, y cada paso hacía la despedida más agónica, más triste, más desesperada. Lo veía en los gestos, en algunas lágrimas. De repente la sorprendió un tumulto. Un grupo corrió con prisa y furia por una de las calles laterales. ¿Qué estaba pasando? Se acercó. Distinguió a Mario en el centro del remolino, tratando de salir a los empujones, con la cámara de fotos en alto, en señal de paz o inocencia. Discutía y forcejeaba para librarse de los que lo tironeaban de su piloto azul. En esa lucha se le cayó la pistola, intentó recuperarla y le pisaron la mano. Le volaron la cámara de un golpe, también; la tapa se abrió y empezaron a estirar el rollo para velarlo. Había quedado en evidencia, los fotógrafos se lo habían marcado a los militantes. Se dieron cuenta, se movía raro, nadie lo conocía. Pero Mario, pese a las pérdidas, corriendo como bestia —servicio, servicio, le gritaban—, logró escapar. Julieta quedó acorralada frente a una bóveda y se asustó, también pensó en irse, reducir el nivel de riesgo. Pero resultaría sospechoso, podrían seguirla. Las hordas, presentía, buscaban otra presa y no quería que la señalaran, ¡ahí va otra cana! Ese fantasma la llevó a acercarse a Federico, ponerse a diez metros de sus ojos. Podría ser su tabla de salvación.

La lluvia ya arreciaba. Las gotas bañaban los anteojos del cura que leía su homilía sobre la tarima. Después subió el mayor Alberte, que había organizado la defensa de Perón en el bombardeo del 55, y tomó una esquela que le alcanzaron los de las FAR: Juan Pablo Maestre —dijo— es hijo de Buenaventura Luna, militante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Conoció a Evita, y aquella impresión quedó imborrable en su mente... Entre aplausos, puños apretados y el grito de Perón Perón revolución, Julieta se fue alejando despacio hacia la salida del cementerio, sin darse vuelta. Le habían enseñado en la Escuelita que al blanco no hay que ahogarlo, hay que dejarle señales y luego un poco de aire para que se entregue solo. Pensó qué le diría a Federico cuando se acercara, estaba segura de que lo haría. Las respuestas básicas: por qué estaba en la marcha, qué era de su vida, un discurso en el que pararse. Proyectó su vida anterior y borró aquel día en el que se presentó ante el coronel para la entrevista de admisión. Llegó a la avenida sin rastros de Federico, y no encontró una parada de colectivos o un kiosco para detenerse. Siguió la doctrina: darle la oportunidad al blanco para que se entregue. Se preguntó si acaso debía dar aviso a la oficina por lo de Mario. Decidió que no. Mejor no meterse donde no le correspondía. A quinientos metros del cementerio ya no había indicios de la movilización, nada, ni grupos ni cartelones. Caminaba gente común con paraguas. Excepto los claveles de vecinos, había sido una movilización de militantes de toda especie. Lo subrayaría en su informe.

Decidió parar en la pizzería frente a la estación de subte para quitarse los zapatos y las medias y aprovechar para picar algo. Estaba revisando la cartilla cuando Federico se sentó frente a ella.

—¡Atrapada! —le dijo, con una familiaridad que nunca habían tenido.

Julieta se sobresaltó, en su cabeza volaron mil imágenes. ¿Me encontró de casualidad? ¿Me siguió? ¿Me relacionó con Mario?

—¡¿Qué hacés?! —le dijo—. Es raro verte por acá, me da alegría —siguió, con su sonrisa franca, los ojos saltones.

Julieta sospechó. Tenía en claro su ficción; quién era, a qué se dedicaba, por qué estaba ahí. Pero dudaba: ¿y si él también era un filtro, un agente como ella?

—Quería venir... —dijo—. Iba a pedir dos porciones de muzzarella al molde, ¿te quedás?, ¿pedimos una chica para los dos? —Julieta se dispuso a jugar.

Él se paró, quitó un poco de agua de la campera, la apoyó sobre la silla y descubrió sus medias hechas un bollo adentro de las botas media caña. La vio descalza. Se rio.

—¿Terminaste la facultad?

—Sí, hace rato.

—Abogada... felicitaciones.

—Gracias. Hasta ahora el título no me sirvió de mucho, qué sé yo. —Y se sopló el mechón.

Se miraron a los ojos por primera vez, un pulso eléctrico, dos átomos que chocan. Le atraía su barba. No se sintió en riesgo. Su relato era verosímil: no consiguió trabajo estable en ningún estudio del centro, solo de dactilógrafa, y antes que eso prefirió dar clases de danza en un instituto de Morón, que era lo que le gustaba. Además, ayudaba a una conocida de su mamá que tenía un comercio de ropa en una galería. Estaba bien, en un impasse, aunque le gustaría trabajar de abogada, pero sin que la exploten ni

la maltraten. Eso no lo aceptaría. Ya llegará... Por ahora, una vida normal, en el Oeste. ¿Lo de la movilización cómo se explicaba? Sencillo. Una compañera del secundario que estudiaba Psicología militaba en la Juventud Socialista o Juventud Guevarista, o Socialista Guevarista, no se acordaba, se le confundían los nombres. Hacía mucho que no la veía y la invitó, y de paso irían a tomar algo para ponerse al día. Quedaron en una esquina, no la encontró; pensó que la vería en la marcha, la buscó, pero tampoco. Quizá nunca vino. Hizo un mohín de desilusión.

—Estuvo bueno, igual. Me gustó venir... Contame de vos. ¿Y esa barba?

Federico se había retrasado en la carrera, algunos bochazos imprevistos; nunca fui bueno con los libros, se resignó. Trabajaba en un local de venta de telas de Once, sus padres se habían separado y vivía en un departamento con un amigo, menos quilombo. Alquilaban, cada uno pagaba lo suyo. Su discurso era el de un estudiante casi apolítico, un clase media de Capital medio pobretón con problemas familiares y déficit educativo, fuera del circuito de los que aspiran a hacer carrera en estudios jurídicos o meter un pie en Tribunales para no salir jamás, o una oficina del Estado. Federico, casi una anomalía de la Facultad de Derecho. De Maestre, de la cana hija de puta, ni una palabra. Los ciudadanos comunes de los que hablaba el coronel, pero con barba y cantando hasta la victoria siempre bajo la lluvia. Vamos Fede: esa galletita yo no me la como. Pero sigamos. Hagamos de cuenta que te creo. Ya no sabía si estaba trabajando o estaba en un pasatiempo, Julieta. Estaba en un alto del camino, un momento de relax en el servicio. Solo había dos detalles que le chocaban. Uno: que él apareciera de la nada. No podía

determinar si la había seguido o la encontró de casualidad (Federico contó que iba a tomar el subte para volver a su casa y la vio). Y lo otro, lo del local de venta de telas, ¿una gentil devolución a su invento del comercio en la galería? No nos pisemos las sábanas, Federico. Todavía no tenía en claro quién era, pero lo que fuera, cana, cuadro armado, militante revolucionario, simpatizante, perejil, o un caído del cielo, le parecía un muchacho inofensivo o al menos controlable, sí, y además le estaba gustando. Veamos cómo sigue. Y siguió bien. Fluyó. Hablaron de exámenes pesados, de profesores tontos, de las bolillas malditas de Procesal I, y también de su manera de esquivar el mundo de la facultad, él la abordó por ese costado pero de manera superficial, sin ponerse la gorra ni hacer inteligencia guerrillera, con preguntas tranquilas. Julieta se sorprendió. Sentía que podía ser sincera, que contaba cosas reales, y le parecía que él también. Le habló de una novia que tuvo, que no le gustaba estudiar en grupos, que quería conocer Brasil, quizá el próximo verano, un diálogo que se iba haciendo más personal, dos amigos que nunca se habían hablado, dos potenciales amantes que por un pelín no habían coincidido. Pero estaban a tiempo. Lo importante era el aquí y ahora. Y estaban aquí los dos, ahora, en la mesa, esa tarde, terminando la pizza. Y en esa onda de recobrar el tiempo perdido, de encontrar al otro cuando no buscás nada, ¿viste que pasa eso...?, él la invitó al cine. Golpe de efecto. Jugado Federico, pensó Julieta. Un poco dudó, o simuló que dudaba, pero ya estaba convencida de que lo que esto fuera, trabajo o placer, sería todo ganancia. Bueno. ¿Por qué no? ¿Qué querés ver? Federico tomó el diario que estaba en la mesa de al lado, pasó a las páginas de atrás y dijo esta, la de Lando Buzzanca. *Homo eroticus*. ¡Ja!, se

sorprendió ella, dale, puede ser divertida. Y... es una sátira, no puede fallar, completó él. Se calzó las medias y las botas con un poco de esfuerzo, pagaron mitad cada uno y salieron de la pizzería con el entusiasmo de una pareja que desafía el viento y la lluvia para internarse en la boca de un subte que los lleve adonde sea, a Madrid o Nueva York, y que la suerte decida. Entraron en la función de las 14.10. El cine estaba casi vacío, habría cinco o seis personas en las filas de adelante, Federico la llevaba de la mano en la oscuridad y se acomodaron en las butacas del fondo, casi sobre la pared, no los podría ver nadie, ni siquiera el proyectista. Cancha despejada. Tres minutos después de que se levantara el telón, él apoyó la mano sobre sus jeans todavía mojados, y ella, tras unos treinta segundos de intriga y misterio en los que no sacó la vista de la pantalla, apoyó su mano sobre la mano de él, y entonces se miraron como en la primera mirada y empezaron a besarse con un ímpetu que hubiera alcanzado para reparar todos aquellos años de facultad en los que no se besaron, con las manos atadas en la cara del otro, las bocas pegadas; podrían haber pasado horas así, en esta película, pero el apoyabrazos se hacía sentir en las costillas, un freno al deseo, y Julieta se despegó un segundo de su boca y preguntó: ¿y si vamos a otro lado? Sí, podríamos ir a un telo, dijo él, tanteando. Y sí, ¿adónde iban a ir? ¿A tomar café a La Paz? Y se olvidaron de la película que nunca vieron y salieron caminando como leones de la selva al hall del cine. Todo parecía surreal, como si la ciudad fuera otra, o no fuera nada, y estuvieran ellos dos solos, aunque Julieta puso un toque de realidad en la vereda, como si pidiera disculpas por cortar el momento.

—No lo tomes a mal, a mí no me gustan los telos. Las alfombras están manchadas, hay mucamas en los pasillos. No puedo soltarme, me inhiben un poco.

No queda otra opción que tu departamento alquilado, Federico. Fuera un blanco o un amante, Julieta quería ver cómo se desenvolvía en su cueva ese estudiante anónimo que en otra época de su vida no le había movido un pelo. Podría acabar con las dudas, definir quién era y en qué casillero lo pondría.

—¡Taxi!

El departamento era un dos ambientes apretado frente al estacionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras, sobre Azcuénaga. Estaba recién pintado de blanco, azulejos de cocina celestes, piso de mosaico negro, un sofá cama medio pobrecito, una biblioteca de caña en el living, pocos libros, neutros, el parquet marrón, ninguna foto, cuadro, ninguna muestra de cariño. Lo relevó en una inspección mínima, de diez segundos, el tiempo que le tomó pedir un vaso de agua y el permiso para ir al baño. Después volaron al dormitorio, casi no lo pudo ver, estaba a semioscuras, y Federico terminó de cerrar la persiana, de apagar el último hilo de claridad. Se ayudaron a desvestirse, a sacarse los pantalones todavía empapados, parecían atascados en una emergencia de tráfico, hasta que quedaron completamente desnudos, los pies en el suelo, parados el uno frente al otro, mirándose el blanco de los ojos.

—Conmigo podés hacer lo que quieras —le susurró Julieta al oído.

Pasó una hora o más, difícil precisarlo. Estaban en la cama, durmiendo con las piernas enlazadas, los cuerpos que no quieren abandonarse, perder puntos de contacto, cuando Julieta abrió los ojos. No veía nada. Solo Federico, a su lado, que dormía. Le tocó la

barba con un dedo. Pensó que era un muchacho hermoso, tan hermoso que ni siquiera lo sabía, y que si esto, que no sabía qué era, terminaba ahora, de él y de ese polvo que le regaló no se olvidaría. Se levantó con cuidado para subir un centímetro la persiana, sin ánimo de despertarlo, solo para saber si todavía era de día. Ya no llovía. Se distrajo con dos muchachos que bajaron con un bolso de un auto que acababan de estacionar. Parecían de su edad, quizá más jóvenes. Caminaban riéndose, como si se divirtieran de un recuerdo, una anécdota o alargaran un chiste. Se los veía libres, felices. Envidió esa libertad, esas sonrisas sinceras que no escondían nada. Su vida, en cambio, estaría siempre partida en dos, entre lo que era y lo que aparentaba ser, una identidad difusa, a veces desconocida para ella misma. Sintió tristeza al pensarlo. Se dio vuelta y vio a Federico, todavía dormía. Lo vio como una posibilidad, un atajo, un punto de giro, un regreso a su vida anterior, pero sin ansiedades. Con calma, tal vez con amor. Ese horizonte la cautivó. Sintió ganas de construirlo, de ir hacia él. Bajó la persiana y fue a la cama. Se introdujo despacio, se colocó de rodillas, y empezó a acariciar y besar a ese animal dormido que tenía entre las piernas y que enseguida, con los signos vitales intactos, comenzó a reaccionar, a dar señales de vida, y Julieta, sujetándolo con una mano, lo recorrió con su lengua desde lo profundo de su base hasta el último peldaño de su altura. Le gustaba la oscuridad, el ambiente, mirarlo de reojo, ver cómo se desperezaba sin abrir los ojos y le acariciaba el pelo. Y cuando al animal ya le latían las venas, lo tomó con las dos manos y con cuidado se lo fue metiendo adentro, se lo fue guardando entre sus piernas, le dio un lugar donde estar, un refugio. Lo sintió caliente, con vida propia para moverse; y luego, para

sujetarlo, para que encajara bien, le puso una mano en el pecho y la otra la apoyó en el muslo, y lo fue rodeando con movimientos de cintura, suaves. Cada tanto sacaba la mano y se corría el pelo que se le venía a la cara. Y cuando sintió que el animal ya tenía la fuerza de un toro, lo empezó a domar, en cuclillas, subía y bajaba, saltaba para arriba y abajo sobre la columna, cómoda, segura, con las manos de Federico en sus cachetes, para retenerla, que no se fuera más de ese lugar, que se quedara así para siempre. Ya tenía ganas de liberar su catarata, pero antes quería recibir la suya adentro. Hasta que sintió una estampida, como si hubiera explotado un caño de gas, la energía suficiente para derribar la puerta, el edificio, el barrio entero.

—¡Quietos, hijos de puta! —oyó decir.

Entró en pánico. ¿Qué pasaba? Dos figuras recortadas por la luz que venía del living, dos sombras con los brazos estirados, los apuntaban. Se sintió indefensa. Prefirió quedarse arriba de Federico, no intentar nada, solo giró su cabeza hacia la puerta para entender qué sucedía. La columna sobre la que estaba montada se desvaneció. Uno de los asaltantes (¿eran asaltantes?) prendió la luz y los vio a los dos, Julieta y Federico, una imagen congelada, suspendidos en el tiempo, sin respirar ni pestañear, los ojos abiertos de miedo.

—¡¿Qué haces acá, hijo de puta?! —dijo uno de ellos, mirándolo a él. ¡¿Quién carajo es esta mina?!

Julieta desnuda, sin moverse.

—Pará, pará, bajen las armas, pará, loco... —pidió Federico.

El otro siguió insultando.

—¡Este departamento no es para coger, Manuel! ¿Por qué mierda no fuiste a un telo? Vos estás loco, no entendés una mierda, nos comprometés a todos con tus boludeces.

Federico corrió a Julieta al costado y ella se cubrió con la sábana. Empezó a entender que los que la apuntaban eran los jóvenes felices que había visto salir del estacionamiento. Los bolsos estaban detrás de ellos, cargados de armas, suponía, porque veía el caño de una metra que sobresalía.

Federico tomó sus jeans, intentó pararse, pero el otro, enfrente de él, lo miraba furioso.

—¿Qué me mirás, boludo? Hoy podía venir, la operación es mañana.

—Pelotudo, no es mañana. La hicimos hoy.

—¿Hoy? ¿Por qué hoy?

—Porque se dio la oportunidad.

—Ustedes hacen todo como se les canta el orto, no respetan ningún acuerdo.

—¿Quién es esta mina?

Julieta seguía apuntada.

—Es una amiga, no tiene nada que ver —respondió Federico. Vestite, le dijo con un gesto, mientras se ponía el jean.

—¿De dónde la sacaste? ¿Cómo se llama?

Sin desprenderse de la sábana, Julieta intentó buscar la bombacha a un costado del colchón. Se movió para agarrarla.

—Vos no te muevas —le dijo el que estaba callado—. Mostrame tu documento.

16
Identikit

Llegó a la oficina temprano, apenas si saludó y se sentó en su escritorio. Sacó los apuntes de la cartera, las notas en clave sobre los hechos que la habían atormentado, y las pasó en la máquina de escribir. Se había sentido aturdida durante la noche, aunque no lloró. Amaneció casi sin dormir y siguió la rutina de un día cualquiera: ducha caliente, té frío con limón, galletitas Manon, el viaje eterno al centro en perfecto horario, las mil ideas chocando en su cabeza. Postergó para el tren la decisión sobre qué hacer con Federico, aunque Federico era cada vez menos el Federico que le había hecho imaginar un giro en su vida. Era cada vez más un delincuente extremista. Ese polvo, el primero, porque el segundo se abortó por la intrusión de sus cómplices, había sido el mejor desde que tenía memoria. Lo tenía marcado en la piel, aunque su sentimiento también había sido marcado. Estaba herida. Le hicieron daño, la asustaron, la maltrataron. ¿Qué hubiera pasado si entregaba su documento y Federico se enteraba de que ya no era más Julieta? Era Jazmín. Él tampoco era Federico. Era Manuel. Tuvo que sacar las lágrimas de a poco, pensar en algo feo, llorar, pedir por favor, desnuda, apenas tapada con la sábana en un rincón, no me hagan

nada, no me hagan nada, para que estos conchudos que querían cambiar el mundo se sintieran como lo que eran, unos cagones que se hacían los machitos con una pobre chica del conurbano, vulnerable, desvalida, para que se sintieran como cualquiera de los sátiros que aparecían en *Crónica*, el sátiro de la bicicleta y tantos otros, pero más cobardes todavía, porque actuaban en grupo, y lo miraba a Federico con ojos de piedad para que reaccionara, la defendiera, los labios le temblaban. Pura telenovela.

—Paremos un poco, loco, no somos policías. Documentos pide la cana. Déjenla tranquila, es buena mina, yo la conozco —dijo.

—¿Quién es?

—Es de la facultad.

Se comportó como un santo, Federico, un niño tierno con un arma en la mano que no conocía riesgos ni imaginaba quién era ella. Cambiate, le dijo. Y Julieta lo hizo rápido, salvada, y salieron del departamento en un silencio horrible, pero qué importaba; le quedó un sollozo más y unas lágrimas que secó en el ascensor, mientras él la acompañaba a tomar un taxi.

—Te pido perdón. Olvidemos esto. Hacé de cuenta que nunca nos vimos.

—La estábamos pasando tan bien... —dijo ella— y le dio un beso y subió al auto.

Le sorprendió que la cortina del coronel estuviese baja. O no quería interrupciones o no habría llegado. Así fue. El coronel apareció a media mañana, extrañamente tarde, cuando ella terminaba de redactar los sucesos del día anterior. Lo vio entrar preocupado, con el paso desencajado, por esto de Mario, como le diría con un gesto de decepción, apenas la convocó a su escritorio.

Su agente predilecto había entregado el arma y la cámara de fotos en el velorio de Maestre y ahora los diarios, los abogados, los derechos humanos y la María Santísima reclamaban una explicación y la Asociación de Reporteros Gráficos había presentado una queja a la institución por intentar confundir la noble y solidaria tarea de un fotógrafo de prensa con la de un vil espía. Resulta que ahora todo el mundo le toca el culo a la Policía Federal, se enfadó el coronel, y pidió disculpas por la expresión, pero son unos hijos de puta. Julieta aprovechó el momento para darle el sobre reservado que contenía su informe. El jefe lo guardó en el cajón sin escucharla. Quería hablar de algo importante, urgente, y extrajo dos recortes de diarios del día, con las líneas prolijamente subrayadas con tinta azul sobre la noticia del copamiento de una sede policial y el posterior robo a un banco, perpetrado por un grupo, aparentemente malhechores, en un pueblo en la zona de Pergamino. Los diarios no coincidían en la cifra del botín sustraído pero su inquietud estaba centrada en la mecánica de los hechos, que reiteraba el patrón del asalto de Bariloche: rehenes para neutralizar los obstáculos y una avioneta para la fuga, tal como ella había descubierto. Y había una tercera coincidencia: no dejaron propaganda subversiva. Podría ser un grupo que aún no se daba a conocer.

Delante de ella, rogándole que no se moviera, el coronel hizo una llamada a la Unidad Regional VII de San Nicolás y fue derivado a la comisaría de Salto, encargada de la instrucción. Dispuso un auto oficial y en menos de dos horas Julieta estaba en la sede policial. El comisario Cinalli iba y venía, pendiente de la llegada del jefe de la Bonaerense. Encomendó al subcomisario Amoros que la recibiera y apenas la vio la hizo pasar a la sala para que presenciara las

testimoniales. Es la que mandan de Buenos Aires, comentó en voz baja Amoros al comisario inspector Silva, jefe de la Regional, quien asintió.

En ese momento el cabo principal Obaya relataba la secuencia de los hechos, el momento en que uno de los delincuentes ingresó al destacamento de Arroyo Dulce por el costado y lo sorprendió mientras hacía tareas de albañilería junto a Méndez y Raiti. Estaban sin armas y sin uniforme. Los tres fueron llevados a la oficina del encargado, el oficial Juan Carlos Bianchi, quien ya estaba de cara al suelo, como el cabo Carlos de los Santos, quien había sido sorprendido por otro maleante en la guardia. Enseguida, sin que Obaya saliera de la sala, hicieron pasar a Vendini. Era un hombre mayor, de casi 60 años. Todavía se estaba peritando su Chevrolet modelo 47. Vendini declaró que volvía por la ruta 51 a su domicilio de San Antonio de Areco, no llevaba carga, cuando dos delincuentes aparecieron desde abajo del puente GOP, en Arrecifes, se subieron al camión y lo condujeron amenazado hasta Arroyo Dulce. En ningún momento lo golpearon. El jefe de la banda conducía un Torino color borravino. Era un hombre de 40 años más o menos, delgado, con bigotes, patillas largas, saco de corderoy y algo parecido a un sombrero de paño verdoso. Lo secundaba otro de baja estatura, de 20 o 25 años, con bigote más bien fino, de chomba bordó. Fue el que lo desplazó del volante del camión, junto a otro de 22 o 23, morocho, nariz de boxeador, cabello semiondulado, despeinado, con ropa de trabajo. El subcomisario preguntó por el cuarto hombre, el que los retuvo en el destacamento. Tendría cuarenta y cinco años o más, con una boina vasca y saco marrón. Parecía el más nervioso, dijo el camionero. Obaya, que escuchaba la declaración, lo confirmó.

Le transpiraban las manos, ese no sabía manejar armas. Vendini dijo que podría reconocer a los delincuentes si los tuviera enfrente, pero no podía caracterizar a ninguno por tonadas o particularidades en sus expresiones. Hablaban poco. Lo único que recordaba, como singular, fue una frase que escuchó de uno de ellos, no sabía si en el camión o en el destacamento: cuando vuelva el hombre vamos a estar mejor. Probablemente fue en el camión, agregó. Julieta apuntó en el anotador. Podría ser el móvil. Robar para ese hombre. ¿Robar para Perón?, escribió. Tuvo el impulso de ponerse al frente de la indagatoria —después de todo era abogada— y preguntar quién la dijo, en qué contexto, remover un poco su memoria, aunque pensó que los oficiales se molestarían si lo hacía.

Enseguida compareció el oficial a cargo del destacamento, Juan Carlos Bianchi, el rehén estrella, que luego fue trasladado al Banco de Crédito Rural. Amoros pidió que Obaya y Vendini salieran de la sala para hacerle lugar, e hizo un gesto amable a Julieta, dando por descontado que se quedara. Bianchi tenía, todavía, la natural secuela de la perturbación, quizá acentuada por la desazón o la vergüenza de haber sido sorprendido de espaldas en su propia oficina, un hecho que ahora debía explicar a sus superiores. Bianchi acababa llegar de su casa, había almorzado con su esposa, como lo hacía todos los días, cuando un delincuente, desde la ventana, que estaba abierta, le apuntó y pidió que levantara las manos. El cabo Carlos de los Santos también fue amenazado por otro en la guardia en el mismo momento, lo pudo ver desde su oficina. Todavía estaba desconcertado, Bianchi. Fue el primer robo de la historia del destacamento de Arroyo Dulce, comentó. Y te tocó a vos, boludo, se dijo Julieta, y bajó la vista hacia sus apuntes.

Bianchi relató que los suboficiales, que en sus francos de servicio construían un garaje para ampliar el inmueble, también fueron reducidos y traídos a su oficina. Fue un movimiento de pinzas simultáneo de tres maleantes, resumió. Luego ingresó un desconocido, se enteraría más tarde de que era Vendini, el camionero secuestrado, y enseguida trajeron a su esposa de la casa lindera y la sentaron en el sillón. Todos fueron maniatados menos él. ¿Qué hacemos con el oficial?, escuchó. Y otro respondió: lo llevamos. Le hicieron poner la gorra. Actuá normal, le ordenaron, y salió al porche con dos delincuentes. Después otro, que no había visto, ingresó a su oficina para controlar a los rehenes. En el asiento de atrás del vehículo un delincuente le pasó un brazo por el hombro para simular amistad, mientras lo amenazaba con un arma. El que manejaba hacía ademanes con las manos, como si estuviera conversando, por si algún vecino lo veía. Fue un viaje corto, de tres minutos. Aún menos: el banco estaba a cuatro cuadras. Parado, en la esquina, sin un arma visible, esperaba otro de los delincuentes, el que redujo a los suboficiales en el fondo. No entendió cómo había llegado allí, después supo que fue con el camión de Vendini. Bianchi fue llevado a los empujones del Torino a la puerta principal del banco. Allí se topó cara a cara con el cabo Rodríguez, que estaba en servicio y justo salía a ver qué pasaba; había escuchado voces desde afuera.

En ese momento del relato un cabo abrió la puerta y avisó que el coronel Nava ya estaba próximo a llegar con el helicóptero de la Bonaerense al paraje de la fuga. Amoros ordenó suspender la declaración de Bianchi y le ofreció trasladarlo para responder cualquier pregunta del jefe de la policía. También invitó a Julieta a ir

con ellos. El paraje estaba en la localidad de Todd, treinta y dos kilómetros al sur de Arroyo Dulce, a un costado de la ruta 8. Es una zona agrícola de pocas chacras, con un almacén y una escuela rural. Los delincuentes habían aterrizado un avión en un camino de tierra, suelo duro, transitable, y levantaron vuelo casi de inmediato, tras un largo carreteo, según relataron los hermanos Bastari, en el comedor de su chacra, al coronel Nava y los policías de Salto. González, perito dibujante de la Regional, fue esbozando el avión en base a lo que oía y con el asesoramiento del piloto Lanciotti. Los Bastari dijeron que se trataba de una aeronave chica, de tres ruedas, con las alas blancas en la parte de arriba y roja en la mitad inferior. De acuerdo con la descripción, el piloto afirmó que se trataba de un Cessna modelo 172 o 182. El largo carreteo se explicaba por el exceso de carga. Después el dibujante, atento al testimonio del oficial Bianchi, trabajó sobre el identikit del líder del grupo; al rato presentó el papel. Un hombre alto, delgado, morocho, robusto, con bigotes y patillas, peinado hacia atrás, cutis blanco. Tendría 40 años. Julieta le tomó una fotografía. Después se trasladaron al paraje Piré, muy cerca del camino en el que aterrizó el avión. Allí había sido abandonado el Torino 380 cupé color borravino. El perito de Rastros ya había sacado un proyectil de .38 largo, un saco de corderoy de Casa Muñoz, dos guantes de gamuza, y aún restaban muchos otros elementos para peritar, todo prolijamente retratado por Fogonazo Fradúa, fotógrafo de la Regional.

La instrucción policial continuaría al día siguiente. El banco había cerrado sus puertas tras el robo pero los empleados y clientes fueron convocados a la sede para colaborar con la reconstrucción de los hechos.

Los hechos:

En la casona irrumpen dos delincuentes, Gordon y Acosta, con el policía rehén Bianchi como escudo. Chiche se queda en la calle, apoyado sobre el Torino, ahora estacionado casi en la esquina, delante del camión verde. El rehén es el primero en entrar al banco. El pecho al aire, los ojos de la incertidumbre y las manos en la espalda. Lo conduce Acosta, mientras Gordon le apunta al cabo Rodríguez, que acaba de salir del banco y suelta el arma al suelo. ¿Dónde está el otro?, pregunta, tiene que haber uno más. Rodríguez dice que no, no hay nadie más. Tendría que estar Armando de los Santos, el hermano de Carlos, los dos son policías, pero salió por un trámite. En el banco hay tres clientes, el resto son empleados. Les avisan que es un asalto, no se muevan. Los clientes no creen que sea real. Gordon da cinco pasos y entra a la oficina del gerente. Sorprende al señor Juhant, que está sentado con una señora. Quizá conversen sobre un crédito, una deuda, o cosas del pueblo, no lo sabemos. Atrás, a sus espaldas, hay un armario de metal incrustado en la pared. Es la caja fuerte. Gordon pide que la abra.

—No tengo las llaves —se defiende Juhant.

—No te hagas el pelotudo. ¡¿Quién tiene las llaves?! —clama Gordon, y repite la pregunta en voz alta.

Las tiene Cullel, el tesorero, que camina despacio hacia la gerencia. Gordon lo apura. Cullel abre las gavetas de par en par. Acosta junta lo que hay en cada estante, billetes de cien, quinientos, mil pesos de moneda nacional. Agarra una bolsa de cuero repleta de monedas y las hace tintinear. Hay poco para las expectativas de Gordon, muy poco. Trabajo de riesgo y mal pago.

—¡Decime dónde está la guita! —le grita a Juhant.

—Hay más en la caja del contador.

Afuera, una señora ve a Chiche apoyado en un auto. Sabe que no es del pueblo, y toda persona que no es del pueblo es sospechosa. Y si está frente a un banco mucho más. La señora entra rápido a su casa por el portón, como si escapara o tuviera la intención de hacer algo con prisa. Chiche, con un sexto sentido, se acerca y observa que el portón es parte del inmueble del banco. La señora, cuando está adentro de su casa, escucha un grito.

—¡Decime dónde está la guita!

No duda. Sube al comedor, toma el teléfono y llama a la comisaría.

—¡Juan Carlos! ¡Están robando el banco!

—Sí, sí. Ya fueron para allá —le responden.

Juan Carlos es Bianchi, el oficial que ahora está de rehén. La señora todavía no lo sabe. Apenas corta la comunicación tiene a Chiche encima. Saltó la pared del vecino y se metió por el patio de su casa. Ahora vamos a entrar al banco, le dice, suave. Ni siquiera necesita sacar el arma. La señora baja la escalera, abre una puerta interna con una llave y entra a la gerencia. Están en pleno asalto.

—¿Qué hacés acá? —pregunta Acosta y le sonríe mientras envuelve el dinero amontonado en el escritorio y lo guarda en el bolso.

—Estoy de visita —responde Chiche.

Gordon está moviendo a todo el mundo a la oficina del archivo. A los empleados, el cajero, el tesorero, a los clientes, a Rodríguez, a Bianchi, al gerente Juhant y ahora a su señora esposa, que aparece imprevistamente en escena. Cuando va a vaciar las cajas del mostrador, escucha un ruido afuera y mira el reloj. Ya casi es la hora. Qué rápido, se lamenta. Se acerca a la puerta del banco y ve un

avión que vuela bajo, en círculos. Es Caldenes, el uruguayo. Buen piloto, al servicio de pasajeros particulares y del contrabando. Lo había convocado unos meses atrás. Se habían reunido en la casa de la calle Marconi, en Olivos, para planificar el robo; luego visitaron parajes, caminos factibles para el aterrizaje, y acordaron la hora de la fuga, todo cronometrado. Un trabajo de relojería.

Cuando está por entrar al hall del banco escucha un tiro, y luego otro. ¿Qué carajo pasa? Gordon se oculta detrás de la puerta, mira a la calle, no ve nada. La estación de servicio de la esquina está sin movimientos, una vecina abre la puerta de su casa para ver qué ocurre. Acosta cruza el hall, la adrenalina le salta por los ojos. Deja el bolso en el suelo y se asoma para espiar. Escuchan otra detonación, como si se anunciara el inicio del carnaval, y ven cómo estalla el parabrisas del Torino. Acosta mira arriba y lo detecta: hay un hombre escondido junto al tanque de agua, clavado en el techo, allá, en la casa de enfrente, le señala a Gordon. Ahora se nos va a hacer tarde, se queja. Un hombre parapetado con una escopeta desde una posición de altura es capaz de arruinar el mejor plan. ¿Quién podría imaginar que en la abulia de la siesta aparecería un justiciero en el techo de su casa dispuesto a jugarse la vida para defender el tesoro de un banco, cuando toda la policía del pueblo está inmovilizada? ¡¿Quién carajo es?!, grita Gordon. La vecina que se había asomado ya se metió adentro. Ahora sale su marido a mirar. Curiosos de mierda. A lo lejos, a dos cuadras, le parece ver el movimiento lento de un colectivo. Acosta quiere romper el nido: cruzar la calle, reventarle la puerta de la casa, saltar al techo y pegarle un tiro al loco ese. Eliminar la amenaza. Se lo pregunta a Gordon con la mirada. Está esperando la orden, como con el de

Mendoza en el auto. Pero la orden no llega. O llega una distinta. Le hace señas para que traiga a Chiche del archivo, y ahora están los dos en la puerta del banco a la espera de instrucciones. Gordon pide que lo cubran con fuego constante y si el del techo asoma la cabeza, lo llenen de plomo. ¿Listo? Los maleantes apuntan arriba y él se lanza a la cupé con el bolso, en medio del ruido de las balas. Quizá nunca haya habido tantos tiros en Arroyo Dulce como ese mediodía, como si las cuatro esquinas hubieran sido ocupadas para una película. Gordon abre la puerta del acompañante y tira con su arma por el hueco del parabrisas reventado, cubre la corrida de Chiche y Acosta. El colectivo se detiene, mejor no meterse en líos, y cuando salen arando Chiche les dispara a las gomas. Quería probar el arma, la .38 pavonada negra, y encontró la oportunidad. De chico le gustaban las armas.

—¡Amaya! —grita Acosta, como si acabara de recordar su existencia.

—Dejalo —dice Gordon—. El Gordo se va a arreglar solo.

—Nos va a vender con pito y cadena —avisa Acosta.

Amaya escucha los ecos de las detonaciones a la distancia y luego el silencio interminable. Tiembla. Esto salió mal, piensa, deben estar heridos o muertos. No vendrán a buscarlo. Tiene esa certeza. Quizá en un rato los vecinos entren a la comisaría y lo linchen como a un forastero que arruina la paz del pueblo. Se imagina a sus familiares, conocidos, clientes, la conmoción frente a su comercio de antigüedades en Morón a medida que corra la voz de la chusma. ¿Cómo pudo haber ido a robar un banco? ¿Se volvió loco? ¿Quién hubiera imaginado que era un delincuente? Se cagó la vida solo. Ni él sabía por qué. Fue inducido, arrastrado, manipulado,

extorsionado, tendría mil argumentos para explicarlo, aunque nadie le creería. Pero está vivo todavía, Amaya. Tiene el arma, los rehenes, el perro acostado, que lo mira con un ojo. Si se quiere salvar, se tiene que salvar solo.

—¿Quién tiene acá las llaves de un auto? ¡Denme un auto y quedan todos libres! —anuncia, de golpe, como último intento para llegar a un acuerdo de paz. Lo dice con un tono imperativo que también denota súplica.

—El auto de mi marido —responde la esposa del oficial Bianchi, sentada en el sillón.

—¡Démelas!

—Están en casa.

Escucha tres bocinazos desde la calle. Va hacia la puerta como si hubiera sentido el llamado de Dios. El perro da un salto y le ladra y Amaya corre hacia la cupé Torino, no quiere que le cierren las puertas del cielo, mientras el animal le cierra los dientes en el tobillo y lo parte de dolor; esperen, por favor, grita, arrastrando al perro, y se tira por la ventana al asiento trasero como si fuera un bulto en el puerto.

Gordon se ríe.

—Cuesta ganarse la guita, ¿viste, Gordo? Vos pensabas que era fácil pero no es tan fácil.

Amaya está agitado tratando de acomodarse. No le salen las palabras. Ve sus manos ensangrentadas. Se clavó los vidrios astillados del parabrisas. No le importa. Quiere escapar de este infierno. En el cruce de las vías los cuatro en el Torino saltan como monos y toman el camino de tierra paralelo al trigal. Gordon siente

el sabor agridulce de la derrota, no se están llevando la que merecen.

—Había más —y golpea el volante.

—¡Había más! —repite con ira.

Siente el deseo de volver al banco y voltear los armarios, arrasar todas las cajas fuertes. Nadie responde. Silencio. Empuja el pie en el acelerador, hace fuerza, tiene ganas de estrellar el auto contra cualquier cosa que se le cruce. Llega al almacén de Tesone y dobla a la derecha, la curva queda tapada por una nube de polvo; a la distancia, apenas pasando la escuela número once, ve el avión rojo posándose como una mariposa radiante sobre el centro de la tierra.

—Allá está Caldenes —anuncia, más calmo.

Julieta escucha el relato de los testigos del robo. No fueron maltratados, tampoco escucharon hablar de política. El único detalle que me llamó la atención, dijo la esposa del gerente del banco, fue que uno de los delincuentes envolvió el dinero con una bandera argentina, y sonreía, como si se divirtiera. Todavía no sabía si eran chorros comunes o guerrilleros, Julieta, pero estaba segura de que eran los mismos de Bariloche. El avión, los rehenes, la bandera. Quizá no fueran guerrilleros pero aquella frase, cuando vuelva el hombre, la empujaba a la duda. Al menos ya no eran fantasmas. Tenía un retrato garabateado del jefe de la banda, el identikit de la persona que ahora debía perseguir.

El coronel le recomendó que se mantuviera en contacto diario con los policías de Salto, que no les perdiera pisada. Podría ser una banda subversiva todavía desconocida, sin nombre, que junta armas y dinero. No debemos descartarlo, comentó. Dejó la felicitación para el final, tal como se la transmitieron desde Coordinación Federal.

Estaba orgulloso el coronel. El líder extremista que había detectado en el velorio de Maestre fue detenido gracias a la meticulosidad de su informe.

Julieta imaginó a Federico en un camastro de metal con el cuerpo rodeado de cables, la boca seca, las piernas abiertas, desnudo, como ella lo había visto cuando se arrodilló para besarlo.

—Muchas gracias, coronel —respondió.

17
Tejo

Dos semanas después del robo en Arroyo Dulce, la Brigada de Investigaciones de San Martín tomó su casa de Colón. Ese día Gordon desarmaba con Acosta un cuatrimotor en desuso en Ezeiza, le quitaban las partes de aluminio para convertirlo en chatarra. A la tarde estaban de viaje al pueblo. La Brigada lo esperaba.

¿Qué había sucedido?

Había caído parte de la banda por la bocota de Aguilar.

El 31 de julio de 1971, el gaucho de La Pampa salió con su camioneta Volkswagen Cross a buscar un pedido a Buenos Aires y lo pararon por un foco tuerto en la ruta Panamericana cuando ya veía las luces de la ciudad.

Temblaba de miedo Aguilar, no encontraba la autorización de manejo, la cédula azul. Se la había olvidado o no recordaba dónde estaba. Lo llevaron a la comisaría 2ª de Villa Ballester para que la buscara tranquilo, y Aguilar pasó dos horas sentado en el banquillo de los acusados sin nadie que lo acusara, porque a las diez de la noche cambió la guardia y los policías que llegaron no sabían si estaba ahí por una denuncia o esperaba a alguien, y Aguilar esperaba como un perro con sarna echado en el patio del boliche,

los tobillos cruzados, las manos apoyadas en la madera, pensando en levantarse e irse, total, ninguno de los dos escribientes que se hacían chistes entre ellos diría nada. Apenas si lo miraban, y si lo hacían era para ver si les seguía las bromas, y Aguilar les devolvía una mueca de complicidad, una mueca respetuosa, para no llamar la atención y quitar dramatismo a los pensamientos que lo nublaban en la rutina muerta de una noche de sábado en una comisaría del conurbano. Momentáneamente muerta. Pensaba irse silbando bajito Aguilar, pero no tenía las llaves de la camioneta para escapar, quién sabe dónde habrían quedado, y adónde lo llevaría la suerte con las alpargatas y los pesos que tenía en el bolsillo. Ese pensamiento lo retenía.

Su cabeza era un mar de confusiones cuando el oficial principal Tejo volvió a buscar algo que había olvidado y al verlo, lo recordó. Podría haberse ido sin más Tejo, pero algo hizo que preguntara en el mostrador si el señor que estaba sentado ya había presentado la cédula azul, y si ya lo había hecho que se fuera, y los escribientes se miraron entre sí, aunque sin reírse, para ver quién respondía primero.

No la había presentado.

No hace falta ser muy astuto, cualquier policía lo sabe: el que cae demorado en una comisaría es cualquier cosa menos un santo. Y este tipo un santo no es, intuyó Tejo. O está en la joda o está en política, en algo está. Buenos no hay, y los que parecen buenos son los peores. Vamos a ver: ¿qué tiene que hacer este gaucho de La Pampa en Buenos Aires? El oficial principal lo llevó a su escritorio y lo apuró con preguntas de aproximación, y como imaginaba El Refaloso, Aguilar, que no podría traspasar un retén ni acompañado

por un cura, menos podría soportar un interrogatorio, la balacera gatillada a repetición por un oficial principal con sentido del deber y ganas de hacer carrera en la policía. Que de dónde venís, que a dónde vas, que de quién es la camioneta, a qué se dedica tu amigo, cómo lo conociste, para qué te la presta, qué es lo que llevás. Le temblaban los labios a Aguilar, y estaba en remera, en el apuro no le habían dejado bajar el pulóver. Le temblaba la cara ahora, por el frío y por el miedo, hasta que la lengua se le trabó y quedó callado. Tejo se levantó y le pegó un cachetazo, uno solo, y se la destrabó. Y entre las cosas que llevaba y traía, Aguilar dijo nafta. Dijiste nafta, disparó el oficial principal. Dije nafta, se dio cuenta Aguilar, atribulado, aterrado en su conciencia, y empezó a girar en falso como una rueda adentro del pantano. Y Tejo, que intuyó ver la luz al final del túnel, llamó al escribiente y pidió que lo comunicaran con el comisario inspector Coppola, y cuando un oficial principal molesta a un comisario fuera de horario, un sábado a la noche, es porque tiene una corazonada fuerte, porque siente que tiene las pruebas y quiere presentarlas rápido, mostrar las treinta y tres en la mesa. Tejo tenía la corazonada de que este gaucho muerto de miedo andaba en algo grande.

Después tomó la máquina y empezó a escribir el primer parte policial, la rutina frenética de un caso que sale de la comisaría y se asoma en las playas del expediente, la adrenalina, el sigilo, la sensación de tener al pez agarrado del cuello.

Esa misma noche Aguilar quedó en el calabozo de la 2ª de Villa Ballester. Y al día siguiente, domingo, la secretaría de turno del juzgado penal de San Martín le tomó declaración. Soltó todo. Si Tejo le había aflojado las clavijas con un cachetazo, la noche en el

calabozo le iluminó los recuerdos. Confesó lo que sabía, que era bastante, porque El Refaloso en una pasada por La Reforma le llevó la paga, celebrada con asado de cuero, y le contó la cacería interna que se vivía en Bariloche, el comisario Ruiz intentando atrapar fantasmas donde no había, se reía El Refaloso. El resto se había publicado en los diarios, las incursiones de la Gendarmería por la precordillera, el Ejército penetrando en el bosque, el robo más importante de la historia de la Patagonia, 88 palos, y el enigma de la bandera que nadie lograba descifrar. Ni siquiera él había entendido por qué ese loco colgó la bandera en el banco.

Toda la maquinaria judicial se puso en marcha desde el momento en que el secretario del juzgado, Gerardo Sofía, incorporó la foja cero en el expediente. El juez Francisco Sotelo llegó al despacho por la tarde, en camisa sport. Leyó la declaración. Manos a la obra. Decidió no llamar a Bariloche, sería patear el hormiguero. Puso a Coppola al frente de los operativos y se conformaron dos comisiones, una para Río Negro y otra para Mendoza. Los perros de presa salieron de caza. Mauret, el juez local que investigaba el robo, no gozó siquiera del aviso de cortesía. Se enteró de la llegada de la Brigada cuando el El Refaloso, El Peinado y el exempleado infiel, Uberfil, ya tenían las esposas puestas. Al comisario Ruiz le pasaron los allanamientos por la cara. Le dejarían el sobrante, algunos cabos sueltos, por si algún cómplice se les había escapado. Lo mismo pasó en Mendoza: a Genial lo engancharon en el taller con sus soldaditos, todos puestos en fila, y se acabó la farsa del piloto de montaña.

A la noche, con el ya lejano recuerdo de sus labios, Ruiz le dejó un mensaje a Julieta, que lo llamara de urgencia, pidió, y ella lo hizo. El comisario contó que había trabajado sobre pistas firmes y tenía las

órdenes de allanamientos firmadas para detener a los maleantes. La banda estaba a punto de caer. Podría esperar si llegaba rápido, para que tuviera la primicia. Julieta ya estaba lejos, a más de mil kilómetros de aquella supuesta periodista todavía tiernita que había quedado en la cabeza del comisario, y lo apretó con dos o tres preguntas incisivas, y Ruiz, para darle más lustre a la cosa, mencionó que estaba la Brigada de San Martín, y qué carajo tiene que hacer la Brigada de San Martín en Bariloche, pensó Julieta, y respondió que volvería a llamarlo. Fue con el dato a su jefe y esa misma tarde, con un auto de la Federal, como le gustaba enviar al coronel a su niña predilecta, estaba en la 2ª de Villa Ballester. Se presentó como policía.

En la comisaría fueron reacios con Julieta. A la Bonaerense no le gusta que la Federal asome el cogote cuando tienen un caso resonante. Aparecen con voluntad de colaborar, el discurso del esfuerzo común, y al final del camino los terminan cagando. Y menos les gustaba cuando llamaba un coronel para chapear. No es un problema interno, es algo más profundo: a los de azul no les gustan los de verde. No les gustan sus protocolos, sus modales de señora ruda, su voz gruesa, no les gusta que le ocupen la fuerza, que se hagan cargo de la institución. Que los dirijan. El cana es una clase y el milico es otra.

Julieta esperó tres horas para que la recibiera el oficial principal Tejo. Tres horas sentada, como había estado Aguilar, en el mismo banco. Tejo nunca apareció. Todos sabían que estaba en comisión. Coppola, con la rúbrica de Sotelo, lo había enviado a Colón para hacer inteligencia. Tejo, el héroe anónimo del caso, nuestro valiente policía, era ahora el hombre de avanzada. Se largó solo por la ocho

con su auto particular y en los tres primeros puntos que tocó, las tres personas con las que habló, y solo con dar dos referencias del hombre al que quería volver a ver después de tantos años, apenas con acariciar la tierra, saltó petróleo. Ah, sí, es el que le compró la casa al Turco Flores. Ah, sí, es el papá del chiquito que no dejaron entrar al colegio de la parroquia. Al padre Esio no le cayó bien. Demasiado espléndido. Sí, el chatarrero. Tiene un local ahí nomás sobre la ruta. Gordon, sí, dejó un Torino en el taller de Nicolita. Ni llega a los seis mil kilómetros. Trescientas lucas taca taca le pasaron por ese retoque.

El cotorreo asustó a Tejo. Escapó con urgencia. No quería dejar los dedos marcados. La casa de su objetivo estaba inmóvil, el galpón cerrado. Pero su presencia estaba en el aire, todos lo conocían. Debía pensar cómo saltarle encima. Le dijo a Coppola que habría que ordenar la intervención telefónica de su vecina. Tenía el chisme de que le usaba el aparato. Una semana después, entre que el juez Sotelo firmó y la Dirección de Observaciones Judiciales envió el oficio a ENTel, saltó la escucha: Beba, hágame limpiar la casa porque mañana vamos a Colón.

Era Nelly, la esposa de Gordon. Beba siempre conseguía una muchacha que quitaba el polvo de los muebles y calmaba a la bestia que ladraba desde el fondo con pedazos de carne y un latón de agua. La madrugada posterior al llamado, tipo tres, cuatro a lo sumo, cayó la poli. Jamás en su vida a Beba le habían tocado el timbre a esa hora. Estaba oscuro, demoró en ponerse el batón y agarrar la llave, y le rompieron la puerta a lo bruto. Ni dos minutos esperaron. Otros saltaron por el techo y se metieron por el patio. Deme las llaves de la casa de al lado, señora, le ordenaron. Estaban

todos vestidos de negro, con las caras semitapadas. Y le ocuparon su casa para controlar el teléfono y controlarla a ella; otros se refugiaron en la casa de Gordon, para esperarlo.

Al Tano Bonifacio le sucedió lo mismo. Apenas levantó la cortina del taller tenía la Brigada de San Martín encima. El Torino Lutteral estaba listo, bajo una lona. Tejo decidió que tres de sus hombres se pusieran mamelucos y se quedaran adentro; a otros los soltó a caminar por la plaza y los bares, con cuidado; a otro lo metió en la casa de la palmera, la que habían comprado a don Bracco para que usara Acosta; uno más en la confitería del Aeroclub, leyendo el diario, las horas que fueran, y el último en El Triángulo. En cada posta había un radiotransmisor. Quizá no haya habido jamás tanta poli de civil en Colón como aquellos días de agosto de 1971.

La expectativa era grande. Pero el regreso de Gordon no se produjo en la forma que Tejo imaginó, con la familia llegando a su casa, como anticipaba la escucha. Hubo cambio de planes. Los imponderables, sucede en las mejores pesquisas. El blanco rompe su rutina y desbarata el plan. El día de la llamada telefónica de Nelly, Gordon no durmió en San Isidro. Su ausencia en el hogar ya no resultaba una sorpresa. Trabajo, viajes al interior, las tareas se multiplicaban. También había una novedad sentimental. En mayo, cuando volvió a frecuentar a Caldenes para diseñar el robo en Arroyo Dulce, la casualidad hizo que conociera a Teresita, la propietaria del departamento que alquilaba el piloto uruguayo. Una mujer joven, prematuramente viuda. También era uruguaya. Vivía en la avenida Maipú con su hijo pequeño y la señora Elba, la mucama, a veces cama adentro. Esa tarde, la esposa de Caldenes, Noemí, le avisó que había traído whisky y cigarrillos importados, como solía

hacerlo, y Teresita pasó por la propiedad y encontró a Gordon. Se lo presentaron como un amigo del piloto. Estaba de visita. ¿Fue una casualidad? Qué importaba. A Teresita le resultó amable, sumamente educado y elegante. Conversaron, empezaron a relacionarse como adultos.

De modo que aquel día, el día del llamado a Beba, como tantos otros días, su marido no durmió en su casa, y Nelly y su familia no viajaron a Colón, como se había anunciado. Pero sí lo hizo Gordon. Después de trabajar en el desarme del cuatrimotor con Acosta, entrada la tarde, su Valiant, o la ballena blanca, como le decían, tomó la ocho camino al pueblo. Era viernes. Apenas llegaron, Gordon decidió ir a ver su reliquia, el Torino Lutteral Comahue, que prácticamente vivía en el taller de Nicolita Bonifacio. Era un auto que encantaba, los clientes deslizaban la mano por la curvatura del techo en su caída hacia el baúl. El color violeta generaba una vibración especial, también. Gordon estacionó en la calle 18, frente a la plaza principal, a media cuadra de la comisaría. Se bajó. Serían las siete menos cuarto. El taller estaba por cerrar. Tenía acceso por las dos calles, aunque el ingreso era por el Boulevard 50. En la esquina de la 18 había una persiana de metal acanalada. A través de esa persiana, Gordon vio un cigarrillo encendido. Había un hombre que fumaba. Era una sombra apoyada contra una pared, en posición de descanso, de espera o tedio. También vio una figura que se movía. Lo pudo reconocer. Era Nicolita, que seguía trabajando, indiferente al hombre del cigarrillo. Quizá fuera Posse, Franco, Verón, Raffo o Negut, o cualquiera de los muchachos de la Brigada que en ese momento fumaba. Tejo no, eso seguro: el oficial principal, la cabeza del operativo, lo esperaba en su casa. Cuando Gordon vio el cigarrillo se

detuvo como si un paso más lo fuera a precipitar al vacío. Recordó el día en que, delante de otros clientes, Nicolita Bonifacio le hizo apagar el suyo y él lo tiró a desgano, y El Tano le ordenó que tomara la colilla del suelo y la llevara al cesto. En mi taller no se fuma, le ordenó. ¿Por qué ahora lo permitía? Gordon no dudó. El hombre que fumaba no podía ser un empleado, tampoco un cliente ni un amigo. El hombre que fumaba tenía una autoridad por encima de la del dueño del taller. Tenía que ser un policía.

Dio media vuelta, se subió al Valiant y arrancó. Los canas de la plaza se percataron tarde, lo perdieron apenas dobló la esquina. Se dio la alerta por los radiotransmisores, pero el Valiant desapareció del pueblo, vaya a saber cómo, porque el acceso a la ruta 8 supuestamente había sido bloqueado.

El día del escape de Gordon, viernes 13 de agosto de 1971, se activaron los allanamientos. Sotelo ya los había firmado pero Coppola los mantenía en remojo, a la espera de los resultados de la caza mayor en Colón. A la noche la Brigada entró a la casa de Gordon de San Isidro, Rivadavia 608, y llevó a Nelly a declarar. Dijo que desconocía las actividades de su marido. Pero el juez Sotelo no le creyó. Quedó detenida, acusada de encubrimiento. Fue trasladada al calabozo de la comisaría 2ª. Esa misma noche los policías irrumpieron en el campo de Ferré que Gordon había comprado a Pedro Malanesi después del robo al banco de Bariloche. No encontraron a nadie. El sábado 14 incautaron su avión en el hangar del Aeroclub y los registros de vuelo de los últimos dos años. También ingresaron al galpón en el que almacenaba la chatarra, ruta 8, kilómetro 277, frente a la fábrica de bolsas Bolsarpil. Hicieron agua. No se reportó ningún objeto de interés para la causa. Ese fin

de semana allanaron el domicilio de Acosta en Gualeguaychú, lo rastrearon por el número de documento con el que había firmado el boleto por la compra de la casa de la palmera, y verificaron sus antecedentes. Detuvieron a un hombre que dijo ser analfabeto, que jamás había integrado el Operativo Cóndor para la toma de Malvinas, y nunca estuvo preso en la cárcel de Ushuaia. Había perdido su documento, no sabía dónde, y no hizo la denuncia ni tramitó otro, para qué, preguntó, si acá en mi barrio me conocen todos. Le creyeron. Acosta se movía con una identidad falsa. No sabían cómo se llamaba.

Al lunes siguiente, cuando se permitió el ingreso de Julieta a la casa allanada, Tejo no tenía expectativas de que Gordon regresara. El pescado había escapado. Su moral estaba deshecha. Pero seguía allí. Volvió a pensar en aquel llamado de Nelly que registró la escucha. ¿Por qué Nelly no había ido a Colón? ¿Acaso Gordon tenía un cómplice que lo alertó sobre movimientos que percibió en el pueblo? ¿Tenía un segundo teléfono por el que se comunicaban? ¿Hizo llamar a su esposa para que la Brigada se abarrotara en su casa y él pudiera retirar el auto del taller de Bonifacio?

Tejo intentó ordenar los sucesos de manera llana. Rebobinó. Fue un poco más atrás, a la noche del sábado 31 de julio de 1971: la caída de Aguilar en la 2ª de Villa Ballester, la reserva estricta de la información, los allanamientos en Bariloche y Mendoza, el dato de que Gordon y Acosta tenían residencias en Colón, la inteligencia en el pueblo, la detección de su casa, la relación con la vecina, la escucha, el llamado de Nelly, la llegada al taller, el escape. Gordon se había fugado, sí, lo habían visto. Pero Tejo creía, estaba convencido, de que antes se había fugado el dato que lo alertó, y aun así tomó el

riesgo de ir a recuperar el Torino, seguro de que la Brigada lo esperaba en su casa. Y cuando llegó, vio un movimiento extraño en la plaza, o escuchó el aparato radiotransmisor en el taller, y escapó. Nueva hipótesis de Tejo: el operativo fue cantado, alguien lo sopló desde adentro. ¿Y por qué el jefe de la Escuela de Inteligencia de la Policía Federal, el coronel La Pindonga, había llamado al coronel Nava, jefe de la Bonaerense, para meter a una agente femenina en medio del procedimiento? ¿Cómo se había enterado La Pindonga, o esta agente femenina que ahora estaba enfrente suyo, de los allanamientos en Colón? ¿Y si acaso es esta mina, pensó Tejo, la que le anticipó la operación a Gordon y ahora cae al territorio para limpiarse o enterarse de qué otros datos tenemos sobre su cómplice?

El lunes 16 de agosto, después de que Julieta se presentara e intercambiaran palabras intrascendentes, Tejo la encerró en el cuarto del fondo de la casa de Gordon, se escuchaban los ladridos del perro. Quería que confesara cómo supo del operativo. Tejo no era un tipo al que se lo pasara fácil. Y esta piba había caído como una paracaidista con información clave, que nadie tenía. No le daría un cachetazo como a Aguilar, pero quería que hablara. Que hablara sola. ¿Por qué estaba allí? ¿Quién era? Julieta no quiso entregar al comisario Ruiz pero fue forzada, tuvo que sacrificarlo. El tipo que tenía enfrente era un duro, no saldría de ese cuarto sin una explicación convincente. No podría improvisar nada. Te voy a hablar de cana a cana, dijo, pero esto queda acá. Le confesó que había ido a Bariloche porque su jefe creía que el asalto al banco había sido perpetrado por un grupo guerrillero. A Tejo le dieron vuelta la cancha. ¿Guerrilleros? ¿Estos chorros, guerrilleros? Se rio fuerte. Es

una posibilidad, aclaró Julieta, y mencionó la pista de la bandera. Tejo pensó que los de la Federal estaban locos, eran boludos, o inventaban operativos para lavar guita, que era lo más probable. O que esta mina quería caminarlo. Pero ató cabos y recordó que Acosta había participado de la toma de las Malvinas y se aflojó un poco. Dio por concluido el interrogatorio y la soltó. Maldijo al comisario Ruiz, ese pelotudo, lo recordó, y le advirtió que no volviera a meter la nariz en un operativo de la Brigada de San Martín nunca más en su vida. Y por último, como consejo personal, o profesional, se sintió en la obligación de decirle que si quería cumplir con su deber no les lamiera el culo a los milicos, por más coronel La Pindonga que fueran. Ella era policía, debía sentirse honrada por pertenecer a la fuerza, que no se disfrazara de verde. La Brigada continuaría con la investigación del robo al banco de Bariloche y ahora ella debía retirarse. Un auto podría acercarla a la estación de ómnibus si quería. Julieta aceptó. La historia estaba terminada. Un grupo de delincuentes comunes había asaltado el banco, no había otro misterio, con la salvedad de que la banda la integraba un tal Acosta, o como se llamara, que había participado de la toma de Malvinas en el 66. Le pidió a Tejo permiso para ir al baño y asearse antes de salir. Cuando pasó por el comedor, sobre la chimenea, vio una foto de Gordon con su esposa Nelly en un portarretrato. Estaban bailando, miraban a cámara y sonreían. La dio vuelta y leyó una inscripción manuscrita: Centro Lucense, carnaval del verano de 1958, antes del casamiento. Aprovechó una distracción del oficial principal y se la guardó.

TERCERA PARTE

18
Prófugos

Beba visitó a Nelly en un viaje a Buenos Aires acompañada por su marido. Tenía anotada su dirección en un papel: Rivadavia 608, San Isidro. Era un caserón grande, con un frente de estilo colonial sin ornamentos y un patio amplio con paredes recubiertas por enredaderas. Nelly la hizo pasar. Estaba abatida y triste. Aquel sufrimiento contenido que se intuía en su rostro cuando caminaba las calles de Colón ahora lo expresaba sin remordimientos. Lloró apenas comenzó a hablar. Nunca pensé que Aníbal estaba haciendo algo así, dijo con vergüenza, a modo de disculpa. Beba le creyó. Ese dolor era difícil de inventar. El esfuerzo por sostener un hogar como centro de salvaguarda familiar, el sueño, o la apariencia, de un matrimonio estable, la compañía de una vida, como la tenía cualquier vecina, incluso la propia Beba, ahora se extinguía. Esa ilusión ya estaba rota. Era irrecuperable. Su marido estaba prófugo. La próxima vez lo vería muerto o en la cárcel, o quizá en un encuentro furtivo que acabaría con la velocidad de un relámpago. Ahora tendría que seguir con su vida, sacar adelante a sus dos hijos, pero lo haría siempre con las huellas de sus dedos marcadas en la policía, como los criminales, con sus conversaciones telefónicas

grabadas a oídos de cualquiera, que sabría todo de ella, y lo peor, viviría con la mirada de los vecinos clavada en la nuca apenas saliera de su casa, una mirada huidiza pero constante, mezcla de acusación y compasión, y eso le dolía como una puñalada.

Beba se apiadó, no supo si debía abrazarla. La tomó de las manos, y Nelly se abalanzó levemente, con pudor, como si buscara cobijo, y enseguida se echó atrás y tomó el pañuelo que guardaba en el bolsillo del chaleco de lana y lo sostuvo sobre sus ojos para secarlos, y fue hacia la cómoda y abrió el cajón y buscó un fajo de billetes que había juntado para saldar el cuentón que había dejado su marido con los llamados de larga distancia.

Ella no era una ladrona.

Su marido no estaba lejos: en Olivos, a un puñado de cuadras, refugiado en el departamento de Teresita, viviendo un tiempo de paz, de falsa paz, que no sabía ni cuándo ni cómo terminaría. ¿Cómo se salva un prófugo? ¿Cómo se salvaría él? Con una vida en Uruguay, pensaba Gordon ¿Qué argentino no soñó con Uruguay para empezar de nuevo? A los 40 años, con otra identidad, sin ningún pasado, con algún trabajo relativamente decente y acompañado por Teresita, la mujer que todavía no sabía (ni entendía) por qué este hombre, súbitamente, se había apropiado de una mitad de su cama y ayudaba a hacer las tareas de la escuela a su hijo, cocinaba, barría, y prefería quedarse en casa.

Gordon no tenía en claro, todavía, cómo seguir. Necesitaba un documento, como el que le habían dado a Acosta para volar a Malvinas o los que usaba Carrizo, que mezclaba nombres y apellidos en juzgados y cárceles y ni sus propios subordinados sabían quién era. Los bienes registrados a su nombre, Gordon los daba por

perdidos. El vuelo del nuevo rico había sido corto. Las dos casas de Colón, que no había terminado de pagar, después de algunos trámites sombríos volverían a Bracco y al Turco Flores, sus propietarios originales. El campo de Ferré en el que guardaba su nuevo avión, y el del Aeroclub, en cambio, serían devorados por la burocracia judicial, los depredadores que actúan en nombre de la ley y el orden. También cayó el Torino Lutteral en la redada, pese a que el Tano Bonifacio juraba a quien quisiera escucharlo que esa joya no se movería de su taller hasta que no aparecieran los trescientos mil pesos, el presupuesto de la afinación del motor, la factura que Gordon había dejado forzosamente impaga. Pero el Lutteral fue remolcado en una grúa por la ruta 8 y arrumbado en el depósito de la Brigada de San Martín sin que nadie oblara un céntimo. Todavía le quedaba la posesión de la F100 bicolor, crema y celeste cielo, casi 0 km, que había comprado a contado rabioso el 4 de marzo en La Lucila Motors, con el dinero fresco del robo al banco. Esa camioneta, leal como un tractor, la había puesto a nombre de Nelly, y cuando la comisión policial que allanó su casa le pidió que la entregara, ella dijo que no la tenía. Ni siquiera sabía manejar. La F100 estaba con paradero desconocido, como su marido. El otro vehículo que sobrevivió fue el Valiant IV blanco, la maquinita también tocada por las manos mágicas de Nicolita Bonifacio, con la que había volado de Colón. Estaba en puerto seguro, el taller de Chiche.

Acosta vivía un tiempo de paz, también, bendecido por un rayo de sol. Tenía menos preocupaciones que Gordon. Podría seguir la vida con su identidad real, que se mantenía inmaculada, sin manoseos judiciales. Cuando calmara la tormenta, pensaba, volvería a ser Acosta. Estaba en paz gracias a Chiche, que lo había albergado sin

un pero, y ahora los dos sentían que volvían a la adolescencia, las mismas sensaciones de cuando se habían internado en los fondos de un criadero de pollos de Merlo para guardarse de la policía, perseguidos por un robo menor. Faltaron al colegio durante tres semanas, nadie sabía dónde andaban. Travesuras de chicos. Ahora Chiche le había hecho lugar en un escondrijo del taller donde guardaba bidones de amoníaco y diluyentes para el pulido y cromado. Los compraba por cantidad, y arrimándolos a un costado consiguió meter un camastro. Aunque Acosta prefería dormir en el Valiant IV de Gordon. Se sentía más cómodo. Por la mañana Chiche lo despertaba con pan y un tazón de café con leche y le mostraba cómo se quitaba el óxido del metal, con el papel aluminio bañado con agua y sal y restregando fuerte sobre la pieza, sin parar, hasta dejarla lisa y brillante. Chiche empezó a darle trabajo atrasado, algunos cascos de moto viejos y también grifos de cocina, que requerían un esfuerzo mayor; eran bien complicados. Le gustaba el oficio a Acosta. A poco de instalarse, los vecinos le acercaban directamente a él las piezas para pulir, sabían que Chiche estaba desbordado con los cromados.

No muy lejos del taller, a veinte minutos de auto, en la comisaría 2ª, en su sede de Boulevard Ballester 140, localidad de Villa Ballester, justamente, el oficial principal Tejo creía acabada su carrera. Estaba sumido en una profunda angustia. Tejo era dramático, es cierto, pero su celo policial lo había puesto al borde de la barranca, o lo había tirado. Estaba decepcionado con su mentor, Coppola, su modelo de policía, el hombre en el que confiaba. El comisario inspector no había tenido más remedio que ejecutar la sanción contra su pupilo, ordenada desde la jefatura de la

Bonaerense. Los putos coroneles, como los llamaba Tejo. Son tres meses, una formalidad, pasa rápido, después retomás el servicio, le dijo Coppola. Para Tejo fue como si le hubieran volcado un tarro de mierda en el legajo. Esa mancha no se iría nunca. Lo vivía así. Y tenía razón. Había puesto la cabeza y el lomo en la investigación y ahora no veía siquiera un dedo levantado en su defensa. Culpa de la porteñita del mechoncito, la mimada de los milicos, que lo entregó.

No tenía en claro cómo habían ocurrido los hechos, Tejo. Solo conocía las consecuencias.

Los hechos sucedieron así:

Julieta comenzó a hacer una descripción pulcra, sin adjetivos, sobre la encerrona a la que fue sometida por el oficial principal en el cuarto del fondo de la casa de Gordon. Bastó un minuto de su exposición para que al coronel se le tiñeran de rojo las venas del cuello. La interrumpió, levantó el teléfono y pidió que lo comunicaran con el coronel Nava, su compañero de promoción en el Colegio Militar, y con la misma velocidad con la que se había lanzado el cohete a la Luna, se activó la sanción. Julieta volvió a su escritorio avergonzada del desastre que acababa de provocar. La novedad cayó como una bomba para los azules de Villa Ballester. ¿Sanción para Tejo? Era algo humillante. De hecho, cuando el juez Sotelo decidió mostrar lo que había cazado en el zoológico, con una presentación a la prensa organizada por el equipo de difusión de la Bonaerense, Tejo fue tachado de la gacetilla con tinta negra. En la lista de los héroes de la pesquisa estaba toda la Brigada de San Martín, hasta el último perro. Menos él.

Más allá de la molestia por la situación particular del oficial principal, después de un fin de semana agitado la satisfacción les

brotaba a todos por los ojos. En la indisoluble unidad entre la policía y la Justicia, en el trabajo conjunto, los resultados están a la vista, expresaría Sotelo frente a media docena de micrófonos, parado junto al comisario Coppola, que irradiaba una mezcla de solemnidad y orgullo por la investigación del robo al banco de Bariloche.

Al día siguiente, lunes 6 de septiembre de 1971, en la comisaría 2ª y el penal 1º de San Martín, los diarios corrían de mano en mano. Nadie quería perderse el relato que los había puesto arriba del escenario. Incluso Sotelo, con un evidente golpe de efecto, hizo traer desde Bariloche a El Refaloso, a El Peinado y al exempleado infiel para presentarlos a la prensa. También trajo al sereno, al que todos sabían inocente, pero lo mantenían preso como un demorado acto de cortesía hacia Mauret, el juez local (era el único detenido de su propia cosecha), y a Sotelo también le servía para darle más volumen a la banda de maleantes, la banda de los 88 millones, como tituló la prensa con tipografía catástrofe. Los cuatro monitos estaban en fila, con la cabeza gacha, como víctimas de un novedoso experimento, soportando los flashes con temor y vergüenza. En ese acto se distribuyeron dos fotografías que aparecerían en los diarios y la televisión. La foto de Gordon, tres cuartos perfil, saco, corbata, el pelo achatado y la frente abierta, tomada para su libreta de enrolamiento, y en la otra imagen Acosta, que miraba de frente a la cámara, con el flequillo de costado tocando una ceja y los labios apretados que escondían una sonrisa.

El juez Sotelo afirmó que los prófugos estaban a punto de caer.

Gordon se levantó de la silla y apagó el televisor cuando escuchó al locutor del noticiero que anunció robo-banda-banco-Bariloche. No hacían falta más palabras. Ni siquiera vio su foto, que se mantuvo

fija varios segundos en la pantalla. Fue un acto brusco que sorprendió a Teresita, el primer desacople de una convivencia luminosa. Gordon trató de subsanarlo con un comentario casual sobre lo perjudicial que resulta la televisión a la hora de la cena para la salud mental de los niños; lo había leído en una revista.

Acosta ni se enteró. Lo supo a la mañana siguiente cuando la F100 se asomó de prepo sobre la vereda del taller de Chiche. Gordon le mostró el diario. Al principio sintió un cimbronazo. El esclarecimiento del robo de los 88 millones, con su cara pegada junto a un avión incautado y las fotos de las dos propiedades de Colón. Quedó en silencio, impactado. Luego se aflojó. Salí bien, ¿no?

El de la foto era Acosta y no era Acosta. Estaba en un limbo. La policía lo buscaba por el documento que le había confeccionado el juzgado federal de Ushuaia cuando lo encausaron. Como no tenía ninguna identificación (había arrojado su cédula al mar durante el traslado al continente) y no lo podían juzgar como NN, dieron por bueno el documento que había presentado en el mostrador de la aerolínea, en Aeroparque, y así quedó registrado, como Acosta, aunque con su foto y sus huellas dactilares reales. Si lo detenían podría decir que se llamaba Ortega Sánchez o Romagnoli, pero a la hora de tocar el pianito sonaría su música, su verdadera identidad, con nombre falso.

Acosta propuso esconderse en lo de Amaya, hacerlo cargo a El Gordo. Sería como arrojarle una dinamita, lo sabía. Pero de una forma u otra había participado en los dos robos y había recibido su tajada. Podría refugiarlos en las habitaciones del fondo. ¿Quién iría a buscarlos al local de antigüedades? Y más vale que no los denuncie. Él está más sucio que una papa, le dijo a Gordon.

Chiche salió a la vereda a ver qué pasaba. La F100 estaba molestando, pidió que la corrieran. Detrás había un auto pidiendo pista, que no quería demorar. La camioneta se movió y el auto con la cinta negra en la parrilla entró para el cromado. Chiche pensaba que Acosta regresaría pronto y se incomodó al pensar que fuera visto como un empleado del taller. Preferimos que trabajes solo, le había comentado el distribuidor de estupefacientes al pasar. Acosta todavía estaba en la esquina, no lograba convencer a su cómplice de ir a Morón. Un sexto sentido le decía a Gordon que Amaya estaba con la cana hasta el culo. Si la cana dice que descubrieron un robo es que descubrieron los dos. El de Arroyo Dulce se lo guardan, nunca sueltan todo. Su comercio ahora es una ratonera, dijo.

Amaya estaba desesperado esa mañana. Había recogido el diario en el kiosco y escupió el mate cuando vio impresas las fotos de los dos delincuentes. Quedó estupefacto. No leyó la crónica. Escondió el diario debajo de su escritorio. Pensó en cerrar el local e irse a la costa, tenía una casa en Las Toninas, aunque era conocida. La policía lo encontraría apenas llegara. Debía escapar de cualquier modo, salir con el auto para alguna parte, tomar un tren. Aunque bajar la cortina de un día para el otro lo volvería culpable, sería condenarse antes de tiempo. Debía decir que fue extorsionado, negar los cargos, demostrar su inocencia. En ese momento sonó el teléfono. Dudó antes de atender. Era Acosta. Vamos para allá, escuchó. Amaya respondió.

—No, no... Equivocado —y colgó.

Luego cortó el cable, escondió el aparato en una caja y también cortó el diario en mil pedazos, lo convirtió en papel picado y lo tiró a la basura.

Dijo equivocado, avisó Acosta cuando regresó a la F100, estacionada frente a una estación de servicio.

—¿Estaría con la cana? —preguntó Gordon.

—Puede ser... y quizá nos avisó que no fuéramos, no sé. Estaba raro. Volví a llamar y nadie atendió.

Entonces le tocaba a él. Fue al teléfono público con la decisión de quien tira la ficha antes del no va más en la última bola. Y como antes había llamado a Amaya porque no encontraba a Carrizo, ahora que no encontraba a Amaya volvió a llamar a Carrizo. Pura corazonada. Discó el número y atendieron. Se presentó como Aníbal y preguntó si había mensaje para él.

—Ah, sí, Aníbal. El Señor estaba esperando su llamado. Tiene cita hoy a las ocho de la noche en Añasco y Juan B. Justo. ¿Se ubica?

—Sí.

—¿Va a ir?

—Sí. Voy a ir —aseguró.

—Bien. Lo dejo anotado.

Un rato antes de la hora pactada Acosta merodeó la esquina, la zona muerta de la avenida Juan B. Justo, la de los edificios bajos y balcones con toldos de lona que dan hacia la nada. No había paradas de colectivos, nadie que deambulara, ningún auto detenido. Espió la ventana vidriada de La Rueda Loca y distinguió a dos o tres familias con hijos, una reunión de amigos que descuartizaba una grande de muzzarella y parejas jóvenes animadas, pero a nadie en situación de espera. Acordaron ingresar a la pizzería separados. Primero Acosta. Pidió un café con leche y medialunas y se entretuvo mirando a las familias. Diez minutos más tarde entró Gordon. En un escrutinio rápido no advirtió ninguna señal y se dirigió a una silla

que daba a la esquina. Esperaría. De inmediato sintió una mirada en la nuca, se dio vuelta y nada, falsa alarma, pero la segunda vez que se dio vuelta uno de los comensales se limpió la boca con una servilleta y le hizo un chasquido con los dedos, que podía confundirse con un despectivo llamado al mozo. Lo llamaba a él. Y los otros dos que ocupaban la mesa no le sacaban la vista. Habían terminado la pizza, también dos botellas de cerveza. Habían pagado. Gordon se acercó y lo hicieron sentar.

—Tu amigo no puede venir —le dijeron—. La orden de El Señor es que vengas solo.

Cuando salieron de la pizzería Gordon le hizo un gesto a Acosta, que esperara, y fueron caminando los cuatro por Añasco para el lado de La Paternal. Raúl El Marciano, que estaba a cargo del operativo, de golpe paró en un zaguán y le avisó que lo tenía que desarmar. Se lo dijo con respeto, le sacó el fierro y lo hicieron subir a un auto. Lo trasladaron con una capucha en la cabeza, agachado, como si fuera un delincuente o un guerrillero, aunque no era más que un formalismo, el protocolo básico de seguridad, por si acaso el prófugo trabajaba para la poli. Fue un viaje corto, menos de quince minutos; después bajaron, El Loco Giudissi y Totó Ledesma lo fueron conduciendo, El Marciano abrió una puerta e ingresaron.

Cuando le quitaron la capucha, Gordon vio al jefe de la banda. Estaba sentado en el escritorio, rodeado de llantas colgadas de las paredes, columnas de neumáticos sin rodar y el diario con la crónica del robo al banco de Bariloche. A su lado, en una silla, estaba Lito, su sirviente y confidente. Parecía de buen ánimo Carrizo, cómodo, exhibiendo sus recursos, lo que había construido desde que salió del penal, que no era poco. No daba golpes espectaculares, no asaltaba

bancos, aunque tenía una cartera de blancos variada, una estructura confiable, aceitada, cada uno con su rol y su estilo, que se avenían a sus órdenes, y ahora parecía curioso de encontrar a Gordon, interesado en conocer su aventura, una especie de qué fue de tu vida de los delincuentes. Te escuchamos, le dijo, con tono de bienvenida, pero enseguida se aburrió de darle el oído al llanto del pobre que odia ser pobre, que solo necesita una soga, un documento, en realidad, un nuevo apellido para cuidarse las espaldas y poder trabajar en paz. Carrizo le creyó la mitad, o menos. Ningún delincuente quema un botín, semejante botín, en un avión, una camioneta, un campo y dos inmuebles, la lista de lo que había ganado y había perdido, según Gordon. Una partida de billetes se guarda en un pozo, en un armario, donde sea, pero se guarda para cuando haya que fugarse. Ser prófugo es caro, nadie esconde una bomba de tiempo gratis. Un poco de previsibilidad. De cabeza. No se pide más que eso. Es la práctica habitual, aunque Carrizo no estaba para contradecirlo.

—Te vamos a tirar una mano, está bien. Podés sumarte al grupo. Tenemos cantidad de proyectos y a veces no los podemos hacer. Vas a estar limpio. Pero la casa cobra derecho de admisión. En billete. Uno arriba de otro —remarcó.

Los muchachos sonrieron aunque El Señor no era de hacer bromas. La respuesta de Gordon fue pagar con trabajo. Tenía en mente un robo desde hacía tiempo, una agencia de autos. Aunque para él era imposible. Era un cliente respetado, conocía al gerente y no le gustaba disfrazarse. Carrizo se interesó. Avenida del Libertador 1381, Vicente López. Rombo Norte. Les compré dos o tres coches. Mueven bastante dinero por las ventas y el taller mecánico. Es un

salón con pocos autos. Al fondo, sobre la derecha, en una oficina, hay un mostrador grande, con tres cajones de madera de medio metro cada uno por lo menos. Amalia, la empleada, tiene el manojo de llaves. Y también las de la caja fuerte en el primer piso, la oficina de Pawlowski, el gerente. Se sube por una escalera de mármol. Está a la vista. Carrizo preguntó por el taller. Hay una rampa en una entrada del costado del salón por donde suben los autos para reparar. Pero está un poco alejada. Ahí no hay nada. ¿Cuánta gente habrá? Dos vendedores, dos empleadas, Pawlowski, algún cliente.

Esa noche la situación quedó en suspenso. Lo sacarían de la gomería y tendría que llamar a la tarde siguiente al mismo número. Si el mensajero le daba cita, la operación se hacía. Después recibiría instrucciones. Gordon pidió incorporar a Acosta. Era sensato: lo quería adentro de la agencia. Sería su hombre en el robo. Carrizo lo despidió sin contestar.

Al otro día, temprano, su agente de enlace fue a chequear la agencia de autos. Tenía que verificar los movimientos y si había alarma contra robos. Guazzoli, la voz en el teléfono. Ese era el hombre de Carrizo. Siempre le faltaba el mango para el peso a Guazzoli. Navegaba en la zozobra, sin casa ni trabajo estable, aunque le escapaba al delito con la fuerza y la voluntad de un alcohólico recuperado. Había compartido celda con Carrizo en Devoto mientras esperaba una condena por tentativa de robo, y cuando volvió a encontrarlo, El Señor le propuso integrarse a su banda. Guazzoli se negó. Fue terminante. Y entonces recibió una oferta de escala intermedia, porque no todo es blanco o negro. Podría pasar mensajes, verificar informaciones, producir datos propios. Jugar desde afuera. Pasaría mucho tiempo en su casa,

trabajo de oficina, y tendría asegurado el diez por ciento de la recaudación de lo que surgiera de su cosecha. Los miércoles y sábados, mesa de análisis. En el bar de Entre Ríos e Independencia entregaría su informe y recibiría nuevos pedidos.

Su vida se encauzó rápido después del primer golpe. Guazzoli recibió sesenta mil pesos moneda nacional que le sobraron para pagar depósito y mes de alquiler de una propiedad horizontal en Mansilla 3126, Barrio Norte, y en esa morada comenzó la convivencia con su novia, la fotógrafa de un diario que estaba pensando en silencio en el final de la relación, y los días imprevistamente se hicieron amables, ella en la calle y él en la casa atento al teléfono, pasando información para Totó, Raúl El Marciano o El Loco Giudissi (Locación uno, mañana, nueve y treinta. Locación dos, horario de siempre. Locación tres, mañana a la noche, y todos entendían de qué hablaba. Uno, bar de Centenera y Roca; dos, La Rueda Loca; tres, Warnes 850). Y a la noche recibía a la novia en el hogar con la comida preparada y un adorable cómo te fue.

Guazzoli nunca había tenido mensajes para Gordon hasta que Carrizo encontró su foto en el diario y le dejó una cita en caso de que llamara. Intuición. O experiencia. Un prófugo piensa mil cosas para sobrevivir, y a él podría resultarle útil si lo veía confiable. Dos días después, diez y media de la mañana, la banda empezó a sonar en Rombo Norte. Carrizo entró con una ametralladora PAM y un bolso de cuerina cuadriculada de color azul, Acosta encerró al personal y a los clientes en la oficina, Totó Ledesma, abrí el cajón piba, ordenó, se ocupó de llenar el bolso, y El Loco Giudissi, con una pistola en cada mano y un mameluco gris con un dibujo bordado en el pecho con hilo rojo que nadie entendía qué significaba, tomó la

rampa del taller. Después subieron a lo de Pawlowski; trasladaron a Amalia con las llaves, se abrió la caja fuerte, y Totó siguió llenando el bolso, y salieron como locos, con Gordon rondando la avenida con el Valiant IV blanco en el que se subió Carrizo, y la F100 bicolor a tiro, en la que subieron Acosta y Totó, y cuando se preguntaban dónde mierda estaba Giudissi que no llegaba, siempre loco este, lo vieron venir arriba de un Torino mostaza con franjas blancas laterales que un cliente había dejado para el service tres horas antes.

Repartieron el botín en una quinta de Los Polvorines, en el conurbano, cinco palos seiscientos, sin contar los dos palos y medio del Torino, muy lejos de los 88 palos de Bariloche aunque bastante para un rato a la mañana. Se hizo un reparto justo, y Gordon y Acosta pagaron sobradamente su derecho de admisión. Fueron bienvenidos. Ya formaban parte de la banda de El Señor.

19
El retiro

Al Señor le gustaban los retiros. Salir con la tropa del infierno urbano y pasar los días en pantalones cortos y ojotas haciendo nada. Pescar en ríos del norte, vivir las noches a cielo abierto en las que asoma un chamamé, el olor a pasto húmedo, bajarse una caña en el boliche de un pueblo. Los primeros días estaban repletos de ocio. Después, casi sobre la vuelta, se hablaba de trabajo. Antes nada. Carrizo corría con los gastos, el bono extra por rentabilidad y las vacaciones pagas; la amabilidad de la empresa, la representación de su jefatura.

Cacho Sotelo, que vivía en Machagai, provincia del Chaco, organizaba los viajes. Para él, reencontrar al grupo era volver a vivir. Había sido uno más de los delincuentes, lo conocían todos, pero tuvo que dejar la actividad cuando su esposa escapó de la casa (nunca más supo de ella) y el juez de paz lo obligó a cuidar a su hijo cuadripléjico bajo amenaza de llevarlo al calabozo si no lo hacía. Abandono de persona. Ese era el cargo. El municipio exigía su presencia cada vez que los médicos revisaban al chico. Lo querían clavado como una estaca. Pero él se las arreglaba para ir a los alijos nocturnos, contratado para la descarga de mercadería en algún punto ciego del río. Se ganaba su plata. Después, cada mes, o cada

dos meses, le escribía una carta a Carrizo, que Guazzoli retiraba de la posta del correo, en la que marcaba posibles blancos, ubicaciones de galpones que nadie denunciaría si se los asaltaba, movimientos que veía, cuentos que escuchaba, datos que iba guardando en su cabecita y que luego redactaba febril en la mesa de cocina con el balbuceo de fondo de su hijo semimuerto. Carrizo leía, rompía y tiraba. No quería meterse en el trabajo ajeno. Robar a un contrabandista era un pecado de frontera, un llamado a la desgracia; en cualquier momento llegaba la réplica merecida. No quería convivir con ese fantasma. No quería enemigos, Carrizo, ni de afuera ni de adentro.

En el viaje al norte llevó a Gordon y Acosta, dos papas calientes que había sacado de la parrilla. Los puso de choferes. Acosta, al mando de la F100, trasladó a Totó Ledesma, que nunca se despegaba de su valija Primicia de aluminio y cuerina con doble cierre. Y al lado de la valija estaba su esposa, Ana, algo más joven que él. Eran padres de familia, habían dejado a su hijo en la casa del tío. Gordon, con el Valiant IV de techo vinílico, llevó a Lito de acompañante. (Lito, podría decirse, tenía la locuacidad de un árbol. Nadie le había escuchado jamás una frase completa. Le habían golpeado la cabeza con un aparato de televisión cuando era chico, era la explicación que se daba). En el asiento de atrás viajaba la pareja: El Señor y María, su novia. María había llegado a su vida por la gestión de Haedo, un estafador de poca monta que cayó en Devoto apenas se calzó un guante blanco, y después, en libertad, abrió una agencia de colocaciones con oficina en el centro. Tenía una forma de hablar dejada, Haedo, como si una ligera decepción tiñera sus palabras y le fastidiara responder una pregunta. Hablaba

como si hiciera un favor. En parte, porque consideraba que el resto de los mortales estaban dos escalones debajo de su inteligencia, en parte porque nadie estaba enterado de esto. Era evidente que había estudiado. No se lo consideraba un delincuente. Simplemente un garca. Usaba pantalones blancos en verano. Esa sola prenda ya lo definía. Pero tenía un buen apellido, Haedo. A Carrizo le servía para manejar los papeles del trabajo, tareas administrativas, poner la cara en compra de autos, alquileres de propiedades, endoso de cheques, el apoderado en la superficie del jefe del submarino. Haedo no tenía sueldo, cotizaba y cobraba por encargo.

Carrizo lo había conocido hacía apenas un año, cuando llamó al teléfono de un aviso del diario y pidió una empleada doméstica para su refugio de Los Polvorines, y así llegó María. Tenía veintipico. Luego la llamó directamente cada vez que la necesitaba, y ahora María esperaba un hijo, tenía un embarazo de tres meses. Después Carrizo le pidió a Haedo una empleada para otra cueva, y así fue conociendo mujeres para limpieza. María todavía no estaba enterada.

Giudissi y Raúl El Marciano viajaron al norte por las suyas en el Torino mostaza robado en la agencia. Era la dupla interna de la banda, los más confidentes. Se habían conocido en la cárcel, en Mercedes o Sierra Chica, y después El Loco presentó a El Marciano ante El Señor. Estuvo en observación durante un par de asaltos y finalmente lo aceptó con la condición de que aportara una locación por zona norte. El Marciano lo hizo, y en varias oportunidades repartieron la pesca del día en una pieza que le alquilaba a una señora en Munro, Rafael Obligado 5144.

Giudissi quiso aprovechar el receso para visitar a una prima con la que decía que se había criado, en Corrientes capital. Le propuso a El Marciano quedarse en su casa unos días. La prima estaba casada, tenía un chiquito de tres años, pero había amigas del trabajo dando vueltas, y podrían salir con ellas. Al Marciano le pareció un buen plan. Sí, mejor divertirse un poco porque después tenemos que ir a misa con El Señor, dijo. El Loco sonrió. Confianza-coraje-disciplina, imitó El Marciano a Carrizo, para alargar la burla. Era la primera vez que alguien desairaba al jefe, aun a sus espaldas. El Marciano aclaró que lo respetaba, era justo y organizado, pero no toleraba que actuara como patrón de estancia, el que marca la línea, el que da el consejo, el que les respira a todos en la nuca. Siempre él. Enseguida se arrepintió de la confesión.

Sotelo hizo lo posible para que Carrizo y María durmieran en la cama matrimonial de su casa, al menos el primer día. También había conseguido otro alojamiento en Machagai para el resto, pero El Señor decidió que irían directamente al camping. Cargaron en la caja de la F100 la silla de ruedas con el chico a bordo y salieron en caravana. A modo de bienvenida, Carrizo mandó a buscar una gallina, le cortó el cogote, la peló y la cocinó a la parrilla. De a poco se fue armando una rutina relajada, de descanso. Por la mañana Sotelo hacía compras en la proveeduría y después tiraban las cañas en el canal 9; al mediodía cocinaban en el calentador lo que traían del río, o preparaban pastas. Acosta (no le gustaba pescar, le parecía una espera inútil) sacaba al nene y lo llevaba a andar por el costado del camino de tierra, lo empujaba como si fuera un carro del supermercado. El nene disfrutaba el soplo del aire en la cara,

susurraba gritos, le salía la baba de la boca, la alegría que tenía. Y así pasaban los días.

Para los pocos norteños que acampaban en primavera el grupo parecía una familia ampliada, parientes cercanos y lejanos que decidieron juntarse quién sabe por qué. Era una composición rara. No había chicos, excepto el cuadripléjico y el bebé por nacer; dos mujeres jóvenes y el resto hombres. Pero se entretenían como cualquier familia en vacaciones. Jugaban a la taba y a los dardos que había traído Lito, se sentaban en la mesa de cemento para las partidas de truco.

A la caída del sol, Ledesma se alejaba con el acordeón y se acomodaba a la vera del canal para despuntar algún sonido del litoral, triste, por lo general, y Carrizo se tiraba a su lado, con la vista al cielo, y quedaban largo rato en silencio, como si la música los adormeciera. Gordon también caía en momentos de tristeza. Pensaba que nunca podría tener una familia que lo aceptara como delincuente, que lo acompañara en sus sacrificios y riesgos, una familia con la que compartir parte de sus secretos, que entendiera lo qué hacía. Su familia, la actual, la que había formado, o la mujer con la que se había casado, Nelly, jamás lo entendería. Esa sensación de soledad o lejanía la percibía cuando veía a María y Ana con gestos de cariño hacia sus parejas, los gestos más tontos, hacerles probar la pasta para que definieran si estaba a punto, o apoyarse sobre sus hombros mientras jugaban a las cartas. El impacto mayor, o el contraste más notable, lo advirtió cuando las mujeres los convencieron para ir a bailar a una peña en el pueblo y se movieron al ritmo del chamamé los cuatro, y luego bailaron una pieza lenta

con la luz tenue en el centro de la pista de tierra, solos, con los otros delincuentes de testigos.

A cada uno le corrió un recuerdo, una carencia, mientras los veían. Lito, con ojos húmedos, miraba emocionado a Carrizo, lo quería más que a un hermano o a su propia vida, y su felicidad era la suya. Sotelo le daba la mano a su hijo parapléjico, una señal de afecto que demostraba por primera vez en el retiro. Acosta recordó el impulso de ilusión que sintió al lanzarse de la barra para ir a la caza de aquella chica de blusa blanca que bailaba su propia canción en Bokó, con el filo de luz que la mostraba y escondía. A Gordon le vinieron a la mente, como un flash, una nostalgia efímera pero potente, los carnavales de los clubes de zona norte, un pasado que pensaba que jamás regresaría, de ningún modo regresaría, o al menos así lo creía mientras miraba a Carrizo y Ledesma con sus mujeres, y volvió a sentir tristeza.

A la semana de camping Acosta le avisó que se iba, con un auto o sin un auto, no le importaba. La comedia de los ladrones lo había aburrido. Tenía la certeza de que había sido Amaya el que los había delatado. Lo había soñado la noche anterior y esas cosas no se sueñan por nada, le dijo. Estaba fijo con esa idea, no se la podía sacar de la cabeza. Quería ir a su local y vengarse.

La partida de Acosta implicaba, para Gordon, poner en riesgo el plan del documento. Era claro que en la quietud del camping Carrizo, que no había tenido conversaciones personales con ellos, ni había preguntado nada (solo había formado pareja de truco con Gordon), los estaba estudiando. Para eso los había sumado al retiro. No tenía dudas. Sacar el tema del documento denotaría ansiedad, no debían

precipitarse. Hay que jugar el juego de El Señor, no nos queda otra, le explicó a Acosta.

Algunos días después, de madrugada, un poco a los tumbos, llegaron El Loco Giudissi y Raúl El Marciano. Como el camping no tenía luces, rozaron un árbol y el raspón quedó marcado en las dos puertas del Torino, como si se hubiera agregado otra línea, más delgada, a la que ya tenía. La estadía se animó un poco más porque a El Loco le gustaba el deporte y trajo una pelota de vóley, pero sobre todo porque era un tipo joven y desenvuelto, le sobraban historias. Tenía un mundo dentro suyo y le ocurrían cosas disparatadas, o quizá fuera su manera de contarlas, quién sabe, aunque nadie las creía. Lo cierto es que con su presencia se alargaron las cenas casi hasta la medianoche e incluso más, si alguno acompañaba a El Loco al bar del pueblo. Giudissi, en su faceta pública, era viajante de comercio. Vendía juguetes. Cargaba las bolsas que compraba a un mayorista del Once y salía a la ruta con su Estanciera. Tenía clientes fijos en distintas provincias y viajaba lejos, al punto que desaparecía por una o dos semanas y debía avisarle a Guazzoli que no le asignara ningún robo hasta que regresara.

El nuevo cuento que trajo El Loco al retiro era que había conseguido balas de 9mm de la Prefectura. Se las daba un marinero. Nadie le creyó, era obvio. Pero El Loco no detuvo su relato. Al contrario, era lo que más lo motivaba a seguir, que pensaran que mentía cuando decía la verdad. Contó que hacía unos meses había parado en un bar almacén de Tigre a tomar algo, cerca de Carupá, y le gustó el lugar, y preguntó a un muchacho si conocía alguna pieza para alquilar por el barrio, porque Carrizo siempre pedía que

tuvieran piezas a mano, y el vago este lo mandó a lo de su suegro. Y cuestión que por poquísimo dinero, setenta pesos ley de la nueva moneda, le dieron un cuarto en la calle Ona. No estaba mal. Después El Loco volvió a las pocas semanas, dejaba algunas bolsas de juguetes, se bañaba, descansaba, salía a robar o seguía de viaje, y siempre que pasaba por el bar encontraba al muchacho. Le dijo que era marinero. Jugaban al pool y hablaban de cualquier cosa, y como un día lo vio con un arma, le preguntó si le podía conseguir cartuchos de 9mm, le servían para cazar, cazaba en Corrientes, Chaco, y el marinero no le prometió nada, pero iba a averiguar en la Prefectura. Trabajaba en la Agrupación de Seguridad, en el Bajo, Cangallo 50. Al tiempo, quince días a lo mucho, lo volvió a ver y el marinero consiguió una caja con 50 proyectiles, costaban 20 pesos ley, cuarenta centavos cada uno, y se la dio. Que le pagara cuando pudiera. Y El Loco contó que en otro viaje preguntó si por casualidad no le podría conseguir un cargador de 9mm. Y ahí uno estalló de risa: ¿hasta dónde iba a seguir El Loco con el cuento este? Basta, Loco, dijo, ya es tarde, me voy a dormir. El Loco dijo ¡esperá! y fue para el Torino, lo perdieron de vista. Hubo segundos de silencio, de leve inquietud, la tribuna se desarmaba, y enseguida volvió El Loco de la oscuridad con un puño cerrado que abrió como una flor sobre la mesa. Apareció la cajita de cartón soñada: Fábrica Militar de Cartuchos San Francisco, 50 cartuchos calibre 9mm Industria Argentina. Tal cual. Y la abrió despacio, como en una celebración, y aparecieron los proyectiles de la nueve. Ahí estaban. Caja completa. Uno tiró un manotazo para verlos, pero Giudissi lo esquivó, sacó el trofeo de la caja, lo mostró y lo guardó. ¿Y por qué el marinero te da esto?, preguntó otro, curioso, o más que curioso, jodido. Es por

plata, solo por plata, respondió otro, entre risas, letal, una ironía filosa como el borde de una plancha de acero. Y Lito, con las puertas abiertas de la brutalidad, lo explicó con un gesto: agitó el puño de costado a la altura del pecho, hacia atrás y adelante. Bomba. Porque le da bomba. El marinero a El Loco o El Loco al marinero. O uno por vez, vuelta y vuelta.

Para El Loco fue demoledor. Ya venía con la cabeza quemada, como cada vez que iba a Corrientes, porque cogía con su prima que estaba casada, y su matrimonio le dolía en el alma, pero seguían cogiendo de igual modo, haciendo malabares, pero lo que le rompía la cabeza al Loco, en verdad, o mucho más todavía, era ese chiquito, el hijo de ella. Creía que era hijo suyo. Su prima se lo negó mil veces pero él quería verificarlo. Y entonces viajaba a Corrientes a mirar al chico para detectar si había alguna expresión, una mueca, algo que le resultara propio, que le sonara a él mismo. Y ese gesto de bomba que hizo Lito con el puño le hizo ver en Lito al marido de su prima, o la propia cruz que arrastraba, el tormento que lo perseguía reducido a un gesto, y se abalanzó para darle un golpe con las balas en el puño, y si hubiese tenido la nueve se la habría descargado, seguro, sentía toda la violencia del mundo en ese instante. Pero no pudo. Carrizo, que tenía la mano más pesada que la de Monzón, lo golpeó en la mandíbula, de costado, y lo tiró al suelo.

A la mañana siguiente no hubo palabras. El Señor amaneció temprano y tomó mate solo. Parecía que nadie tuviera ganas de salir de las carpas. Después voceó que levantarían campamento, que prepararan sus cosas, se irían pronto. Como si las desgracias de la noche anterior se hubiesen suscitado por la maldición de la tierra indígena que los había albergado, ese camping de mierda, en una

palabra. Dejaron a Sotelo y a su hijo en su casa de Machagai, chau, saludos, espero tus cartas, y siguieron viaje hasta Goya, Corrientes. María y Ana se hospedaron en dos habitaciones separadas de un hotel del centro y el grupo se instaló en el quincho de un restaurante sobre la costanera, a orillas del Paraná. No había clientes. Si querían almorzar ya era tarde. Si llegaban para cenar eran los primeros. Ahí estaban los siete ladrones, acomodados en una larga mesa: Lito, Giudissi, El Marciano, Totó, Gordon, Acosta y, en la cabecera, El Señor.

Antes de empezar la reunión, Carrizo preguntó si alguno tenía un comentario sobre lo que había sucedido ayer. Lito y El Loco bajaron la cabeza. El resto se mantuvo en silencio, no es asunto nuestro. Carrizo prosiguió. Preguntó qué habían traído y Totó puso sobre la mesa sus anotaciones. Tenía una casa en San Nicolás 3169, Villa Devoto, la conocía porque había ido con su hermano, que era técnico en aire acondicionado, y vio cosas de valor. Carrizo anotó en su libreta. Totó también tenía una fábrica de pastas en la avenida Gaona, Haedo, y una concesionaria Citroën, sobre la misma avenida, un poco antes, en Ciudadela. Raúl El Marciano presentó un aserradero en avenida Provincias Unidas, San Justo, y una concesionaria Ford en la misma localidad. Le parecían blancos accesibles, solo debía precisar el día exacto del pago de sueldos. También ofreció la agencia Chevrolet Sauma, en Beccar. Carrizo sonrió porque una vez, en esa agencia, había comprado un auto. Le pareció buena idea, una manera de reclamar la devolución del dinero. Giudissi había anotado el club Comunicaciones, San Martín y Tinogasta. Lo conocía porque durante un tiempo, no hacía mucho, había jugado al básquet. Sabía que a la tesorería llegaban los

cobradores con la recaudación de las cuotas de los socios. Como era un objetivo poco común, la seguridad era casi inexistente. Giudissi también tenía en estudio un laboratorio en Alsina casi esquina Pichincha, en la zona del Congreso. En ese momento llegó el mozo estirándose la chaqueta para levantar los pedidos. Carrizo dijo que lo llamarían en un rato, tenían que seguir conversando, y le preguntó a Giudissi si el laboratorio tenía sistema de alarma antirrobo. El Loco no sabía. Mejor ser precavido, dijo Carrizo, y anotó entre paréntesis "Guazzoli". Luego le encargaría la inspección. Gordon ofreció una agencia de autos en la avenida Maipú al 3800, Olivos. Era un robo clásico pero efectivo. Conocía el movimiento de las agencias, no tienen seguridad propia, los vendedores no ofrecen resistencia, y retienen el dinero en la caja fuerte hasta pasado al mediodía. Lo llevan todo junto casi sobre el horario de cierre de los bancos. Propuso también volver a robar Rombo Norte. La primera excursión había dejado buenos dividendos y en la agencia no esperarían otro golpe de inmediato. Carrizo anotó y giró la cabeza hacia Acosta. Era la primera vez que lo miraba a los ojos durante el viaje, y Acosta, que no había pensado nada, porque no era un delincuente, o no se sentía un delincuente, robaba para acompañar la situación, ofreció un comercio de antigüedades en Morón, cerca del centro, que tenía objetos caros y buena plata en la caja fuerte. Lo de Amaya, resumió, aunque nadie sabía quién era Amaya. A Carrizo no le pareció un mal dato, solo lo desconcertó que Gordon frunciera el ceño. Preguntó qué pasa, si tenía algo que decir lo dijera. Vamos a ser los primeros sospechados, previno Gordon. El jefe esperó que siguiera. Amaya robó con nosotros en una oportunidad, empezó a explicar, y Carrizo

cerró el tema. A un ladrón no se le roba. Tenemos códigos, dijo, sin mirar a Acosta. La frase sonó como un latigazo en la mesa.

Como era su costumbre en las reuniones de datos, que cada tanto se realizaban en la gomería, Carrizo transmitió al final sus dos objetivos. Siempre eran los más apreciados y tenían su valor agregado, la inteligencia previa. El primero era un pagador de la Marina que Guazzoli venía observando. Retiraba el dinero de un banco de Humberto Primo y Perú y lo llevaba en un portafolio hasta el Centro Naval. El pagador andaba solo en un Fiat 1600 blanco. El segundo era una importadora de relojes en el barrio de Once. El dato también lo había obtenido Guazzoli, a quien Carrizo nombraba como a una mente superior, el cerebro oculto de la banda, y para el resto era el empleado fantasma de una mensajería, nadie lo había visto. El que batió la importadora era un hombre de 50 años, señorial, entrecano, usaba traje Príncipe de Gales color marrón, cadena de oro. También vendía relojes y alhajas. Se movía por el centro con valija tipo diplomática. Era del rubro. Ya se había encontrado con Guazzoli en un bar, dijo Carrizo, y le dibujó el plano del local. Le aseguró que habría, mínimo, 60 millones de pesos viejos en relojes. Como mínimo, recalcó. Era la importadora de relojes más importante del país. Los joyeros de la calle Libertad hacían cola desde las siete de la mañana para comprar los últimos modelos. Guazzoli lo corroboró. El dato cerró la reunión.

Carrizo, como se esperaba, hizo un discurso breve en el que resaltó el valor del trabajo en equipo y reiteró los consejos de siempre, que fueran disciplinados, se acostaran y levantaran temprano, no salieran de noche aunque al día siguiente no hubiera robos, no se doparan —y lo miró a Giudissi, y Giudissi lo miró a Lito

—, y nunca se visitaran en sus domicilios particulares, solo en aguantaderos o lugares públicos. Dijo también que confiaba en ellos, los sentía como su segunda familia, y como no le gustaba trabajar con rencores, sino en plena armonía, pidió a los dos que se habían peleado anoche que se abrazaran. Lito y El Loco se miraron para ver quién se levantaba primero, y con un poco de vergüenza, como si entregaran parte de su orgullo, se dieron la mano, un saludo corto, de ocasión, que alcanzó para cumplir con el deseo de El Señor. Suficiente. Después Carrizo mostró dos documentos. Uno a nombre de Juan Carlos Rocatagliata, un hombre que tendría la misma edad que Gordon, domiciliado en Coronel Vidal, cerca de Mar del Plata. En la foto se le parecía bastante. Se lo entregó al nuevo portador. Gordon se lo agradeció. En forma mecánica, hizo pasar de mano en mano el documento de un tal Bernárdez. Acosta lo recibió con el mismo desprecio con el que le fue entregado. Carrizo no le caía bien, más aún, le caía muy mal, y tampoco sentía afinidad con ninguno de los delincuentes de la mesa. Con el único que se había encariñado durante el viaje fue con el cuadripléjico. Y si estaba allí era porque los acontecimientos lo habían llevado, o por El Gordo Amaya, para decirlo más claramente. Ahora era oficial: Gordon y Acosta eran dos nuevos integrantes de la banda.

Esa noche estrenaron sin contratiempos la nueva identidad en el Hotel de Turismo de Goya. Los jueces y los policías podrían seguir sus rastros, pero ya eran otros. A la mañana siguiente salieron todos para Buenos Aires. Volvían con la mística renovada y la incertidumbre de siempre, pero con la infinita alegría de estar libres, de sentirse vivos. La infinita alegría de volver a robar.

20

Totó

Durante la convivencia en el retiro Gordon y Totó Ledesma se hablaron poco, pero en Buenos Aires, después del asalto en el aserradero Monroe, en San Justo, se sintieron a gusto y se acercaron mucho más.

Gordon representaba la posibilidad de algo nuevo para Toto: la vida mundana. Vestirse bien, dormir en habitaciones calefaccionadas de hoteles, sentirse respetado por el vendedor de una tienda de ropa, eran cosas que nunca había vivido. Gordon le demostraba que haciendo lo mismo, o con pequeños cambios, se podía estar mejor.

Con El Señor no se lo hubiera permitido.

Totó estimaba a Carrizo, claro. Antes de sumarse a su banda, andando solo, había pagado cara su breve incursión en el delito. Una condena en suspenso por tentativa de robo y otra por robo (sentencia doctor Silva Pelossi) lo sometieron a seis años de cárcel, tres en Devoto, tres en Olmos. Seis años adentro por los dos únicos robos de su vida. Se golpeaba contra la reja cuando lo pensaba.

Apenas salió en libertad, su hermano, que era menor que él, trató de encauzarlo. Totó ya era un hombre grande, y aunque leía y

escribía con facilidad y aprendió a tocar el acordeón solo, de puro aburrido, no tenía preparación, y su personalidad era frágil como un castillo de naipes. Su hermano se preocupó por alejarlo del delito. Fue su meta. Pagó un curso en el colegio Otto Krause para que se formara como técnico en refrigeración y aire acondicionado, que era su oficio. Y mientras Totó estudiaba, lo ayudaba con las instalaciones en casas y oficinas. Estuvo lejos de aprobar los exámenes finales, no valía la pena insistir, pero dos años después de salir de prisión parecía establecido, con una rutina ordenada, sin ideas raras, lejos de cualquier malandra. Había vuelto a vivir con su esposa, Ana, en una casa alquilada en Cuenca al fondo, casi al borde de la avenida General Paz, llevaba a su hijo al colegio; al fin, un hombre responsable, decente. Pero aquella convivencia con Carrizo en Olmos había trazado una huella, y cuando volvió a encontrarlo se abrió un pasado que nunca se había cerrado del todo. Carrizo le propuso trabajar de chofer. Solo algunos días, podría seguir ayudando a su hermano, no habría problemas. Era el momento de los orígenes de la banda, o, mejor dicho, la segunda temporada de Carrizo en el delito, más enfocado en el perfeccionamiento, la construcción de los mecanismos adecuados. Quería dar pasos seguros para que nadie cayera. Entonces solo lo acompañaban Lito y Sotelo, después llegaría El Loco Giudissi.

Carrizo le ofreció el diez por ciento del botín por cada traslado. Totó debía presentarse en una esquina de la Capital y luego quedaba al volante en la zona de operaciones. Era una espera tensa, de quince o veinte minutos. Incluso los maleantes podrían retirarse con un auto que levantaban durante la fuga. Pero lo usual era que volvieran corriendo, o en otro auto que abandonaban, y se metieran

con las armas, el bolso y la cabeza volada, dale, dale, acelerá, y Totó los iba sacando del peligro y veía por el espejo cómo sus rostros se recomponían, gritaban y se reían.

Desde aquella oferta de Carrizo, Totó llevaba en la primera línea de fuego treinta o cuarenta robos, ya no podía diferenciarlos, registrarlos mentalmente, eran ráfagas, imágenes que se le cruzaban, un corralón, una casa, una fábrica, y siempre salió intacto, sin un rasguño. Se lo debía a El Señor. Había sido un antes y un después en su vida. Le había enseñado a trabajar.

Pero el trato no le gustaba. Carrizo era áspero, rígido. Totó trabajaba tenso, expuesto a la sanción, al maltrato verbal o físico si no se hacía exactamente lo que él pedía. Aunque esa violencia también escondía una forma de afecto, intentaba convencerse, porque la exigencia era una manera de protegerlos, de cuidarlos a todos. Pero Totó necesitaba gestos que podrían parecer banales entre delincuentes. Una palmada en la espalda antes de soltarlo en cualquier calle, sin que importara si estaba cerca o lejos de una parada de colectivo, o una simple despedida: buen trabajo, Totó.

No hubiera sobrado. Seguro que no.

Después del regreso a Buenos Aires los robos fueron sucediendo sin contratiempos, la banda funcionaba, una maquinita perfecta, un relojito recién salido de fábrica. Ninguna persecución, ningún herido, ningún pleito interno. Hubo golpes muy festejados, como el de la maderera Fablomad, casi sobre el río Lujan, en Tigre. Ese día embolsaron cuatro millones de pesos viejos y, cuando se dispersaban, a Gordon se le ocurrió invitar a Totó al hotel Argentino, donde se hospedaba esa semana. Totó se registró con su propio apellido, Ledesma, y apenas descalzó sus zapatillas Flecha sintió el

mullido de la alfombra, tocó la sábana, suave como la piel de un bebé, y se quedó bajo la ducha caliente durante media hora. Se sintió aliviado, como si llegara el final de una larga cacería. Caída la noche fumaron en el balcón. Aunque Totó no fumaba, valía la ocasión. Nunca había visto el Obelisco desde arriba, las luces del Boulevard 9 de Julio que se perdían en leve pendiente hacia el río, las copas de los árboles en línea, una ciudad desconocida, que no había imaginado. Al rato salieron a cenar, sin horarios, mañana no se trabaja. Siempre se dejaba una pausa de tres o cuatro días entre robo y robo. Solo había que llamar a Guazzoli, la llamada de control, por si sonaba una alarma, algún imprevisto.

Al día siguiente se despertaron y desayunaron en el lobby del hotel, desayuno continental, con las cazuelas de frutas en la mesada, mezclados con gente elegante, quizá empresarios cerrando negocios, abogados reunidos con sus secretarias o amantes, pensaba Totó, y sintió que no le correspondía estar allí. Su pantalón, descolorido, tenía una costura abierta, se veía; su camiseta blanca tapada por un pulóver de lana tejido con punto grueso, escote en V, recubierto de pelotitas. Toda su figura denotaba desnudez, precariedad. Se sintió un intruso, invitado al hotel por la misericordia de un benefactor, una presencia molesta. En la habitación, Gordon le pidió que lo acompañara a comprar ropa. Totó entendió el mensaje. Tomó un fajo de su dinero y fueron a Mr. Sakkos, una tienda selecta del Bajo porteño. Gordon eligió un ambo Príncipe de Gales a rayas, discreto. Pagó 500 pesos. Y en el mostrador sumó un llavero de plata, un detalle, una pieza de boutique. Totó se probó un Yves Saint Laurent celeste claro, liso, pinzado, con una camisa a tono, recomendación del vendedor, y luego un suéter bremer azul de lana

británica sintética con cuello redondo. También se calzó un par de zapatos, tomó pares de medias con rombos, calzoncillos, lo que veía lo probaba y lo llevaba, y salió del local de estreno, listo para un casamiento. El resto de la ropa nueva la guardó en una bolsa exquisita de cartón duro, y en otra colocó la vieja, sus propios residuos. Este traje te queda pintado, Totó, lo felicitó Gordon para darle confianza y que sintiera que merecía ese disfraz. Mirá, le explicó, para ser un buen delincuente estar bien vestido es una obligación, la gente te cree, supone que te va bien y baja la guardia. Pueden imaginar cualquier cosa sobre vos, menos que les vas a robar. Nuestro trabajo es el arte de la elegancia. Totó se rio, y se perdieron por la peatonal de los cines.

Después Gordon empezó a calentarle la cabeza con el tema del auto; propuso asociarse en la compra de un Torino. Totó tenía un Peugeot 404 que ya ni convenía arreglar. Estaba abandonado en Pompeya, en la puerta de su nueva casa, cerca del Riachuelo. Su hermano le había prestado algo de dinero para que pudiera retirarlo de la agencia, y ahora, además del préstamo, Totó debía una catarata de cuotas indexadas. Ya prefería alejarse de su hermano, le rechazaba trabajos. Decía que le estaban saliendo changas, gracias por todo. Cambió la rutina: los encuentros en La Rueda Loca, la gomería o el bar de Roca y Centenera, entrar con el arma en la mano donde tocara, la noche en hoteles, las conversaciones con Gordon. Su hermano no sabía que había vuelto a robar y Carrizo tampoco estaba al tanto de los cambios en su vida. Giudissi sí. No se le escapó la novedad. Paró la oreja tras un reparto, lo corrió con dos preguntas y una noche apareció a la hora de la cena en el box de Edelweiss que Gordon había reservado. Brindaron los tres apenas les

descorcharon el vino. Si nos viera El Señor acá, se reía El Loco, zambullido en la mejor de sus travesuras, joderlo a Carrizo. Totó desparramaba sus ojos en cada mesa del restaurante. Le había parecido reconocer a un artista de la farándula y buscaba a otro para confirmarlo, porque los actores nunca estaban solos en las fotos de las revistas de chismes que compraba su mujer, ni se juntaban con desconocidos.

Esa noche se habló de Raúl, hacía dos robos que no aparecía. El Loco contó, como infidencia, que Carrizo lo había suspendido. Raúl se había llevado un frasquito con droga, aparentemente morfina, en el robo a la farmacia de la calle Villate y se habían inyectado con Lito en la gomería. Posta. Carrizo encontró jeringas tiradas y saltó de furia, no lo soportó. No quería gente dopada cerca suyo. Lito zafó porque es un chupamedias, se desató El Loco, pero El Marciano no. La sanción, creía, sin embargo, sería por poco tiempo. No se equivocaba Giudissi. Raúl era arrojado y confiable, una pieza importante en el engranaje. Carrizo le delegaba más responsabilidades que al resto en los asaltos, y Raúl cumplía. Además ofrecía un espacio para la distribución de dividendos. A nadie le servía que quedara afuera. Gordon les sirvió otra copa y pidió reserva de todo lo que se hablaba en la mesa, y frente a Carrizo, hacer el trabajo y nada más, lo justo y necesario, sin comentarios personales. Muzzarella, resumió. Volvieron a levantar la copa, pero ahora como un juramento, la fundación de la cofradía, el rito inicial de la logia de Edelweiss. Por El Inteligente, agregó Ledesma. La frase descolocó a Gordon. Lo remitió a su juventud, los tiempos en que robaba autos y lo llamaban El Exquisito o El Profesor, la ratificación de su liderazgo. Ahora empezaba a sentirse el jefe

espiritual de una banda nueva, el *bon vivant*, el hombre comprensivo y astuto que recogía heridos por el maltrato de Carrizo.

Para entonces ya se había mudado al Salles, del otro lado del Boulevard, sobre Cerrito, el segundo alojamiento de una larga cadena de hoteles del centro porteño que habitaría como prófugo, a la vista de todos. Había pasado más de un mes desde que la televisión mostró su cara. Lo buscaba el juez Sotelo con su fuerza auxiliar, la Brigada de San Martín. El juez Migliaro de San Nicolás se había sumado a la caza por el robo en Arroyo Dulce, luego de que verificara la similitud de rasgos del identikit con su foto y recibiera el demoledor informe de Tejo con sus antecedentes. La última novedad provenía de Rombo Norte. El gerente denunció a Gordon como ideólogo del asalto cuando vio en el diario su foto al lado de la de Acosta, al que reconoció como uno de los atracadores. Afirmó que su excliente habría facilitado los datos, el nombre de la empleada y la ubicación de la caja fuerte en la agencia.

Gordon se mantenía impávido, lejos de expedientes, partes policiales, pedidos de captura. Andaba de traje, con buenos modales, y seguía robando. Para el resto del mundo no era Gordon. Era Juan Carlos Rocatagliata, un ciudadano que perdió su documento, o se lo habían robado.

El hotel Salles no tenía cochera propia como el Argentino. Gordon guardaba la pick up Ford bicolor en el estacionamiento de Cangallo 1170, al lado del club GEBA. Un vehículo incómodo para moverse en la ciudad, pero era el que le había quedado. Acosta se había adueñado del Valiant en una transacción informal, su parte por el asalto a Rombo Norte. Ahora había quedado afuera del club de ladrones, Acosta. Al final, Carrizo avisó que no lo quería. No lo había

dicho antes por delicadeza. Lo vio raro (iba a decir puto, pero no hacía falta, se entendía). En una palabra, le dijo a Gordon, no me gustó, vos podés quedarte, tu amigo no, que agradezca que se llevó un documento. Gordon le pidió paciencia a Acosta, creía que podría hacer cambiar de opinión a El Señor. Pero a Acosta no le importó. Quería conectarse otra vez con los sindicatos, roscas, mensajes, aprietes, lo que le ordenaran hacer. Volver a ser el muchacho de los que siempre faltan, despierto, valiente, listo para la lucha. Era el momento histórico. El peronismo les amargaba la vida a los militares, la muchachada rugía en las calles, algunos con fierros, otros con banderas, o con fierros y banderas, nadie parecía un león herbívoro. Pero el regreso de Acosta a la vida pública, por llamarlo de algún modo, no resultaría sencillo. Su paso por la delincuencia le había dejado una marca judicial, que no era la cárcel, ese accidente lo enaltecía. Era su carta de presentación. Ahora era un simple delincuente común. Y prófugo. Suponía, amargamente, que Amaya, la referencia ineludible que lo unía a su vida anterior, lo había delatado. Y si todavía no lo había hecho, lo haría apenas lo viera, para sacárselo de encima, borrar su propio paso por Arroyo Dulce, con las manos temblorosas reteniendo a los rehenes. No. El Gordo no le facilitaría su regreso. No, no, equivocado, esa vocecita le retumbaba en los tímpanos todavía. Lo había usado y ahora lo dejaba en la calle como a un forro. Le hervía la cabeza a Acosta mientras pulía sillas y cascos en la tranquilidad del taller de Chiche.

Totó aceptó la propuesta de Gordon. El Torino lo pagarían y usarían entre los dos, la titularidad del vehículo quedaría a su nombre. Era un buen acuerdo. Se lo ocultaría a su hermano y a los vecinos: lo estacionaria a cinco o seis cuadras de su casa para evitar

comentarios. Una mañana de octubre de 1971 se presentaron en Donati Hermanos, la agencia Ika Renault de Libertador al 800, en Retiro. Un lugar paquete. Se respiraba dinero apenas se ponía un pie. El de Donati era el único punto de venta en Capital del Andino GT, el deportivo de Renault, que en la práctica era un Gordini, la misma mecánica, inspirado en el diseño de un Alfa Romeo. El Andino había entusiasmado a Juan Manuel Fangio. Cuando los dos delincuentes entraron al salón, de riguroso traje, la foto del quíntuple en el habitáculo de la joyita lucía ampliada en una pared. Totó estaba con la valija metálica Primicia, pero sin el .38: traía plata cash, nada de cheques, pagarés, documentos a vencer ni papeles de pobre. Gordon se distrajo con el Comahue Lutteral, lo miró con nostalgia. El suyo ahora estaba abandonado en el depósito de la Brigada de San Martín. Conversaron un rato con el vendedor y eligieron. Es decir, los mejores clientes, los que deciden rápido, pagan, firman y se van con el chiche. Se llevaron un Torino verde modelo 67 en excelente estado. Después Totó lo pintó de blanco por algún motivo. La sociedad estrenó la unidad con un almuerzo social en la casa de Teresita, en Olivos. Gordon había vuelto a las escondidas para visitarla por las noches, como un lobo, y luego regresaba al hotel antes de que amaneciera. Después, quizá por los mismos efectos que le generaba la falta del hogar familiar que acababa de perder tras doce años de matrimonio o por la necesidad de crear otro; quizá por las imágenes de aquella noche en que las mujeres de los delincuentes bailaban con sus parejas sin importarles nada, y los aceptaban y amaban tal como eran; o quizá movido por un interés particular de Teresita, o porque él quiso presentarle a una pareja amiga, o quizá por ninguno de estos argumentos, lo cierto es

que un sábado Totó y su esposa Ana fueron invitados a almorzar al departamento de la avenida Maipú. También llegaron Caldenes y Noemí, la pareja uruguaya que los había unido, que en cada evento social en el que participaban traían lo prohibido, whisky y cigarrillos importados para regalar o vender. Las mujeres amasaron ravioles. Tres mujeres que sin conocerse empiezan la lenta tarea de confraternizar con pequeños gestos de cocina, comentarios amables en busca de un acercamiento, con ganas de pasarla bien, sin ahondar en detalles, apenas alguna palabra suelta para completar sobreentendidos sobre el mundo de sus parejas. El mundo de los tres delincuentes, sentados en la pequeña terraza del departamento de Teresita, con vista a los edificios bajos del norte del conurbano, era más nítido, más descarnado. Mientras degustaban whisky, Gordon soltó una locura. Nunca podrá saberse si se le ocurrió en el momento, impulsado por una ilusión maníaca, o si la tertulia había sido la excusa para ocultar la intención verdadera que ahora transmitía a Caldenes y a Ledesma. A pocas cuadras, no más de diez, sobre la misma avenida Maipú, había una agencia de autos que podrían robar cuando terminaran de comer. Caldenes se sorprendió, pero no pareció asustarse. Gordon le propuso que se acercara hasta el objetivo con su Citroën y esperara; quedaría como alternativa para la fuga si algo fallaba. Ellos usarían el Torino que en la práctica estaba a cargo de Totó. Sería el primer robo fuera de la órbita de Carrizo, el acto fundacional de la nueva sociedad. A Ledesma le entusiasmó la idea, ponía en hechos algo que rondaba en su cabeza: trabajar con más libertad, casi en un plano de igualdad, o con un jefe más cercano en todo caso. El atraco sería rápido. Gordon recomendó almorzar liviano, él avisaría cuándo debían levantarse y

salir. Al momento del llamado a la mesa, cerraron los detalles finales, bajaron y se sentaron. La conversación transcurrió amable, como resulta en parejas que están bien, o tienen ganas de estar bien; se habló de la vida en Uruguay, de los ravioles, que estaban deliciosos, y luego los hombres, que por momentos parecían con la cabeza en otra parte, tomaron café y rechazaron el postre que había preparado Noemí. Gordon fue al ropero de la habitación, tomó la nueve, volvió y dijo que tenían que hacer algo; en un rato estarían de vuelta. Las mujeres aceptaron la salida con naturalidad, con un suave manto de silencio, una mirada hacia abajo. Teresita pidió que volvieran pronto, les guardarían el postre; lo dijo con sentido maternal, de cuidado. Volvemos pronto, prometieron los hombres, como si se encaminaran al frente de combate. No eran más de las tres de la tarde. Subieron a los autos y avanzaron por la avenida Maipú.

21
Buenos muchachos

Todo estaba funcionado más o menos bien hasta un rato antes de la medianoche del 11 de octubre, cuando El Loco Giudissi se presentó en el hall del hotel Reina, donde Gordon y Totó acababan de alojarse. El conserje llamó a la habitación. Anunció la visita y ofreció derivarlo a una single si se quedaba a dormir. Gordon le aseguró que no hacía falta, en pocos minutos se retiraría. El Loco subió al sexto piso por el viejo ascensor del hotel.

Habían pasado dos días desde el asalto a la agencia de la avenida Maipú. La expedición redituó más de lo que esperaban; un millón y medio de pesos moneda nacional repartido entre tres y un automóvil. Gordon guardó su toco completo en el ropero de Teresita, quizá como acto de aceptación y buena fe, el preludio o, aún más, el ensayo para una vida en común. Las mujeres, con medias palabras y algún silencio denso (al fin y al cabo, las tres intuyeron adónde habían ido sus parejas y el clima de triunfo con que fueron recibidos al regresar lo ratificaba), se auguraron un pronto reencuentro, quizá en el hotel San Rafael de Punta del Este, rieron, podemos ir al casino, ¿por qué no? Gordon, como ideólogo del plan, o como jefe, o por lo que fuere, se había llevado el Torino gris por afuera del

reparto, su cosecha personal, y lo guardó en el estacionamiento subterráneo del Boulevard con la patente cambiada.

La nueva sociedad corría con ventaja: había incorporado valor afectivo. Las parejas se conocieron, se agradaron. Teresita, que empezaba a sentirse una señora otra vez y dejaba atrás a esa joven desdichada por la tragedia, incluso le abrió a Ana las puertas de su casa. Podría visitarla y quedarse a dormir cuando quisiera. Teresita aspiraba a un hogar estable, con cenas, vacaciones en parejas: un mundo social, en una palabra. Ana quería vivir mejor: la casa arreglada, la plata a mano, darse algunos gustos. Era simple y directa. Tampoco era tonta: se daba cuenta de que Gordon había despertado alguna chispa mágica en su marido, que ahora se fijaba en la ropa que usaba y traía dinero y auto nuevo con la velocidad de un Fórmula 1. Estaba más sereno, Totó, con menos presiones. El cambio valía la pena, y aunque algunos días, o varios días, faltaba a la casa, a ella no le preocupaba si él estaba bien. Si los dos estaban bien.

El rápido apego de Ana con Teresita era parte de una trama que, tarde o temprano, para Totó implicaba unirse a Gordon y romper con Carrizo, una decisión que preveía luminosa y terrible, el dilema de abandonar la seguridad de la empresa y lanzarse a la aventura de una pequeña sociedad todavía inestable, sin desestimar, entre otros riesgos, la posibilidad de que El Señor, ante el súbito desprecio de Ledesma por quien, digámoslo así, le había dado de comer, ejecutara una venganza.

Totó estaba en un tiempo de exploración, con la miel en el paladar. Había jugado por la libre y había ganado. En adelante, lo que fueran a hacer él y Gordon, lo harían juntos. Podrían irse de la

banda de Carrizo, desaparecer sin avisar, o romper desde adentro, tras un robo, con un golpe letal, y podrían también quedarse con la estructura, sus hombres, su aparato de inteligencia (Guazzoli), su administrador legal (Haedo), alguna de sus cuevas; es decir, la toma de la Bastilla. Y nadie podría imaginar un 14 de Julio sin un baño de sangre; también tendrían que liquidar a Lito, uno estaba unido al otro. Mientras tanto, como dos monjas en un convento, Gordon y Totó esperaban el mensaje de El Señor. Se habían reportado a la mañana con Guazzoli, cada uno por su parte, y nada, sin novedades. Demasiado extraño. Hacía más de una semana que no pasaba robos. ¿Se habría enterado del atraco en la agencia? ¿Y si acaso Carrizo sospechaba lo que ellos, oscuramente, tramaban, aun sin ponerlo en palabras? Estaban con la mente corroída por la inquietud, impacientes, pero no la pasaban mal. El fantasma Carrizo no se manifestaba más que en algún comentario filoso, acá tendría que venir El Señor para que nos bendiga y nos saque de esta neblina, invocó Totó en el baño turco del Castelar, donde transitaron la tarde, o por alguna mención del pasado en la cárcel mientras se deleitaban con una paella y un tinto en El Globo, al que llegaron relajados, casi sin poder mover las piernas, tras la sesión de masajes en el hotel.

Supusieron que El Loco, con una irrupción muy propia de El Loco (sin avisar, al filo de la medianoche), aportaría noticias. Lo recibieron en el balcón. Apenas saludó, Giudissi se apoyó sobre la baranda y movió el cuello lento para recorrer con los ojos desde la Casa de Gobierno hasta el Congreso de la Nación, como si descubriera los bordes de la Tierra. Era una noche porteña amigable, ni siquiera la leve brisa podía arruinarla. Parecía contento. Acababa de comprar un disco de Los Beatles en la avenida Corrientes. Les preguntó qué

hacían. Nada, respondió Totó con los pies sobre una silla. Ya estamos sin pilas. Se estaban por ir a dormir. A la espera de lo que anuncie El Señor, agregó, para introducir el tema. El Loco sonrió. Él tampoco tenía novedades, venía a buscarlas, pero algo sospechaba. El fin de semana se había juntado con El Marciano para jugar al bowling en Munro y, aunque él ya estaba afuera por lo de la droga (ni siquiera había llamado a Guazzoli), suponía que Carrizo estaba craneando algo, no sabía qué, pero nunca los había colgado a todos durante tanto tiempo.

—El líder ausente —afirmó Gordon, al pasar.

El Loco puso la mirada en una habitación oscura del hotel Castelar.

—Acá están pasando cosas raras —murmuró.

Gordon le convidó un cigarrillo. Giudissi tomó uno y se quedó con el paquete. Había pocos. Tengo que acumular, ando pobre, explicó con una mueca sin gracia. Después Gordon fue al baño, la falta de información le hizo perder interés en la visita. El Loco aprovechó la oportunidad, se sintió más libre para hablar con Totó. Le dijo que le habían robado la Estanciera.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No sé, hoy. La dejé en la puerta anoche y a la mañana no estaba.

—Pero ¿quién te la chafó?, ¿el dueño de la pieza? Fue algún vuelto, seguro.

—No sé. Ni idea. Te juro que siento que me robaron el alma, Totó.

Después, como en una confesión, afirmó:

—La verdad es que vine a pedirte una mano. Me gasté los últimos pesos en el taxi. Estoy en la lona.

—¿Un taxi desde Tigre te tomaste? Ah... vos estás loco...

El Loco parecía angustiado, real. No era chiste. Le faltaba un empujón para que le saltara una lágrima. Totó buscó en el bolsillo para ver qué encontraba. Sacó un montoncito de billetes de mil y se los dio sin contar. Giudissi, agradecido, los guardó. Pero quería otra cosa.

—Me quedó en la pieza una compra grande de juguetes y tengo varios pedidos de Santa Fe. ¿No me prestás el Torino? En una semana te lo devuelvo.

Totó se negó. El auto era el límite.

—No lo tengo acá —respondió, serio—. Además el Toro es de los dos. Le tendría que preguntar a él. Pero ¿por qué no esperás un poco y te dejás de joder? Mañana o pasado aparece Carrizo y arrancamos otra vez. Y te pones al día con la guita. Vos no quedaste en quilombos. Guazzoli te va a tener anotado.

El Loco sintió el impacto.

—Está bien.

Quedó en silencio unos segundos mirando el Castelar y se retiró. Totó lo vio encender el televisor pero la programación había terminado. Lo apagó, se tiró a la cama y hundió la cara debajo de la almohada. Se apenó por El Loco, Totó. A veces transmitía una alegría desenfrenada, buscaba un cómplice para comerse el mundo, y después aparecía devastado, meado por un perro de calle.

—¿Se fue? —preguntó Gordon al rato.

Totó estaba adormecido en el balcón. Se dio vuelta y no lo vio.

—Se habrá ido... Anda perdido, pobre. Es buen pibe —dijo, y fue a buscar el pijama que había comprado a la mañana en la Avenida de Mayo.

—Ese chico no puede con sus propios demonios. Si no los mata pronto lo van a matar a él —afirmó Gordon—. ¿Qué quería? —prosiguió.

—Dice que le robaron la Estanciera.

—Mentira...

—Parecía verdad. Y me pidió el Torino. Por supuesto le dije que no —aclaró Totó—. Uh, se olvidó el disco...

Gordon se sacó los zapatos, cerró las puertas del balcón y se desplomó vestido sobre la cama. Apagó la luz.

—A dormir. Mañana será otro día y chau pinela —dijo.

La habitación quedó a oscuras, los dos en silencio.

Enseguida, dos minutos a lo sumo, como si le hubieran tirado un baldazo de agua, se despegó del colchón, encendió la luz y abrió el primer cajón de la cómoda.

—¡¡Me cagó!! —gritó.

Giudissi se había llevado las llaves de la pick up. Totó, sobresaltado, intentaba situarse.

—Vestite —le ordenó Gordon—. Vamos a buscar a este pendejo hijo de mil putas. Ahora me va a conocer. ¡Lo voy a matar!

Estaba ciego de furia. Empezaba una madrugada frenética, de las que nunca se sabe dónde ni cómo terminan. Fueron al estacionamiento de Cangallo. Gordon simulaba tranquilidad. Preguntó al sereno dónde estaba la F100, la cochera estaba vacía. El sereno se preocupó.

—Vino un muchacho y se la llevó. Dijo que era su chofer, lo tenía que ir a buscar. Tenía la llave. ¡No me diga que era un ladrón...!

—No, no pasa nada, un malentendido nomás.

De allí, rápido, pero sin correr, fueron al subsuelo del Boulevard a sacar el Torino gris. Totó se sentía culpable. Lo seguía dos pasos atrás, como un hijo a un padre enojado. Hacía rato que había pasado la medianoche. Ya era 12 de octubre, feriado. Circulaban pocos autos. Salieron a rastrear a Giudissi por zona norte, aunque no sabían con precisión dónde dormía. Totó recordaba que había conocido al marinero en un bar de Carupá y la pieza que alquilaba estaba ahí nomás. Carupá era un pañuelo. Lo encontrarían rápido, quizá mientras cargaba los juguetes en la pick up. Gordon tenía la corazonada de que había escapado por Cabildo. Una F100 después de la medianoche por Libertador se vería rara, fija que la cana la pararía en la posta de la General Paz, debajo del puente.

El Torino gris estaba de estreno, sacaba chispas en el asfalto en busca de El Loco. Pronto, de modo abrupto, Gordon desaceleró su marcha. Vieron un patrullero cruzado sobre Cabildo y un grupo de gente alrededor. Avanzaron cautos. En el cruce de Aguilar, un Chevrolet 400, con el costado derecho destruido por un impacto, había quedado junto a un poste de luz de la vereda, como si una manada de elefantes lo hubiese corrido del paso. Buena piña se comió este, comentó Totó, suave, luego de soportar callado los insultos de Gordon a El Loco. Más adelante, en la otra cuadra, otro patrullero y más gente. Y en el centro de la escena, la Ford crema y celeste cielo con la trompa rota, la parrilla doblada como un acordeón, el capó levantado, el guardabarro derecho hundido y la óptica de paseo por la profundidad del motor. Todavía meaba aceite ese vehículo. Daños considerables. Como si le hubiesen desfigurado la cara y bajado los dientes en un solo golpe. Ahora cagué feo,

murmuró Gordon, este hijo de puta se va a acordar de mí, te lo prometo. Y lo mandó a Totó a parar la oreja.

El accidente había ocurrido hacía menos de veinte minutos. El conductor del Chevrolet, Guillermo Lipnizky, estudiante, 19 años, circulaba por Aguilar cuando la pick up (los peritos calcularían que iba a ochenta) avanzó por Cabildo con el semáforo en rojo y lo volteó. Un testigo del choque, Rolo, acababa de llevar en su auto al chico al Sanatorio del Norte. Diagnóstico: traumatismos varios, heridas cortantes en el brazo, treinta puntos de sutura. Se supo que la camioneta, tras el choque, siguió por la avenida hasta que se detuvo en Céspedes y el conductor bajó y salió corriendo, aunque Totó también escuchó que estaba mareado y lo trasladaron a un hospital. Totó no sabía qué había adentro de la F100. Gordon sí. Tenemos que volver al hotel y rajar, alertó, y abandonaron la zona mientras los peritos seguían levantando evidencia y los policías labraban el acta del siniestro.

Al día siguiente fueron por Nelly. La pick up estaba a su nombre. La interrogó Tesseira, el comisario de la 33ª, la misma seccional sospechada de participar en el secuestro y muerte de Maestre y la desaparición de Misetich. Nelly repitió lo que ya había dicho frente al juez Sotelo, que la había retenido veinte días en la 2º de Villa Ballester y después la largó. Ahora los cargos eran más delicados: material explosivo y armas de guerra, artículo 189 del Código Penal. Tesseira le pidió una descripción de su marido. Alto, 85 kilos, cabello oscuro, ondulado y abundante. Después ella contó que compraba y vendía chatarra, que hacía dos meses dijo que iría al interior por trabajo y no apareció más, que nunca le vio armas, que no le conocía otras actividades. Se enteró cuando la habían ido a buscar y

quedó fría. Aseguró que no sabía manejar. Había firmado los papeles de la camioneta pero jamás había tocado el volante. El comisario le preguntó al juez qué temperamento adoptar, la señora parecía inocente. La respuesta fue terminante: Nelly fue al calabozo otra vez.

El caso lo tomó la Cámara Federal Penal de la Nación, es decir, el Tribunal Antisubversivo, El Camarón. Había sido creado por el general Lanusse en julio de ese año para juzgar a guerrilleros, obreros en conflicto, militantes de cualquier ámbito. Se los juzgaba, condenaba y trasladaba a los pabellones de presos políticos con la velocidad de un rayo. El 22 de octubre, diez días después del choque, Nelly se presentó en la sala 2ª de la vocalía 5ª de la Cámara. La interrogó el juez Jorge Víctor Quiroga. Reconoció las fotografías del rodado como propio (chapa provisoria 437589), pero ignoraba la procedencia del material secuestrado. Gordon podría explicarlo, sin dudas. La noche del siniestro, en la F100 se habían encontrado 154 balas de 9mm, Fábrica Militar San Francisco, un cargador pavonado negro de ametralladora PAM con 15 cartuchos y una granada con anillo. Evidentemente, todo volvía. El material que Gordon le había robado al El Loco del Torino mostaza después de la reunión de datos en Goya, cuando El Loco salió a respirar aire puro por la costanera, ahora aparecía incautado por la policía en la pick up que El Loco le había robado a Gordon tras su visita al hotel Reina. Material de guerra. No era el único hallazgo. Aparecería una chapa patente de otro auto, la boleta de Mr. Sakkos a nombre de Rocatagliata, el ticket de ingreso al garaje de Cangallo 1170, un par de zapatos, un paquete de cigarrillos Jockey Club y un pijama de niño, que sería para el hijo de Gordon o el de Teresita.

Al día siguiente, por la mañana, Ledesma llamó a Guazzoli e intentó ponerlo al corriente de los sucesos. El hombre de enlace prefirió que escribiera una carta y la introdujera en la posta del correo; luego se la trasladaría a Carrizo. Totó volvió apesadumbrado a la casa de Pompeya y se encerró en la pieza. Ana entendió que la fiesta había terminado. Gordon desapareció. Era probable que estuviera alojado en otro hotel como Rocatagliata o quizá no, esa identidad ya había quedado manchada. Eran horas de inquietud, las vísperas del derrumbe. Giudissi era una bomba de tiempo, no tardaría en detonar. Podría haber sido detenido en el hospital o aprehendido durante el escape, y en ambos casos —Gordon no lo dudaba, Totó quizá un poco— delataría a quien le viniera en mente. La banda ahora estaba atomizada y bajo asedio policial, un submarino bamboleando en las profundidades del océano. Solo El Señor podría reordenar el desastre. Su reaparición no se demoró. En el siguiente contacto, en mensajes separados, Guazzoli transmitió a Gordon y a Ledesma las coordenadas para un nuevo encuentro.

Cuando entró al bar de Entre Ríos e Independencia, Gordon vio a Lito sentado frente a un pocillo de café, como si rezara o recitara un mantra mentalmente. Con un movimiento de ojos, le dio a entender que se dirigiera a la mesa de la pared. La misma orden recibió Ledesma: Lito cabeceó hacia Gordon. Luego se mantuvo en vigilia. Incluso pidió otro café. Diez minutos más tarde ingresó El Señor. Parecía arruinado. Se había dejado la barba, tenía el pelo seco, enrulado, ajeno al peine y la higiene. Pidió disculpas por su ausencia. Un problema particular lo había tenido a maltraer. No tuvo reparos en contarlo. María lo había sorprendido en su guarida de Independencia, a pocas cuadras, con una empleada doméstica

enviada por Haedo. Enfurecida, enferma de celos, llegó a golpearlo y juró que no lo vería más. Se recluyó en la casa de su mamá en San Fernando. Estaba muy mal, dejó de comer. Carrizo fue de una punta a la otra de la ciudad todos los días y logró convencerla de que se hiciese un control médico. Su embarazo estuvo en riesgo, la dejaron internada. Le habían dado el alta hacía pocos días. Lito, sin dejar de observar a los clientes del bar, asentía, como si hubiese sido testigo o parte de cada una de las peripecias que relataba su jefe. Ahora su mujer estaba en el departamento de Haedo. Su apoderado le aseguró que se alimentaba bien, las cuatro comidas del día.

Carrizo luego fue a los asuntos internos. Habló pestes de Raúl El Marciano. Lo mencionó como El Drogadicto. Y se lamentó de haber tenido que echarlo porque era un buen ladrón, un profesional para sacarse el sombrero, siempre respondió. En cambio, no hubo atenuantes para El Loco Giudissi. Dijo que era un pelotudo, un chapita. Nunca le había tenido demasiada confianza, y tendría que haberlo echado durante el retiro, o no haberlo incorporado jamás. A todos nos daba un poco de lástima, y ahora hacemos cola para pegarle un tiro, planteó como paradoja, y miró a Gordon en un instante de complicidad. La banda ahora eran ellos cuatro, los que estamos sentados acá, en esta mesa, dijo, con aire místico. Él estaba dispuesto a refundarla, quería hacerlo, y preguntó si querían empezar otra vez o preferían seguir por su lado, cada uno por su ruta. No habría rencores. Él lo entendería. Era un delincuente: tenía códigos.

Gordon y Ledesma aceptaron la oferta sin objeciones, en clara señal de acatamiento de su mando, y de repente, de un momento a otro, las acciones de una banda que parecía muerta, una cáscara

vacía por la que ni valdría la pena gastarse un tambor de balas contra su jefe y su confidente, volvieron a cotizar tras una conversación de café. Carrizo dijo que tenía un robo sencillo. Podría ser mañana o pasado, era inminente. Era un dato, un muy buen dato, reforzó, que ya había trabajado Guazzoli. Él les daría las instrucciones. Llamenló al número de siempre, 882971, lo recordaba de memoria, y dio por finalizado el encuentro. Los miró, se levantó y se fue. Lito partió tras él, le cubrió las espaldas.

Dos días después, Carrizo, Gordon y Ledesma regresaron a sus tareas habituales: asaltaron al pagador del Círculo de Retirados de la Marina cuando salió del banco, en Humberto Primo y Perú. Lo despojaron de un maletín que contenía cinco millones de pesos moneda nacional y le robaron el auto. Repartieron el botín también con Lito, que controló la operación desde la calle, como si fuera un transeúnte. La rueda empezaba a girar otra vez.

Días más tarde se encontraron para otro robo, aparentemente en provincia de Buenos Aires. Pero Carrizo antes debía dejarle dinero a María. Se detuvo en el departamento de Haedo, Corrientes 1241, a dos cuadras del Obelisco; dejó el Valiant blanco mal estacionado. Les avisó que subía y bajaba, era cuestión de minutos. Gordon quedó de acompañante, Ledesma en el asiento de atrás. Era el mediodía del 20 de octubre de 1971. Un agente conscripto de la Policía Federal, que controlaba la parada de la esquina, se acercó y les informó que el auto estaba en infracción. Pidió los documentos de la unidad y el registro de conductor. Gordon dijo que no era su auto, el propietario pronto regresaría. En ese momento llegó Carrizo, dijo que no tenía documentos. El agente se dispuso a labrar el acta. Carrizo le ofreció veinte mil pesos para olvidar el asunto. El agente los rechazó.

Carrizo reforzó la cifra y el agente les avisó que tendría que reconocer sus identidades en la comisaría. Carrizo simuló aceptar. Lo llevarían en el auto. Le pidió a Gordon que condujera el vehículo y al agente, que subiera al asiento atrás, junto a Ledesma. El Valiant IV fue avanzando por la avenida del centro porteño. En un momento, el agente pidió que doblara. Gordon no lo hizo.

22
Relojes importados

El jueves 11 de noviembre de 1971 Acosta volvió a escuchar noticias sobre Giovenco. Chiche le había instalado un televisor en la mesa de trabajo, junto al teléfono, para que no se sintiera solo a la noche, y por el noticiero se enteró de que el exjefe del comando estaba herido en un hospital. Una bala le había rozado un dedo. Se había tiroteado con un grupo de militantes que intentó tomar una sede del Partido Justicialista en San Telmo. Esa semana se preveía un cambio de autoridades, y cuando en el peronismo se huele poder, los tiempos se aceleran. Paladino, delegado de Perón, ya estaba con el boleto picado. El General lo había despedido o Paladino había renunciado, daba lo mismo. Lo cierto es que algunos viejos meados, incluso de otros partidos, organizaron una cena homenaje en el restaurante Nino, con lágrimas y abrazos. Función concluida y agradecimiento sincero para el delegado que atravesó el tiempo árido de la resistencia y proscripción y que honró al General con el envío a Madrid de un Torino Ika Renault envuelto para regalo.

Cuando cayó Paladino, Giovenco, a cargo de la custodia de la sede de Chile 1468, no quiso que lo corrieran en la primera apretada: defendió la posición a los tiros. La balacera entre los grupos en

pugna duró cinco minutos, según testigos. Después los atacantes escaparon en la camioneta que habían llevado, uno tomó un taxi con balazos en el estómago, otros quedarían heridos en la calle. Tiroteo entre peronistas, resumió la televisión con un móvil instalado en el hospital Rawson. Uno de los heridos luego resultaría muerto. Con el correr de las horas los detenidos fueron siendo liberados por el juez, a excepción de Giovenco, explicó el cronista, que tenía condenas anteriores.

Después de cumplir la pena por el secuestro de avión, Giovenco siguió metido en el nido de los metalúrgicos, siempre era bienvenida la sangre joven para la custodia de dirigentes y la defensa de la doctrina. Para esa época, Giovenco ya había abandonado el Movimiento Nueva Argentina (MNA) e integraba la Concentración Nacional Universitaria, la CNU, un grupo nacionalista-peronista que tenía como gurú a Carlos Disandro, filólogo de la Universidad de La Plata, devoto del canto gregoriano y obsesionado con los judíos.

(Disandro explicaba que el comunismo era un invento judío, porque Marx era judío, y el argumento de la religión como opio de los pueblos ocultaba, en realidad, que el opio era el cristianismo, y no la religión judía, tesis que se expandía como un reguero entre la militancia de la CNU que se reunía en el Instituto de Cultura Clásica Cardenal Cisneros, donde impartía clases y distribuía su revista, *La Hostería Volante*. Disandro también cautivaba a la audiencia con la teoría de la convergencia sinárquica: dos poderes —Estados Unidos y la Unión Soviética—, en aparente tensión, dominaban las restantes naciones del mundo, un complot que unía al judaísmo con el catolicismo posconciliar).

El pensamiento refractario hacia los judíos era moneda corriente para algunos jóvenes de la CNU. La amenaza, judío hijo de puta, te voy a matar, estaba presente en la pelea verbal, era una marca asentada en el lenguaje, aunque lateral. El nervio político de la CNU se centraba en la defensa del legado del Perón clásico, el del primer y el segundo gobierno, para blindarlo de los "infiltrados", montoneros y grupos de izquierda de cualquier signo, que hacían "entrismo" en el Movimiento con "fines inconfesables".

Volviendo al punto: Giovenco había sido uno de los primeros nacionalistas con doble ámbito de militancia, la UOM y la CNU. Era insospechado, además, de haber participado del atentado a Vandor, el jefe metalúrgico muerto en el 69 por la acción de un grupo que copó la sede sindical de la calle La Rioja, subió al primer piso y lo ultimó en la puerta de su despacho con una ráfaga de balas. Ese crimen, por la simpleza de la incursión, fue lo más parecido a una traición interna. Incluso uno de los del comando que tomó Malvinas, ya desprendido del ropaje nacionalista, fue señalado como ideólogo. También se conjeturó que fue una acción ordenada desde la inteligencia militar, o desde Coordinación Federal, nunca se supo; mejor dicho, se supo, pero se relató en voz baja. Pero Giovenco estaba a salvo. La distinción era importante: la guardia de custodios históricos de la UOM tenía el crimen de Vandor atravesado como una daga.

Acosta imaginó que quizá Giovenco podría ser el enlace para su regreso a los gremios. Fue una ilusión óptica. Al instante, la idea se apagó. La relación del comando y el grupo de Morón afincado en lo de Amaya se disolvió en malos términos. La fallida conducción del operativo por la reafirmación soberana dejó rencores; ninguno del

Oeste cruzó la General Paz. Después del noticiero, Acosta se entretuvo un rato con un programa de humor, *Telecataplum*, y apagó el televisor. A la mañana, muy temprano, todavía estaba acostado en el Valiant, sonó el teléfono. Pensó que podría ser una vecina desvelada que preguntaba por una pieza. Era Gordon. Le pidió un encuentro rápido. Es algo importante, no te llamo por nada, dijo. Acosta llegó a Avenida del Tejar y Galván, en Capital Federal. Gordon lo esperaba en la esquina, fumando, vestido de traje gris oscuro a rayas blancas, cruzado, con solapas anchas, un clásico de temporada primavera de la colección de Mr. Sakkos. Lo había combinado con una camisa blanca y una corbata a cuadros celestes y blancos. A media cuadra, apoyado sobre un Fiat 1600, estaba Carrizo, también de traje. Acosta tardó en reconocerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tenemos un robo, el de la relojería, ya lo conocés, hay sesenta palos.

Acosta mudo.

—Es plata que te puede servir. Salimos ahora. Vamos.

—¿Seguís con este idiota?

—Me está buscando todo el país. ¿Qué querés que haga? ¿Que vuelva a mi casa a prepararme un café?

Acosta no demostró interés. Gordon insistió.

—Tomalo como una despedida. Hacemos esto y te retirás.

—Ya me retiré y estoy bien.

—Pero te retirás como un campeón... Yo sé que es algo que no sentís, pero lo hacés bien. Tenés esa virtud, y esa desgracia.

—¿Qué pasó con los otros?

—No están más. Se mandaron cagadas. No servían. Vos sos el mejor. Carrizo ya lo entendió.

—Entonces que me lo pida él —dijo Acosta—. Lo quiero escuchar.

Gordon miró a Carrizo, que estaba atento a los dos.

—Eso va a ser difícil, no la compliques.

Impaciente por la demora, El Señor se acercó sin que lo llamaran.

—¿Qué quiere? —preguntó Carrizo a Gordon.

—Una disculpa.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Está bien —dijo Carrizo con los ojos sobre Acosta—. Quizá me apresuré, pero acá estamos. Vinimos a buscarte. Y yo les doy trabajo a los que se lo merecen.

Los tres delincuentes subieron al Fiat 1600 modelo 71 robado y partieron rumbo al objetivo con Acosta al volante. Cerca de la zona de operaciones levantaron a Ledesma, que esperaba en el Valiant IV blanco de Carrizo. Ledesma también estaba de traje. Parecían tres mafiosos yendo a un cumpleaños. Le pidieron a Acosta que estuviera a tono y cambiara su aspecto. Ledesma le dio la bolsa de cartón duro de Mr. Sakkos y Acosta entró a un bar y salió vestido con saco azul, camisa rosa y una corbata negra con estampado blanco. Siguieron viaje. Estacionaron el vehículo en Uriburu al 500, a mitad de cuadra, frente a la tintorería Gran Tokio, pleno Once. Bajaron y se dispersaron por las dos veredas. Apenas habían pasado las once de la mañana. Era viernes. La calle era un hervidero: clientes en busca de telas al por mayor, cartelones con ofertas de toallas y sábanas, vendedores ofreciendo en paño la bijouterie, muchachos sudados empujando carros, señoras de compras, tráfico apretado, ruido, el

aire más caluroso y húmedo que un sauna. Buenos Aires. Noviembre.

El blanco era la importadora de relojes de José Feuerstein, Intermundi S.A., la única, o la más grande, importadora de relojes de Buenos Aires, Uriburu 484, planta baja, al fondo del pasillo. La mercadería llegaba a la aduana del puerto y a la del aeropuerto de Ezeiza y un despachante la trasladaba al local con custodia policial. El gobierno militar había limitado la importación de productos por las restricciones al dólar y el de Feuerstein era uno de los pocos comercios que distribuía relojes importados. Los dueños de las joyerías formaban fila para adquirirlos. El tipo que había entregado el blanco era un corredor dedicado. Un corredor dedicado a la compra y venta de relojes y alhajas. El plano de las instalaciones que le había hecho a Guazzoli a mano alzada estaba ahora en el bolsillo de Carrizo.

El Señor fue el primero en ingresar al edificio. Caminó veinte metros por el pasillo y tocó el timbre, planta baja A. Dijo que estaba interesado en una compra, Feuerstein lo hizo pasar y apretó un botón del mostrador que sonaba en el sótano. Canals, el empleado, subió al local y Feuerstein le pidió que atendiera al señor, que vestía un impecable traje celeste pastel y tenía cabello negro cortado a la navaja; él continuó atendiendo a la señorita Castillo, empleada de la joyería Segalis. Abajo, en el sótano, Reibel, el otro empleado, siguió ordenando la mercadería. Canals tomó algunos relojes de la bandeja de exhibición y los colocó frente al cliente. Carrizo dio un paso atrás, sacó una pistola .45 y abrió la puerta de cierre automático. Los otros tres delincuentes, Gordon, Ledesma y Acosta, entraron a la importadora. El primero era alto, morocho, traje gris oscuro, de unos

45 años aproximadamente; el segundo más bien rubio con cabellos enrulados, de traje azul oscuro, y el tercero de estatura mediana, de unos 24 o 25 años, vestido de sport. Acosta amenazó a todos con un arma, ¡quietos y callados! Sus cómplices empezaron a levantar los relojes de dos cajas de seguridad y las vitrinas y los guardaron en maletines. Apenas escuchó las voces de arriba, Reibel apagó la luz del sótano. Uno de ellos bajó tres escalones en la oscuridad para verificar si había alguien y volvió a subir. Cuando ya habían cargado los relojes que estaban en exhibición, le ordenaron a Feuerstein, que estaba nervioso, que entregara el dinero. Gordon y Acosta lo llevaron a su oficina para que abriera el tesoro. Feuerstein se quejó, o hizo un comentario, y recibió un golpe en la cabeza con un puño o un arma. Le provocó un hematoma, quedó mareado, pero abrió el tesoro, que fue saqueado. A la señorita Castillo le robaron lo que tenía en la cartera: cuarenta dólares, dos cheques de 200 pesos ley y 5000 pesos de moneda nacional en efectivo. Cuando empezaron a empujar a los tres para encerrarlos en el baño, Canals pidió clemencia a Gordon. José se va a ahogar, dijo; ofreció recluirse en el sótano. Gordon accedió, los mandó por las escaleras y les cerró la puerta. Abajo, Feuerstein pidió a Reibel que tomara con cuidado el teléfono y llamara a la policía. Tras escuchar el ruido de la puerta de arriba y esperar unos segundos en silencio, subió al local, espió el pasillo con sigilo, no encontró a nadie, salió a la vereda y vio a los cuatro maleantes corriendo en dirección a la avenida Córdoba. Por la vereda oeste escapaban Carrizo y Ludueña. Gordon y Acosta lo hacían por la de enfrente, donde estaba estacionado el Fiat 1600. Gordon sostenía un portafolios entre una mano y la axila.

Feuerstein gritó:

—¡¡Me asaltaron, me asaltaron, atájenlos, ladrones!!

El agente de la Brigada de Tránsito Aníbal Conforte, apostado en la esquina de Uriburu y Lavalle, se dio vuelta y los vio. Dio tres toques de pito para alertar a Ruiz Díaz, el agente que estaba a una cuadra, en Lavalle y Pasteur, y dio la voz de alto y persiguió a los ladrones. El último de los que corrían por la vereda oeste, la de numeración par, podría ser Carrizo o Ledesma, se dio vuelta y disparó. Conforte respondió. Las balas empezaron a cruzar de un lado al otro, los transeúntes se tiraron al piso, buscaron refugio en comercios. La calle se alborotó. El agente Ruiz Díaz, que acababa de llegar al foco del enfrentamiento, tiró desde atrás, pero pisó mal, se dobló el tobillo y cayó. Gordon y Acosta, que habían alcanzado a subir al Fiat 1600, se bajaron, quizá por el tráfico, que les impedía huir. Los relojes cayeron a la calle. El empleado Canals, que se había sumado a la persecución, los reconoció cuando salían del auto. Alertó a Conforte. Gordon se dio cuenta y disparó contra el agente de policía, que se tiró cuerpo a tierra y repelió la agresión. Su bala impactó casi en el borde del baúl del automóvil. Gordon y Acosta siguieron adelante y otro de los maleantes que disparaba por la vereda oeste, probablemente Carrizo, cruzó la calle y corrió detrás de ellos. En la acera ya había dos mujeres derribadas por las balas: Juana Torres, empleada doméstica, de 24, cayó a la altura de la rotisería. Ana Patricia Persky, de 15, que estaba por ingresar a su casa, escuchó el grito ¡atájenlos!, se dio vuelta y cayó por un tiro.

Gordon, Acosta y uno más, quizá Carrizo, giraron hacia la derecha por Tucumán en dirección a Callao, mientras que el otro ladrón, quizá Ledesma, lo hizo también por Tucumán pero hacia la avenida Pueyrredón.

Cuando los policías Conforte y Ruiz Díaz llegaron a la esquina perdieron sus rastros, no vieron a ninguno. Sin embargo, un testigo avisó que uno se había metido en la juguetería de Tucumán 2164 y los otros dos en el edificio contiguo, Tucumán 2156. Segundos después llegó un patrullero. Estaba al mando del subinspector Galán, lo secundaban un sargento y otros dos agentes. Galán pidió refuerzos y arribaron más patrulleros y un transporte de la Guardia de Infantería. Entonces ordenó rodear la manzana y copar el edificio. Una comisión subió las escaleras. Era una edificación de los años 40, de no más de seis pisos. Cuando los policías llegaron al primero una señora se asomó por la puerta y avisó que creía que había un intruso en su dormitorio. Dijo que había escuchado las detonaciones, vio el infierno desde el balcón, volvió al comedor por precaución y enseguida observó que la puerta de la cocina, que da a un pasillo de entrada, estaba entreabierta. Ella siempre la dejaba cerrada. Los agentes inspeccionaron prolijamente el inmueble, no encontraron a nadie. Sin embargo, las evidencias de la intrusión estaban apoyadas en la mesada de la cocina: nueve relojes pulsera de hombre, seis de ellos sin malla, marca Renis, y otros tres marca Tissot, con mallas. Sobre otra mesada, además, había un par de anteojos oscuros con patilla de metal dorado y dos llaves de un Fiat. Era la prueba: al menos uno de los delincuentes había ingresado a su casa. La señora, de apellido Goldemberg, sugirió que lo habría hecho por el patio interno, el departamento del segundo piso estaba desocupado y sin llaves por tareas de pintura. Desde allí el delincuente habría saltado a su patio, supuso. Los policías se dispersaron para encontrarlo en el edificio.

Afuera, medio centenar de personas se habían agolpado sobre Tucumán. Entre ellos Canals, que había recuperado el portafolio con los relojes que quedaron dispersos alrededor del Fiat 1600 y se los dio al otro empleado, Reibel, para que los restituyera a la importadora. Ahora Canals se mantenía a la expectativa, a la espera de la resolución del operativo. Era el único que podría reconocer a los delincuentes. Feuerstein había sido trasladado en taxi al Hospital Francés, acompañado por una vecina.

En ese momento, dentro de la juguetería, un ladrón mantenía retenido al personal y clientes. Había entrado al local después de los tiros y preguntó si había una salida por el fondo. Resultaba obvio que lo perseguía la policía. Le dijeron que no. Entonces le pidió la camisa a uno de los socios de la firma y lo dejó con el torso desnudo. También obligó a un proveedor a que le entregara su saco y la corbata. El ladrón tiró su ropa debajo de un mueble metálico y se cambió sin dejar de amenazarlos; luego los encerró en un baño con llave. Eran diez. Tiró el arma y salió a la calle con la intención de confundirse entre la multitud. Pero Canals, que tenía la mirada fija entre la puerta del edificio y la de la juguetería, lo reconoció aun con las ropas cambiadas. ¡Ahí está!, alertó a los policías. El ladrón trató de impedir la detención, dijo que era periodista, denunció un atropello. No logró convencer. Su imagen, vestido con el saco, el cuello de la camisa abierto y la corbata, arrastrado por cuatro agentes, se publicaría en la tapa de *Crónica* del domingo. Cuando le pidieron que se identificara dijo Romagnoli. Un rato después se rectificó. Dijo que se llamaba Acosta.

En el edificio de al lado ya habían retenido a otro sospechoso. Lo encontraron bajando las escaleras del cuarto piso, con pantalón gris

y camisa blanca. Al ver a los policías preguntó si pasaba algo. Estaba desarmado, sin ningún objeto. Fue aprehendido por prevención. Arriba, en el pasillo del último piso, junto a la puerta de la terraza cerrada con candado, habían quedado una corbata color azul, un saco gris y, en los bolsillos, una cadena de metal dorado con un crucifijo y un encendedor de metal blanco; debajo del saco, una pistola .45 pavonada marca Colt, con cargador de cuatro proyectiles y una bala en la recámara, además de otro cargador suelto. Los policías le pidieron al hombre que se identificara.

—Aníbal Gordon —dijo.

23
Veinte años después

Veinte años después, debía enfrentar a la Justicia. Como en 1950, todavía adolescente, con 18 años, cuando el doctor Vignola lo inculpó por defraudación y violación de correspondencia mientras era empleado del correo. El posterior sobreseimiento provisional no lo detuvo, por el contrario, lo impulsó a iniciarse en otro rubro del delito, automotores, junto a un grupo de jóvenes delincuentes, entre los que se destacaba. Al año siguiente, en 1951, sería detenido otra vez, en flagrancia, por el robo de un Plymounth modelo 47 que intentó sustraer con Porfidio Colotto de una calle de San Isidro. Y después de la declaración indagatoria y el decreto de procesamiento, en el tórrido enero de 1952, volvería a estar libre; en libertad provisoria, en realidad, dictada por el juez Nosendo, quien le impuso la prohibición de ausentarse de su domicilio por más de 24 horas sin autorización del juzgado.

En aquel 1952, casi al borde de los 20 años, se acabarían sus desvelos juveniles frente a la Justicia y se iniciaría un largo período de silencio judicial y administrativo, sin expedientes que lo incriminasen. Ahora, veinte años después, casado con Nelly, con dos

hijos, cuando ya era un respetable hombre de familia, al decir de sus vecinos, la Justicia se interponía otra vez, lo enfrentaba.

El 19 de noviembre de 1971 Gordon fue trasladado desde la comisaría 7ª al Palacio de Tribunales. Se iniciaba un día largo. Lo asistió el doctor Luis Galtieri, que ya había defendido a su esposa por el robo al banco de Bariloche y el choque de la camioneta Ford F100 en la avenida Cabildo. En el despacho del Juzgado Nº 16, lo esperaban el juez de instrucción Jorge Moras Mon y su secretario, Jorge López Bolado. Gordon dio su nombre y apellido, dijo que no tenía sobrenombres ni apodos, que era argentino, 39 años, casado, técnico industrial, con domicilio en Rivadavia 608 de San Isidro. Declaró que no registraba antecedentes judiciales. Luego fue al hecho en cuestión: el jueves 11, afirmó, se había puesto de acuerdo con Carrizo para asaltar una relojería del centro que él tenía para robar y al día siguiente fueron a buscar a Acosta y lo enteraron de la posibilidad del atraco. Acosta aceptó. Dijo que el Fiat fue llevado por Ledesma, no sabía de dónde lo había sacado. Ignoraba también quién había entregado el lugar, pero el asalto había sido suministrado por Carrizo. Sobre la acción en particular, dijo que cuando llegaron al comercio, Acosta quedó en la esquina y Carrizo, seguido por Ledesma, ingresaron, y bastante después lo hizo él, por lo que ignoraba qué ocurrió adentro, cómo se desarrollaron los acontecimientos. Él se había limitado a entrar, tomar un bolsón de mercaderías que uno de sus compañeros había llenado y salir. Creía que las personas del negocio no habían sido obligadas a encerrarse, dado que cuando escaparon empezaron a gritar. Afirmó que huyó por la calle y no pudo abordar el Fiat porque se inició el tiroteo. La bolsa que había llevado, en la que cargaba lo sustraído, la dejó al

lado del automóvil. Dijo que no pudo ver quiénes tiraban con sus armas de fuego. Él no disparó; fue corriendo hasta Tucumán y se metió en una casa de departamentos. Admitió que portaba una pistola .45. Se la había dado Carrizo cuando pasó corriendo a su lado, durante la fuga. Había participado del asalto sin armas. La pistola la dejó en el quinto piso del edificio donde se había refugiado, junto a su saco y la corbata, y luego bajó por las escaleras hasta el pasillo, donde fue detenido. Después le presentaron las fotografías. Gordon reconoció la pistola pero no el cargador. Reconoció el saco, pero no recordaba la corbata. Y no reconoció los relojes hallados en el departamento de la señora Goldemberg. Él los había dejado, como declaró, al lado del automóvil Fiat. Ignoraba el paradero de Carrizo y Ledesma. Pero dejó una pista:

—Quiero aclarar que en el mismo edificio penetró Carrizo, lo que me permite suponer que los efectos que no reconozco los dejó él.

¿Carrizo fue el hombre que ingresó a la cocina del departamento? ¿Entró y salió por la puerta del frente? Feuerstein había asegurado que los ladrones se llevaron otros tres bolsones con mercadería. ¿Eran los dos bolsos de loneta y un trozo de plástico que fueron encontrados, vacíos, en el hall de la planta baja del edificio? Las pérdidas por el robo, consignó la prensa, alcanzarían los 50 millones.

Después declaró Acosta. Cuando el juez le preguntó por su educación dijo que era mala; le preguntó por sus estudios, ninguno; profesión, pulidor; trabajo, no tenía. Afirmó que lo vinieron a buscar, le avisaron que Carrizo tenía un robo y fue. Dijo que Carrizo y Ledesma ingresaron al edificio de la importadora de relojes, y luego de un rato lo hizo Gordon. Él se quedó en la esquina, y al momento

de introducirse al pasillo, sin entrar al negocio, sus compañeros corrieron y escuchó una gritería desde dentro, ladrones, ladrones, y huyó. También escuchó la voz de alto de un policía y no hizo caso, las detonaciones de los tiros detrás de él y no se detuvo, y aun cuando portaba un arma en la cintura, no disparó. Siguió corriendo. No intentó subirse al Fiat 1600 —le mostraron las fotografías del vehículo—, porque no sabe manejar. Dobló en una esquina, no sabe cuál, se metió en un comercio de juguetería y dijo a los presentes que había un tiroteo, que fueran todos para el fondo, sin intimidarlos ni decirles que los asaltaría. Se quedó un rato con ellos en el baño, con las puertas abiertas, sin amenazas, esperando que terminara la balacera, y una persona voluntariamente le ofreció un saco, pues lo reconocerían al salir, pero le iba grande, y entonces le hizo dar un saco y una camisa a otro joven, para que se fuera de una vez. Se cambió, dejó su propia ropa y el arma bajo el ropero, y al salir lo señalaron como uno de los autores del asalto a la relojería. Eso fue todo.

El juez Quiroga, de Cámara Federal, venía ordenando oficios a la policía para que le remitieran al prófugo Aníbal Gordon apenas fuera capturado. Y cuando se conoció su identidad por el robo a la importadora de relojes libró un nuevo oficio para el juez Moras Mon, a fin de que se lo entregara incomunicado. Quería indagarlo por la causa 95, tenencia de munición de guerra y explosivos, los materiales que habían sido secuestrados de la camioneta Ford F100 chocada.

La misma urgencia tenía el juez Sotelo. Libró un exhorto para que se autorizara la extradición de Gordon y Acosta, acusados por robo. También el juez Mauret, enterado de los hechos, envió otro exhorto

desde Bariloche para la extradición de Gordon por su presunta participación en el robo al banco. Del mismo modo que el juez Padilla, del Penal 1º de San Isidro, por el robo a la agencia Rombo Norte en agosto de 1971, y que el juez de San Nicolás, Migliaro, quien dirigía las actuaciones del atraco a la comisaría y al banco Crédito Rural de Arroyo Dulce del último julio.

Tras veinte años de absoluta limpieza, sin que asomara un lunar en los expedientes, ahora los magistrados sacaban turno para verle la cara a Gordon en su despacho.

En tanto, las heridas del asalto de la calle Uriburu continuaban su recuperación (Perski había sido operada y ya estaba en su casa, a Torres le habían extraído las balas y seguían su evolución en su domicilio). En los dos casos las pericias confirmarían que habían sido heridas por los policías que corrían a los cuatro maleantes. De Carrizo, la Policía Federal no había hallado rastros. No fue encontrado en una quinta de General Pacheco. Tampoco en su vivienda de avenida Independencia 3440. La moradora informó que ocupó la pieza hasta el día del robo a la importadora, pero ya no había más pertenencias suyas, la había vaciado. Las diligencias para capturar a Ledesma también dieron resultados negativos. Y un cabo de la comisaría de San Isidro constató que Gordon gozaba de buena consideración en el vecindario. Era afecto a las buenas costumbres y llevaba doce años en compañía de su esposa, Nélida Beatriz Risso de Gordon, argentina, de 40 años, que tenían dos hijos, Adriana, de 11 y Marcelo de 10, quienes convivían también con la abuela, Matilde Rizzaro viuda de Risso. Que Gordon se dedicaba a la compra y venta de chatarra, aunque se ignoraban sus márgenes de ganancia, según el testimonio de los vecinos.

El 19 de noviembre, mientras Gordon declaraba frente a Moras Mon, el oficial principal Tejo se reintegraba a la comisaría 2ª de Villa Ballester. Culminaba la sanción de noventa días. Fue una coincidencia notable. El comisario Coppola creyó que su regreso al servicio merecía un agasajo, unas palabras que volvieran a poner en alto su reputación. Preparó un pequeño ágape. Las bebidas y los sándwiches de miga estaban en la heladera. Coppola se había reservado una sorpresa para el final del evento. Sería una forma de reparar la mala sangre que se había hecho el oficial principal por sus días fuera de la institución.

En horas de la tarde, el juez Quiroga y su secretario Somoza (h) indagaron a Gordon por la causa 95, tenencia de armas y explosivos. Gordon dijo que la camioneta F100 la adquirió a nombre de su esposa. Afirmó que la usaba junto con Acosta para cargar chatarra, pero al momento del choque estaba al mando de "Giudice", como refirió a El Loco Giudissi, al que suponía viviendo ahora en la ciudad de Corrientes. Ignoraba por qué se habría llevado una camioneta con pedido de captura, ignoraba también qué transportaba; él no había dejado ningún arma. Quiroga preguntó por Rocatagliata. Gordon admitió que se hospedó en distintos hoteles con esa identidad. También usaba su licencia de conductor. Los dos documentos se los había entregado Carrizo. Mencionó también que, como chatarrero, había adquirido a la compañía de seguros La Universal un avión que estaba desarmando junto a Acosta en Ezeiza. Luego enumeró los hoteles en los que pernoctó prófugo, el Argentino, el Salles, el Reina y también el Hotel de Turismo de Goya. Su último domicilio fue el Columbia, Corrientes 1550. Aún había pertenencias suyas allí. Después le mostraron las fotos, las pruebas

que lo incriminaban, o que podrían sumar información para descubrir la intervención de otras personas en el delito. Gordon reconoció la camioneta chocada, reconoció los zapatos (a menudo se cambiaba en el vehículo, aclaró), reconoció la boleta de Mr. Sakkos, pero no reconoció el cargador ni las balas ni tampoco los anteojos ni el paquete de cigarrillos Jockey Club.

—No son los que fumo.

Al final de la tarde, el doctor Rufino Solá y Paz lo revisó en la Alcaidía. Lo encontró bien, lúcido, coherente, con tonos cardíacos sin particularidades, sin signos o síntomas de enfermedades orgánicas. Cuando el examen finalizó, en la puerta lo esperaba Tejo. Lo miró a los ojos, le colocó las esposas y lo trasladó a la celda de la 2ª de Villa Ballester, la misma en la que había sido alojada su esposa.

Gordon volvía a prisión después de veinte años.

Lo primero que escuchó, en ese momento, fueron los aplausos y las hurras para el oficial principal que llegaban desde la guardia.

24
Año Nuevo en la 2ª de Villa Ballester

Quiroga ordenó que el secretario instructor Benjamín Rojas verificara los alojamientos declarados por Gordon. El gerente del hotel Salles, Cerrito 208, afirmó que había alojado a Juan Carlos Rocatagliata, era un pasajero frecuente. En una estadía, desde el 17 de septiembre hasta el 1º de octubre, se registró junto con otro de apellido Ledesma. El hotel le entregaba una tarjeta de estacionamiento sin cargo en el garaje de Cangallo 1170. La tarjeta azul del rodado chapa 437589, Ford F100 bicolor, estaba a nombre de Rocatagliata. El hotel Reina informó que alojó a Gordon en julio (cuando ningún juzgado lo reclamaba). Fue una estadía de dos noches; luego regresó en agosto, aunque no se redactó la ficha por ser un cliente de paso. El hotel Columbia Palace, avenida Corrientes 1533, había registrado a Juan Carlos Rocatagliata, argentino, casado, de 39 años, ingeniero, con domicilio en Goya, Corrientes. Se hospedó a las dos de la madrugada del 9 de noviembre en la habitación 805. Luego de cuatro noches en las que el pasajero no pernoctó (Gordon ya estaba preso) se guardaron sus pertenencias y se cerró su habitación. A la semana siguiente llamó una mujer que expresó que el pasajero había tenido un accidente. Prometió retirar sus efectos

personales, aún no lo había hecho. El secretario instructor Rojas abrió la valija, nada trascendente; un saco de corderoy, camisas, ropa interior, tres pares de zapatos, una radio portátil a transistores y dos pulóveres tipo Bariloche.

Mientras Quiroga verificaba los pasos de Gordon como prófugo, Sotelo intentó retenerlo en San Martín, su jurisdicción. Ese verano omitió, desconoció y rechazó cada uno de los exhortos que enviaron otros jueces para indagarlo. Tampoco cumplió el plazo de cinco días para restituirle el delincuente al juez Moras Mon. Obró al límite de la resistencia judicial. Sotelo tenía una carta en su favor. En verdad, dos. La primera era que Gordon estaba imputado en una causa anterior, el robo al banco de Bariloche, en pleno proceso en su juzgado. La segunda era el origen del robo. En la mañana del jueves 11 de noviembre, un pobre cristo, de apellido Polanco, que transitaba con su Fiat 1600 modelo 71 pintado de celeste, se detuvo en San Andrés. Allí, dos hombres de traje lo intimaron con armas, subieron a su auto, lo privaron de su libertad y lo liberaron del otro lado de la General Paz. Tres días después, leyendo el diario, Polanco vio las fotografías de su Fiat robado con otro número de patente, aunque el grabado en los vidrios correspondía al de la patente original. Era su auto. Polanco había denunciado el robo en la comisaría 1ª de Villa Concepción, Partido de San Martín. Y esta era la carta que cayó del cielo para el juez Sotelo: el primer delito, el punto de partida del raid delictivo, se había iniciado en su jurisdicción, de modo que su juzgado se transformaba en el fuero de la atracción por el cual una causa, la primera causa, la del robo al Fiat, atraía a la otra, el robo a la importadora de relojes, la absorbía. Polanco después reconocería a Gordon entre una fila de cuatro

hombres de similares rasgos y vestimentas como uno de los asaltantes de su vehículo. Gordon había delinquido en San Martín.

Sotelo era hijo de gallegos. Un hombre rígido, intransigente, un trabajador incansable, también: a las siete ya estaba en su escritorio. Era el único juez que llegaba a horario. Se ocupaba de todas las instancias del proceso. Participaba de las inspecciones oculares, las reconstrucciones del hecho, se hacía cargo de la instrucción del homicidio y del llamamiento de autos para sentencia. Lo hacía con un tremendo celo profesional. A cada homicidio le encontraba un particular interés, lo abordaba casi como una cuestión cultural. Solo una vez, recordaban en el juzgado, se había apartado de un caso por propia decisión. Un carnicero, gallego como él, un tal García, le había pegado uno o dos tiros a un prestamista que le reclamaba una deuda que de verdad no tenía posibilidades de pagar. García fue preso. Después, semana de por medio, una señora se acercaba al despacho y preguntaba cuándo liberarían a su hermano. Así fue durante toda la instrucción. Pasaron los meses, el expediente ya estaba para sentencia. Lo había manejado Sotelo del principio al final. Su secretario no había intervenido en absoluto. Y entonces le pidió un favor. Le reconoció que se había encariñado con la familia del homicida y no se sentía en capacidad moral para dictar sentencia. Que tomara las carpetas y lo hiciera él.

Sotelo había sido designado en el Penal 1º de San Martín en el año 65, la época de Illia, por algún contacto en el partido (Sotelo era radical), y cuando empezó a tirar del hilo por el robo del banco de Bariloche, que terminó con las detenciones y aquella sonada conferencia de prensa, se valió de su secretario, que acababa de ingresar a su juzgado, para las diligencias procesales: Gerardo Sofía.

Era un italiano con el que había que esforzarse para entenderle el español, daba trabajo realmente. Había llegado a la Argentina en el 48, rastreando la pista de su padre, a quien no había conocido y del que solo sabía que había muerto en un accidente. Estudió Abogacía y se recibió, transitó el fuero penal y luego accedió a la Justicia, como era su deseo.

Sotelo y Sofía se ocuparían de indagar a Gordon.

El 20 de noviembre de 1971, después de la primera noche en la 2ª de Villa Ballester, Gordon fue trasladado al despacho. El secretario y el juez lo enteraron de los delitos no excarcelables de la causa 13.780. Gordon confirmó los hechos. En una palabra, le puso el moño al expediente del robo al banco de Bariloche. Se hizo notar por su inteligencia, su versatilidad, dominio del lenguaje y marcado histrionismo, comentaron en el juzgado. Un tipo alto, simpático, bien vestido, con calle, y por estas características, aún más temible y peligroso.

Su espíritu de colaboración se enfocó en la causa 95, la de la Cámara Federal, El Camarón, o La Camarona, como la refería Sofía, con o sin ironía, no se sabía. Gordon aflojó la lengua. Quién sabe cuál fue su motivación. ¿Su saña contra El Loco Giudissi? Probablemente. Lo metió de cabeza en el expediente. Dijo que la camioneta F100 estaba en poder de "Giudice", que él poseía cierta cantidad de balas 9mm, un cargador de ametralladora y una granada que se los había proporcionado, y aquí la rutilante novedad, un tal Carlitos, un marinero de la Prefectura Naval Marítima. Podría identificar su casa porque, dijo, la había visitado.

No se supo si Gordon conoció la casa de Carlitos, pero dio las referencias para ubicarla. A Sotelo se le hizo agua la boca. Ese

mismo día ordenó la caza del mentado marinero, al que imputó por encubrimiento. Sotelo era imparable cuando se abría una puerta. Una comisión al mando de Tejo dio con su domicilio en la calle Don Bosco, Bancalari, partido de San Fernando. No estaba. Pero Tejo volvió con la información requerida: Carlos Etcheverry, 21 años, prestaba servicio en la Agrupación Seguridad de Prefectura. Sotelo solicitó la detención.

Al día siguiente, Etcheverry declaró frente a Tejo, considerado un experto en hacer que el sospechado, solito, pusiera la situación en blanco sobre negro. Había vuelto al servicio, Tejo, estaba a sus anchas. Carlitos ratificó los dichos de Gordon. Que le había cedido las balas, el cargador y la granada a "Giudice", al que había conocido meses antes. Lo hizo por simple y pura amistad, nada extraño. Ignoraba que pudiera verse envuelto en algo ilegal. ¿Y el material? Lo había conseguido por unos amigos de la armería de la Prefectura Nacional (El Loco, aquella noche en el camping, no había mentido). Tejo lo metió en el calabozo, preventivamente. Seis días después, Sotelo lo convocó a su despacho. El caso estaba enmarcado en la causa 95 del Camarón, no era su causa, pero quería ir a fondo. Amor propio, se explicaba en el juzgado. Etcheverry soltó un poco más el rollo. Dijo que las balas y el cargador de la ametralladora eran materiales de rezago de la Prefectura. El juez le dio la libertad provisoria por el supuesto encubrimiento, pero remitió sus declaraciones al juez Quiroga, que lo indagó en la Cámara Federal como si fuera un subversivo. La amistad con El Loco Giudissi y la bocota de Gordon le estaban saliendo caras al marinero. Etcheverry relató que conoció a "Giudice" en un bar, que los cartuchos 9mm los obtuvo por un mozo del casino de suboficiales, 40 centavos por bala;

y el cargador para la ametralladora PAM se lo pidió a un cabo de la Armería General. A modo de compensación, le dio cuatro atados de cigarrillos. Hasta entonces, no sospechaba nada de "Giudice". Al contrario. En una oportunidad lo acompañó en su Estanciera a entregar una bolsa de juguetes (autos de plástico, tipo carrera), por la avenida Rivadavia. Le parecía buena gente. Pero tiempo después, por personas que llegaron a su casa para almorzar (¿Gordon? ¿Ledesma?), sospechó que eran delincuentes. Y empezó a temerle. Y cuando "Giudice" le pidió la granada que guardaba en su pieza —la había encontrado en los fondos de la Agrupación de Seguridad, supuso que ya había sido usada—, se la entregó por miedo a la represalia. Quiroga lo mandó a Devoto, el Pendos, como se mencionaba al Instituto Penal de Detención Dos en la jerga carcelaria. Etcheverry cayó en el pabellón de presos políticos.

Gordon y Acosta continuaban juntos en una celda de la 2ª de Villa Ballester. Carrizo, prófugo, se había instalado en nuevo domicilio. Una semana después del robo a la importadora de relojes, Haedo le había alquilado una casa tipo quinta en el barrio Los Álamos, Longchamps. Firmó el contrato con su nombre: ciento cincuenta mil pesos moneda nacional por tres meses, pago adelantado, además de sesenta mil para él, por la gestión. Con su cadencia lenta, su leve fastidio, pero al fin y al cabo resolutivo, Haedo también se ocupó de la logística. Llevó a María, la pareja de Carrizo, ya con un embarazo avanzado, y también a una empleada doméstica de su agencia para que los ayudara, cama adentro. Haedo cargó en un Rastrojero taxiflet valijas y muebles, sin renunciar a sus pantalones blancos, como correspondía. Carrizo quería volver a la actividad. Empezó a explorar objetivos fuera de la Capital. Le pidió a Guazzoli que hiciera

inteligencia en la costa atlántica. Le entregó cien mil por anticipado apenas se sentaron en el bar. Tenía un dato en Necochea. Frente a la estatua de un gaucho había un galpón grande donde se guardaban camiones recolectores de residuos. Al principio Guazzoli pensó que lo estaba cargando, pero El Señor no era un tipo de bromas. En el mismo lugar, continuó, están las oficinas de la empresa, ahí hay mucho dinero; Guazzoli guardó el adelanto, pagó el mes de alquiler, pero no se movió. A la semana Carrizo llamó para oír novedades. Guazzoli le dijo que no podía desaparecer de un día para el otro de su casa, le pidió tiempo. Tuvo que inventar un viaje a Mar del Plata con su pareja, una propuesta un poco rara, pero era diciembre, llegaban las fiestas, podrían ir a la casa del ahijado que hacía tiempo no veían, pasar unos días en la playa. No era un mal plan. Ella accedió. En la costa, Guazzoli se hizo una tarde libre con cualquier excusa y escapó a Necochea. Dio vueltas frente al blanco, fue y vino, estudió los movimientos y reportó que, a su juicio, ese lugar era imposible. Había doscientas personas dando vueltas. Quizá exageraba, pero quedaba claro el concepto. Carrizo no le creyó, le ordenó que volviera y trabajara mejor el dato, y su agente de inteligencia lo hizo, o se supone que lo hizo, y al regresar a Buenos Aires dijo basta, lo de Necochea era meterse en una ratonera y él se iba de vacaciones. En enero cerraba. No atendería el teléfono a nadie.

Parecía grave pero no lo era tanto. No había trabajo. O había trabajo pero no había personal. Después del robo de la calle Uriburu, con Gordon y Acosta detenidos, El Loco autoexiliado y Raúl sancionado, Carrizo solo podía contar con Ledesma y Lito, que se había instalado en Longchamps al lado suyo, su propia sombra. Y

una noche, conversando con él, se le ocurrió recuperar a Raúl. Dar por concluido el caso de la morfina y traerlo de nuevo a la banda, reagruparse, empezar otra vez. Raúl era un buen cuadro. Carrizo y Lito fueron a buscarlo. Fue una decisión espontánea, surgió en el momento. Ya era tarde, casi medianoche. Conocían su pieza, habían hecho varios repartos en Munro. Se metieron en un baldío, saltaron la pared y entraron por el pasillo. La puerta era de manteca, se abrió apenas la tocaron. El Marciano despertó sobresaltado. De golpe vio dos figuras de pie, a oscuras, trató de rescatar el fierro de debajo del colchón.

—Tranquilo —dijo El Señor—, somos nosotros.

El Marciano se asustó aún más.

Un par de meses atrás, en esa misma pieza, El Loco Giudissi había dicho cosas muy feas sobre Carrizo. La piña cruzada que recibió en el camping, que casi le corre la mandíbula, lo dejó trastornado. Los dos o tres comentarios sobre Carrizo, con sorna, solapados, que El Marciano había soltado con cuidado en el viaje a Corrientes, ahora, o en ese momento, El Loco los repetía con fervor, a corazón abierto. Lo tenía atragantado. Y decía más: que todo se había podrido cuando entró Gordon a la banda, porque hasta ese momento estaban más o menos tranquilos, pero Carrizo se desequilibró con Gordon. Codicia, celos, tambaleó su poder, su autoridad, no sabía bien, y también Gordon le había quemado la cabeza a Totó. ¿Lo viste a Totó ahora?, se detuvo El Loco frente a Raúl, esa tarde. Totó no sabe sumar dos más dos y ahora se viste como Simón Templar.

El Marciano lo escuchaba recostado en la cama, Giudissi caminaba el perímetro de su pieza, enroscadísimo. Quería matar a Carrizo El Loco, literal, se lo dijo. Pero temía que si lo contactaba por Guazzoli

para verlo, Carrizo y Lito lo matarían primero por el choque de la camioneta. Llegar a Carrizo era imposible.

El plan que le soltó El Loco al Marciano fue matar al hermano. Asaltarlo primero y después matarlo. Giudissi creía que el hermano de Carrizo tenía una agencia de autos. Había visto una factura con su nombre en una reunión en la gomería hacía unos meses. Ruta 8 17.500. Lo recordaba patente. No estaba seguro de que fuera el hermano de Carrizo, pero podría averiguar. El Loco quería robar la agencia y averiguar *in situ* si era el hermano. Y si era, pegarle un tiro en la frente. Y si le quedaban dudas, pegárselo igual. El Marciano pidió que se calmara. Él también tenía algo en mente para robar, más sencillo, y *a priori* no habría que matar a nadie. Un corralón en Munro, Urquiza al 700. Pensaba hacerlo solo pero ya que estaba de visita podrían ir juntos. Y fueron, asaltaron el corralón de materiales, se llevaron veinte mil pesos, menos de lo que imaginaban.

Después El Loco dijo que vendría a buscarlo para robar la agencia de autos de la ruta 8. Hasta ahora no había aparecido. Pero hacía poco, un par de semanas, El Marciano había soñado con ese robo, y vio cómo El Loco buscaba identificar al hermano de Carrizo entre un montón de gente, lo corría por la agencia, lo tiraba al piso de un empujón y le pegaba un tiro con el caño apoyado en la frente. Lo vio nítido Raúl, tan nítido que la cara del hermano, del supuesto hermano de Carrizo, se transformó en la de El Señor cuando recibió el balazo. Y ahí se despertó del sueño, o de la pesadilla, sobresaltado.

Y ahora que tenía a Carrizo enfrente, que empezaba a reaccionar, no sabía si El Loco había matado al hermano, o si Carrizo se había

enterado del plan y había matado a El Loco y ahora entraba a su pieza, con Lito, para matarlo a él.

El 31 de diciembre de 1971, al mediodía, Sotelo y Sofía pasaron por la 2ª de Villa Ballester a saludar al comisario Coppola y al personal policial. Fue un gesto apreciado. Pocos funcionarios judiciales bajaban al llano a reconocer la labor de la tropa. Al fin y al cabo, trabajando espalda con espalda, ese año habían desarticulado a la banda de los 88 palos, mérito conjunto de la Brigada y el Penal 1º de San Martín, el resultado del esfuerzo común. Coppola convocó al personal de la repartición para que estrecharan las manos del juez y el secretario. Brindaron con las copas en alto.

Entre esos policías había uno que ya mantenía diálogo con Gordon. Y horas más tarde, a cambio de cigarrillos y whisky, facilitó el ingreso de Teresita al casino de oficiales para que mantuviera con ella un momento de intimidad y también pudieran despedir el año que se iba. Ese gesto del policía, si trabajaba la relación, pensó Gordon, podría abrirle las rejas.

La manzana podrida ya estaba en el cajón de la comisaría 2ª.

25
Carrizo

Raúl El Marciano cayó la noche del viernes 25 de febrero de 1972 en un departamento de la avenida Maipú, Olivos, por violación de domicilio. Fue detenido *in fraganti* cuando forcejeaba con una mujer que quería echarlo de su casa. En su descargo, El Marciano relató que la había conocido semanas antes en una cantina de la avenida Corrientes, no recordaba el nombre, y se siguieron frecuentando. La noche de su detención habían bailado en el living con la música del tocadiscos, la luz tenue. Reconoció que estaba borracho. Había tomado vino y bebidas fuertes en bares junto a un amigo, y luego, en el departamento de ella, ganado por un súbito estado de euforia, se descontroló, empezó a hacer ruido, a tirar cosas al suelo, a gritar. Perdió la noción de sus actos, resumiría el oficial principal Iasimoni, que le tomó declaración en la comisaría 5ª de Vicente López. Una vecina del edificio llamó a la policía y El Marciano fue esposado y trasladado al calabozo. No estaba en condiciones de declarar. Lo hizo al día siguiente.

Su último robo con Carrizo, Lito y Ledesma había sucedido un mes antes. Fue una acción planificada de un momento a otro, casi mecánica, que demostraba la fragilidad operativa, o la falta de

nuevos objetivos de la banda. Cuando se coordinó una reunión, decidieron pisar tierra conocida: Rombo Norte, la agencia de Vicente López, el primer dato que había suministrado Gordon el pasado agosto, su derecho de admisión. El 21 de enero de 1972 irrumpieron en el salón de autos. Lito permaneció en las proximidades. Fue una incursión rápida, ya conocían a los empleados, las cajas de custodia del dinero. Como en el asalto anterior, se llevaron un Torino del garaje, que abandonaron pronto, y luego despojaron a un conductor de su Ford Falcon y continuaron la fuga. El reparto del botín no fue inmediato. Carrizo le adelantó a El Marciano cien mil pesos. Después contaría los billetes y completaría el resto, dijo. Lo largó en la calle.

Ese mismo día se encontraron en el bar de Roca y Centenera. Carrizo le informó que la recaudación total fue un millón cuatrocientos mil, y el saldo a repartir lo usaría para la compra de un vehículo pequeño; una compra legal, se entendía. Sería un móvil de inteligencia, la patrulla para buscar nuevos blancos. El Marciano no dijo nada. Después Guazzoli no atendió el teléfono, Raúl no vio más a El Señor, la banda entró en pausa.

El Marciano estaba molesto con Carrizo. Desde que fue reincorporado, los robos empezaron a dividirse por seis. Las otras dos partes había que entregárselas a los abogados de Gordon y Acosta. A cuenta de honorarios, según Carrizo. El pago de la defensa legal le pareció raro a El Marciano. Gordon y Acosta aparecieron en agosto y cayeron en noviembre. ¿Por qué tenía que llenarles los bolsillos a sus abogados? Pensó en quejarse, o chequear si el pago era real, pero en los dos casos implicaba el inicio de una guerra inútil y peligrosa. Había pasado un tiempo en la cárcel de Mercedes (dos años por robo, sentencia doctor Correa) y a un exconvicto siempre

se le recomienda alejarse de penales y comisarías. Tampoco se aconsejaba poner en duda la palabra de Carrizo. Prefirió aceptar la división en seis y callarse.

La caída de Raúl El Marciano también resultó extraña. Quizá los hechos sucedieron tal como fueron presentados por la instrucción de la comisaría 5ª —se descontroló, una vecina realizó la denuncia, fue detenido—. Después, acorralado por los bravos uniformados en el interrogatorio, entregó el listado de delitos por zona norte en los que participó, uno tras otro, una cesión gratuita, como si fuera un benefactor de la Bonaerense. Era una posibilidad. La otra era que Raúl fuera soplón de la policía, un cabo suelto que trabajaba en libertad, recababa información hasta que se cerrara el grifo, y el grifo se cerró tras el segundo asalto en Rombo Norte. Dos veces a la misma agencia parecía un ensañamiento. Y se dijo basta. Entonces, su caída podría haber sido provocada para habilitar la pista policial y apuntar a El Señor, al jefe de la banda. El Marciano era el más reservado de sus miembros.

Su declaración en la 5ª se desarrolló de este modo: tras el relato de los incidentes en la avenida Maipú, afirmó, no tenía más que agregar, pero en forma espontánea deseó hacer una narración de hechos en los que había participado en banda con otras personas, pues consideró necesario descargar su conciencia, y por tal causa pasó a exponer, con el ronroneo de una confesión interminable, varios asaltos a distintos comercios, banda para asaltar en grande, y luego Ledesma, agencia Ford de la firma Martorell, sita en la ruta 8 frente al campo de Liceo Militar, y cerró su alegato con la certeza de que existen otros hechos cometidos por el exponente y sus

compañeros que no precisó, pero los haría conocer a esta instrucción a medida que los fuera recordando.

Esa mañana se abrió el mundo en la 5ª de Vicente López. Se designó una comisión para corroborar la veracidad de los hechos confesados y se dio intervención al juez de San Isidro, doctor Víctor Sasson, que en esos días estaba asediado por flashes y reporteros: tenía a disposición de su juzgado al asesino serial Carlos Robledo Puch, 20 años, detenido tres semanas antes que El Marciano.

Ese verano Carrizo alternaba entre Longchamps y una casa quinta con pileta en San Vicente, sobre 25 de Mayo. Frente al lote había una tranquera y tras ella un camino arbolado de 60 metros hasta la vivienda. La quinta se llamaba Las Casuarinas. Carrizo firmó un contrato de alquiler por dos meses bajo la identidad de Jorge Aldao Passarelli, aparentemente sin la gestión de Haedo, aunque su apoderado conocía la finca. Lo invitaron algunos fines de semana. Haedo se impresionaba con el despilfarro de dinero que giraba en torno a Carrizo: joyas, dos empleadas domésticas, Rosa y Amelia, automóviles estacionados como en una exposición, pero agradecía sentarse a su mesa. Era su espacio de recreación, la vía de escape del solitario agobio en el centro porteño. Bastaba un tren para huir de las calles vacías, y en la quinta lo escuchaban con atención, lo respetaban y le servían asado, vino y soda. Todo gratis. Se sentía a gusto Haedo, aunque interiormente los despreciaba. Gente rústica, ignorante, pensaba. Después, a media tarde, Lito lo acercaba a la estación y regresaba a su escondrijo de la Capital.

Algunas mañanas Carrizo salía con un revólver chico escondido en su portafolio de cuerina negra. Se vestía bien, traje o elegante sport, y a la tarde, temprano, regresaba con otro maletín más grande y lo

guardaba en el placar del dormitorio junto a las armas y fajos de billetes. Otras mañanas caminaba por la vegetación, regaba o se zambullía en la pileta.

El lunes 28 de febrero, tres días después de la caída de El Marciano, los policías de la 5ª aprontaban las armas para cazar a Carrizo. Él ya había degollado a dos gallinas para el almuerzo. Una de las empleadas las desplumó. Después pasaron a buscarlo y se fue como estaba; short, ojotas y el portafolio pequeño. Dijo que haría un llamado telefónico. No se supo adónde fue, aunque regresó al rato y atendió a un carpintero, al que le encomendó tareas menores; lo invitó a almorzar y lo despidió. Dio algunas vueltas en el parque, solo, como si pensara en cómo resolver un problema, y salió con Lito en uno de los autos. Avisó que volvería. Tenía prevista una reunión de trabajo. Ledesma traería a un familiar, un muchacho que había trabajado en Massalín y Celasco y conocía cómo se movía el dinero en la fábrica de cigarrillos. Por su ubicación, Donato Álvarez 1351, Capital, parecía complejo abordarla, habría que evaluarlo. El asalto podría significar el regreso a las ligas mayores. Era lunes, buena manera de comenzar la semana.

Para entonces, la insistencia de Moras Mon para que le devolvieran a Gordon y Acosta llegaba al final. Había sido un pleito largo, no se suspendió por la feria judicial. Como Sotelo no respondió a sus exhortos, reclamó al doctor Ernesto Black, presidente del Camarón, y dado que tampoco respondió, libró oficio a la Corte Suprema de la Nación. Finalmente, la Cámara Penal de Apelaciones de la provincia de Buenos Aires se hizo eco del reclamo de Mon y pidió a Sotelo que los entregara. Hacía más de dos meses que retenía a los delincuentes, que ya habían declarado. Sotelo se dio por vencido. No

por los exhortos de Mon, Migliaro, Black o la Corte Suprema sino por la Cámara de la provincia. Con la Cámara no convenía hacerse el distraído.

El viernes 25 de febrero, por la mañana, el juez de San Martín respondió que Gordon y Acosta continuarían sometidos a proceso por el robo al banco de Bariloche, pero mientras tanto, está bien, que se los llevaran. Se presumía que el martes siguiente los encausados ya estarían a disposición de Moras Mon y serían remitidos a prisión, Devoto o Caseros. Asunto concluido.

Ese mismo viernes, por la noche, el subinspector Negut visitó a Teresita en su departamento de avenida Maipú y luego le comentó a Gordon, en su celda, los detalles finales del plan de fuga. Después trasladó al detenido al calabozo de Colviello y Llaneza para que se los transmitiera. Gordon entró con una botella de whisky en la mano. ¿Por qué no me dejan jugar a las damas acá?, preguntó, sonriendo. Se acercaba el momento decisivo y quería festejar. Nada más emotivo que las vísperas. A las dos de la madrugada del lunes 28 volvieron a escucharse los pasos de Negut en la zona de encierro. El subinspector llevó de nuevo a Gordon al calabozo de los otros dos delincuentes. Negut cumplió el trato: le dio un arco de sierra con ocho hojas de repuesto, masilla marrón oscura, cuatro llaves grandes y dos chicas. Y le dejó un revólver Dillon Volonte .32, largo, con la carga completa, siete cartuchos. Gordon empezó a limar los barrotes del ventiluz, sobre la pared que daba al pasillo. Eran cuatro barrotes de hierro redondo de media pulgada. Al principio se apoyó sobre un montículo de colchones y frazadas, luego sobre las manos de los dos presos. Estaba incómodo, pero debía trabajar rápido. El ruido de la sierra llegaba a la guardia entre las canciones de la radio.

Negut fue al calabozo: pidió que subieran el volumen y se apuraran. La sierra pasó a manos de Colviello y luego a las de Llaneza. Al cabo de dos horas lograron partir al medio dos barrotes. El espacio abierto ya parecía suficiente para que Colviello sacara medio cuerpo por el ventiluz, a modo de prueba. Luego unieron los barrotes con la masilla y Negut llevó a Gordon a su celda. La fuga se programó para la madrugada siguiente, martes 29 de febrero de 1972.

Colviello había pasado algunos años en los penales de Olmos y Sierra Chica por delitos de estafa, hurto y robos reiterados. También tenía una condena por homicidio. Había llegado a la 2ª de Villa Ballester en enero. Se quejaba de que llevaba más de un año sin declarar. Llaneza había sido puesto en el calabozo el mismo día que Colviello. A poco de llegar, Acosta los enteró del plan de fuga. Los impresionó: era uno de los ladrones del banco de Bariloche. El otro era Gordon. Andaban en dupla. Parecían inteligentes. Ese robo monumental irradiaba prestigio, era agradable intercambiar palabras con ellos en los recreos. Después Acosta avisó a Colviello que tenían una pierna con un oficial pero todavía les faltaba juntar dos o tres palos para que los dejara libres. Podría sumarse al plan si colaboraba. Colviello se corrió, no tenía ese dinero. Unos días más tarde Acosta le dijo que no necesitarían poner un peso. Solo tendrían que prestar su calabozo. Le explicó a Colviello el plan.

Apenas fue alojado en la comisaría 2ª, Gordon empezó a tantear policías. En cada contacto soltaba un comentario ocurrente. Preguntaba si la visita podría quedarse unos minutos más o mencionaba un dinero que todavía conservaba. Tuvo la intuición de que el subinspector Negut podría ser la persona indicada. Parecía afable, curioso. Se lo podría tocar. Gordon le encargó a Teresita que

trajera whisky y cigarrillos y se los entregara en la próxima visita. Negut los aceptó. Como moneda de cambio, le facilitó a Gordon el casino de oficiales para compartir con ella la noche de Año Nuevo. Fue el punto de quiebre. El plan de evasión se puso en marcha. Faltaba ponerle precio. Eran ocho millones. Negut pidió esa cifra. Los presos tienen la mosca escondida, cuentan con delincuentes que los protegen, que se la consiguen, y estos dos son pesados, razonó el subinspector. Y por más que Gordon luego explicara que le embargaron sus bienes y no pudo siquiera levantar la hipoteca de la casa de su madre, el policía sabía que esa clase de botines nunca se quema, siempre queda un fangote escondido en algún lado. Acosta, para mantener el plan caliente, le hizo el cuento de la venta de la casa de un familiar en San Nicolás. Pero había que esperar. Gordon le aseguró que podrían arrimar algo en billete ahora y completar el resto con dos o tres robos, cuando estuvieran afuera. Palabra. Lo menos que quería Negut era una promesa. ¿Quién acepta un pagaré de dos delincuentes? Quería cash. Si no, las rejas no se abrían.

Gordon también fue trabajando a Teresita para la fuga en los encuentros en el casino de oficiales. Era un departamento de dos dormitorios con comedor, cocina y baño, la construcción vieja de la comisaría 2ª. Se subía por una escalera caracol. Negut habilitaba el paso mientras continuaban las negociaciones. El altillo era un punto de observación, también. Se veía el parque de la casa del doctor Mansilla, el cactus que se levantaba en una pequeña loma de tierra sobre la pared del fondo, lindero al terreno baldío con salida a la calle Alvear. El altillo mostraba la ruta de la fuga. Pronto estaría en libertad. Gordon se lo decía a Teresita para alimentar el sueño, mientras jugueteaba con su pelo negro. Si todo salía bien podrían

vivir en Uruguay. La frase quedaba flotando en la cabeza de su novia. Faltaba poco.

Negut mantenía el secreto, intentaba ser precavido. Durante su inspección a los detenidos cerraba la puerta para que ningún otro policía ingresara al pasillo de los calabozos. Y se tomaba unos minutos para conversar con Gordon. Todos los presos intuían que algo pasaba, se daban cuenta. Veían a Teresita con whisky y cigarrillos, traía la caja de pomada para los mocasines charolados negros de su novio, que tenía como tic o pasatiempo darles lustre en forma constante. La veían desde el patio cuando subía por la escalera caracol y le apuntaban el tiempo de la visita en el altillo. Cinco minutos, decía el uruguayo Oreja, azulejista, detenido tras varios robos, el promotor de las sonrisas irónicas, de las risotadas. Ya diez minutos, gritaba Oreja, como un balazo al aire, mientras Teresita acomodaba su pollera y descendía ruborizada. Algunos policías también lo sabían. Pero callaban. Quizá porque eran parte del negocio, porque una chanchada lavaba la otra, o porque frente a la superioridad correspondía silencio y subordinación. Lo sabía o lo intuía el sargento Verón, que servía de 7 a 13. Un día llegó una hora antes de su turno, entró a la oficina del oficial de servicio y encontró a Negut conversando con Gordon y una mujer. Había comida sobre el escritorio. Verón cerró la puerta como si hubiera pisado mierda. Lo sabía Franquet también, ayudante de guardia en el servicio nocturno, que veía cómo se movía el subinspector para atender a esa mujer, una deferencia que no tenía con nadie.

En una de las visitas de Teresita a la comisaría, Negut quiso acelerar las negociaciones y expuso con claridad la situación para que no creyera que Gordon se escaparía por arte de magia.

—Mirá, tu novio necesita plata para fugarse y él no te la pide porque le da vergüenza. Pero si querés ayudarlo tenés que traer plata.

A la semana siguiente Teresita llevó algo de dinero. ¿Cien mil, medio millón? Sacó ahorros del banco, los juntó con lo que había quedado en el armario y también agregó una cadenita de oro y un anillo con algunas botellas de whisky que pidió de urgencia a Noemí. Llevó todo a la comisaría. No alcanzaba, obviamente. Hablaban idiomas distintos. Negut no iba a jugar su carrera por un dinerito y tres baratijas. Tomó la plata y el whisky, y el resto que lo llevara. La negociación parecía definitivamente estancada. Hasta que por sugerencia de Gordon, o con su anuencia, el subinspector le dijo a Teresita que la única solución para salir del entuerto era hipotecar la casa que le alquilaba al matrimonio uruguayo, el aviador y su esposa, el inmueble de la calle Marconi. No sería más que un trámite. Teresita dudó. Después aceptó.

Negut consultó a un martillero de Villa Ballester. Lo conocía por trámites ordinarios en la comisaría, se tenían confianza. Le comentó que una propietaria quería hipotecar su propiedad en forma rápida. Estaba por viajar a Uruguay y quería concederle un poder especial para acelerar las diligencias. Sí, se puede hacer, respondió el martillero. Esa misma tarde Teresita llevó los papeles, todo parecía en orden, y firmó en favor del policía. Luego se formalizaría en una escribanía. Dejaron el trámite abierto, pero la rúbrica ya estaba. La fuga, por fin, tenía luz verde. Faltaba ejecutarla.

Los detalles finales se definirían en la casa de Teresita, la noche del viernes 25 de febrero. Esa noche Negut le avisó a Franquet que saldría y volvería en un rato. Tenía un asunto personal que resolver.

Le ordenó que no anotara la novedad en el libro de guardia. El subinspector sacó su Rambler particular que estacionaba en el garaje y manejó hasta lo de Teresita. Le dijo que la fuga era inminente y lo mejor, para la seguridad de Gordon y la suya, era que a la mañana se hospedara en un hotel y luego abordara un avión a Montevideo. Teresita prefería irse una vez que su novio estuviera libre. Quería quedarse hasta último momento por cualquier eventualidad y luego encontrarlo en Uruguay. Negut intentó disuadirla, cualquier contratiempo pondría en peligro a los dos. Mejor que se fuera rápido. Fue en medio de esa conversación que empezaron a escuchar ruidos y gritos del departamento de arriba. Teresita se sobresaltó. Le pidió a Negut que interviniera, su vecina podría estar en riesgo, pero el subinspector se negó. Debía estar en servicio y cualquier problema que surgiera podría hacer fracasar la fuga. Prefirió no meterse. Teresita le urgió que llamara a la policía, al menos; los ruidos eran estremecedores. Estaba asustada. Negut tampoco llamó. Lo hizo ella. Al rato llegaron dos patrulleros con agentes de la 5ª de Vicente López, patearon la puerta del departamento y encontraron a Raúl El Marciano borracho, meando sobre el sillón del living, mientras se resistía al pedido de clemencia de una mujer que rogaba que se fuera. Se lo llevaron.

Tres días después, en alguna imprecisa hora de la tarde del lunes 28 de febrero, agentes de la misma comisaría mataron a Carrizo y a Lito. El parte policial mencionó que se habría producido un enfrentamiento adentro de la propiedad, en Las Casuarinas, sobre la calle 25 de Mayo, San Vicente. En un folio del expediente hay una foto de Carrizo retratado a medio cuerpo, con el torso desnudo, el pelo ensortijado y los ojos cerrados, como si durmiera. Ninguna

fotografía de Lito. El procedimiento se realizó sin testigos, el lugar era oscuro y descampado. ¿Fue un enfrentamiento? Después de que los dos delincuentes fueran abatidos, la policía se ocultó entre los árboles, probablemente tuviera conocimiento de la reunión prevista, y cuando Ledesma abrió la tranquera y avanzó por el camino arbolado, lo rodearon. Estaba acompañado por un hombre de 27 años, que también fue detenido. Esa noche, en los dos domicilios de Carrizo se incautaron chequeras, cédulas de automotores y documentos de distintas personas. También un maletín negro con trescientos mil pesos viejos, prendedores, anillos, pulseras y cadenas de metal dorado, pistolas 9mm, revólveres .38 y un Winchester .44. María, su mamá, las dos empleadas domésticas, Guazzoli, su novia y Haedo fueron detenidos, y se ordenó la captura de Sotelo en Chaco y la del Loco Giudissi, o "Giúdice", como se lo menciona, en Corrientes capital.

A la mañana siguiente, el martes 29 de febrero, cuatro días después de la detención de El Marciano, en la misma comisaría, la 5ª de Vicente López, frente al mismo oficial principal Iasimoni, Ledesma iniciaba su declaración.

26
La fuga

Ahora solo debía dejar pasar el tiempo. Lo más enredado se había resuelto. La hipoteca en su poder, los barrotes del calabozo partidos y estaría fuera de servicio en el momento de la fuga. Cuando todo terminara podrían mirarle las manos si querían. Las tendría limpias.

El lunes 28 de febrero Negut saludó y se fue de la comisaría 2ª de Villa Ballester. Una mañana de verano, el cielo despejado, la conciencia tranquila. Concluía una tarea de más de dos meses. Lo había hecho bien. Ahora restaba la puntada final, dejar el mensaje. Era importante: los delincuentes debían irse. Si los detenían quedaría comprometido. Habría pruebas de sobra. El resto, los policías, solo aportarían indicios, chismes. Nada, habladurías.

Estacionó su Rambler en una cuadra alejada y caminó. La cortina de metal estaba enrollada, el taller abierto. Traigo un mensaje de Acosta, le dijo al muchacho y le entregó el papel. Chiche lo leyó. No entendía qué decía (Acosta apenas sabía escribir, o lo hacía a desgano). Pero era su letra. La conocía. Por la forma en que había desaparecido del taller, de un momento a otro, sin avisar, suponía que regresaría del mismo modo. O quizá no. Lo encontraría muerto en la foto de un diario. Luego supo que estaba preso, se enteró del

robo a la joyería por las noticias. Se va a fugar, dijo Negut, por si el papel dejaba dudas. Chiche creyó que Negut era otro delincuente como Gordon, con el que habían robado el banco en Arroyo Dulce. ¿Es esta noche?, preguntó Chiche, para asegurarse. Sí, en realidad, en la madrugada, a las cuatro frente a la iglesia. Chiche pensó que le resultaría difícil levantarse sin despertar a su esposa; ella le preguntaría dónde iría. Tal vez debería quedarse trabajando en el taller hasta que se hiciera la hora. Dijo que lo esperes, aclaró Negut, quizá se demore un poco, pero va a llegar. Chiche guardó el papel, no dijo nada. ¿Vas a ir?, preguntó Negut. Parecía inquieto. Sí, después veo dónde lo llevo. Acá no lo puedo traer. Ya tuve problemas. Él me dirá, respondió Chiche.

A las cuatro y media de la madrugada del martes 29 de febrero la guardia de inspección abandonó la zona de encierro sin reportar novedades. Colviello, con los colchones y las frazadas de apoyo, asomó la cara en el hueco del ventiluz. Miró a un lado y al otro y nada, silencio hospital. Sacó medio cuerpo, giró como un contorsionista y bajó. Se fue deslizando como si aterrizara en un campo de algodón. Con una llave abrió el candado y liberó a Llaneza. Luego traspasaron la puerta del pasillo y se detuvieron frente a la celda de Gordon y Acosta. Estaban los dos en vela, los cuatro ojos abiertos, atentos, esperando el clic, que la puerta se abriera. Salieron caminando uno detrás de otro, los cuatro, midiendo los pasos para no encimarse. Colviello abrió la puerta que daba al patio. Media fuga estaba hecha. Faltaba sacar los dos pies de la comisaría. Acosta subió con cuidado al cajón de chapa que cubría la motobomba y dio un salto para treparse a la medianera de la casa vecina, la del doctor Mansilla. Después los cuatro atravesarían el

jardín y saltarían al baldío que daba a la calle Alvear. Todavía era noche cerrada. No se escuchaba ni un ladrido, hasta los gatos dormían. Acosta esperó sentado con las piernas colgando en la pared. Le tendió una mano a Gordon, que se abalanzó sobre la medianera, acomodó el cuerpo y pisó el pasto tras un descenso prolijo. Colviello le dio a Acosta el bolso con los barrotes y el arco de sierra y se lanzó con envión desde la motobomba, quizá demasiado envión. Pasó de largo la medianera y cayó en lo de Mansilla. Le quedó machucada la rodilla izquierda que usó para amortiguarse. Faltaba el último y se iban. Llaneza trepó con ímpetu pero dio un salto corto. Quedó en el filo de la pared, pecheando entre el bien y el mal, dirimiéndose entre la cárcel y la libertad. Acosta lo sostuvo de los hombros y Llaneza, para darse impulso, pataleó sobre el caño metalizado, el que llevaba el agua. Estaba unido al muro. Fue la patada maldita. El caño se desprendió y cayó sobre el patio. Provocó una explosión seca. Fue el segundo en el que empieza un desastre, cuando los protagonistas tienen esa certeza pero quedan paralizados, como si esperaran una explicación adicional, un nuevo evento que les permita entender qué pasó, o qué habría que hacer; el instante de miedo que impide la reacción. Después pasa. Acosta agarró a Llaneza de la cabeza y lo dio vuelta como si moviera a un hipopótamo. Llaneza cayó sobre unas sillas que el doctor Mansilla siempre prometía mandar a reparar, pero en tanto seguían apiladas. Corrieron por el jardín con la conciencia de que algo se había jodido, aunque todavía se podía arreglar. Llaneza adolorido, Colviello rengueando, los otros dos impecables. Tiraron el bolso y saltaron al baldío, luego a la calle. Ya estaban libres.

Acosta adelante, a paso rápido y luego corriendo como un desquiciado, sacó varios cuerpos y desapareció del mapa. Gordon y los otros dos prefirieron simular normalidad, no ponerse en evidencia. Habían visto un movimiento en la vereda de enfrente, como dos sombras. Eran dos jóvenes que caminaban sin prisa: demasiado tarde si volvían de noche, demasiado temprano si empezaban el día. Los tres fugados siguieron por Alvear y doblaron por Lacroze con el control de la situación. Iban camino a la iglesia. La fuga era un hecho. Era real.

Esa madrugada la sala de guardia de la comisaría 2ª estaba a cargo el oficial Orieta. Lo acompañaban dos subayudantes, Cuello y Camacho. A las cuatro y media escucharon un sonido metálico. Pensaron que era la estampida de un arma de fuego. Corrieron a la zona de encierro y encontraron abierta la puerta del pasillo de los calabozos. La celda de Gordon y Acosta también. Fueron al patio. El caño de agua estaba en el suelo. Estos dos hijos de puta se fugaron por lo de Mansilla, se enfureció Orieta. Otro policía descubrió que la celda de Llaneza y Colviello estaba vacía. ¡Cuatro fugados! Los presos se despertaron y empezaron a dar gritos extraños, como un ritual selvático, una murga de carnaval enloquecida. Orieta le ordenó a Domínguez, el chofer de la noche, que sacara el móvil del garaje, y se fue corriendo, como quien doma un caballo a pelo y se lanza por el campo, desenfrenado. Domínguez sacó el móvil y tres policías se tiraron adentro. La calma nocturna fue barrida por el ruido de la sirena policial. Orieta encontró a dos muchachos en la calle Alvear y se detuvo. Eran Del Bosque y Bolignon, dos soldados conscriptos de la Seccional 31ª de la Federal. Iban a prestar servicio. ¿Vieron a los cuatro fugados?, preguntó sin aire, con la nueve en la mano.

¡Acaban de doblar por allá!, respondieron al unísono. Domínguez apareció con el móvil, Orieta subió y los conscriptos corrieron tras ellos. Gordon escuchó la sirena, tiró el arma al pie de un árbol y se zambulló a un baldío junto con Colviello y Llaneza. Desde el móvil vieron el movimiento al final de la calle, una sombra que desapareció. Orieta bajó y tiró tres tiros al aire. Los fugados quedaron arrinconados contra la pared, apuntados por los policías. Enseguida llegaron los conscriptos. Gordon les dejó una mirada de odio. ¿Dónde está el otro?, preguntó Orieta. Se tomó el tren, dijo Gordon. Acosta ya estaba en el auto de Chiche. Saludos. En la vereda los policías encontraron el .32 largo con los siete cartuchos. Los fugados regresaron esposados a la comisaría.

Apenas entrada la mañana, Tejo indagó a Gordon. Lo llamaron de urgencia y apareció en la 2ª como quien pisa la zona de la catástrofe, con la sangre en el ojo y la desesperación por reconocer al traidor. La historia volvía a empezar, o agregaba un nuevo capítulo. La primera foja tenía su sello, era obra suya. Y luego, avalado por el comisario Coppola, había iniciado la labor de inteligencia sobre el jefe de la banda en Colón, un procedimiento solitario, imperceptible, que permitió organizar la captura a partir del punto de debilidad de Gordon, el Torino Lutteral Comahue. Gordon, valiéndose de la negligencia de al menos un policía camuflado en el taller del Tano Bonifacio, había escapado. Después, la desazón por la caza fallida, Nelly a prisión, la sanción a Tejo y no hubo más noticias. La Brigada caminó tres meses con la mira desenfocada. Hasta que la Federal detuvo a Gordon y a Acosta por el robo en la importadora de relojes, y allí primó la perseverancia de Sotelo, o su carácter, que logró arrancárselos a Moras Mon con la promesa de un pronto

regreso. Tejo los fue a buscar y los depositó en la celda de la 2ª. Después se olvidó del asunto. Siguió con la rutina de un oficial principal de la policía bonaerense, porque robos hay todos los días, en todos lados, y chorros que caen también, y no es cuestión de enamorarse de cada uno. Siguió con las indagatorias en su escritorio, nuevas pesquisas, un policía más mezclado en la marea de gorras azules que irrumpe en villas de emergencia, operativos de la Regional San Martín, al fin y al cabo, sacando gente pobre de las casillas (la mayoría acababa de llegar del interior del país) para verificar identidades, a qué se dedica, dónde trabaja, averiguación de antecedentes. Un día a día con la suficiente intensidad para que Tejo no se detuviera en el patio trasero, no advirtiera la traición interna que se gestaba en el corazón de la 2ª de Villa Ballester.

Esa mañana Sotelo llegó poco después que Tejo. El comisario Coppola le notificó la novedad. Se había producido un agujero en la seguridad de la dependencia. Lo dijo con pesar y vergüenza. La primera fuga que le golpeaba la cara. No era algo personal: esto jodía a todos, a la comisaría, a la Brigada, a la Regional, a la Justicia. A esas alturas, en la tropa circulaba el nombre de Negut, pero a Sotelo le hablaron de un servidor infiel, sin más detalle. Querían que lo confesara Gordon, como ya lo había hecho frente a Tejo, en una declaración cuasi judicial, el acto en el que el delincuente confiesa el hecho al policía, sus primeras palabras, las que dibujan el trazo grueso, que a la vez es el fondo de la historia, y se la ingresa al expediente. Declaración cuasi judicial, así llaman los policías a ese primer acto. En las oficinas de inteligencia de la Federal, Coordinación (o Coordina, para los que conocían su carga sombría, la pequeña muestra del terror estatal, apenas el anticipo), a la

declaración cuasi judicial la llamaban la espontánea. No implicaba la tortura. Era un interrogatorio en una habitación, una mesa, dos sillas, de un lado el policía investigador y del otro, con el foco de luz sobre sus ojos, el bandido. La espontánea podía fracasar aun con una ametralladora de patadas y cachetazos. El policía quería conocer la identidad del interrogado. Aunque no hablara, saber quién era. Quién era el terrorista, guerrillero, delincuente político o perejil que tenía frente a él. Arrancar su nombre real, o su nombre de guerra; desenmascararlo, ponerlo en el organigrama de la célula, llenar el raviolcito, completar la estructura de la banda subversiva. La espontánea, así se conocía. Y esa declaración, cuando llegaba al tribunal antisubversivo, que tenía una sentencia rápida, funcionaba, se la daba por válida. También la subían al expediente en los tribunales de instrucción que juzgaban a delincuentes comunes, pero luego la valoraba el juez. Quedaba a su juicio, y en general le daba crédito. La relación con la institución policial se volvería incómoda si no lo hacía.

Este expediente, el de la fuga, acababa de parirse, y Sotelo no quería pisar callos en la 2ª. Eran sus auxiliares de investigación, los consideraba eficientes, y estimaba a Coppola, además. Lo creía un buen policía, incapaz de cometer abusos de ninguna naturaleza ni de participar en trapisondas, o ser artífice de una cochinada como la que ahora requería su actuación. Lo mismo pensaba Coppola sobre Tejo, su discípulo en la fuerza. Como fuese: aun con los buenos conceptos que se tributaban unos a otros, el grano en el culo estaba a la vista. Se lucía. Y a Sotelo le molestaba porque había hecho lo imposible para tener a los dos delincuentes a disposición, los había indagado y había soportado mil reclamos y los había mantenido

hasta el ultimátum de la Cámara provincial. Y justo cuando había decidido devolverlos, uno se le escapaba. Y ahora tenía que poner la cara frente a otros jetones de la Justicia, soportar los exhortos, comerse el garrón. Una desgracia. El pez gordo, al menos, fue recuperado, le dijo Coppola, como atenuante. No alcanzaba.

Gordon había sido atrapado por segunda vez en tres meses. Reiteró ante Sotelo lo que había anticipado a Tejo. Dijo que el arma que encontraron al pie del árbol no era suya, la había tirado Acosta cuando escapaba, y aseguró que sin el aporte de Negut la fuga no hubiese existido. Negut, ese era el hombre. Casi el cerebro del plan. Y volvió a la celda.

Mientras Coppola detallaba a Sotelo el operativo cerrojo para neutralizar al fugado, llegó el comisario inspector Aranguren, la autoridad suprema de los azules en la Regional San Martín. Traía los folios de la indagatoria a Ledesma en la 5ª de Vicente López. Ya habían sido giradas al juez Sasson. Ledesma, detenido el día anterior, acababa de aportar información relevante relacionada con un agente de policía llamado José Luis Moure. Su declaración comprometía a Aníbal Gordon. Tejo lo sacó de la celda otra vez y lo sentó frente a Sotelo.

27
Las manos atadas

Había desaparecido un agente de la Policía Federal. ¡Carajo! ¿Nadie lo había visto subir con su uniforme a un Valiant IV blanco en Corrientes y Talcahuano, la esquina más transitada de Buenos Aires, aquel jueves al mediodía? Quizá los testigos que lo vieron no advirtieron nada extraño. ¿Qué podría tener de singular que un policía se subiera a un auto con tres civiles, como para retenerlo en la memoria? O quizá muchos lo vieron pero no se enteraron de que la policía buscaba a ese agente. ¿Quién podría asociarlo con una noticia entre miles publicada una sola vez en un diario?

Se carece de noticias sobre el destino de un agente conscripto. Desapareció alrededor de las 13.30 de la parada que cubría en esta capital, sin que nadie, ni sus familiares ni amigos ni camaradas de trabajo pudieran aportar dato alguno sobre su posible paradero.

Moure podría haber sido secuestrado. ¿Pero quién tendría interés en capturar a un agente conscripto de la Policía Federal? ¿La guerrilla? La guerrilla podía secuestrar a un general y pegarle un tiro como propaganda política o reparación histórica. O podía matar a un policía si se resistía al robo de su arma o impedía una acción. ¿Para qué querría a un agente conscripto? Y aun suponiendo que hubiese

sido la guerrilla: ¿cómo se hace para secuestrarlo en Corrientes y Talcahuano sin que se resista, que nadie lo advierta? ¿Y para qué se lo llevarían? ¿Para robarle el arma? ¿Y dónde estaba el policía ahora? ¿Por qué no aparecía?

Los primeros pasos de la investigación interna no aportaron indicios. En el kiosco de revistas no vieron nada. Había desaparecido de repente. En su casa de Villa Celina no se obtuvo ninguna pista, nada relevante. Para la Policía Federal se había ido por propia voluntad, y lo denunció a la Justicia por averiguación de defraudación. Había desaparecido con una Browning 9mm, sus tres cargadores completos, 39 proyectiles y su uniforme. Requirió su detención y el secuestro de lo defraudado.

Ocho días después de la desaparición de Moure, un cuerpo casi desnudo fue encontrado en Carmen de Areco, a 130 kilómetros de Buenos Aires. Solo tenía puestos el calzoncillo y las medias. Lo encontró Pascual Benditti, un peón del establecimiento Dos Ombúes, propiedad de Julia Elena Blaquier de Braun, cuando pasaba el tractor sobre el lote de maíz. El cuerpo estaba tendido de espaldas, con la cabeza girada hacia la izquierda, debajo de un árbol tala, a no más de un metro del alambrado medianero, sobre el borde del camino que lleva al paraje Duggan. Las manos atadas con un cable eléctrico doble sobre la región lumbar, a la altura de la cintura. Los tobillos también atados con el mismo cable. Las moscas rodeaban el cuerpo. Por el desnivel del lote y la maleza, ni desde el sembradío ni desde el camino vecinal resultaba sencillo descubrirlo. Pero Benditti lo vio, aun encandilado por el sol de frente. Al principio le pareció el lomo de un animal que brillaba. Bajó del tractor y se acercó al árbol.

El médico policial, en un examen *de visu*, se detuvo en una herida en la cabeza, al parecer de bala, a la altura del hueso parietal derecho. Después tomó un palo y dio vuelta el cuerpo: observó un plomo a la altura de la oreja derecha y una cápsula de 9mm. Se abrió una causa por homicidio y al muerto le seccionaron las manos a la altura de las muñecas para identificarlo. Ninguna persona lo reclamó. Fue enterrado como NN en el cementerio de San Antonio de Areco.

Tres meses después, el 2 de febrero de 1972, se conocieron los resultados de laboratorio y se identificó a la víctima, José Luis Moure. Pero la información no fue relacionada con el agente desaparecido ni se dio aviso a sus familiares. Siguió enterrado.

Hasta que Ledesma confesó los hechos.

Lo que dijo Ledesma en la comisaría 5ª de Vicente López el 29 de febrero de 1972:

El deponente, en la segunda quincena de octubre, se reunió en la casa de Carrizo, avenida Independencia 3440, junto a Aníbal Gordon. Carrizo pidió que lo acompañaran a la casa de Haedo, sobre la avenida Corrientes, para dejarle dinero a su pareja. Bajó del auto, volvería en minutos. Gordon estaba sentado en el asiento delantero, el deponente atrás. El agente se acercó y dijo que el auto estaba mal estacionado. Le pidió a Gordon su registro de conductor. Gordon respondió que el auto no era suyo, el dueño ya volvía. El agente comenzó a labrar el acta cuando llegó Carrizo. Le exhibió su licencia de conductor y le pidió que no hiciera la infracción. Le ofreció diez mil pesos. El agente no los recibió. Carrizo subió la cifra a veinte mil. El agente dijo que debían acompañarlo a la dependencia policial para reconocerlos. Carrizo acató la orden, lo hizo subir en la parte

trasera, junto al deponente. Y le dijo a Gordon que se pusiera al volante. Carrizo ascendió en la parte delantera. A la tercera cuadra, el agente dijo que doblaran para ir a la seccional, pero Gordon hizo caso omiso, y Carrizo extrajo una pistola 9mm, le apuntó y lo conminó a quedarse quieto. Con la mano izquierda abrió la pistolera del agente y le extrajo su arma reglamentaria. El agente pidió que lo dejaran en libertad, Gordon y Carrizo prometieron hacerlo más adelante.

Carrizo le indicó a Gordon que tomara la ruta 8.

En las proximidades de San Antonio de Areco, en un camino de tierra despoblado, Carrizo mandó girar a la izquierda. Hicieron cuatro o cinco kilómetros hasta que se detuvo el rodado. Carrizo hizo bajar al agente y le ordenó que se sacara el uniforme. Quedó en calzoncillos. Carrizo extrajo del baúl el cable de una lámpara portátil y, amenazándolo con una pistola, lo hizo caminar hasta un alambrado distante cinco metros. El deponente y Gordon, parados junto al vehículo, observaron de lejos. Carrizo hizo pasar el alambrado al agente y, dentro de un campo, lo obligó a tirarse al suelo, le ató con el cable de la portátil las piernas y las manos a la espalda, con su arma efectuó varios disparos y regresó al auto. Este ya no reconoce a nadie, dijo. Después, antes de llegar a la ruta 8, Gordon detuvo el rodado, tomó un palo hallado en el lugar, ató un trapo en su extremo y lo introdujo en el tanque de nafta. Con el trapo empapado, impregnaron el uniforme y lo prendieron fuego. Luego continuaron la marcha y volvieron a detenerse para arrojar las piezas de la pistola desarmada al río. En el trayecto de regreso Carrizo recomendó olvidar lo ocurrido. Y si alguno caía detenido, que no lo comentara, para evitar pagar esa muerte. El deponente aclaró

que Aníbal Gordon estaría en condiciones de señalar los lugares con mayor precisión. Era todo lo que podía declarar sobre este particular.

En la indagatoria con Sotelo, aquella mañana, Gordon admitió el homicidio. Su relato fue similar al de Ledesma. En la mecánica del homicidio, Carrizo siempre se ocupó de la acción, pero hubo una diferencia sustancial en sus palabras. Gordon declaró que hicieron trasponer el alambrado al agente. Lo dijo en plural. Como si fuese una tarea conjunta. Luego su relato volvió al singular. Carrizo lo ató solo, de pies y manos. Gordon creyó que lo dejaría abandonado, y mientras se dirigía hacia el automóvil junto a Ledesma oyeron tres o cuatro disparos. También recordó la frase de Carrizo, este no reconoce más a nadie. Regresaron sin hacer comentarios sobre la ejecución, se detuvieron a quemar las ropas, se deshicieron de la pistolera, el cinturón, una varita de tránsito de madera, los zapatos. Carrizo retuvo un cargador de la pistola reglamentaria del agente, dijo Gordon.

Aranguren, Tejo y otros policías de San Martín y Vicente López lo trasladaron esposado al lugar de los hechos. Sumaron al expediente una foto de Gordon de espaldas, parado sobre una vía muerta, rodeado de hombres. En el procedimiento se secuestró la varita de tránsito de madera, botones, suelas de zapatos. Un testigo declaró que los hallazgos se realizaron por indicaciones de una persona esposada.

El 3 de marzo de 1972 el agente conscripto José Luis Moure, 19 años, chapa 19724, fue enterrado en el panteón de la Policía Federal.

¿Por qué hasta entonces no se había revelado el homicidio de Moure, si sus impresiones digitales se conocían desde el 2 de

febrero? ¿Quién lo había matado? ¿Fue una decisión de Carrizo, como coincidieron Ledesma y Gordon? ¿Gordon sabía que Carrizo ya estaba muerto cuando Ledesma confesó el homicidio? ¿Tuvo conocimiento de la declaración de Ledesma antes de exponer la suya? ¿Habían acordado inculpar a Carrizo si alguna vez los detenían? Y dos preguntas más. ¿Por qué Ledesma reveló el homicidio? ¿O ya lo había revelado El Marciano, y cuando la comisión policial fue a buscar Carrizo ya sabía que había matado a Moure?

A la semana siguiente, la crónica de los hechos se imprimía en los diarios.

De los interrogatorios a los que fueron sometidos se estableció que Carrizo fue el autor del asesinato de un agente de la Policía Federal desaparecido en momentos en que prestaba servicios en la esquina de Corrientes y Talcahuano.

Los enigmas del crimen continuaban irresueltos.

CUARTA PARTE

28
La mañana del 21 de marzo de 1972

Se sentó en el banco de la plaza de Tribunales y fue sacando con delicadeza el papel encajado entre la madera y el hierro. Lo guardó en el bolsillo. 21 de marzo de 1972, mañana gris, algo ventosa en Buenos Aires. Esas nubes cargadas no estaban ahí arriba por nada. Las había visto desde el departamento apenas despertó. Se acababa de mudar. Todavía tenía vajilla por guardar en la alacena. Quizá hoy llueva, pensó, la ocasión ideal para estrenar el impermeable color crema de Etam. Se lo probó frente al espejo. Sonrió, le quedaba bien. Su nuevo disfraz de espía para la temporada de otoño. O disfraz de abogada. Era lo mismo. Ya no tenía máscaras ni dudas, Julieta. O Jazmín, como fue bautizada en la Escuelita. Se sentía ella con cualquier nombre.

Ordenó los folios en la carpeta y la guardó en el bolsón que usaba de cartera. Se tomó un momento para encender un cigarrillo. Fumaba para hacer la pausa justa, el chequeo, la recorrida visual de las paradas de colectivos, los hombres o mujeres que se detenían en las vidrieras, la primera lección de los espías, costumbres gastadas de los que caminan la calle. Nada le llamó la atención. En un rato encontraría al controlador. Era un hombre de unos 40 años, civil,

culto, refinado, podría decirse, avezado en letras y arte, en buenos modales. Suponía que era contador, aunque no recibido. Llevaba los números de pequeñas empresas y comercios, tareas que le dejaban tiempo y espacio para dedicarse a otras más importantes. Lo había conocido hacía unos meses; le caía bien. Bastante mérito para un jefe. En los pocos trabajos que le había encargado, aunque fueran menores, aceptaba ideas. No era el clásico policía apegado al manual. Y además la entretenía con las urgencias, las reuniones gestadas con señales escondidas en algún lugar de la ciudad, o mensajes cifrados que publicaba en los clasificados del diario los lunes y jueves de números impares.

Los objetivos eran más o menos los mismos que los de la inteligencia policial; cambiaban el estilo, los procedimientos. Aunque quizá fuera el sello personal del controlador, siempre a la caza de una fórmula nueva, como si la producción de información debiera coronarse con un detalle mágico, una resolución sofisticada. Su ingenio la mantenía activa. Aún más, cautiva. Vivía una revolución interna. Le estaban pasando demasiadas cosas buenas.

Ahora era funcionaria de la Presidencia, Julieta, una dependiente de la Secretaría de Inteligencia de Estado, una servidora pública comprometida en la seguridad y la integridad de la Nación.

Se lo debía al coronel.

El cambio se produjo una mañana en su oficina de persianas venecianas polvorientas, en medio de una conversación anodina, de manera abrupta, como si acabara de ocurrírsele. Acá, en la policía, con el tiempo, dijo, se te van a pegar los vicios de la institución. Sería una pena. Vas a embrutecerte de tal modo que ni siquiera te vas a dar cuenta. Julieta, helada, esperó que continuara. No había

más para decir. El coronel había concluido. El silencio fue inquietante. ¿Y entonces? ¿Qué debo hacer?, preguntó. Irte. ¿Irme? Sí, claro. ¿Adónde? ¿Cómo? Parecía un despido paternal. No dejaba de ser un despido, al fin y al cabo. Yo me voy a ocupar, concluyó el coronel, y le sugirió que tomara sus cosas y se fuera sin saludar.

De un día para el otro Julieta estaba en una oficina de los años 30, con la alfombra descuidada, en un piso alto, frente a una ventana desde donde, en forma oblicua, se adivinaba la Casa Rosada. ¿Qué estás viendo ahora?, le preguntaron. Describió las figuras del papel. ¿Y ahora? Y así continuaron hasta terminar el test psicológico. Le dieron una orden médica, con estudios de sangre y orina, y también una audiometría, los habituales exámenes preocupacionales. En la clínica, para distraerse, intentó descubrir quiénes esperarían turno por su mismo tema. Después se presentó en las clases de la Escuela de Inteligencia, una mansión con una pileta hermosa. Casi todos los postulantes parecían profesionales consolidados, o estudiantes avanzados, los más jóvenes. Otros eran difíciles de clasificar: podrían ser miembros de fuerzas de seguridad o agentes de la Secretaría en tareas de inteligencia interna. Había cierto apremio por incorporar personal. La guerrilla trepidaba el ánimo castrense. El general Miatello, el nuevo jefe, asignado al despacho del piso cinco, quería reformar el organismo. Presentó un programa con separaciones por asunto: Gremial, Estudiantil, Religioso, Económico, Político o Subversivo, pero si se rascaba en un ámbito, había un punto de contacto que llevaba al otro. Si se miraba a los políticos con lupa, allí aparecían los microorganismos malignos, bacterias, hongos, subversivos. Allí había que enfocarse, decía.

Antes necesitaba limpiar la casa. El nuevo Señor 5 quería formar profesionales serios, hacer el recambio, desprenderse de la carretilla de ñatos que tomaban whisky en las oficinas y se comían los campamentos guerrilleros en el norte, los turistas camuflados en el aeropuerto que se iban a entrenar a Cuba. Quería desmantelar la innumerable banda de pillos de la familia militar, de las tres fuerzas, que usaban la inteligencia para hacerse de un sueldo en negro, un contratito en el Estado, y encanutaban los billetes en sobre, mientras los grupos armados se les paseaban delante de sus narices, hacían su estreno estelar sin siquiera haber sobrevolado un indicio, un dato, un puto dato por la Secretaría.

La Escuela proponía un curso intenso, de jornadas largas, aunque de pocas semanas, para sumar personal. Los profesores exponían las doctrinas de seguridad de Occidente en el marco de la Guerra Fría, las fases, los roles de las potencias, la ramificación y el financiamiento del terrorismo internacional, la experiencia francesa en Argelia, la influencia cubana, la guerrilla en la Argentina, orígenes, ideologías, patrones operativos, la información de lo que circulaba, a modo general, en los servicios de inteligencia hasta ese momento.

En un cuarto del fondo de la mansión había un laboratorio con herramientas para las prácticas. La máquina de vapor para abrir y cerrar sobres, el mismo sistema que se empleaba en la dirección de control postal del edificio del correo para el análisis de las cartas sospechosas. El detector de mentiras, en el que los postulantes fueron interrogados, al principio con preguntas básicas, para estabilizar el pulso, y luego con otras más personales: ¿consumiste drogas?, ¿participaste en actos públicos?, ¿tenés algún familiar o

amigo en organizaciones políticas o subversivas? También trabajaron con escuchas reales de teléfonos intervenidos, casetes que grababa la Secretaría en el área de comunicaciones del correo. Los postulantes escucharon diálogos y, con las evidencias que detectaban, planteaban ilícitos susceptibles de una detención policial, que luego, sumando un interrogatorio, podrían presentar a un juez. Otra práctica fue Fotografía y Revelado. Otra, Seguimiento y Antiseguimiento; caminaban blancos anónimos en la calle, les tomaban imágenes en situaciones cotidianas y luego exponían su caso en el aula: identidad, actividades, información personal.

Al inicio del curso, comentado al pasar, un profesor anunció que personal externo haría entrevistas individuales para definir perfiles y potencialidades que luego serían derivados a las secciones de la Secretaría. La interpretación de los postulantes fue más radical: la entrevista definiría las incorporaciones. Como no había cupos, el que aprobaba ingresaba. El resto, afuera. La entrevista se haría sin aviso, de un momento a otro; se esperaba con ansiedad y temor. En las clases casi no había preguntas, quizá algún agregado al planteo de un profesor. Nadie quería quedar expuesto con una intervención pobre o crítica, arriesgarse a un comentario inoportuno, dar un paso en falso. En los recreos se escuchaban diálogos superficiales. No se hablaba del curso ni de docentes, nada personal, ni siquiera del colectivo en el que habían llegado, para no dar indicios de la zona en que vivían. Julieta cumplió a rajatabla el implícito pacto de silencio: cuando un profesor que había tenido en la facultad la reconoció en la Escuela y quiso saludarla, prefirió esquivarlo para no generar comentarios de ninguna clase.

Ella confiaba. Sentía que estaba casi adentro. Bastaría con transitar el curso sin errores. Solo le faltaba la confirmación. Se atenía a la lógica: la policía habría enviado su legajo lustrado y cerrado con un moño, con la recomendación del coronel. Si él había expulsado a su niña bendecida de la institución no habría sido para tirarla a la calle, estaba convencida.

En esos días de rebelde inquietud la citó a las seis de la tarde en Clark's, reducto coqueto y tradicional como pocos del microcentro porteño, con su mobiliario de madera tallada, sus mozos con smoking. Supuso que le comunicaría su ingreso a la Secretaría; *sotto voce*, por supuesto. El coronel estaba en la mesa cuando llegó. Había pedido un vermut, un Cinzano rosso, su debilidad. Julieta lo acompañó con una copa, aunque el coronel probablemente ya llevara una encima, quizá dos. En la bandeja de plata sobresalía un tentempié con variedad de quesos —gruyère, parmesano, roquefort —, aceitunas rellenas con morrón y bocados rociados al aceite de oliva que el coronel pinchaba en las pausas de sus comentarios. Picada completa. Estaba de buen ánimo, o de buen humor, o, mejor dicho, en el despliegue sin mesura de un humor ácido, corrosivo, que Julieta desconocía. Era la primera vez que lo veía fuera de la Escuelita. En un momento, el coronel interrumpió su alocución y quedó duro, con el rostro congelado durante cuatro o cinco segundos, fijo como una estatua de mármol. Y de golpe emuló la voz trémula de Lanusse en una arenga por la patria, quién sabe a cuento de qué, y empezó a reírse solo, a carcajada rabiosa, que se entrecortaba con los descalificativos al presidente; y en el impulso de la risotada sin fin, que le hacía temblequear los cachetes, le asomó un moco, pequeño, de su nariz. Lo advirtió porque percibió la

sorpresa de Julieta, y lo limpió con su pañuelo blanco, rápido, sin dejar rastros ni dejar de reír, para que el infortunio no opacara la diversión del momento. Estaba exultante. La invitó a un brindis y alzaron las copas a modo de conclusión de su breve espectáculo. Parecía preso de una leve borrachera. Se entendía: eran los últimos días del año 1971, llegaban las fiestas. Ella sonreía para no abandonarlo en su alegría, pero estaba perpleja. Temía que la cosa se tornara más espesa. El coronel, con la última sonrisa, avisó con un gesto que iría al baño. Julieta lo vio irse con un tambaleo leve, que interpretó por su edad, aunque el alcohol también colaboraba, y pensó cuál habría sido el sentido de la cita. El anuncio que esperaba se desvanecía. Buscó el paquete de cigarrillos del bolsón y antes de encenderlo vio a un señor sentado en la barra, morocho, pelo cortado al cuello de camisa, bigotes, traje gris, mocasines, 35 años al menos. Apenas lo miró, el sujeto le retiró la vista y apuró su trago. La bebida era sospechosa. ¿Quién hace una pasada por la barra de Clark's para tomar una Coca-Cola? Seguro habría visto la actuación del coronel. Pensó que podría ser un postulante de otro curso que la seguía para exponerla a ella como caso. Un hijo de puta que la tomaría como conejillo de Indias, una ratita de laboratorio. O podría ser un agente de la Secretaría que la seguía como parte de la evaluación. ¿Y si era un buche de la Federal que espiaba al coronel por alguna interna de ellos, azules y verdes? Se levantó para ir al área de baños y poner al corriente al coronel, pero lo vio llegar con el paso firme, recompuesto, serio, sin destellos del show anterior. Quiso alertarlo pero no hubo modo. Se sentó rápido, con la lengua afilada. Le dijo que ahora iniciaba una etapa que cimentaría la base de su despegue y comenzó un recuento de sus capacidades

demostradas en la policía, un palabrerío que Julieta interpretó como el prólogo del anuncio esperado. Lo siguió sin quitarle la vista, con fingido rubor, pero con la mente puesta en el personaje de la barra, el postulante, el agente, el cana, el intruso. Acto seguido, como si se apartara del micrófono en una ceremonia de colación de grado, el coronel tomó un sobre blanco de su saco y se lo entregó. Tenía la inscripción "Jazmín A.". Julieta le agradeció y lo guardó en el bolsón. Pero el interés del coronel era que lo abriera delante de él. El vigilador los miraba de reojo, ahora con total impunidad. Julieta abrió el sobre. Era un cheque de la Lotería Nacional. Al portador. Cincuenta mil pesos ley, cinco millones de la vieja moneda. El coronel había echado mano a una caja negra, ayudado por un camarada de armas, retirado, en funciones de Estado, que había puesto su rúbrica. Por sus servicios prestados, dijo, con callado orgullo.

Su vida cambió a partir de aquel encuentro en Clark's. La entrevista individual en la Escuela se resolvió en diez minutos, un trámite amable, con preguntas formales, el protocolo de una bienvenida que era probable que estuviese sellada desde el primer día. En la Secretaría le presentaron al controlador, el hombre que le delegaría tareas, tomaría sus informes y entregaría su paga: la cara del Estado, su único contacto. Obtuvo un contrato de colaboración temporal, un documento ciego sobre el que firmó y juró confidencialidad. Esta modalidad, una especie de licencia de principiante, en parte la decepcionó. Supuso que sería transitoria.

Julieta se acomodó rápido en la Capital. El cheque le dio alas. Abandonó su casa en el conurbano, el tren Sarmiento, se vistió en Etam. Fue un verano movido. Alquiló un departamento de dos

ambientes en la calle Treinta y Tres Orientales, a tiro de la línea A del subte, e instaló su estudio jurídico en una oficina del edificio sobre Diagonal Norte, arriba del cine Arte, a un paso del Boulevard 9 de Julio y a otro del Palacio de Tribunales. El lugar donde tenía que estar, la mujer que quería ser.

Nueva vida, nuevo empleo, nuevo jefe.

Siguió la instrucción del papel que recogió del banco y vio al controlador en el bar de una galería. Estaba en la última mesa, con la cabeza metida en números de una planilla que acompañaba con una regla y anotaba en un cuaderno con índice, según el nombre del cliente. Cuando la vio, el controlador se levantó y discó en el teléfono público; no logró comunicarse, recogió el cospel del depósito y volvió a su silla. Ella lo imitó. Fue al teléfono y tampoco tuvo suerte. Hizo un segundo intento, discó, metió dos dedos en el depósito y extrajo un papel. ¿No anda?, le preguntó, para romper el guion de la telenovela. Creo que no, respondió él. Apenas si la miró. Julieta quería contarle que esa semana ya había atendido dos asuntos que llegaron por los volantes de propaganda que dejó en locales de la avenida Corrientes; que se sentía con el doble de la energía que cuando repartía su currículum y el triple de satisfacción por su camino recorrido. Quería hablarle de Atilio Aníbal Sorichetti, de las calles de tierra de Moreno y de las ganas que tenía de volver a verlo. Pero no. Debía irse, recibir la información en partes, subordinarse a sus métodos.

Se llevó el papel del bar y caminó hacia su objetivo.

El controlador le había encomendado que se enfocara sobre el ERP, que rastreara e integrara datos dispersos. La quería hurgando en el entripado de la clandestinidad hasta descubrir quiénes seguían

moviendo la rueda, los cuadros de enlace, los jefes de regionales, los que mantenían vivas las células operativas, pese a las caídas. Montoneros había perdido capacidad militar, era cierto: después del secuestro y crimen del general Aramburu, y a partir de la intrusión policial en la casa del Gordo Maza, en Córdoba, en el lejano julio de 1970, cuando descifraron el fichero, la organización quedó relegada en el mapa guerrillero. Les costó recomponerse. Sumó militancia política, pero sus acciones armadas fueron esporádicas. La piedra caliente, para los servicios de inteligencia, era el ERP. Y ya no se hablaba de interceptar un camión y repartir carne o leche en las villas, o entre obreros de fábrica; acciones de propaganda las podía hacer cualquier grupo, casi por deporte. Se hablaba de secuestros extorsivos, atentados, robos resonantes, fugas pesadas.

Breve y necesario *racconto*: al cónsul inglés de Rosario, Sylvester, director de Swift, lo tuvieron en una casa, y los secuestradores aguantaron el rastrillaje de la Gendarmería, la policía provincial, el Segundo Cuerpo de Ejército, y no lo soltaron hasta que la empresa reincorporó a ochocientos despedidos. El comité militar de Capital intentó incendiar el palco en el que hablaría Lanusse el 9 de julio de 1971, a metros de Avenida del Libertador; los guerrilleros robaron un camión cisterna cargado de nafta y fueron detenidos en la noche de la operación. La fuga de la cárcel de Villa Urquiza, Tucumán, en septiembre de 1971, letal y sangrienta, dejó los cuerpos de seis guardias apilados. La mayoría de los jefes del comité central estaba en prisión pero el ERP seguía operando en las plantas de FIAT e IKA-Renault aguijoneando, metiendo la cuchara, y exhibió su obra maestra, su *boccato di cardinale*, cuando sustrajo 450 millones de pesos viejos de las cajas de seguridad del Banco Nacional de

Desarrollo, a cien metros de la Casa Rosada, a cuatro pasos de la Secretaría.

Algo estaba sucediendo dentro del ERP. Había un movimiento interno que, pese a la infinidad de partes e hipótesis que circulaban en la comunidad informativa, el sismógrafo no detectaba. Al controlador se le ocurrió lanzar a Julieta a rastrillar sobre la cosa juzgada. Sería como tirar una botella al mar, cierto, pero quizá entre los interrogatorios de Coordinación, entre el papeleo de causas judiciales del Tribunal Antisubversivo, saltara un nombre de guerra desconocido, un mecanismo repetido, la descripción de una casa operativa, que podría conducir a los que todavía esparcían la pólvora.

Benjamín Rojas. Ese era el único mensaje.

Fue a buscarlo. Era el secretario instructor, el motorcito que hacía funcionar la burocracia del tribunal que juzgaba a la guerrilla, el que asistía a los jueces, verificaba datos, conocía la entretela del expediente. El controlador obtuvo sus referencias, era el hombre indicado, aunque Benjamín no sabía ni del controlador ni de Jazmín, la abogada de la Secretaría enviada desde Presidencia. La sola palabra, Presidencia, se imponía por su propio peso. Le hizo lugar en un escritorio de una oficina pequeña, apartada, que el personal utilizaba para refrigerio o conversaciones personales, y trasladó una pila de carpetas que ya había separado, causas con sentencia firme, otras en proceso. Julieta revisó la de la cárcel de Villa Urquiza, las declaraciones de los guardias, los antecedentes de los fugados; cotejó identidades y nombres de guerra con otra lista de los que habían recibido capacitación en Cuba, los entrenados, los del sector 1º, 2º, 8º; leyó la causa de Víctor José Fernández Palmeiro, también

del ERP, que salió caminando del penal de Devoto y su hermano, que lo visitaba, ocupó su lugar en el pabellón. La pila de carpetas se fue reduciendo hasta que una carátula, que brillaba por sí sola, la detuvo. La causa 95. Aníbal Gordon, procesado por tenencia de armas y explosivos de guerra, Sala 3ª, Vocalía 5ª, iniciación 12 de octubre de 1971. Prevención: comisaría 33ª, Policía Federal. Su esposa, Nélida Beatriz Risso de Gordon, imputada por el mismo delito.

¿Qué está pasando acá?, se preguntó Julieta. Había abandonado a su objetivo hacía más de seis meses, luego de que Tejo la barriera sin piedad del cuarto del fondo de la casa de Colón. Ahora regresaba. ¿Qué hacía un delincuente común juzgado por el Tribunal Antisubversivo, su causa mezclada entre las de guerrilleros? ¿Qué hacía un marinero de la Prefectura metido en este guiso?

Fue pasando las fojas con voracidad. El asalto de la calle Uriburu, los prófugos Carrizo y Ledesma, fotos de la camioneta chocada, la granada, intervenciones de la DIPA selladas por el comisario Pidal, y descubrió que Benjamín Rojas había registrado los movimientos de Gordon como lo había hecho ella cuando no era más que un fantasma. ¡Mierda! Siguió atenta a la lectura, libertad del marinero sin perjuicio de la prosecución de la causa, Teresita Rodríguez goza de buen concepto en el vecindario, el día 29 de febrero del corriente año se produce la evasión de detenidos de la comisaría 2ª de Villa Ballester y permanece prófugo Acosta, el 16 de marzo de 1972 se hace entrega del detenido Aníbal Gordon al sargento 1º de la Policía Federal don Valentín Cabrera, quien procede a trasladarlo. ¿Por qué Rojas le habría entregado la causa 95? Levantó la vista y lo encontró parado en la puerta. Julieta se sobresaltó.

—Tiene teléfono, Jazmín.

—¿Teléfono para mí?

—Sí, una persona me pidió que le pasara con Jazmín. Me dijo que es una cuestión privada. ¿No es usted?

La pregunta la incomodó. Dudó un segundo y respondió amable.

—Sí, claro. No esperaba el llamado.

Fue hacia el escritorio del secretario y tomó el auricular.

Era el controlador. Debía encontrarla de urgencia. Julieta hizo silencio, esperó el motivo.

—Hace una hora secuestraron al empresario más importante del país. Me temo que sé quiénes fueron.

La intuición del controlador no fallaría. La mañana del 21 de marzo de 1972 el ERP secuestraba al presidente de FIAT, Oberdán Sallustro.

29
El controlador

Gordon cambió de abogados a poco de ingresar a prisión. Abandonó al Gordo Galtieri, que lo había defendido por el robo al banco de Bariloche y en su primera declaración por el de la importadora de relojes. Ahora necesitaba una defensa acorde a la nueva carátula, tenencia de arma de guerra y material explosivo. Lo juzgaba el Tribunal Antisubversivo. Ya no era un delincuente común: era un preso político. Debía agradecérselo al Loco Giudissi, o al marinero, a los que manipularon la granada y provocaron la apertura de la causa 95, la que permitió su ingreso al pabellón 37.

Edgar Sa, oriundo del peronismo, y Basilio Surraco, del ámbito católico, graduado en la Universidad del Salvador, fueron sus nuevos defensores. Dos abogados que, como aquellos de la CGT de los Argentinos o la Asociación Gremial de Abogados, o los allegados a las organizaciones guerrilleras, se constituían a los forcejeos en la trinchera enemiga más resonante, Coordinación Federal, con su carnet en alto, para que cesaran la tortura a sus clientes, y alertaban a los jueces del Tribunal Antisubversivo de los tormentos en la sede de la policía política, para que salieran de sus despachos y constataran la realidad de las cavernas de la dictadura.

Marzo de 1972: Acosta prófugo, Julieta al servicio de la Secretaría de Inteligencia de Estado, Gordon detenido en Devoto, en relación con guerrilleros, obreros, militantes estudiantiles. Se sabía que había robado el banco de Bariloche, era público; otros compañeros de prisión habían caído por el mismo delito. Aunque las motivaciones fueran diferentes, robar un banco era una presentación honorable, algo bien visto. Hizo trascender también que había robado el casino de las Termas de Río Hondo, en Santiago del Estero, otra causa justa. Como el casino era propiedad de la provincia; tenía procesamiento, o condena, no se sabía, por delito federal.

Había solo dos delincuentes comunes en el pabellón de los políticos. El otro era Josecito, amigable, gracioso, un ladronzuelo que fue detenido cuando robaba cables de luz de Segba, otro delito federal. Gordon era más serio. Decía poco, pero hablaba con el lenguaje de los pesados, los asaltantes de bandas temerarias. Se lo aceptó también por sus formas educadas, sus buenos modales, características apreciadas para la convivencia junto a 30 hombres 15 o 20 años más jóvenes que él, con los que dormía, comía y se duchaba. Gordon no desentonaba. Respetaba los debates y las discusiones sobre la lucha armada, las lecturas en voz alta de grupos que estudiaban libros de Marx encuadernados en tapas marrones —la tapa roja, aunque fuera la Biblia, tenía acceso prohibido—, y consideraba a tal punto a esos muchachos que no quería que perdieran tiempo en tareas ordinarias. Ustedes estudien, yo me ocupo, ofrecía, generoso, y se corría a un lado para cocinar los alimentos en el calentador Primus a querosene, albóndigas, polenta, fideos, lo que entraran los penitenciarios en el carrito, y luego los

deleitaba con el arroz con leche con cascarilla, su especialidad, para el postre. Menú completo.

A los presos políticos de otros pabellones solía verlos en los recreos del patio externo, dos días a la semana. Allí estaba Santucho, bajito, morocho, con la vocecita casi inaudible, ningún atisbo de la imagen de un jefe, aunque su aura rondaba el aire; se percibía el respeto, la silenciosa devoción que sus compañeros sentían por él. Más allá, Gorriarán Merlo, también del comité central, animado, socarrón, vidrioso. Habían caído juntos en Córdoba en agosto del 71. Además caminaban el patio los que intentaron incendiar el palco de Lanusse, los de la fuga de Villa Urquiza, o Alfredo Curutchet, abogado de los sindicatos clasistas de FIAT; también Vélez Carrera, miembro de la alcurnia rebelde cordobesa, el único montonero condenado por el secuestro del general Aramburu (aunque no por su homicidio), o Mario Soto, reconocido arquitecto, encarcelado a disposición del Poder Ejecutivo (pese a que la sala III del Tribunal Antisubversivo había resuelto su libertad). En el patio había comunistas, excomunistas o comunistas disidentes, del PCR o las FAL y allí, entre ellos, como una singularidad, estaba Gordon. Caminaba de pared a pared, observaba a distancia las improvisadas clases de gimnasia o yudo, los partidos de básquet, los de fútbol, partidos de hacha y tiza que se jugaban en medio de la gritería infernal que llegaba de los pabellones de arriba, partidos de los políticos contra los comunes o contra los presos VIP, que también tenían su equipo. Gordon era uno más entre tantos otros. Era raro, cierto, pero nadie, todavía, sabía quién era.

—Es este —dijo Julieta.

Y mostró la foto del hombre que bailaba con su novia en los carnavales del Centro Lucense a fines de los 50. El controlador miró la imagen sin curiosidad. Tenía otra cosa en la cabeza. El día anterior el ERP había secuestrado a Sallustro, presidente de FIAT Argentina, la empresa privada de mayor facturación, y la tercera del país, detrás de las estatales YPF y SEGBA. Su máximo directivo, ahora, estaba bajo control de la guerrilla.

El auto había sido encerrado apenas salió de su casa en Martínez, en zona norte, cuando su chofer lo trasladaba a la torre FIAT, una mole vidriada de veinte pisos de tono azulado que sobresalía en el Boulevard 9 de Julio. Julieta y el controlador la veían desde la confitería. Sobre la mesa, un diario con los identikits de dos secuestradores, uno de ellos con uniforme de policía. El chofer había sido herido de un tiro en el hombro. Sallustro, tras forcejeos y golpes, fue trasladado a una camioneta. Horas más tarde, el ERP, en el primer comunicado, que se leyó en radio Colonia, anunció que sería sometido a juicio por un tribunal popular, por prácticas monopólicas, despidos, encarcelamientos de obreros y dirigentes sindicales. Los conflictos fabriles no habían terminado. Seis meses atrás, los dos sindicatos de la empresa, Sitrac, de FIAT Concord, y Sitram, de materiales ferroviarios, habían sido disueltos por la dictadura de Lanusse. El Ejército ocupó las plantas y la empresa despidió a 259 trabajadores y desmanteló el cuerpo de delegados, en tanto se encarcelaba a obreros y gremialistas. La represión de las protestas dejaba en la calle a un obrero muerto. Las organizaciones armadas se movilizaron. Las FAL incendiaron autos FIAT de un camión remolque, Montoneros quemó decenas de unidades en la fábrica de Caseros. El hecho más violento sucedió en una estación

de servicio próxima a la planta de Córdoba. Un grupo de las FAR intentó secuestrar a un directivo de FIAT. A alguien le pareció sospechosa la presencia de los hombres en el auto, llamó a la policía, que arribó al lugar. Tras un breve tiroteo, los ultimó.

—Está en Devoto. Puede ayudar —agregó Julieta.

—¿Es tu contacto?

—No, todavía no.

—¿Nunca trabajaste con él? —se sorprendió el controlador. Le devolvió la foto.

—No, no me conoce. Pero yo lo conozco. Lo seguí mucho tiempo.

—Si nunca lo probaste, no conviene hacerlo ahora. Es un momento delicado, y un preso es un cable pelado, te entrega por nada. Olvidalo —sentenció.

—Puede ser una punta. Tengo confianza. Quisiera verlo.

El controlador se molestó con su tono de súplica. No respondió. El caso parecía cerrado.

Julieta apoyó sus dos manos sobre las de él.

—Estamos muy tensos. Si para los que nos miran somos una pareja, entonces actuemos como pareja… Me lo enseñaron en la Escuelita. —Sonrió, sin quitar las manos.

—Está bien. Tendrás tus argumentos. Anotame el nombre. Voy a averiguar quién es.

—Se llama Aníbal Gordon.

El país estaba bajo efectos de una detonación, una conmoción parecida a las horas posteriores al secuestro de Aramburu, casi dos años atrás, un temible *déjà vu*. El comisario Coppola, el oficial principal Tejo, centenares de policías de la Brigada de San Martín, rastrillaban palmo a palmo millares de casas, un barrido titánico por

toda zona norte. Coordinación requirió a las inmobiliarias que les presentaran los contratos de alquileres de los últimos seis meses; algunos de los nuevos inquilinos podrían ser los que ocultaran al cautivo.

Al mediodía siguiente, Julieta se sentó en una mesa del salón de la misma confitería. Era la señorita que revisaba recibos y tickets de gastos por un litigio de pensión alimentaria. Tenía el pelo sujeto con una vincha verde y lentes con marco grueso de color negro, como los que usaban los políticos. En su polera blanca resaltaba un crucifijo de plata. Los pantalones de lana tenían un estampado escocés. El tapado de cuero negro estaba sobre una silla. No se parecía en nada a la mujer con la que el controlador se había reunido el día anterior. Su nuevo look le provocó una discreta sonrisa, que pronto se apagó. Eran horas de apremio. Había estado saltando de reunión en reunión en la Secretaría y tuvo que faltar a la clase de Historia del Arte Argentino en el International Art Center, que dictaba Elena Poggi, un compromiso que trataba de no perder por nada del mundo. Estaba apurado, debía dejarle otro recado. Que interrumpiera todo y trabajara sobre Aurelio Peccei. Era el emisario italiano que había llegado al país. Le mostró una foto de él en el aeropuerto, un hombre alto, robusto, canoso. Había creado y dirigido FIAT Concord en Argentina, y luego fue a Italia para trabajar junto a la familia Agnelli. Sallustro lo reemplazó en su cargo. Antes, habían sido compañeros de batalla, dos ciudadanos en armas que enfrentaron al fascismo y fueron encarcelados. Estuvieron a un tris de ser fusilados.

Peccei ahora regresaba a la Argentina para rescatar a Sallustro de la guerrilla marxista, dispuesto a poner en juego lo imposible para

salvar su vida. La Secretaría ya había intervenido las líneas de teléfono de su casa en Martínez y de su oficina en la torre FIAT, donde Peccei instaló el comando de rescate.

El controlador quería información adicional, frotar el brillo de su propia lámpara para lucirlo en la Secretaría. Le pidió a Julieta que siguiera a Peccei, le tomara fotos, se introdujera donde fuera. El emisario venía a buscar interlocutores o contactos con los captores para negociar la liberación, un acuerdo privado, obviamente extorsivo. Tenía plenos poderes para hacerlo.

—¿Ves allá, sobre Viamonte? Pasando unos metros del Tribunal… está la boca de estacionamiento de FIAT.

—Sí, la vi esta mañana —dijo Julieta.

—En la vereda de enfrente, sobre el Teatro Colón, hay una persona en un auto que te va a conducir adonde vaya Peccei. Va a estar las veinticuatro horas. Debajo del asiento está la cámara de fotos.

Le anotó la patente del auto y también otro teléfono, que nunca le había dado, por cualquier urgencia, y le arrimó un sobre grueso de papel madera, como el que hacía felices a los hombres de la Secretaría. Julieta quería otra información. Esta vez no hubo mano sobre mano ni sonrisas. Solo su mirada.

—Respecto a Gordon, no hay autorización para contactarlo.

—¿Por qué? —inquirió ella con una impaciencia que nunca había mostrado—. Está en el pabellón del ERP. Está Santucho...

—No.

—¿Por qué? —insistió Julieta.

—Primero, porque no. Y después porque Gordon es un criminal.

—Es un ladrón de bancos, de relojes. Lo seguí durante un año, y es lo que dice la causa. La granada que le apareció en la camioneta era de un marinero. No nos puede asustar una granada.

—No. Es un criminal —respondió el controlador, serio, dispuesto a irse.

—¿Cómo sabés?

—Porque lo sé.

—Aunque sea un criminal, nos puede dar información.

—Es cierto. Pero en este caso, no.

Julieta, en silencio, no preguntaría más. El controlador la decepcionaba por primera vez. Perdía su encanto en diez segundos, una ilusión que se derrumbaba. Se entristeció. Su jefe lo notó.

—Mató a un policía, Jazmín —le dijo, suave.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace poco. Muy poco.

—¿Seguro? ¿Lo viste en algún lado?

—Seguro.

—¿De la Federal?

—Sí.

Julieta, atónita, pensó que le mentía. Quería precisiones.

—¿Cómo lo sabés?

—Porque lo sé.

—No estaba en la causa.

El controlador no respondió.

—¿Lo mató en un robo? —indagó ella.

—No, por pura maldad. Gordon es un criminal, un asesino. No podemos tener de informante a un tipo que acaba de matar a un policía. Lo que menos quiero yo, para este caso, son quilombos con

la Federal. Y me imagino que vos tampoco. —Le acarició la mano con ternura y se fue.

Cuando salió de la confitería, un rato más tarde, Julieta encontró la foto de Sallustro en la portada de una pila de vespertinos que acababan de bajar de un camión. Tenía una camisa clara, la mirada cauta, expectante. La imagen de un hombre que espera. Detrás de él había una bandera del Ejército Revolucionario del Pueblo con la estrella de cinco puntas y la inscripción "A vencer o morir", y una segunda, "Por la unidad de todas las organizaciones armadas", con las que el ERP, nadie dudaba, quería colocarse a la cabeza de la resistencia contra el régimen militar.

Compró el diario, cruzó la plaza del Palacio de Tribunales y caminó hacia el auto que le había indicado el controlador.

30
La torre FIAT

Tres días después del secuestro, el ERP difundió el comunicado sobre la condena a muerte de Sallustro. Aunque si se aceptaban las condiciones impuestas había margen para la absolución. Algunos puntos dependían de la empresa. La reincorporación de los obreros cesanteados, la distribución de guardapolvos, útiles escolares y zapatillas y una indemnización para la organización guerrillera, todavía no establecida, podrían ser resueltos. El retiro de las fuerzas de seguridad de las plantas de FIAT, la libertad de los obreros detenidos y la de 50 guerrilleros encarcelados, que debían ser trasladados a Argelia, dependían de la voluntad de Lanusse y la junta de comandantes que lo había designado.

La dictadura avisó pronto que no negociaría con terroristas ni permitiría que otros lo hicieran. Peccei quería activar cualquier acuerdo que condujera a la libertad de Sallustro. Restaban 48 horas para el plazo de la ejecución.

Julieta, tras un día de seguimiento monótono y nebuloso, no obtuvo nada. Era una más en la marea de periodistas y fotógrafos que rondaba la torre FIAT junto a personal de otros servicios. El controlador no habría sido el único genio al que se le ocurrió la idea.

Habría agentes que observaban si las luces del comando de Peccei seguían encendidas, que verificarían si su presa se asomaba por el estacionamiento.

Entrada la tarde, después que el ERP entregara el comunicado del ultimátum en el baño del bar Ibérico, dos vehículos de FIAT se detuvieron en la explanada de la Casa Rosada. Peccei, acompañado por el teniente coronel (retirado) Garassino y el embajador italiano, iba al encuentro del ministro del Interior Mor Roig y el general Lanusse. Perdida en la nube de prensa, tras unos minutos de cavilación en la Pirámide de Mayo, Julieta observaba con tristeza a un niño que corría palomas. En ese momento decidió desprenderse. ¿Fue un acto instintivo, desencadenado por la frustración que le provocaba ser una más de la manada, o era algo que venía madurando desde el momento en que el controlador se lo había prohibido? Rompería la orden. Podía encender la hoguera, lo sabía. Aunque también suponía que, si revelaba algo original, el hilo de una negociación entre Peccei y la guerrilla, podría ser reprendida, suspendida o despedida, pero cuando el controlador sopesara el bien con el mal, los medios con los fines, la sanción sería anulada, o atenuada, por el impacto de su logro. La saldaría con su éxito. Resultaría absuelta.

Mientras viajaba en taxi rumbo a Devoto advirtió que no tenía la foto del Centro Lucense. Había pensado en llevarla. Sería su carta de presentación, mostrarle hasta dónde había llegado. Estuvo a punto de ordenarle al taximetrero que regresara al centro, pero enseguida pensó que podría ser un tiro por la culata. Gordon le clavaría el sello de poli de la Brigada. Sería difícil sacarse esa marca. La foto sería un obstáculo, empezar con un problema. Siguió viaje. Por la ventanilla

entraba un aire húmedo. Se dio cuenta de que nunca había entrado a una cárcel, ni siquiera a las celdas de Coordinación. El coronel le había prohibido ese edificio, nunca supo por qué. Desde los primeros días en la Escuelita, no aceptaba siquiera que dejara un papel. Ahora debía ingresar con otra identidad, en busca de un delincuente al que no conocía; un asesino, como decía el controlador.

Bajó en Desaguadero, sobre un extremo del inmenso murallón, y recorrió la vereda opuesta con la mirada en las torretas de los vigiladores, los autos estacionados, las caras de la gente que cruzaba. Vio un amontonamiento en torno a una puerta pequeña, insignificante, como una cueva oculta en la montaña; decidió que no habría vuelta atrás. Cruzó la calle a paso veloz y apartó levemente a uno de los guardias, lo movió uno o dos metros, creó un marco de confidencialidad, y mientras mostraba su falsa matrícula de abogada a nombre de Jazmín, pidió acceso al penal en carácter extraordinario, como siempre lo hacía, para que su defendido firmara un recurso de urgencia que debía presentar en el tribunal. Todavía estaba a tiempo. Y el guardia la dejó pasar, adelante señorita, que atajen adentro el aluvión, y frente a la fría ventana de la oficina de guardia explicó todo otra vez con el mismo aplomo, y pidió una hoja de oficio para redactarlo *in situ* con su lapicera, el mecanismo de distracción de los que piden dos cosas a la vez y van al grano con una naturalidad que impacta.

Su apellido no estaba registrado en el fichero de visitas de Gordon, pero era lógico, el registro estaba en blanco. El encausado llevaba ocho días alojado en el penal. Los dichos de la letrada podrían ser veraces. Se iniciaron consultas en voz baja, se abrió una duda, un vacío en la toma de decisión que Julieta percibió sin

detener su escritura. Acceso aprobado. Firmó el libro de actas, ingresó a la sala de requisa. Dos agentes femeninas la palparon ligeramente y guardaron su cartera en un armario. Atravesó una puerta de acero, luego se abrieron frente a ella dos rejas pesadas; los guardias que la acompañaban la detuvieron en un pasillo limpio, relativamente ancho, de paredes blancas.

En ese momento la cárcel estaba virtualmente cerrada a las visitas. En la medianoche del miércoles 22, hacía dos días, la requisa de las brigadas de Coordinación, asistidas por los penitenciarios, puso patas para arriba los pabellones políticos en busca de cartas o documentos vinculados con el secuestro de Sallustro. Santucho, Gorriarán y otros presos del comité central del ERP fueron apartados a celdas de máxima seguridad. Se suspendieron los recreos, se cerró el patio externo. Solo los presos comunes y los VIP mantuvieron su *statu quo*.

—Siéntese acá. Ya le avisaron a su defendido —le dijeron.

Esperó en un banco de madera y cruzó las piernas. Los penitenciarios, parados a dos metros, no se movieron. Estaba ansiosa. Había soltado amarras, se había lanzado, y ahora, en la boca del lobo por su propio mandato, nadie la había empujado, temía perder el control, salir corriendo.

Intentó calmarse. Cruzó los dedos y rezó en silencio como en el colegio, cuando era chica, para pedir un deseo o rogar que nada malo le pasara. Entrecerró los ojos. Volvía aquella melodía lejana, podía escucharla. Jesús está pasando por ahí. María está pasando por ahí. Y cuando pasa todo lo transforma. Se va la tristeza, viene la alegría. Abrió los ojos de repente, por el ruido de la apertura de la reja. Dos guardias avanzaban con un detenido esposado en la

soledad del pasillo. A cada paso se le aceleraba el corazón. ¿Qué estaba viendo? ¿Quién era? El pelo corto, la cara sin barba, pero el mismo aire, el mismo andar, los ojos saltones. ¡La misma mirada! ¿Es él? Es él, sí. ¡Federico! ¿Qué hace acá? ¿Por qué me lo traen? Se sintió atravesada por una película de terror, una trampa macabra. Le bajó la presión. Sintió el desmayo. Necesitaba un caramelo. El detenido, que la había mirado distraído y luego con curiosidad, ahora abría los ojos como un sapo frente a ella, como si estuviese iluminado por una revelación. Frenó de repente, pero los guardias lo empujaron, dale, pibe, caminá, y siguieron de largo. Se fueron. Salvada. ¿La habría reconocido? Quizá no, pero sospechó, pensó aliviada. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquella tarde en aquel departamento? Ni sabía. Recordó el polvo, pero no quería pensar en eso. Cuando abrieron la otra la reja un grito retumbó en el pasillo: ¡Julieta hija de puta! ¡Me cagaste! Silencio. El aire se cortaba con una tijera. Ella quieta como un poste, como si no hubiese escuchado nada. Inmaculada.

Un penitenciario se acercó un paso.

—¿Usted se llama Julieta, señorita?

—No, Jazmín —respondió sin dudar.

—Dejá, ese chabón está del marote —acotó el otro.

Le tomó unos segundos rehabilitarse. Ya está, ya pasó, se dijo. La bomba explotó cerca, pero no la afectó. Sintió confianza en lo que vendría. Un raro optimismo basado en nada. Había atravesado el terror, los ojos de Federico. María había pasado por ahí. Ahora nada malo podría suceder. Con esa sensación, vio a llegar a Gordon. Lo reconoció fácil, el hombre alto de la foto. Le dio cierta paz. Llegaba esposado, con el paso sereno. Ella se paró de inmediato para

recibirlo. Gordon pidió a los guardias que se alejaran, necesitaba privacidad. Era un hombre mayor, un delincuente. No un zurdito, de esos nenitos de mamá y papá. Los guardias se corrieron hacia un extremo del pasillo.

Gordon y Julieta quedaron solos, sentados en el banco.

—Me entero ahora de que es mi abogada.

—Sí, el doctor Galtieri me delegó su caso. Lo estuve estudiando.

—Tiene buena información. Pero El Gordo no quiso verme más. Si adivina el nombre de mis nuevos abogados le doy un premio.

Ella, callada.

—Dígame quién es.

—Jazmín.

—Lindo nombre, pero no me dice nada.

—Soy abogada, leí sus expedientes.

—¿Cuál?

—Cuáles, debería preguntar. Tiene varios.

A Gordon no le hizo gracia la aclaración.

—… el del banco… el de la granada. Y mejor me detengo ahí —agregó ella.

—¿Por qué quiere ser mi abogada? Cuénteme.

—No quiero ser su abogada.

—¿Qué quiere?

—Ayudarlo.

—¿Ayudarme a qué?

—A que siga en este pabellón.

—¿Por qué debería estar en otro?

—Porque este es el pabellón de presos políticos.

—Y yo soy un preso político. —Gordon sonrió irritado.

—¿Desde cuándo? —preguntó Julieta, altiva.

—Me estoy molestando un poco. Dígame quién es y qué quiere.

—Usted sabe que lo pueden cambiar de pabellón. ¿O no? Basta que el juez revise los otros expedientes y…

Gordon la interrumpió.

—… No se aproveche de un hombre esposado ni de su condición de mujer. Si no me dice a qué vino hago que la retiren.

—Tranquilícese. Vine a ayudarlo. Si me ayuda, lo ayudo. No hay más que eso.

—¿Ayudarla a qué?

Julieta miró a los penitenciarios que observaban desde lejos. Bajó aún más la voz.

—Hagamos un trato… Lo que sepa de Sallustro, el rapto, su cautiverio, la negociación... Usted está con los terroristas que lo secuestraron. Algo habrá escuchado.

—Ah, es policía. Hubiera empezado por ahí.

—Soy abogada. Después piense lo que quiera.

—Para mí es policía. No importa. Le digo, algo sé, escuché, conozco del tema. Pero la información no es gratis. ¿Cuál es mi parte en este trato? ¿Qué me va a dar?

—Le garantizo mi silencio. Palabra.

Gordon bajó la vista.

—Me está extorsionando.

—Yo vengo detrás suyo desde hace bastante tiempo. Respéteme. Vi el expediente, que prefiero no mencionar, que lo podría dejar veinte años acá adentro. Pero no vine a extorsionarlo. Vine a proponer un trato. Si usted me ayuda, yo lo ayudo.

—Está bien. No importa quién sea. Espero que también me respete. Las traiciones me ponen de mal humor.

La tesis de Gordon era que la dirección del penal había encerrado a los jefes del ERP para, en verdad, dejarlos libres para una negociación. Se olía en el aire, en el silencio del pabellón. Había mucho dinero en juego, demasiado para el servicio penitenciario. FIAT podría inundar cientos de colegios con zapatillas, cuadernos y cartucheras, lo que quisieran; pizarrones, tizas, guardapolvos, cuadros de Sarmiento. Podría volar una cárcel y construir otra. Es un poder que rompe cualquier sistema, que corrompe cualquier sistema, remarcó, si se lo propone. Y en este caso, en el que los secuestradores no pueden definir los términos de la negociación —porque el cabecilla está preso—, los únicos que pueden hacerlo son los jefes, cara a cara.

—La reunión será acá adentro. No sé cuándo. Puede ser hoy, mañana, quizá esté sucediendo en este momento.

No era una información precisa. Era un parte meteorológico que anticipaba tormentas eléctricas. Si se miraba el cielo, parecía irrebatible.

Abandonó la cárcel con el temor de que justo ingresara el emisario de FIAT. Pensó en esperarlo. ¿Pero dónde? El penal era una montaña con varios accesos, imposible cubrirlos todos a la vez. Corrió hacia la torre FIAT. Allí estaba la tropa. Le preguntó a un periodista si Peccei había hablado. Como hombre de la resistencia antinazi he puesto todo al servicio de la paz y libertad; todo lo que esté en poder de FIAT, lo haremos, le dictó. Peccei seguía arriba. El chofer de la Secretaría le hizo un gesto. Era un hombre opaco, hermético, acostumbrado a recibir órdenes, a quién seguir, hasta qué hora

esperar. Se lo notaba molesto. Le dijo, como una amenaza, que el controlador había preguntado dónde estaba.

Esa noche la empresa entregó un comunicado. Se titulaba "Para salvar una vida". FIAT aceptaba de buena fe las condiciones del ERP y solicitaba precisiones para ejecutarlas. Sobre las exigencias que no estaban a su alcance, requería instrucciones para sustituirlas. Y se mostraba abierta a entrar en contacto con quienes retenían a Sallustro, o los interlocutores que indicasen.

Peccei salió del estacionamiento al filo de la medianoche, las luces del piso 18 se apagaron. Los dos autos se detuvieron en la explanada del hotel de Retiro. Julieta vio entrar al emisario al hall. Su jornada de trabajo terminaba en ese instante.

A la mañana siguiente, sábado 25, el domicilio de Sallustro se convirtió en el epicentro del drama, como si el fin de semana la torre cerrara y las horas de agonía debieran ser vividas desde el hogar familiar. Había angustia. Se notaba en el rostro de los vecinos que miraban el reloj con ojos llorosos. Los movimientos eran incesantes. La señora Ida, esposa de Sallustro, recibió a una delegación de obreros que le expresó su solidaridad. El director del Hospital Italiano ingresó para efectuarle un ligero examen de salud y le entregó sedantes. Cuando se retiraba, Julieta vio al principal Tejo que acompañó su salida. Se asustó y ocultó detrás de un árbol. Se sintió una estúpida. ¿Por qué le temía tanto a ese cana? No lo sabía.

La vereda era un reguero de rumores. Se esperaba un pronto desenlace. Sallustro aparecería, vivo o muerto. En una comunicación telefónica, el presidente italiano, Giovanni Leone, le transmitió a Lanusse su impresión, dolorida, de que si el caso tomaba un sesgo aún más dramático heriría los sentimientos del pueblo italiano.

Reclamó que agotara las instancias necesarias para devolverlo sano y salvo. Para Lanusse fue el límite. Le enrostró que la seguridad interna era competencia exclusiva de su gobierno y que la tradición y la dignidad argentina consistían en desechar, definitivamente, cualquier intento de negociación, diálogo o mediación con delincuentes. Primero la patria, luego los hombres. Esa noche, Lanusse modificó de puño y letra la legislación: castigar a quienes, con cualquier grado de participación, contribuyeran a facilitar la acción del terrorismo. Ordenaba cortar cualquier contacto entre FIAT y el ERP, eliminar la interferencia del gobierno italiano y cerrarle la boca al permanente cacareo de los políticos, peronistas, radicales, toda la trenza que pedía comprensión humanitaria. Lanusse los despreciaba. Buscaban erosionar su poder, hacerle el caldo gordo a la guerrilla, se cuidaban el culo de la forma más irresponsable. Era cierto. Los dirigentes le reclamaban que preservara la vida de Sallustro y soltara a los detenidos políticos. Creían que la violencia conduciría a la Argentina a un callejón sin salida, y las bombas y los atentados se convertirían en la única opción legítima, o legitimada, para enfrentar a la dictadura. La victoria del fusil, del todo o nada; y en el fondo los dirigentes sospechaban que era el escenario al que aspiraban las Fuerzas Armadas, la excusa perfecta para poner punto final a la salida electoral, a la democracia. ¿Y Perón? No sabe no contesta. Sospechosamente ajeno. Con el télex descompuesto.

A la noche Peccei abandonó la casa de Sallustro. Faltaban poco más de 12 horas para el ultimátum. ¿A quién se le ocurriría salir de la zona caliente? Cualquier novedad retumbaría en Martínez. Se le ocurrió a Julieta. El auto de la Secretaría siguió a los dos FIAT hasta su ingreso en el estacionamiento de la torre. Las luces del piso 18 se

encendieron; una herradura luminosa resplandeció sobre el Boulevard, el faro de la ciudad, el símbolo de la vigilia. Ella se sentó en una puerta del Teatro Colón y sacó del bolsón un sándwich de miga. Lo acompañó con una botella de Crush chica, que destapó con su sevillana. Se sintió desdichada, prisionera de un esfuerzo tonto, fatalmente involucrada en procedimientos que asumía hasta la última gota de sudor y de esperanza, como una alucinada. Siempre a la espera del milagro. ¿Qué milagro? El milagro de la misión. Tenía el cuerpo molido. Quería irse a dormir, desaparecer hasta el día siguiente y unirse a la manada con la cara fresca a la espera del desenlace, una espectadora más de la película. Solo la retenía el auto incendiado en la hondonada. Su momento de gloria. Esa imagen, uf, tenía el peso de una bola de cañón en su tobillo, la dejaba inmóvil, la vista clavada en el estacionamiento. Durante un instante se durmió. Y abrió los ojos sobresaltada, como un soldado frente al peligro. Vio la cabeza del chofer de la Secretaría a contraluz, reclinada sobre su asiento, como si estuviese muerto o dormido. El silencio era casi absoluto. Solo lo interrumpía el sonido seco y metálico del cambio de luces del semáforo. La luminosidad del rojo se distorsionaba, el amarillo la enceguecía, las dimensiones se ampliaban. Los ojos no le respondían. Volvió a dormirse, más profundo, y soñó que de la boca de estacionamiento emergía un tanque de guerra y vio al coronel con medio cuerpo fuera de la escotilla arengando a la tropa que se negaba a ir al combate. Salgan hijos de puta, salgan, gritaba, con la nariz roja por el frío de la noche o la borrachera, y luego la miraba sentada a la vera del teatro, y se reía. Se despertó otra vez. Miró al cielo y vio la noche más oscura: las luces del piso 18 se habían apagado. Se desesperó.

El auto de la Secretaría, inmutable. La cabeza del chofer, muerta o dormida. Y vio salir a los dos vehículos FIAT, o creyó verlos salir, porque no sabía si estaba loca o seguía dormida, y se subió al auto, vamos, dijo, mientras la comitiva esperaba el cambio de luces para cruzar el Boulevard.

Hicieron el recorrido habitual. Viamonte al fondo, el giro a la izquierda por el Bajo hasta la explanada del hotel de Retiro. Final de la jornada. Agradeció a Peccei que la dejara en paz. Necesitaba descansar. Pero ¡ey! Dos movimientos en simultáneo la alertaron. Uno de los autos se desprendió y siguió por la avenida. Y el otro se detuvo por segundos en la explanada y continuó la marcha sin que nadie descendiera. ¿El emisario entró al hotel? La duda la desquició. ¿A qué estás jugando, Peccei?, dijo en voz alta. Ordenó al chofer que persiguiera al FIAT que ahora giraba en la Torre de los Ingleses, ni cerca ni lejos, explicó, pero que no se le escapara; tomó el monocular para verificar la patente y volvió a ver a los dos vehículos juntos. Querían dejarla en evidencia, operación de antiseguimiento, me están boludeando. No le importó. Iría hasta el final. Quería ver el truco, la trampa que le tendían. Ya estaba despierta, no tenía nada que perder. Siguieron por varias calles de la ciudad, alejándose del centro.

Después de un buen rato la comitiva se detuvo en un enorme edificio de Bolivia 470, Flores. Dos hombres ascendieron a cada uno de los autos y siguieron viaje. Supuso que se internarían en el conurbano profundo, o por su barrio, la casa de sus padres. Tuvo la fantasía de que llevaban el dinero del rescate. Después creyó que retornaban a Martínez. La habían sometido a un rulo inútil, había entrado a la jaula como un pajarito. Pero el giro brusco sobre una

calle perpendicular le hizo hervir la sangre. Volvió a chequear con el monocular, podía verles las nucas a todos. Los FIAT se detuvieron frente al portón de la cárcel de Devoto, dos penitenciarios revisaron los autos, los baúles, y permitieron el acceso a la cueva. Julieta gatilló la cámara de fotos. Le temblaban las manos.

31
La espina dorsal del terrorismo

Domingo 26 de marzo. Miles de personas celebraron los cultos del Domingo de Ramos. Hubo ruegos ante los altares por la aparición de Sallustro. La súplica fue más sentida en el santuario de Nuestra Señora de la Santa Emigración, en La Boca, que frecuentaba el industrial. En la nave podía verse a Peccei con directivos de FIAT unidos en la plegaria, invocando la bendición divina.

En pocas horas vencía el plazo.

La familia había solicitado a Lanusse que se le permitiera a FIAT realizar donaciones en las 720 escuelas de barrios humildes que habían sido seleccionadas por los guerrilleros. No se pudo. Las escuelas amanecieron custodiadas por la policía. A los militares les dio urticaria la posibilidad de que junto con ropa y útiles se intentara entregar el cuadernillo explicativo "El ERP y los niños".

El gobierno militar estaba en alerta, el país a la espera. Los peores presagios podrían sucederse. Lanusse había suspendido su fin de semana en Bariloche. La Brigada rastrillaba depósitos, playones ferroviarios. Pasado el mediodía, el vespertino aflojó la tensión. El ERP ampliaba el plazo treinta y seis horas. El nuevo ultimátum vencía a la medianoche del lunes 27.

En Olivos, Lanusse cenó con la crema y nata del empresariado periodístico: Timerman, Herrera de Noble, Romay, Vigil. Les pidió que no se convirtieran en instrumentos involuntarios de los que buscaban destruir a la familia argentina. Los alertó sobre la penetración de la subversión en la juventud. Sean razonables, apuesten al futuro del país, no publiquen más gacetillas del terrorismo. A la madrugada salió a los jardines de la residencia, las gotas de lluvia caían sobre su piloto gris. Les dijo a los cronistas que el gobierno no toleraría que se negociara con delincuentes. Y pidió poner freno a la extorsión guerrillera, no difundan más sus comunicados. Este partido lo jugamos entre todos, dijo.

Lunes 27. Quedaba un día entero todavía. Corrió viento a favor. Había ocurrido un evento todavía desconocido que despertó una sensación de optimismo. FIAT parecía decidida en peinar los flecos sueltos para un acuerdo con el ERP. Hasta que se enteró Lanusse. La Secretaría le informó reuniones clandestinas entre Peccei y Santucho en el penal de Devoto y la reacción fue inmediata. No temeraria —eran procedimientos de rutina en la dictadura—, pero determinante para que la negociación se rompiera. El lunes, Lanusse decidió mover a Santucho y otros presos del comité central al penal de Rawson, en la Patagonia. Los puso en celdas individuales, de cara al mar, de espaldas al desierto. En Devoto volvieron las requisas, las represalias, las amenazas de traslados a guarniciones militares.

A la madrugada siguiente, una brigada de Coordinación allanó el departamento de Eduardo Luis Duhalde, uno de los abogados de los derechos humanos, Bolivia 470. Un dato de inteligencia aseguró que activó, como mediador, facilitador o garante, la reunión de FIAT y guerrilleros en Devoto. El dato era verosímil. Sería ratificado por los

sindicatos disueltos, Sitrac-Sitram. Denunciaron que su abogado Curuchet fue urgido por el director de la unidad penitenciaria para que se reuniera con un directivo de FIAT. Fue obligado a hacerlo.

El panorama se tornó más denso. El ERP dio a conocer un nuevo parte. Confirmaban la sentencia, pero dejaban la ejecución en el limbo. No querían fusilar a Sallustro. Pero si lo hacían la responsabilidad sería de la dictadura por impedir el canje del presidente de la FIAT por el traslado de los guerrilleros a Argelia.

(La cláusula del canje no estaba en el plan original del secuestro del industrial sino en el del general Sánchez, jefe del II Cuerpo de Ejército, en represalia por el operativo contra Pujals, primer desaparecido del ERP. Cuando advirtió la importancia que tenía Sallustro para FIAT, sobre todo para Peccei, el ERP quiso llevarse diez millones de dólares, armas, el chárter a Argelia, la liberación de obreros y los útiles de las escuelas. ¿Creían que doblarían el brazo a Lanusse y a las Fuerzas Armadas por la vida de Sallustro? Evidentemente sí).

Peccei regresó a Italia el 31 de marzo. Fue frustrante.

Ese día, a la tarde, quizá por azar, se allanó una propiedad y saltó el cargador de una .45. Fue un hallazgo difícil de explicar para un obrero de fábrica, su esposa enfermera y un tornero, que estaba de visita. Las presunciones se confirmarían en el segundo piso de Coordinación cuando se revisaron legajos, se cruzó información, se apeló a la tortura, palo y palo, para requerir explicaciones. Luego se constituyó el juez Smart, del Tribunal Antisubversivo, para darle un marco jurídico a la investigación, más ordenado, menos brutal. Un día después cayó el sótano donde se había ocultado a Sallustro, en la calle Reconquista, barrio Chilavert, Villa Ballester. Estaban sus

huellas digitales en el tocadiscos Winco, rastros por doquier. Al martes siguiente había caído una red de casas operativas del ERP y se anunciaron 32 detenciones. Lanusse dijo que se había quebrado la espina dorsal del terrorismo. El industrial seguía con paradero desconocido. Había sido trasladado en la furgoneta Citroën de la pareja que lo retenía, un maestro de escuela de 24, una profesora de inglés de 27, embarazada.

Los arrestados fueron alojados en el pabellón 37 de Villa Devoto.

32
Servicio

Juan Gauna se acomodó en la cucheta más próxima a la de Gordon. Se entendieron desde el primer día. A tal punto que cuando Gordon vio su torso desnudo se interesó por las marcas de tortura que traía de Coordinación. Quiso escuchar su experiencia.

Gauna, había caído con esa identidad, era fotógrafo profesional. Le había tomado la imagen a Sallustro en el sótano con una lámpara de estudio. Le hizo tomas de frente, perfil, en picada. En todas se proyectaba su sombra sobre las banderas del ERP. Las reveló en el laboratorio de la casa de la calle Martiniano Leguizamón y las entregó para su difusión. Recorrieron el mundo. Era la última imagen que se conocía del presidente de FIAT. Gauna, de 26, había militado en el Partido Socialista, a tono con la sensibilidad de la época: discusiones políticas, batallas estudiantiles, peleas a puño, cachiporras, armas cortas. Todo estaba a la vuelta de la esquina. Las detenciones, las declaraciones ante el juez de menores; Trilnik, el alumno herido de bala; la expulsión del colegio, las clases en el turno noche, un trabajo en publicidad, el Cordobazo. La dinámica de la militancia le fue marcando el camino. El ingreso al ERP en Prensa y Propaganda, más tarde la inteligencia sobre Sallustro, dos meses

rondando por Martínez, la calle Casares, en tareas de observación, y el control de un auto, el que le abría el paso al que llevaba al cautivo en una bolsa de cuero cerrada a cierre. Luego, la foto en el sótano (ustedes se equivocan, yo no soy un garca, le aclaró Sallustro) y la filmación de apenas segundos con una cámara de ocho milímetros, prestada. Pobre tipo, metido ahí adentro, todo demasiado cruel, pensó Gauna. Y ahora Gordon le preguntaba por las marcas de Coordina. Te atan a un camastro de metal, te explican cómo fue la operación, el rol que jugaste. Lo negás, lo negás, decís que no tenés nada que ver y te empiezan a dar y dar por horas. Picana, golpes, escuchás gritos de otros compañeros, de mujeres. Te meten la picana en los huevos, en la boca. Es desesperante.

Gordon vio en las duchas los cuerpos desnudos de la nueva tanda de detenidos, los recién llegados. Estaban marcados. Escuchó una conversación, no muy precisa. Hablaban de Da Silva, otro caído, el que había guardado a Sallustro en el fondo de la casa. El que había sido seminarista, con muchos ideales, pero quizá algo débil para transformarse en un cuadro militar del ERP. Da Silva, compungido, un poco llorando, pidió perdón en el pabellón. Les confesó a sus compañeros que los había cantado, no quería que tocaran a su esposa embarazada. A otra detenida, Urdapilleta, la habían torturado mucho en Coordinación, él no quería eso para su mujer. Se quebró. Colaboró.

Da Silva había ido una vez a la casa de Martiniano Leguizamón, con una capucha. Llegó a ver un colectivo, percibió el ruido de un tren, hizo una descripción física de Gauna, es grandote, tiene el andar desgarbado, soltó algún dato más, y cuando lo sacaron a caminar por el barrio dieron con la casa. Es acá. Y los policías

ingresaron. En la ducha no entraban más de seis o siete, se analizó su conducta. Alguien lo sentenció. Hay que matarlo, dijo. Gordon pudo escucharlo. Nos entregó esta vez, nos va a entregar siempre. ¿Pero cómo lo vamos a matar? ¿Lo agarramos de la cabeza y lo golpeamos contra la pared, acá adentro? ¿Eso decís? No sé, lo planteo como debate. Pará. Nos entregó secuestrado, no estaba en libertad. Quiso cuidar a su esposa. ¡Pero nos entregó! ¡Nos va a entregar siempre! Porque estaba golpeado. Pensemos un poco. Todo esto es parte del proceso que estamos viviendo, hay que procesarlo políticamente. No lo podemos matar, escuchó Gordon, bajo el agua.

Una madrugada, Gauna, el único del pabellón que conversaba cuestiones personales con él, lo vio sentado en la cucheta. Tenía los pies apoyados en el suelo, la mirada perdida. Parecía afligido.

—¿Qué pasa? —preguntó Gauna.

—Nada.

—¿Estuviste llorando?

—No. Me desperté de golpe.

—…

—Soñé que mataba a un bebé.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No sé. Me disparaban desde un auto y yo tiré varias veces sobre la luneta trasera. Y había un bebé en una cunita. Lo tomé con las manos, estaba ensangrentado.

—La noche boca arriba —dijo Gauna.

—¿Qué?

—Nada. Ahora no sabés si la muerte del bebé fue un sueño o el sueño es que estás en la cárcel y lo del bebé fue real.

—…

—Es un cuento de Cortázar. Está en *Final de juego*.

Gordon no había oído jamás ese nombre. Gauna sacó una copia de debajo de su colchón.

—Tomá. Estaba en la mesa. Quedátelo. Yo ya lo leí mil veces.

El primero que afirmó, como posibilidad, pero con fuerte convicción, que Gordon podría ser servicio fue Osvaldo Sigfrido De Benedetti, 24 años. Había asumido el mando de la Regional Buenos Aires después de las caídas en Rosario y Córdoba, que llevaron a la cárcel a la mayor parte del comité central y cientos de militantes armados del ERP. Fue el motor operativo del último semestre, el hombre oculto, el enigma del controlador. Había robado el Banco Nacional de Desarrollo, había organizado el secuestro de Sallustro, había caído junto con Gauna en la casa de la calle Leguizamón. Militante universitario, oriundo de Rosario, optimista. Creía que el triunfo estaba próximo y había que ir para adelante.

Gordon continuó congraciándose con los presos. Se mantenía respetuoso de sus reuniones, entretenido también, escuchando historias de la resistencia soviética mientras preparaba el arroz con leche. No había nada para reprocharle. A diferencia de Josecito, al que los penitenciarios sacaban para hacer limpieza en pasillos y baños, y volvía al pabellón con el semblante animado, dicharachero, a tirar la lengua, el común que ya juega para el otro lado, Gordon era intachable. Hasta que De Benedetti dio la primera alarma. Fue en una anécdota tonta, aparentemente insignificante. Gordon recordó cuando una camioneta le tapó la entrada del garaje. Tuvo ganas de agarrar al dueño del cuello y retorcérselo. Le brotó una ira inusual. Podría entenderse. La verborragia, en el énfasis del relato, a

veces traiciona. Pero para rematar la historia, con voz más baja pero claramente audible, deslizó un comunista hijo de puta.

Como si hubiera sonado un timbre a medianoche, De Benedetti miró a Gauna y levantó las cejas. ¿Él también lo había escuchado? Podía ser una falsa alarma, pero la mención ideológica no parecía trivial. Decía algo. Pasó.

La relación continuó armónica. Lecturas, discusiones, comidas, menos deporte. Los recreos eran acotados, se impedía la sociabilidad. Afuera, la confrontación contra la dictadura se masificó, como si los matungos salieran del corral al galope, impetuosos, para tomar las calles. La Juventud Peronista estaba reorganizada, había movilizaciones en facultades, conmemoraciones, Evita montonera, Perón vuelve. El regreso no parecía lejano. La guerrilla hostigaba, ponía caños, martillaba, pero el estado de alerta y movilización no solo competía a militantes y guerrilleros, o al peronismo, la izquierda, los gremios. También los ciudadanos comunes salían a la calle por el aumento de la luz, los campesinos de las ligas agrarias amenazaban con cortar rutas. Había predisposición para volver a votar, acabar con el régimen, mandar a los militares a retiro. Y la promesa de restauración democrática que Lanusse soltaba en sus discursos patrióticos no alcanzaba para que los insurgentes volvieran al corral. El frente de batalla se ampliaba. Había que apretar las clavijas para mantener el orden. Ahogado, tirando una piña al aire, Lanusse emplazó a Perón para que volviera al país si le daba el cuero. Se acababa el destierro. Y el apriete llegaba a las prisiones. Ahora eran las Fuerzas Armadas las que decidían el destino de los presos políticos. Les pusieron la pata encima a los jueces, a los penitenciarios, corrieron a los pesados a Rawson, la mayoría del ERP,

los arrinconaron en el sur, los transformaron en el núcleo duro de la resistencia.

Otro detalle que advirtió De Benedetti en Devoto fue la mujer que visitaba a Gordon. La vio tres veces. La primera, en la sala donde los abogados conversaban con sus defendidos; novedades sobre el expediente, el clima que se vivía afuera. Será su abogada, pensó. La segunda vez fue en el pasillo. A menudo, los días de lluvia, los penitenciarios dejaban que las visitas se sentaran en un banquito con los presos. Por corto tiempo. Tomarse las manos, dar un chocolate, pasar un libro. Verse las caras. Calor humano. Allí advirtió que no era su abogada. ¿Quién era? En el tercer contacto sonó otra alarma. Fue cuando la mujer, traída por un penitenciario, apareció en el patio del recreo. Gordon fue hacia ella. Confundido en un grupo de detenidos, De Benedetti vio la escena de principio a fin. Conversaron parados pocos minutos y de repente ella se fue. Ya le había llamado la atención que fuera joven como él, o quizá más grande, pero mucho más joven que Gordon. Su abogada no era, su hija no podía ser. ¿Una sobrina? Raro. Debía ser su mina, ¿por qué no? Allí estaba el conflicto: la falta de emoción. No había expresividad. No advirtió una señal de enojo, pena, afecto, ni siquiera un beso, un contacto físico. No transmitían nada. Una conversación mecánica, administrativa. Como un pase de información. Le pidió a Gauna que averiguara. Él no se acercó. Aun cuando Gordon había intentado establecer cierta complicidad, una mirada, un comentario, De Benedetti se mantuvo lejos, como perro malo.

Gauna dejó correr los días y en un momento, cada uno en su cucheta, empujó la conversación hacia la cuestión familiar,

delicadamente, si extrañaba a los pibes, cómo andarían, hasta que hizo referencia a esa mujer.

—Es mi esposa —respondió Gordon sin más.

Asunto cerrado.

El movimiento de presos se intensificó, la maquinaria jurídico-policial aceitó su rutina, las detenciones, la biaba en Coordinación, el procesamiento o la condena del Tribunal. Devoto rebalsaba. La dictadura habilitó un barco para trasladar detenidos, hombres y mujeres. Un comando del ERP organizó una operación con buzos tácticos para volarlo, pero los imanes no pudieron sujetar los salvavidas recubiertos con gelignita. Cayeron al fondo del río. Las condiciones del barco eran deplorables; sala de visita inundada, camarotes inhóspitos, apenas había un espacio pequeño para ver el cielo enrejado. Se organizaron movilizaciones de protesta. Los presos políticos iniciaron una huelga de hambre en solidaridad con los detenidos del barco. Gordon también se sumó.

El Pendos informa a la oficina teletipográfica del Palacio de Justicia que con fecha 26 cte el interno Aníbal Gordon inició huelga de hambre en adhesión a sus iguales alojados en el buque Granaderos. Luciano Prefecto Dtor.

Un común que hace huelga por una causa política da muestra clara de su apoyo. Más todavía cuando los detenidos, por el desastre fisiológico que les provocaba la falta de agua, se desmayaban y los trasladaban a Devoto para su atención. La orden era aguantar hasta desmayarse para volver al Pendos. Gordon no tocó un pan ni una gota de agua esos días. Fue muy valorado. Al punto que, a modo de chanza, uno se refirió a él como el compañero Gordon. De Benedetti

no dijo nada. La medida obligó a la dictadura a sacar a los detenidos del buque y llevarlos a otros penales.

Pendos Nº 51/337 hs 11 17/7. Dr Font/Quesada. Informo a VS que 7 cte Aníbal Gordon finalizó huelga de hambre. Prefecto L Engrassi Dtor

Después Gauna llevó un mensaje a De Benedetti. Gordon le había propuesto una fuga. Era una idea para trabajar, no estaba definida la modalidad. Podría hacer entrar algunas sierras. Nada más. El común siempre piensa en la fuga. Es su utopía. Pero las fugas no se revolean a cualquier persona, a menos que se tengan máxima confianza o hayan caído juntos. A los otros, si son imprescindibles, se les informa el mismo día.

—El común que ofrece una fuga es servicio —dijo De Benedetti.

Parecía la sentencia definitiva.

Después los hechos se vivieron con una pulsión de vida y de muerte que solo pueden explicar sus protagonistas. Pero si hay un punto de origen, un momento cero, en el recuerdo de ellos surge un pequeño eco, al principio indescifrable, como un secreto que se expande y toma fuerza. Se convierte en un alarido imbatible, un reguero de voces, todas las alegrías de la vida reunidas en esos segundos infinitos.

Se habían escapado.

Sí. En Rawson. Se habían escapado.

Y en Devoto se enteraron por una radio portátil escondida en el pabellón, sobreviviente a mil requisas. ¿Quién hubiera podido rechazar un abrazo de Gordon en ese momento? Nadie. Era un común que llevaba cinco meses en el pabellón, el único común.

En medio de la euforia fueron llegando las aclaraciones. Que en realidad no se habían fugado todos. Que la operación en parte había fallado, no se sabía por qué. Que los jefes del ERP y de otras organizaciones volaban a Chile, Allende había autorizado el aterrizaje, pero la mayoría no pudo salir del penal y otro grupo no pudo abordar el avión, quedó en el aeropuerto. Los estaban trasladando a una base de la Marina, con garantías de vida.

La falta de información tornó inciertos aquellos días. La radio fue incautada, se cortaron las visitas, los recreos, los abogados. Los presos eran animales enjaulados; se miraban sin saber qué pasaba.

Hasta que se enteraron de que los habían fusilado.

El mismo eco pequeño que se vuelve infinito, con gritos, lágrimas, abrazos, la pulsión, lo que no se puede explicar. Y Gordon colgado de las rejas junto a ellos, también, milicos hijos de puta, hijos de puta. Ya estaba afónico.

En ese momento De Benedetti se acercó a Gauna y dijo:

—Es servicio.

33
Giovenco

Para la época de los fusilamientos de Trelew, Gordon debía estar en el pabellón de los comunes. Hacía tres meses que había sido sobreseído de la causa 95. El juez Quiroga evaluó que no estaba claro que los elementos secuestrados pertenecieran a la Prefectura Marítima. Tres testigos, un armero, un cabo y un prefecto, aseguraron que en la Sección no faltó material, quizá para que la institución no quedara manchada en el expediente. La libertad no se hizo efectiva porque Gordon continuaba procesado por otras causas. Manos misericordiosas le permitieron seguir durmiendo con los presos políticos.

Los trámites procesales continuaron. Moras Mon había resuelto la prisión preventiva por el asalto a la importadora de relojes y remitió el caso al juez de Sentencia Letra "A" Ricardo Font (Secretaría Quesada) para que dictara condena. La defensa de Gordon la asumió Surraco, adscripto al estudio de Edgar Sa. Admitió el robo (en grado de tentativa), aunque negó que su cliente estuviera armado, y dijo que corrió sin ofrecer resistencia. Pidió que se lo absolviera del cargo de atentado a la autoridad, como había requerido el fiscal. Sus abogados también se preocuparon por su

integridad física. Su defendido les aseguró que había sido sometido a apremios ilegales por la policía bonaerense y reclamaron al juez que si se lo trasladaba a esa jurisdicción para una indagatoria tomara recaudos. En la cárcel no se torturaba, aunque el trato de los penitenciarios era más riguroso. La prisión política marcaba el reflejo de la violencia del país. Hubo un día, 10 de abril de 1972, en que la Argentina pareció encaminarse hacia un enfrentamiento liso y llano entre organizaciones armadas y el poder militar, sin mediaciones de partidos, de políticos, de Perón, de nadie. Fue el día que mataron a Sallustro, el día que mataron al general Sánchez, el primer alto jefe de las Fuerzas Armadas en actividad acribillado por la guerrilla. Dos muertes en la misma mañana, una tras otra. Sallustro quedó atrapado en el tiroteo entre policías y militantes del ERP que resistieron a balazos un allanamiento en su cautiverio, una casa de Villa Lugano. Lo habían trasladado hacía pocos días. A Sánchez lo mataron en su auto, un Falcon, en el centro de Rosario. El ERP planeaba secuestrarlo y negociar el canje por guerrilleros, pero el refugio que le habían preparado quedó picado por una llamada telefónica, y decidieron matarlo.

Todo siguió como entonces, pero de forma más violenta. Continuaron las acciones guerrilleras, las detenciones, la represión, las torturas en Coordina, las huelgas de hambre, la vigilia con velas frente a las cárceles, la fuga de Rawson, los fusilamientos de Trelew, en tanto los jueces de las causas de Gordon entrecruzaban pedidos de antecedentes, exhortos, requerían su indagatoria. Font, Sotelo, Sasson, Migliaro, Oliva (de Mercedes, había reemplazado a Tipitto), Dietrich (de San Martín, por un auto robado). La lista era larga.

El 19 de septiembre de 1972 Font lo condenó a tres años y medio de prisión por robo agravado en la importadora de relojes, y lo absolvió del delito de atentado a la autoridad. Gordon huyó sin disparar, como había reclamado su defensa. Logró atenuar la pena. Lo trasladaron a la cárcel de Caseros. El 11 de mayo de 1975, a la medianoche, quedaría libre.

Por el robo a la importadora —esto es extraño— Gordon tuvo cuatro abogados relacionados con el peronismo, el nacionalismo, los sindicatos, la izquierda, los derechos humanos, como si fuese un preso político. En esa época, todavía, las cartas estaban mezcladas. Incluso entre abogados: Ortega Peña podía concurrir al estudio de Walter Beveraggi Allende, en Córdoba y Libertad, si necesitaba una información o trabajar un expediente. Trato de colegas. Aun así, cuatro letrados para un delincuente común parecían demasiados.

Veamos.

A los primeros defensores de Gordon en esta nueva etapa como detenido político, digamos, Edgar Sa y Pablo Surraco, avenida Córdoba 1309, se sumó el doctor Fernando Enrique Torres, jefe del departamento jurídico de la CGT, Azopardo 802. En septiembre, se agregó la doctora Mirta Graciela Fabris, Lavalle 442. Cuatro.

El más notorio era Torres, también abogado de la UOM, especialista en derecho sindical, convenios colectivos. Había sido encarcelado por la Revolución Libertadora en Ushuaia. Fue defensor de J. W. Cooke y otros presos de la resistencia, el primer denunciante judicial por la desaparición de Felipe Vallese en 1962. Le sobraban pergaminos, una figura histórica del peronismo a la altura de los tiempos de persecución y clandestinidad.

Sa y Surraco, si bien hacían defensas políticas, también trabajaban casos penales, homicidios, robos. Les permitía cobrar honorarios. Al preso político no se le tocaba un peso. Era la norma. Y tampoco se le cobraba al militante que salía de caño para aportar a la estructura o a su propio sostén personal. Algunos de ellos, reincidentes. Le habían tomado el gusto a la cosa. Torres no: sus defensas de presos eran eminentemente políticas. Podrían responder a un pedido del secretario de la CGT, José Ignacio Rucci, del sindicato metalúrgico, o de un dirigente que lo alertara de un compañero en prisión. Al borde de los 60, diligente, cumplidor, Torres no tenía remilgos en presentar sus credenciales en la seccional o cárcel que fuere, a cualquier hora y lugar. Entonces, la defensa de Gordon por parte de Torres no implicaba un apoyo técnico-legal a la causa, Surraco ya había apelado la pena requerida por la fiscalía. El objetivo era dotar al expediente de una firma pesada, de indudable gravitación política, como lo era la del abogado de la central sindical, en un juzgado de instrucción.

¿Cómo llegó la firma de Torres a la causa por el robo a la importadora de relojes? ¿Quién le sugirió defender a Gordon?

Este es el punto de quiebre, la creación de la zona gris, el momento cero de la historia en la que el delincuente común salta a la política, a la violencia política inherente a la época, sin abandonar su pasado, o haciendo uso de las mismas prácticas. Aquí se mezclan las cartas del delito y la política. Las unen las necesidades, los intereses, a veces el azar o los afectos, pero, sobre todo, definitivamente, los une la violencia. Las cartas están echadas. Solo faltan los conectores, los que invitan al juego.

¿Fue Sa, abogado peronista, también al borde de los 60, que atesoraba un entrañable intercambio de cartas con el General, el que llevó a Torres al caso de Gordon por el robo de la calle Uriburu?

No.

El enlace fue un hombre que acababa de llegar, o de volver, a Devoto: Giovenco. Torres lo conocía bastante. ¿Quién no conocía al segundo jefe del Operativo Cóndor? Si había una juventud peronista, de izquierda, montonera o filomontonera, representada por el fulgor de Galimberti como cara pública, el jetón de esa juventud, también había otra, peronista, nacionalista, sindical, ortodoxa, con el color de la CNU, del CdeO. Una juventud organizada, encuadrada, ya no eran tribus nómades impulsadas por una u otra acción. Y en esa franja, más opaca, de menor relieve, Giovenco era una figura reconocida, respetada. Era el cóndor.

Torres lo había defendido antes de que plantara las banderas celestes y blancas en Malvinas. Un poco antes, cuando se disponía a matar al almirante Isaac Rojas, según se corrió la voz.

Primero, los hechos.

La detención de Giovenco: el 7 de enero de 1966 a las diez y media de la noche, en avenida Santa Fe y Austria, Capital Federal, un oficial inspector observa a un hombre, sospecha, lo interroga (¿intuición policial o ese hombre está marcado?). Alejandro Armando Giovenco Romero, 20 años, le presenta su documento de identidad, una credencial de la Gendarmería y otra de la Obra Social del Ejército. El policía le secuestra una pistola 9mm cargada con ocho proyectiles; Giovenco guardaba otros diez en el bolsillo. El policía lo traslada a la seccional. Al día siguiente la Gendarmería afirma que el detenido fue dado de baja por deficiencias físicas dos años antes.

Prima facie: usurpación de títulos y honores. El arma, responde un comisario inspector de Delitos Federales, no está registrada. Giovenco vive en un cuarto del hotel Modelo, calle Solís, barrio de San Cristóbal. Tiene antecedentes: una prisión de dos meses en suspenso por lesiones, otra causa con captura por abuso de armas y atentado a la autoridad. Las balas, dice Giovenco en su defensa, son para intercambiarlas con otras de un amigo; la pistola se la regalaron en un viaje a Chile. Lo mandan a Caseros.

Breve y necesario *racconto*. Giovenco, en su adolescencia, estaba del otro lado, en la contra. Había militado en el Partido de la Revolución Libertadora, gestado en 1963 para llenar de gorilas el Congreso, tal su eslogan. Era católico-nacionalista y custodio del marino Rojas, el más revulsivo antiperonista de las Fuerzas Armadas. Con su incorporación a la Gendarmería, Giovenco buscó vínculos con sectores de inteligencia. Después borró ese pasado, aunque no definitivamente, y se integró a la militancia juvenil que custodió a Isabel Perón en su gira por el país, en octubre de 1965, cuando el General concluyó que sus delegados no tenían agallas para frenar a Vandor. Con el objetivo de dejar clara su transformación, Giovenco merodeó el domicilio de Rojas, quería atentar contra él aquella noche de enero. Alguien lo reconoció o delató. El policía lo detuvo. Causa, tenencia de arma y munición de guerra.

El doctor Torres asumió su defensa. Lo condenaron a seis meses. Al momento de la resolución del juez, la pena estaba cumplida. Salió el 13 de julio de 1966, y dos meses después, como miembro del Movimiento Nueva Argentina, con financiación de Vandor, jefe metalúrgico, fue uno de los gestores del Operativo Cóndor en

Malvinas, lo encarcelaron en Ushuaia, lo defendió Torres, lo condenaron a tres años y seis meses (sentencia doctor Lima).

En enero de 1968, Giovenco contrajo matrimonio en el penal. Cuando su esposa, María Cristina, regresó a Buenos Aires, la noticia se imprimió en la portada de *Crónica*. El mayor Pablo Vicente, que enviaba a Madrid, por conductos clandestinos, prolija información sobre hechos y personajes del país, alertó a Perón. Casamiento de un Cóndor, avisó, y recomendó escribirle dos líneas. El General lo hizo, felicitaciones, ¡saludos a los dos compañeros! Giovenco, en prisión, recibió carta de Perón. Fue su bendición. No había más dudas. Era un hombre del peronismo, o del peronismo nacionalista, no importaban los detalles. Peronista al fin.

En marzo de 1970, otra vez en libertad, volvió a vincularse con la UOM, la CGT y con un grupo que se constituyó en su tiempo de encierro, la CNU, Concentración Nacional Universitaria, afincado en La Plata, Mar del Plata, Bahía Blanca. Algunos miembros eran militantes nacionalistas, ex Tacuara y MNA, con bautismos de rigor certificados, una bomba al busto de Sarmiento algún 11 de septiembre, pero ahora eran decididamente peronistas. Otros eran nuevos, la primera militancia. La CNU se arraigó en universidades, entre estudiantes o docentes, el Poder Judicial, gremios, contactos en fuerzas de seguridad, un padre policía, un guardaespaldas en el sindicato. Se definían ruccianos, devotos del jefe de la CGT. Rucci les correspondía con simpatía. Le agradaba el nacionalismo criollo, popular, los aniversarios de La Vuelta de Obligado, el reclamo por la repatriación de los restos de Rosas, enterrado en Inglaterra (¿quién no recuerda la presentación del profesor Disandro, inspirador de los

nacionalistas, junto a Rucci como figura estelar en el acto de la CNU del 17 de agosto de 1971 en el teatro Alberdi de Mar del Plata?).

Giovenco, que se movía líbero, sin territorio, en noviembre de ese año protagonizó la mentada balacera en el local de la calle Chile, San Telmo, sede de la rama femenina del justicialismo. Había caído Paladino, Cámpora era, en los hechos, el nuevo delegado de Perón, y Giovenco intentó resistir los cambios a los tiros, no quería entregar el local. Lo hirieron en un dedo, ocho días preso en la comisaría 18ª. Esa semana su foto se mezcló con la de Gordon en los diarios. De una página se saltaba a la otra. Uno en la confrontación política violenta, tiroteo entre peronistas, como resumió el cronista desde el móvil en el Hospital Rawson. El otro en la delincuencia común, el robo a la importadora de relojes de la calle Uriburu. Espectacular tiroteo en Once, conmoción en toda la zona. Pronto Giovenco y Gordon se conocerían, tendrían el mismo abogado.

Tres semanas después de estos dos episodios, la CNU hizo su bautismo de fuego. Un bautismo de fuego a la inversa. Un baño de mierda. No copó un pueblo, no asaltó una comisaría, no secuestró ni fusiló a un general. CNU mató a una estudiante en el aula magna de la Facultad de Arquitectura de Mar del Plata: Ana Silvia Filler, 18 años. Era un grupo de 10 o 12 militantes, refugiados en una casa, a media cuadra, a la espera de la señal. Cuando la señal llegara, ingresarían al aula, romperían la asamblea. Un grupo de choque, de refuerzo, como apoyo, para torcer los acontecimientos. La señal llegó, ¡vamos! Dos o tres fueron con fierros, a la vanguardia, otros con cadenas, el resto a mano limpia. Subieron las escaleras a las corridas y llegaron al primer piso, la puerta del aula. Primero sonó un petardo, una bomba de estruendo o de humo. Y después pum

pum pum. Dentro del aula hubo gritos, empujones, saltos por la ventana. Y afuera ¡bajemos! ¡bajemos! Y bajaron chocando contra los que no habían alcanzado a subir, a mitad de la escalera, y escaparon en autos que los esperaban, y en el aula en la que dos minutos antes se discutía la moción de rechazo a la expulsión de un alumno por tirar una pastilla de gamexane, como pretendía el rectorado, con la lista de oradores, las exposiciones en la tarima, quedó la chica muerta y un estudiante herido con una bala que le atravesó la frente.

La CNU se dispersó ese verano, se guardó, algunos cayeron, otros se profugaron.

Meses después, Giovenco, que no tuvo participación en el hecho, alquiló un departamento en Capital, avenida Corrientes 2928. No era su domicilio familiar. Era un refugio, una cueva. Allí, nueve y cuarto de la noche, irrumpió una brigada de DIPA, al mando del oficial Gallone (DIPA, Departamento de Informaciones Policiales Antidemocráticas, con asiento en Coordinación Federal, que dirigía el comisario Pidal). La brigada no encontró a Giovenco. Encontró a Juan Carlos Gómez. Aparentemente no sabía quién era. Gómez explicó que llegó a Buenos Aires para saludar a su novia. Vivía en Mar del Plata. Hacía dos días se había cruzado con Giovenco en el bar próximo a la sede de la UOM, calle Cangallo, y le había pedido alojamiento. No tenía plata para el hotel. Estaba de paseo. A la tarde había ido al cine Lavalle a ver *Cama con música*, después se encontró con ella (la brigada esperó que la joven se vistiera y saliera del cuarto). Ella dijo que lo había conocido en una confitería hacía un mes y medio. Se vieron pocas veces, la relación se había hecho más cercana en los últimos días. Él la pasó a buscar por su trabajo y

le pidió que lo acompañara a dejar una nota a la casa de un amigo. Habían llegado hacía un rato. Nunca hablaron de política. Le dijo que se llamaba Eduardo. A la brigada no le importaba Gómez, si la joven era su novia o no. Se abocó a la requisa del arsenal y otros objetos que encontró debajo la cama y en el armario. Tres armas largas, proyectiles, cargadores, un artefacto explosivo a mecha, chapas patente, pelucas, libreta de enrolamiento a nombre de un tal Ardito, folletos del Comando Centro Cóndor. Esperó en el departamento a oscuras la llegada del inquilino. Había un Falcon abajo. El portero, testigo de cargo, en un aparte, brindó detalles: Giovenco lo alquiló el 2 de mayo y enseguida apareció este señor y se instaló acá. Lo vio con frecuencia. A las dos de la madrugada, ya era 20 de mayo de 1972, llegó Giovenco. En el portafolio negro con cierre relámpago tenía una pistola Colt .38 largo y otro revólver Colt con tambor, proyectiles 9mm y 11.25, cargadores. Las dos armas, con una bala en la recámara. Explicó que desde hacía dos años trabajaba en la CGT como colaborador de Rucci. Antes lo había hecho en la UOM con Lorenzo Miguel. Afirmó que en Coordinación Federal lo conocían, sabían a qué se dedicaba, tenía contacto con policías. Gómez era amigo desde hacía dos meses, tenían afinidades políticas. Estaba de paso en Capital y le pidió alojamiento. Las armas que acababan de secuestrar en el departamento, salvo la carabina Battan (se preocupó porque faltaba la mira telescópica), no eran suyas. No acusó a la policía de haberlas plantado. Supuso que fue obra de algún grupo de ideas antagónicas, la zurda. Zurdos a Moscú, reclamaban los CNU.

A Giovenco y Gómez los defendió el doctor Torres. Pronto el juez Ure les bajó la prisión preventiva; la chica desde hacía días ya estaba

en su casa de Caseros. Cuando el secretario instructor verificó por teléfono con la Delegación de la Policía Federal de Mar del Plata los antecedentes de Gómez, saltó que estaba rebelde, o, mejor dicho, prófugo. Llegó el radiograma: presumible autor de los disparos mortales. Juan Carlos Gómez, 1,68 m, cabellos negros, usaría barba y bigote, pedido captura causa 1109 homicidio Ana Silvia Filler. A Gómez, gastronómico, un pesado del sindicato, lo trasladaron a Mar del Plata; quedó preso a disposición del juez Martijena. El otro acusado, Corres, policía, estudiante de Derecho, ya estaba detenido. Giovenco declaró que no sabía que el Gómez que alojó era el prófugo. En la CNU se valoró que lo resguardara.

Días después, ya era junio, ingresó a Devoto. Se reencontró con otros nacionalistas, algunos de ellos del comando. Ya habían virado al peronismo verdadero. No eran arribistas, ni marxistas encubiertos. Eran peronistas de Perón, los que defendían su doctrina. Gordon, como otros presos, saludó a Giovenco en el patio. El cóndor, 26 años, que no solía ser simpático ni amable, era lo más parecido a una personalidad política de los nuevos tiempos. Fierros, balaceras, detenciones, años de cárcel. Y su aterrizaje en Malvinas, la reafirmación soberana, era la medalla que llevaba en el pecho, como la de Acosta. Gordon abrió una punta más en el nuevo mundo político que habitaba: le declaró su admiración sincera por esa patriada. Conocía la historia de primera mano. Siempre le habían merecido respeto los cóndores. Y se confesó nacionalista y peronista como él. Yo, como argentino, le reveló, quiero a mi patria, la amo profundamente, y si tengo que dar la vida para defenderla, también la daría. ¿De quién la defendés?, le preguntó Giovenco, con sobrio interés, para saber hasta dónde llegaba su discurso. De los

personeros antinacionales, de los que buscan fracturar el movimiento peronista organizado, atomizarlo, disociar a los sindicatos, descabezar a sus cúpulas con ideas foráneas que no tienen nada que ver con el sentir argentino. La voz de Gordon era música para sus oídos. Parecía uno propio. Lo miraba a través de sus anteojos de vidrios gruesos, lo escuchaba en silencio. Giovenco sabía quién era. Le estaba hablando un delincuente de verdad, un hombre de acción que había sido detenido por los mismos cargos que los suyos, tenencia de armas y munición de guerra. Le pareció experto, arrojado, con el deseo de frenar la avalancha de impostores escondidos detrás de las banderas de Perón Vuelve. La cárcel los unió en esos días de junio. Está en juego mi familia, la de todos nosotros, y yo como argentino tengo la obligación de poner el grito en el cielo frente a esto, prosiguió Gordon, miraba a otros presos en el patio, la zurda loca, infantil, trotskistas, comunistas, combatientes de hojalata de la Cuarta Internacional. No alcanza con gritar, lanzó Giovenco. No, hay que juntar plata, como hacen ellos, respondió Gordon. Y comprar armas para enfrentarlos. Hay que animarse. Hay que empezar a mirar el bosque y dejar de distraerse con el mísero arbolito que lo tapa. Quizá esa haya sido la sentencia definitiva: Giovenco lo integró. Tuvo un gesto de lealtad, le recomendó a su abogado, Torres, para que lo defendiera como merecía uno que luchaba por la patria y no terminara desperdiciado como un delincuente común, preso o muerto.

El 12 de julio de 1972, en una hoja manuscrita, Gordon escribió al juez Font que por el delito de tentativa de robo y resistencia a la autoridad, por su propio derecho, designaba abogado defensor al doctor Fernando Enrique Torres para que ejerciera esta designación

en forma conjunta, separada, solidaria e indistintamente con los defensores ya designados. Será justicia. Y firmó. La firma de Torres, pesada, se sumaba a su defensa. Luego se agregaría la última, Fabris. Cuatro abogados para un delincuente común.

Después los trasladaron a otras prisiones. Giovenco tuvo una estadía en la cárcel de Olmos, una infraestructura radial, panóptica, con pabellones colectivos que convergían en un patio central, vigilados desde una torre. Ingresaban por un túnel. Les tiraban té en las duchas para desinfectarlos. Pasó por Rawson, andaba solo, apartado en su celda individual, mal mirado en el patio por montos y erpianos. Facho, lo señalaban. En cada viaje a Buenos Aires para declarar ante los jueces del tribunal hacía una parada por el buque Granaderos, constituido como cárcel de tránsito. Luego lo alojaron en el pabellón 15 de la Unidad 9, La Plata, el de políticos, donde se encontró con los de la CNU, Gómez, Corres y los otros que habían matado a Filler.

Gordon, desde el 24 de septiembre, estaba alojado en Caseros, condenado por el robo a la importadora. La causa por el homicidio de Moure seguía en proceso, como la de Bariloche, la de Arroyo Dulce. Pero continuaba aferrado al pabellón de los políticos. No quería desprenderse de ellos. Y mucho menos cuando Cámpora, ya avalado por Perón para su candidatura presidencial, prometió una y mil veces en la campaña electoral que no habría ni un día de gobierno popular con presos políticos en las cárceles.

34
La libertad

La mañana del viernes 25 de mayo de 1973 la cárcel de Caseros era un loquero. Se reproducía el festival de afuera; bombos, megáfonos, canciones, una masa compacta de ruidos que ascendía a los pabellones. El sol del 25 estaba asomando. Era un día feliz, previsiblemente caótico, como toda felicidad. Volvía el peronismo. Después de las bombas del 55, de los fusilados en los basurales del 56, de la proscripción y la cárcel, volvía con el voto popular. Y terminaba el destierro. Perón, con la alegría cauta, escrutaba la tormenta del otro lado del océano; pronto regresaría. Gordon estaba inquieto. No sabía si continuaría su condena o saldría en libertad. Los presos políticos tampoco sabían si la promesa de Cámpora, ni un día de gobierno popular, sería literal. Pero saldrían. Estaban seguros. Ya habían vencido. El Tío, fiel servidor del General, el vicario presidencial, que había pisado el 50 % en las elecciones del 11 de marzo, los reivindicaba en el discurso de asunción: la juventud maravillosa que puso el cuerpo y la sangre para el retorno de su líder. La historia se posaba en la palma de la mano, ofrecía una nueva oportunidad.

Gordon quería la suya.

El penal de Caseros no era como el de Devoto. Allí los pabellones de hombres y mujeres habían sido tomados en las últimas horas, hervían. Se abrazaban en los pasillos, colgaban banderas, esperaban que abrieran los portones. Si no, lo harían ellos a las patadas. Allí entró Cortázar, una madrugada. Reunió a la comisión de presos, montos y erpianos, y entregó la mosca de las regalías de *El libro de Manuel*; allí se alojaban los tres guerrilleros que sobrevivieron a los fusilamientos del sur bajo una montaña de cuerpos; allí entraban y salían diputados electos, y también abogados, para asegurarse de que no se ejecutaría una nueva masacre. El ERP, por prevención, había secuestrado a un marino retirado (lo arrancó de su casa un domingo a la noche, miraba el partido de Boca por la televisión). Pero ningún reaseguro alcanzaba. Siempre se esperaba la puñalada trapera, el recado de sangre de una dictadura en retirada.

Caseros era el anexo, el lote chico, una edificación vieja y fatigada, pensada como correccional de menores hacía casi un siglo. Mantenía detrás de sus rejas a un puñado de presos políticos, la mayoría de la vieja guardia. Eran quince. Dieciséis, si se incluía a Gordon en la lista; todavía no se sabía.

Allí estaba Tito Bernardini, uno de los cóndores del 66 que aterrizó en Malvinas; Antonio Antich Mas, El Utu, miembro de la primera guerrilla rural peronista, Los Uturuncos, que había tomado la comisaría de Frías, en Santiago del Estero, en la Navidad del 59; estaban Mario Duaihy y Horacio Rossi, los tacuaras que asaltaron el Policlínico Bancario en el 63, el primer hecho armado de la guerrilla urbana; Arístides Bonaldi, de la primera JP, que había arrancado el sable corvo de San Martín del Museo Histórico Nacional en repudio por los presos del Conintes, por el secuestro del cadáver de Evita y

por otras mil cuestiones; Pablo Schargorodsky, de 21, militante de izquierda, hijo de una diseñadora de prendas de punto y un abogado de los derechos humanos; Alberto Iulleirat, retratista artístico, detenido por una complicación con unos cheques, pero guerrillero de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), y también El Tano Renato Matteazzi Constantini, oriundo de Cassano Magnano Varese, líder del grupo junto a Jorge O. Campos, con sus bigotazos marca de época, y Rubén Martínez, Carlos Costa, Héctor Omar García, Juan Carlos Albornoz, Luis María Gómez, todos en alerta, como gatos agazapados. Y, por último, entre el cielo y el infierno, sin ganas de perder la oportunidad que le regalaba este tiempo político, deseoso y ansioso por respirar el aire de la calle, Gordon. Y aunque a estas alturas, para la comisión de familiares que visitaba las cárceles, sectores de izquierda, era un infiltrado de los servicios, para los peronistas era un chorro, no se discutía, pero peronista, no había dudas.

Ese día Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir firmaron un manifiesto por la derogación de las leyes represivas y los tribunales especiales en la Argentina. Ese día, en la recepción de honor de la embajada en París por la fecha patria, se gritó por Perón, Evita y el Che Guevara. Ese día se tiraron piedras contra el Sheraton Hotel para reclamar su conversión en un hospital de niños. Ese día una columna de manifestantes que avanzaba por la calle Cangallo fue baleada por un hombre que se refugió en el sindicato metalúrgico. Un militante resultó herido en el cuello, y la multitud, frenética, rodeó el edificio al grito de ¡asesinos, con la guita de la UOM no lo compran a Perón! Ese día, en una unidad carcelaria, bajo la luz de

un sol benévolo, se vio ondular un largo lienzo: Presos comunes con los guerrilleros. Ese día estaban todos locos.

Lanusse había derogado el estado de sitio en las horas previas a la entrega del poder. 45 presos sin procesos judiciales abandonaron los penales. Pero los detenidos políticos, procesados y condenados, sumaban casi 400. El régimen carcelario, después de la fuga de Rawson, los había catalogado con el Código Uno, delincuentes de extrema peligrosidad. Los encerraron en celdas individuales de Olmos, Coronda, Resistencia, Caseros. El núcleo duro, el epicentro del combate por la libertad, era otra vez Devoto. En sus pabellones había ciento ochenta y ocho hombres y mujeres.

No estaban solos.

A las nueve de la noche del día de la asunción de Cámpora 30.000 personas rodeaban el edificio. Antorchas, bombos, alguna molotov. Un poste de teléfono, aferrado por diez o quince, iba y venía contra el portón. Lo impactaban a la carrera. ¡Bum!, ¡bum! El estruendo de la amenaza. Querían que los presos salieran a como diera lugar, ni un día de gobierno popular, el cumplimiento de la promesa tal como había sido dada. Era el día. El penal adentro explotaba. Por la tarde algarabía, a la noche el caos. Celdas abiertas, corridas, presos rondando por el patio, pintadas, el museo de la revolución en vivo, abierto a todas las expresiones. Los comunes intentaron sumarse, quemaron colchones, forzaron una primera puerta, tomaron un pasillo y quedaron tras las rejas listos para atrapar a un guardia y hacerlo rehén. También querían irse. O que les aseguraran una reducción de penas. Y los penitenciarios, ante el terrible peso de los acontecimientos y el temor de que la marea se les viniera encima,

prefirieron quitarse los uniformes, andar de civil, silbar bajito; algunos se guarecieron en la terraza, prepararon las armas.

La libertad de los presos políticos estaba garantizada. Saldrían por ley. El proyecto se había discutido en comisión, ya estaba firmado el despacho único. El voto en el recinto sería mayoritario, si no unánime, pero de una cámara debía pasar a la otra, continuar su tratamiento. Y una vez sancionada la ley, los juzgados de origen debían examinar la causa del detenido y aplicar la amnistía. A esto se agregaba la revisión de los expedientes del Tribunal Antisubversivo, que sería disuelto por la misma ley. No era un trabajo para hacer en un día. Había procedimientos de forma, pasos institucionales. Los montoneros lo respetaban porque no querían escupirle el estofado al Tío. Era su gobierno, en cierto modo. El ERP no, empujaba para salir de la cárcel. No quería la libertad regalada por el Parlamento, quería la libertad arrancada con sus propias manos, como un hecho revolucionario. Entonces, mientras la comisión de diputados, que había quedado a cargo de la libertad de los presos hasta la sanción de la amnistía, los adultos mayores en este enredo, se reunía con el prefecto para evitar el descontrol total, y el delegado de los presos, por teléfono, en la misma oficina, le reclamaba al flamante ministro del Interior que los soltara, había 50.000 tipos afuera que iban a tirar la puerta abajo, y el funcionario, en bata, humedeciéndose la cara con agua de colonia para la recepción de gala, preguntaba por qué de repente tanto apuro, cálmelos, mándelos a sus casas. Finalmente, avisaron a Cámpora del asunto, con la banda presidencial cruzada, elegante, en medio de saludos y sonrisas con las delegaciones extranjeras en el Palacio de la Legislatura, que si no se firmaba el indulto las consecuencias

inminentes serían catastróficas. Ni falta hizo. La velocidad de los hechos los sobrepasaba. Apareció en el penal un dirigente peronista con un papel en la mano, pidió pista y, acompañado por diputados de la comisión y el delegado de los presos, desde una explanada, avisó con un megáfono a la multitud que rugía afuera que traía el indulto. Ya salen, en una hora salen, prometió. Clamor ensordecedor. Un orgasmo colectivo. Se calmaron todos. Y el papel en blanco rodó por la escalera hecho un bollo ¿Qué importaba la verdad? Había que aquietar a las fieras. Y mientras en la Casa Rosada los funcionarios del nuevo gobierno en su primer día de trabajo buscaban ficheros de una oficina en penumbras donde pudiera haber alguna lista de detenidos políticos, los diputados, en el penal, tomaron la que les dio el prefecto, sus propios presos, y quién sabe si allí no fue que se mezclaron algunos VIP, traficantes de heroína, estafadores. Como fuera, redactaron diez renglones alegóricos en la primera página, escribieron en la última, salen bajo nuestra responsabilidad, y estamparon las firmas. Y el caso es que tras ese acto vertiginoso y solemne, salieron. Los presos de Devoto, al rato, salieron. En fila, con los dedos en V y el puño en alto, con el resplandor del incendio de colchones y frazadas de los comunes amarrados a las rejas, en reclamo de su libertad.

No era el único fuego. En ese momento, cerca de la medianoche, se quemaba Caseros. Allí no había presión social, ningún indulto inventado. Los dieciséis presos políticos estaban solos, a la intemperie, inquietos. Los comunes, no. Se expresaban con fuego, el fuego que arrasa, el de la protesta, el de los lengüetazos ardientes que escapan de las ventanas. Los penitenciarios tiraron gases lacrimógenos para dispersarlos y los presos se refugiaron en la

biblioteca y la incendiaron, tomaron el consultorio odontológico para protegerse del humo. Llegó la policía con las armas largas, los bomberos con las autobombas, se levantaron las escaleras, se echó agua en las paredes del penal toda la noche. A las siete, los comunes se entregaron. O depusieron su actitud. Lo hicieron, explicaron, para no complicar la libertad de los presos políticos. Solidaridad carcelaria. A ellos les correspondía ahora transmitir sus reclamos, recibir un trato justo y humanitario.

Rawson, aun con el helado frío patagónico, también ardió la noche del 25. Enterados de que en Devoto empezaban a salir, los presos rompieron puertas y ventanas con camas de hierro, ganaron posiciones. No hubo voluntad para reprimir. Les abrieron una oficina para reencontrarse con sus familiares. Era la mejor garantía, saldrían. Debían tener paciencia. El general a cargo de la cárcel, Rawson era zona militar, esperaba el radiograma de la Capital. No los liberaría hasta que llegara. A la madrugada se fue al hotel, paladeó un whisky.

En la mañana del sábado 26 los diputados trataron la ley de amnistía en el Parlamento. La mitad de los presos políticos ya estaba en libertad. No era la primera vez que se perdonaba una bomba o una muerte. Fusiladores, torturadores, habían sido perdonados. Pilotos militares que lanzaron bombas sobre Plaza de Mayo, perdonados. Sublevados, incluso derrotados, fueron honrados, les levantaron monumentos. Y la mayoría de las veces que se sancionó una amnistía o se firmó un decreto de indulto se hizo en nombre de la paz interna, la convivencia pacífica o, como en el caso de Cámpora, por las características especialísimas del momento que atravesaba el país.

El decreto ya estaba a tiro de su lapicera. Tras una noche larga en Casa Rosada, los funcionarios del ministerio recompusieron una lista de detenidos entre los juzgados por el Tribunal Antisubversivo y los encarcelados bajo el régimen de máxima seguridad. Eran 371. Cámpora lo firmó en la mañana. Se le ordenó al Servicio Penitenciario Federal que dispusiera la inmediata libertad de los beneficiados. Se abrirían todas las rejas. Para Gordon continuarían cerradas: no estaba indultado.

En la madrugada del 26 ya habían salido diez presos en andas de la Unidad 9 de La Plata. Algunos habían formado parte de la guerrilla guevarista del 63, cayeron tras meses de campamentos y caminatas en el monte salteño; otros eran miembros de las Fuerzas Armadas Peronistas, detenidos en Taco Ralo, Tucumán, en el 67. Se los homenajeó en la Casa de Gobierno de la provincia de Buenos Aires. Un cartelón atravesaba el salón rojo, el peronismo será revolucionario o no será. Los presos de la CNU que participaron en el crimen de Filler quedaron adentro, pese a que Piantoni, el jefe de Mar del Plata, había pedido al doctor Torres que los incluyera en la lista de liberados. Torres pidió paciencia. La libertad es para los luchadores, no para los parapoliciales, replicó un montonero que acababa de salir.

Al mediodía, uno de los diputados responsables de los presos de Caseros, Hugo Franco, y el abogado de los derechos humanos Enrique Schargorodsky, que tenía a su hijo detenido, le reclamaron al prefecto Sauma que soltara a los 16. El indulto ya estaba firmado. Sauma se negó. Caseros seguía como si nada. En cambio, en el sur los presos habían sido aplaudidos en las calles de Rawson por los vecinos, que los invitaban a sus casas, y viajaron a Buenos Aires en

dos aviones de Austral, con pasaje gratuito cedido por la compañía aérea, saludados por los altavoces por las azafatas que agradecían lo que habían hecho por la patria. Una avalancha invadió las pistas de Ezeiza cuando las naves todavía carreteaban. Descendieron las escalerillas como héroes. La V de la victoria; la estrella federal del ERP. Algunos montoneros relataban a la televisión los padecimientos de la prisión, los del ERP preferían esquivar las cámaras, sabían que la policía, con el poder que fuera, siempre fichaba. A esa hora, miles de personas que seguían el debate en el Congreso acompañaron a los diputados a reclamar por la libertad de los únicos presos que quedaban en el primer día del gobierno popular, los de Caseros. Eran momentos de fervor para la multitud, de turbación para Gordon. Si la autoridad carcelaria se ponía difícil y revisaba en detalle el nombre de cada indultado, su salida se bloqueaba por más gritos callejeros que hubiera, por más abogado o diputado que entrara a chapear al penal. La artimaña se le podía derrumbar en el minuto final; meses de trabajo interno, de contactos, de firmas pesadas, disueltos en la nada. Ese mes de mayo los jueces habían seguido cargando fojas a los expedientes. Migliaro, del caso Arroyo Dulce, por citar uno, requirió al director penitenciario Santángelo bajo qué autoridad judicial estaba Gordon, alias El Exquisito, prontuario R.H. (Robos y Hurtos) 124254, a quién debía pedírselo para indagarlo, y Santángelo le remitió la condena con sentencia definitiva y la tira de procesos para que fuera a tocar timbre a otras jurisdicciones, que eligiera la que quisiera, tenía de sobra.

Cuando la manifestación llegó al penal, Pichincha y Caseros, los presos políticos estaban separados del resto, trascendió que habían recibido sus pertenencias. La prensa accedió a una sala amplia, con

bastante gente, diputados y familiares continuaban a la espera de una decisión que se demoraba. Había una traba. Las autoridades del penal no la explicaban. Y había tres hombres que conversaban apartados en esa sala, parecían tensos, y en el murmullo sobresalió una voz, no muy fuerte, pero claramente audible para los que estaban cerca, nos vamos a quedar acá hasta que liberen a los 16, no vamos a abandonar a ninguno. Una voz terminante, definitiva. Un periodista se acercó, al del medio lo reconoció como el diputado Franco, y descubrió que los otros dos eran presos políticos. Se los presentaron. La cámara se encendió. Franco dijo que no sabía qué resortes legales estaban impidiendo la libertad de los compañeros que se habían jugado por la causa nacional en 18 años de opresión y dictadura. Traía la adhesión del bloque justicialista para lograr la libertad y realizarles el homenaje que se merecían. Uno de los presos afirmó que eran 16 en total. Ocho, juzgados por la Cámara Federal, tenencia de armas de guerra, asociación ilícita; los otros estaban en prisión desde antes de su creación en julio de 1971. Y en ese momento, cuando la cámara giró de golpe hacia el otro preso, Renato Matteazzi, captó a un hombre que observaba la entrevista y que se corrió, como si el movimiento lo sorprendiera, como si la luz que lo iluminaba lo fuera a dejar en la oscuridad para siempre. Como aquel cigarrillo que detectó en el taller del Tano Bonifacio y lo detuvo, porque otro paso más lo iba a lanzar al precipicio. Y se apartó de la cámara para no quedar expuesto, y menos ahora que, estaba seguro, los presos no saldrían sin él, no lo abandonarían, seguiría aferrado al lote de juzgados por el Tribunal Antisubversivo, o la Cámara Federal, el Camarón, o la Camarona, como la refería Sofía, la causa 95, la de la granada, la bendita granada que había

sustraído o le habían dado a Carlitos, el marinero, por cuatro atados de cigarrillos, la granada que Gordon le robó al Loco Giudissi, la que El Loco Giudissi le robó a Gordon con la camioneta celeste cielo que dejó incrustada en la avenida, meando aceite, aquel 12 de octubre. La granada que lo había llevado al pabellón de presos políticos junto a los que luchaban por la liberación.

Al rato, un hombre se hizo paso entre la multitud e ingresó por la puerta de Pichincha. Era Santángelo, director del servicio penitenciario, convocado por Sauma, harto del cuchicheo y las deliberaciones, y Santángelo, expeditivo, se reunió con diputados y abogados y se redactó el acta. Franco, Musso, Ponce, Croatto, D'Angelo, Acuña, Guerrero, Amaya, Nosiglia, Comínguez, Bajczman, todo el arco político del Congreso Nacional representado en esa sala para dar fe de que los 16 era considerados presos políticos. Estamparon su firma. Y aquel sábado 26 de mayo de 1973, a las 20.25, la misma hora en la que Evita se abrió paso a la inmortalidad, se abrieron los portones de Pichincha 2110 y los presos fueron al encuentro de sus familiares, de la militancia, los dedos en V, las banderas, los abrazos. Ya eran libres. Entre todos, también estaba Nelly con las dos criaturas. Gordon salió con paso rápido, hizo un gesto, apenas si llegó a verlos, si cruzó un golpe de vista. Había un auto, esa noche, que lo esperaba.

35
Perón vuelve

Cuando vuelva el hombre vamos a estar mejor. Perón vuelve. Su avión cruzaba el océano. Acosta, redimido, pero todavía prófugo, volvía para recibirlo. Volvía tras una azarosa estadía en la delincuencia común provocada por El Gordo Amaya, no lo olvidaba. Un desvío que se inició con aquel primer ómnibus de la mañana con destino a Colón para cumplir con el pedido, dar una mano en un golpe, y terminó esa madrugada en Villa Ballester, con la corrida final hasta la iglesia donde Chiche lo esperaba para sacarlo del apuro. Volvía en tren, Acosta, apretujado, con el sol del amanecer que acariciaba la cara, todavía somnoliento. Un hombre en la multitud. El mismo tren Sarmiento que lo había llevado a las islas y que, a su pesar, ahora también le refregaba las huellas del pasado cercano. Amaya Intendente. Aunque El Gordo hubiera abandonado pronto su carrera al Ejecutivo municipal (apenas si se lanzó: un asado en su local para animar a la militancia y un acto callejero en Rivadavia y Casullo, frente al colegio nacional de Morón, el final de su epopeya), su nombre relucía en los muros del ferrocarril, había dejado sellados los destellos de aquel intento. Siempre fue así, una promesa, un fulgor, un frasco vacío, se lamentaba Acosta, y corría la

vista ante cada pintada en la que aparecía. Le dolía El Gordo. Había un saldo pendiente, una cuenta por cobrar. Más le dolía Chiche, claro. Era otro dolor. Su voz, aunque indescifrable, la escuchaba fugaz en los sueños. Su guardapolvo blanco con manchas de tinta, el salto valiente desde la pared de una vecina, nada se perdía.

Volvió a tener noticias suyas por el diario. Estufa mató a una familia. La caída del kerosene provocó el incendio de una vivienda en El Tropezón. Le pareció raro. A Chiche no le pasarían esas cosas. No lo creyó. Y por adolescentes que se reunían en la esquina con sus motos cromadas, la herencia yacente de aquel esplendor, supo que él, su mujer y la criatura fueron maniatados y bañados con nafta, que empaparon las paredes de su casa y las del taller, y también, o especialmente, el auto de la cinta negra; lo inundaron. Después patearon la estufa, tiraron un fósforo y se fueron. Al arribo de los bomberos, en la madrugada, los cuerpos estaban casi calcinados. Ajuste de cuentas, musitó uno entre dientes, y otro avisó, mejor vámonos, y los muchachos salieron con sus motos fulminantes para escapar de problemas.

Acosta bajó en la estación Liniers, siguió el paso de los peregrinos. Un vendedor ambulante se paró frente a él en la fila de micros y sacó de una bolsa unos binoculares de plástico negro. Se los ofreció. Acosta los probó. Pudo ver a lo lejos. Parecían fuertes. Te van a servir, hoy vuelve Perón, le anunció el vendedor como un profeta. Como si no lo supiera, sonrió Acosta. Toda una vida pensando en ese hombre.

El operativo de seguridad del acto lo dirigía el coronel Osinde. Perón lo había integrado al Consejo Superior a fines del 71, junto a Galimberti, para equilibrar las alas internas del Movimiento. Ahora,

después del llamado a las milicias populares, el líder de la JP estaba en caída libre. Osinde no: caminaba con el pecho inflado por los pasillos del Ministerio de Bienestar Social, al mando de Turismo y Deportes. El cargo era una anécdota, daba risa, pero servía para poner la pata en el Estado, reclutar servicios, canas, gendarmes, milicos retirados de la vieja guardia, gente de 45 o 50 años, de aquilatada experiencia. La estructura paralela. Y fueron ellos, en definitiva, quienes ocuparon el palco de Ezeiza esa misma mañana, o el día anterior, con la carabina .22 cruzada en el cuerpo. La Policía Federal había sido borrada del evento. No podemos permitir que nos cuiden los que nos persiguieron, argumentó Osinde, pícaro, y la seguridad del Estado quedó, paradójicamente, en control de los paraestatales. Pero Rucci, que no era tonto y tenía olfato para las oportunidades, llegó a explicarle a tiempo al General que la tropa del coronel no servía ni para mierda, o, mejor dicho, que no alcanzaba y debía rodeársela de sangre joven, su propia gente. Y así subieron al palco también la UOM, Smata, los de la Carne, y se le dio bienvenida de honor al estrado a la CNU, el ejército rucciano, un poco desvalido en armamento pero entusiasta, la nueva estrella del poder sindical. Y en el control de los accesos quedaron desplegadas como cordón humano la militancia del Comando de Organización, los cadeneros de La Matanza, como se los mencionaba, y la Juventud Sindical, con los brazaletes azul y verde. Y también se dispusieron en los bosques las camionetas del Automóvil Club para dar aviso de las novedades con su red de radiofonía.

El palco estaba montado sobre un puente, tenía dos plantas. En la de abajo estaban los músicos de las orquestas con la partitura del himno nacional y la marcha peronista en el atril, las trompetas, los

trombones, el coro estable del Teatro Colón en doble fila y, en el centro, la caseta blindada con cristales a prueba de balas desde donde hablaría el General. Sobre un costado, la tarima en la que ahora estaba parado Leonardo Favio, el conductor del acto.

La planta alta del palco la controlaba Giovenco, luminoso, alerta como un tero, con sus anteojos negros recetados y las entradas pronunciadas que le daban un vientito a Rodolfo Walsh. La poesía de las armas en su momento cumbre, en su nueva gesta, que ya no era solo la del cóndor. Era la del peronismo. Y a su lado, inseparable, su asistente, El Polaco Dubchak, agente de policía de la delegación de cuatrerismo de Pehuajó y responsable militar de la CNU, y más allá los otros, los rescatados, los liberados del crimen de Filler, Gómez, Corres, Arenaza, Petrelli, Cagliolo, y uno más, Delgado, que aguantó prófugo, lejos de las rejas, a quienes el juez Martijena aplicó la ley de amnistía y salieron de la unidad 9 sin ceremonias ni aplausos pero, al fin y al cabo, libres. Qué carajo. Allí estaba la CNU, revitalizada, asomando la cabeza después del escarnio, del bochornoso repliegue. Estaban los de Mar del Plata y también los de La Plata, los que confirmaban al profesor Disandro —que nunca promovió la violencia, ¿para qué?, si caminaba sola— como el mensajero adelantado, su propio papa. CNU. Los que marcaron la cancha y establecieron que JP y Montoneros no eran peronistas, eran zurdos y trotskistas. Los que entraban calzados y con palos al comedor estudiantil de Humanidades. A lo guapo, para ver quién se animaba a pisarle la cola al gato. Los que ya reclutaban a algún suboficial de la Bonaerense, algún milico del Regimiento 7 por pura ideología, pero con el peso inestimable de sus armas, de la información. Los que se mostraban en el bar Kansas en busca de un

corto, para comprar o canjear, porque sobraban canas endeudados hasta el tuétano, jugadores de quiniela que entregaban su fierro como acto de redención, para acomodar las deudas. Fierro que luego subía sin misericordia al mostrador del bar y volvía a circular no solo para los nacionalistas, también para montos y chorros, el mercado no despreciaba a nadie. Allí estaba la CNU en el palco, preparada para recibir al General y dar la primera advertencia; dejar en claro quiénes movían las riendas en el peronismo.

El mando no resultó sencillo esa tarde. Las gruesas columnas avanzaban hacia el puente, desbordaban los controles. En un momento Giovenco bajó con su caravana para ordenar el desbande sobre las vallas, echar atrás a los que presionaban por acercarse al palco. Ezeiza estallaba. Y allí, con las manos en alto, como si se ahogara, vio a Acosta que le gritaba.

—Ahí está tu amigo —le dijo a Gordon, discreto. Que se ocupara él de ese bicho, que le diera soga o se hundiera. No le importaba.

Era el primer día en casi un mes que el liberado de Caseros ponía un pie en la calle. No quería ir al acto. Temía que una detención casual hiciera saltar la luz roja. No se equivocaba. Ya corría la orden de captura. Apenas salió, a la semana nomás, volvió el gruñido de los jueces, el festival de exhortos, los requerimientos al Servicio Penitenciario y al mismo presidente Cámpora para que informaran si el condenado había sido liberado, y si así fuera en base a qué fundamentos. El subsecretario de Justicia, Pérez Pardo, afirmó que no se hallaba incluido en el decreto del indulto, y el penitenciario Santángelo respondió en un oficio que el interno estaba encuadrado bajo el código 2 del régimen común y egresó de prisión conforme al decreto del Poder Ejecutivo, y en otro, que fue puesto en libertad

por gestiones efectuadas por legisladores en la Unidad 16. Y entonces los jueces descargaron su impotencia en la Federal, ordenaron la urgente captura de Gordon, que lo remitieran a la unidad penitenciaria o se lo trasladara para una indagatoria.

El auto que lo esperaba en las sombras de la calle Pichincha la noche de la libertad, al que subió apurado tras un gesto de gracia a su familia, era de la CNU. Ese auto lo llevó, por pedido de Giovenco, a Mar del Plata; quedó bajo la custodia de Gómez. Devolución de gentilezas. Lo guardaron en una casa segura, en la misma cuadra había una comisaría, más segura imposible. Escondido bajo un farol. Y cuando le dijeron que viniera a Ezeiza porque iba a hacer falta, Gordon no se despegó de Giovenco, y cuando encontró a Acosta le consiguió un brazalete de vinilo de la comisión organizadora y los controles se fueron abriendo como postes hasta llegar a la cima del palco. Gordon y Acosta, estupefactos frente al espectáculo del peronismo, después de la cárcel y la persecución, a la espera del General, que ya estaba en el cielo de Montevideo. Acosta escuchó una voz y se asomó a la baranda. Leonardo Favio. Le pareció un sueño. Todo parecía un sueño, la noche del asalto en Bariloche, ella ya me olvidó, el auto de los de Mendoza, yo la recuerdo ahora, y ahora Favio le hablaba a un mar de gente desde los altoparlantes instalados a lo largo de la autopista. Somos más de dos millones y medio acá. Jamás una persona en la historia de la humanidad recibió un homenaje como el que hoy le brindaremos al general Perón. No tiene parangón. Ya falta poco, veinte minutos. Les pido que bajen las banderas, permitamos que la prensa gráfica internacional, los camarógrafos, puedan retratar este espectáculo, que queden fijadas en todo el mundo las imágenes de este momento histórico, y Acosta

aprovechó que el mar empezaba a abrirse para usar los binoculares como si persiguiera el vuelo de un ave, la corrida de un ciervo, y en esa visión distorsionada pudo distinguir con claridad el aquelarre del peronismo, su fervor, y movía el aparato y lo frenaba de golpe, atravesaba la nebulosa de muchos años de su vida hasta que se detenía en cualquier persona, una imagen diáfana y transparente en la que se reflejaba, un sentimiento que era el suyo, y que lo envolvía. Podía pasar horas examinando rostros, los gestos nítidos, la sonrisa franca, la tez curtida. Hasta que descubrió la foto principal y sonrió socarrón, como un bromista que festeja para sí el chispeo de su picardía antes que el resto. Le dijo a Gordon: mirá derecho, detrás de las vallas. Gordon tomó los binoculares. ¿Qué hay? Mirá bien, ¿no ves nada? Frente de Lisiados Peronistas, ¿qué tiene? Acosta tomó los largavistas para corroborar detalles, no quería equivocarse. En ese instante alguien tocó el hombro de Gordon. No fue violento pero tampoco amable, como el aviso de un correo urgente que no conoce de cortesías, y le entregó un papel en la mano antes de escabullirse entre otros hombres. Llegó a ver su espalda y fue tras él, pero Acosta lo retuvo de un brazo. Debajo de la L de Lisiados, ¡mirá bien!, insistió. Gordon, aún intrigado, paralizado, hizo caso y se calzó los binoculares. Pudo verlo. Estaba sentado sobre una silla de ruedas, el pelo más largo, la vincha negra de la JP, el mameluco gris que usaba en los días que se sentía más inspirado. El Loco Giudissi. Quieto, ausente, con la mirada distraída, acaso aburrido. Cerca, batiendo un bombo, animado, lo acompañaba Raúl El Marciano con bigotes que antes no tenía. El Loco y El Marciano juntos en esta nueva etapa. Quizá la mirada asombrada e intensa que lo apuntaba le despertó el sexto sentido a Giudissi, y

cuando Gordon bajó los binoculares para asegurarse de que lo que veía era real y no el efecto distorsionado de la óptica del aparato, cuando los dos, uno con el otro, pudieron verse con claridad, El Loco, como un vaquero salvaje e indomable, saltó de la silla, afirmó las piernas en posición de tiro, estiró los brazos, enlazó las manos y ¡pum! ¡pum! ¡pum!

Fue en ese momento, clavado, 14.25 según los diarios, todavía sonaban los acordes de la orquesta, el avión volaba sobre el río y la columna montonera que venía desde el sur avanzaba sobre el costado prohibido, entre el palco y el bosque, para ubicarse frente a Perón, o lo más cerca posible de Perón, aquí estamos sus leales mi General, los que dejamos la vida para su retorno, cuando provocaron el maremoto, las olas de imprevisible magnitud. ¿Cuántos serían? ¿20.000? ¿30.000? Fue en ese momento exacto, sí, mientras Giudissi disparaba con las manos enlazadas contra Gordon, cuando resoplaron los primeros tiros contra el palco o el primer tableteo de las metralletas contra la columna, que lo determinen los investigadores, y sin que le importara nadie ni nada Gordon sacó el .38 largo pavonado y apuntó contra El Loco, que seguía inconmovible, como si fuera el director de la orquesta sinfónica, o de la filarmónica, el maestro de ceremonias, el dueño y señor de las balas de todos los calibres que volaban por el aire, que resonaban en el concierto. Como si ese plin plin plin implacable y seco que repicaba sobre los caños de metal del palco, y las corridas y los gritos de horror que se oían desde el mar embravecido, fuera obra suya, el espectáculo que acababa de crear.

Cuando Gordon afinó el ojo y se sintió seguro de su impacto, Acosta se le tiró encima como había hecho con el contador del

banco que corría por el parque para salvarse. Cayeron los dos al piso. Lo agarró de la cabeza, lo cubrió. Quedate quieto, no te levantes. Nos van a matar. No exageraba, Acosta. En esa primera balacera, o en la de un rato más tarde, porque los tiros contra el palco continuaron, mataron a los dos del C de O, Domínguez y Cuesta. Medio mundo estaba boca abajo, los músicos escondidos detrás de los estuches, la prensa gráfica internacional, los camarógrafos, más de 200 periodistas, aferrados con las uñas a cualquier cobertizo, mientras una granada rodaba sin estallar y la voz de Favio invocaba a Giovenco, ¿dónde está Giovenco?, como el responsable del desastre o el que debía repararlo. Lo vieron todos. Favio rogando a los peronistas que no hicieran uso de las armas. Favio reclamando que los francotiradores bajaran de los árboles. Favio pidiendo que se cantara el himno nacional como mensaje de paz. Pero en el bosque había muchos cuerpo a tierra con la Ithaca, enfrentamientos directos, los cortos que asomaban detrás de los árboles, el ulular de las sirenas de las ambulancias, un auto en el pasto que se incendiaba.

Luego supieron que el General no vendría a Ezeiza, que acababa de aterrizar en Morón. Que no habría fiesta, y los millones que se habían concentrado para recibirlo se fueron desparramando con tristeza y en silencio hacia sus hogares, en un tren o un colectivo, o a pie. Los ruccianos de la CNU se reagruparon y marcharon a la CGT a escuchar la palabra del secretario general del movimiento obrero, para analizar los sucesos, recibir instrucciones. Gordon se sumó a ellos. Y también Acosta. Si anhelaba volver a los gremios, era el día indicado. La fila de autos de los custodios estacionados rebalsaba la calle Azopardo, daba vuelta la manzana.

Esa tarde, o esa noche, cuando se emitió el comunicado, se dejó en claro que el sindicalismo defendería la doctrina peronista a cualquier precio y en cualquier terreno. En esas horas se apuraron impensadas reuniones de cúpula entre los bandos enemigos para atemperar los ánimos o sondear hasta dónde escalaría el fuego. Perón se acomodaba como huésped en la residencia de Olivos, trémulo, sin todavía entender el país al que regresaba.

En otra parte de la ciudad, no muy lejos, pero como si estuviese en la otra punta del planeta, Julieta esperaba. Estaba sentada en una mesa de la confitería Exedra, en Córdoba y Boulevard. Era una cita extraña en un día extraño, pero sin dudas era el lugar adecuado. Se veía el Obelisco, la torre FIAT, las calles ausentes, las luces mortecinas del alumbrado público en declive hacia el río. Como si la noche no pudiera ofrecer más nada. Un domingo muerto. Aunque no era domingo. Encendió un cigarrillo. Había parejas en las mesas, otras pocas en la barra y algunas mujeres solas que también fumaban y esperaban como Julieta.

Su hombre llegó puntual, a las ocho, como indicaba el mensaje. Se levantó para recibirlo como en el pasillo de la cárcel, el comienzo de la relación. Hablaron generalidades de los acontecimientos del día, tomaron café. Se miraron. Julieta volvió a jurarle que no era policía. Era abogada. Y también católica. Le mostró la cruz de plata que llevaba debajo del pulóver. Seguía al servicio de la Secretaría.

—¿Y usted qué va a hacer? —preguntó de pronto, interesada, avanzando a cuestiones más personales—. Porque ahora quedó un poco en el limbo, ¿no?

A Gordon no le gustó esa libertad, mejor dicho, la insolencia de ese comentario. Ya no era un preso ni estaba esposado. Era un

hombre libre, o relativamente libre, pero se sentía protegido.

—No se preocupe. Me sé cuidar y tengo gente que me cuida.

—¿Quiénes…? Esos muchachos no le van a servir de mucho. Recién se están haciendo. Se pueden dar un golpazo en cualquier momento. No conocen el juego.

—Por lo menos me ayudaron a salir de Caseros, cosa que usted no hizo. Prometió ayudar y no estuvo. No la vi esa noche.

—Porque no hacía falta. Sabíamos que no era necesario. Iba a salir.

—Ustedes saben todo. Hasta lo que no saben.

Julieta sonrió.

—Es nuestro trabajo.

Corrió el mechón de la frente. Se sentía cómoda en la conversación. No era la mujer tremebunda que ingresó a Devoto la primera vez, advertida de que no debería verlo porque era un asesino, el asesino de un policía.

Gordon miró alrededor. Tuvo un mal pálpito. Se lamentó de haber ido solo. Se confió demasiado. En ese instante pensó que la chica se había transformado en un anzuelo de los policías que lo habían perseguido, que aún lo perseguían, y él se estaba metiendo de cabeza y sin pudores en una ratonera. No veía ahora en sus ojos ni un rastro de belleza sino la helada certeza de la traición, y los dos quedaron inesperadamente envueltos en una atmósfera fría, en un silencio devastador, como si no hubiese más palabras, o las palabras no bastasen para romperlo.

—Le traje algo —comentó Julieta.

Y le acercó con recato el sobre de color madera.

—Le va a hacer falta.

Gordon lo guardó sin abrirlo. Seguía creyendo que le había tendido una trampa. Pensó en pegarle un tiro e irse. Debía hacerlo rápido. Pero temió precipitarse.

—Gracias. Ahora quiero saber qué necesita.

—Que esté protegido —respondió—. Si lo vuelven a detener no pisa más la calle. Se lo aseguro.

—¿Y usted me va a proteger?

—Sí. Puedo hacerlo —dijo con una voz que pareció tierna y firme a la vez.

Gordon la miró a los ojos y apoyó sus manos sobre las de ella. Y las mantuvo. A un hombre sentado en la barra no se le escapó el detalle. Vestía traje beige claro, un pañuelo a tono que se destacaba en su bolsillo, la camisa rosa pálido, los zapatos brillantes. Conversaba con una mujer joven de vestido rojo, apretado, corto. Se reían. Le pidió al barman otros dos tragos. Era el controlador. Y si no era, se parecía bastante.

—Por favor, retire sus manos y dígame si quiere empezar a trabajar —susurró Julieta, impaciente.

La noche se volvió más oscura de repente, como si las luces de la ciudad se hubieran ido apagando de a una por vez, en forma lenta. La batalla de los años 70 acababa de comenzar.

Fin

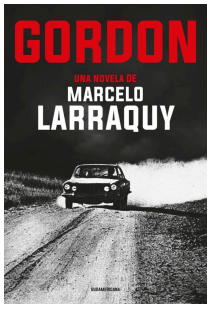
Nota del autor

Quiero hacer partícipes de este libro a aquellos que siempre prestaron su tiempo y su colaboración para cualquier tipo de consultas. A los que me pasaron un contacto, un recorte, recomendaron un libro o me señalaron una nota al pie. Fueron muchas personas las que me ayudaron; les estoy muy agradecido. Sin ellos, este libro no hubiese existido. Quiero avanzar con los nombres propios. Mi reconocimiento a Nazareno, compañero, amigo, por los días en la biblioteca en que revisamos página a página los tomos de los diarios encuadernados en busca del dato imprescindible, antes de la pandemia, cuando esto no era más que oscuridad. Mi agradecimiento también a Augusto por la evocación de su época en la escuela de aviación arriba de un Piper; a los vecinos de Colón, Buenos Aires, quienes me comentaron sucesos relacionados con el visitante que se instaló en el pueblo a inicios de 1970, y a los expresos del pabellón 37, que compartieron la prisión poco después. También manifiesto mi agradecimiento a Raúl, quien tras un tiempo de dudas desenterró eventos del pasado sin excusas ni remordimientos; a Julieta, por los contados y fugaces encuentros en los que me relató parte de su historia, y a Oscar, siempre dispuesto a sentar en el bar a malos y peores, las fuentes necesarias. También hago una mención especial a jueces, fiscales, abogados, secretarios y empleados de Tribunales que me orientaron

en la búsqueda de expedientes nunca consultados, y me permitieron tomar vista de ellos; a la red de archivistas históricos judiciales de la provincia de Buenos Aires y de Capital Federal, quienes buscaron causas con nuevas numeraciones y me permitieron trabajarlas, o las enviaron digitalizadas por correo electrónico. En el mismo sentido, mi gratitud al personal del Juzgado Federal Nº 5º, que me habilitó una oficina para la consulta durante varias semanas. Del mismo modo que a los empleados de la Biblioteca del Congreso de la Nación, siempre eficientes y amables, y al personal de la Comisión Provincial de la Memoria, que me envió documentación de archivo.

También quiero reconocer a Kike Ferrari, escritor, con el que compartí estos años de lectura profesional y observaciones rigurosas, que resultaron muy útiles. A la editora de mis libros, Ana Laura Pérez, por su cariño y confianza en esta nueva etapa. Y también a Adrián y a Diego, quienes pusieron el tema sobre la mesa en una conversación, sin que imaginaran ellos, y mucho menos yo, que en ese momento se estaba dando el primer paso, y luego vendrían cinco años de trabajo para que este libro tomara forma.

Estas últimas líneas quiero dedicarlas a los fabulosos siete, por cada brindis; a la gente que quiero y me quiere; a mis hermanos; a mis hijos, siempre inspiradores, y a mis padres, que llevo en la memoria y el corazón.



Gordon es un ladrón de los importantes, aunque su nombre todavía no es conocido. Transcurren los primeros años de la década de los 70, el peronismo tiene a su líder proscripto y gobierna en el país una dictadura militar. Otra más. Las acciones armadas de grupos guerrilleros son cotidianas. Las detenciones ilegales, las confesiones arrancadas bajo tortura, también.

Esta historia corre, vertiginosa, en la zona gris donde todas las violencias se entrelazan. Los hombres del delito, de la política, de la policía se conocen, se cruzan y se sospechan: de zurdos, de fachos, de canas, de traidores, de infiltrados. Entre ellos empieza a recortarse la figura de Aníbal Gordon.

Si en sus libros anteriores Marcelo Larraquy investigó hechos y nombres paradigmáticos de esa época terrible, aquí vuelve a ellos con una historia real contada en clave de ficción. En esta, su primera novela, retrata a un personaje marginal y a la vez central: el delincuente que salta al otro lado. A los *servicios*, a las bandas parapoliciales en formación, a los sótanos más oscuros del terror institucional.

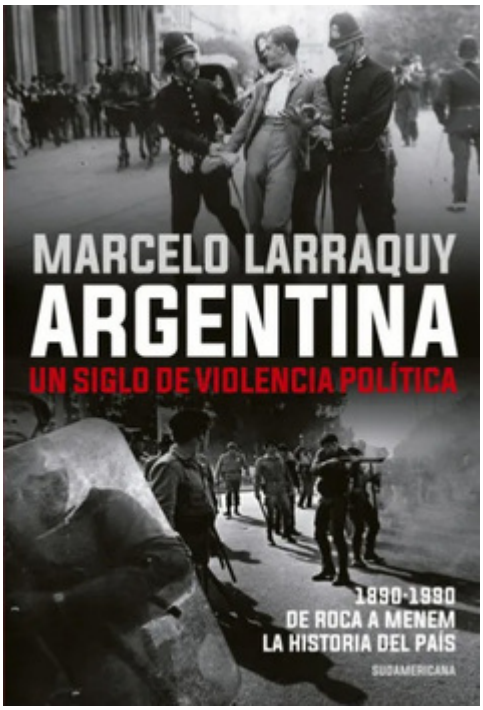


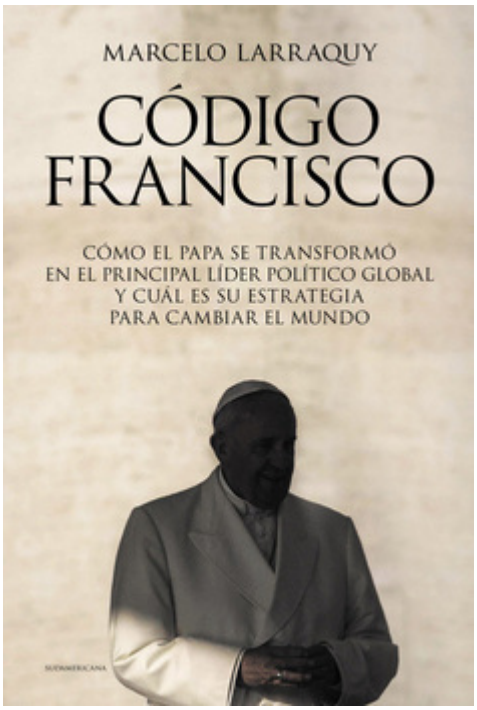
MARCELO LARRAQUY es historiador, graduado en la Universidad de Buenos Aires, escritor y guionista.

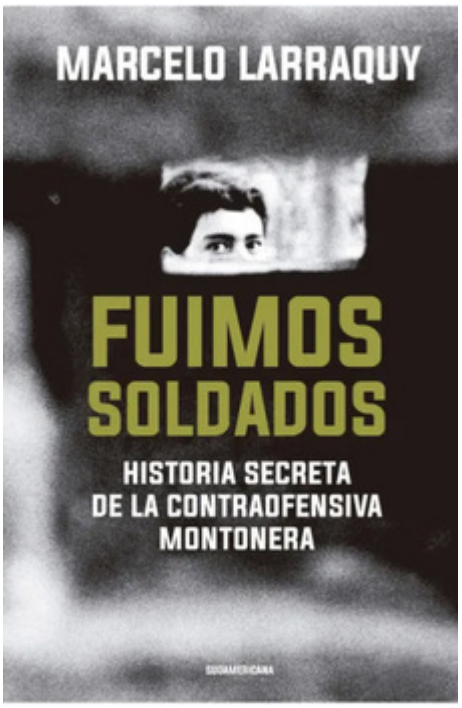
Fue jefe de la sección Investigaciones de *Clarín* (2011-2016) y trabajó en la revista *Noticias* (1995-2003). Ganó el Premio Konex a la investigación periodística en dos oportunidades: 1997-2007 y 2007-2017. Publicó *Argentina. Un siglo de violencia política*, que reúne y amplía la trilogía *Marcados a fuego, De Perón a Montoneros* y *Los 70*. Antes editó *Código Francisco*, sobre la estrategia política de Bergoglio, que siguió a *Recen por él*. Es coautor del best seller *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, y autor de *López Rega. El peronismo y la Triple A* y *Fuimos soldados*. También escribió *Primavera sangrienta, Los días salvajes* y *La guerra invisible*. *El último secreto de Malvinas*. Su obra fue editada en España y México. *Gordon* es su décimo tercer libro.

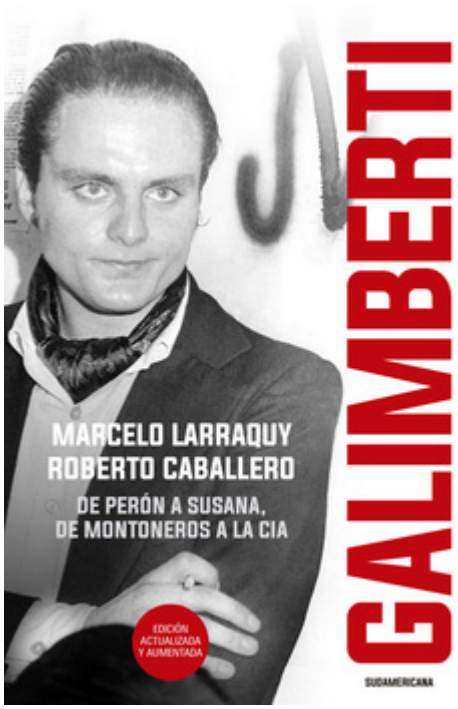
mlarraquy@gmail.com

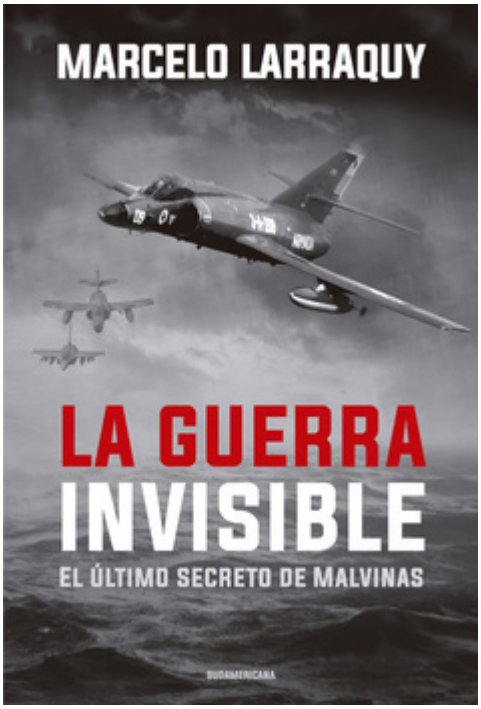
Foto del autor: © Alejandra López

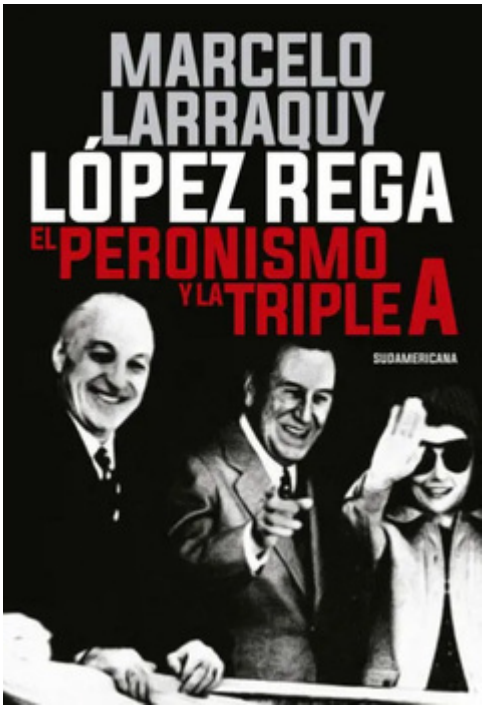

MARCELO LARRAQUY
ARGENTINA
UN SIGLO DE VIOLENCIA POLÍTICA
1890-1990
DE ROCA A MENEM
LA HISTORIA DEL PAÍS
SUDAMERICANA

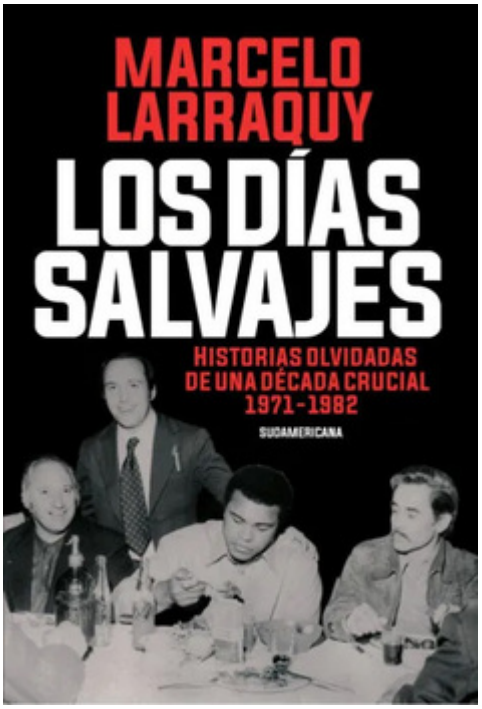

MARCELO LARRAQUY
CÓDIGO
FRANCISCO
CÓMO EL PAPA SE TRANSFORMÓ
EN EL PRINCIPAL LÍDER POLÍTICO GLOBAL
Y CUÁL ES SU ESTRATEGIA
PARA CAMBIAR EL MUNDO


MARCELO LARRAQUY
FUIMOS
SOLDADOS
HISTORIA SECRETA
DE LA CONTRAOFENSIVA
MONTONERA
SUDAMERICANA

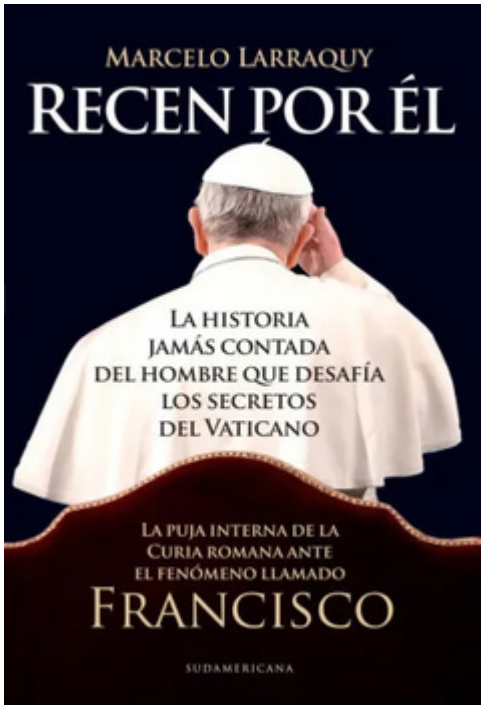

MARCELO LARRAQUY
ROBERTO CABALLERO
DE PERÓN A SUSANA,
DE MONTONEROS A LA CIA
EDICIÓN
ACTUALIZADA
Y AUMENTADA
GALIMBERTI
SUDAMERICANA


MARCELO LARRAQUY
LA GUERRA INVISIBLE
EL ÚLTIMO SECRETO DE MALVINAS
SUDAMERICANA


MARCELO LARRAQUY
LÓPEZ REGA
EL PERONISMO Y LA TRIPLE A
SUDAMERICANA


MARCELO LARRAQUY
LOS DÍAS SALVAJES
HISTORIAS OLVIDADAS DE UNA DÉCADA CRUCIAL 1971-1982
SUDAMERICANA


MARCELO LARRAQUY
PRIMAVERA SANGRIENTA
ARGENTINA 1970-1973
UN PAÍS A PUNTO DE EXPLOTAR
GUERRILLA, PRESOS POLÍTICOS Y REPRESIÓN ILEGAL
SUDAMERICANA



Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Larraquy, Marcelo
Gordon / Marcelo Larraquy. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2025.
(Narrativa)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-7171-9

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Imagen de tapa: IKA Torino TS cupé. © Revista *Corsa*, N.° 272, julio de 1971
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2025
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor.
El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por

comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-950-07-7171-9

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
Twitter: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Gordon
Dedicatoria
Primera parte
1. La llamada
2. Acosta
3. Las tres llaves
4. La bandera
5. Los de Mendoza
6. El robo
7. El escape
Segunda parte
8. Julieta
9. La ansiedad
10. Huellas
11. El buen vecino
12. Torino Lutteral Comahue
13. Amaya
14. La Federal
15. La espía
16. Identikit
17. Tejo
Tercera parte
18. Prófugos
19. El retiro
20. Totó

21. Buenos muchachos
22. Relojes importados
23. Veinte años después
24. Año Nuevo en la 2ª de Villa Ballester
25. Carrizo
26. La fuga
27. Las manos atadas

Cuarta parte

28. La mañana del 21 de marzo de 1972
29. El controlador
30. La torre FIAT
31. La espina dorsal del terrorismo
32. Servicio
33. Giovenco
34. La libertad
35. Perón vuelve

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos